

# **ENTRE MUNDOS**

*por*

***John Tyrson***

*a todos mis Maestros...  
de todos los mundos.*

*¿Qué puedo hacer para que esto sea un mundo real?*

*Lo es.*

*Pero quiero ser como tú, quiero crear.*

*Escribe.*

---

---

No sé cómo comenzó todo. Ni siquiera era consciente de mi existencia anterior hasta que comencé a escribir y mis recuerdos se fueron formando lentamente. Sí, formando. Es extraño, lo sé, pero no afloraron, ni reaparecieron. Era como si hubiera nacido en ese momento.

Y ahora debo vivir con eso y con las personas, los seres que aparecieron de algún rincón de... ¿mi mente? O tal vez todo siempre estuvo allí.

Y no solo eso. También debo resolver este terrible drama que aun no puedo definir pero que nos involucra a todos. De alguna manera sé que debo escribirlo. Sí, eso, escribir. Allí yace la raíz.

Es difícil comenzar, pero tal vez la mejor manera es relatar a partir de cuando me di cuenta de que estaba poniendo un sello tras otro.

“Tac... tac... tac... Un sello tras otro en cada solicitud, mientras mi vista se pierde, desenfocada, devorada por mi mente vacía. Como toda mi existencia” Esto es lo que escribí en mi PC hace tan solo un instante acerca de mi momento de aislamiento del mundo y de mí mismo.

Estoy maravillado, esa frase no existía, esa declaración de lo que es mi vida no existía.

¡Y ahora existe!

Y tal vez alguien la lea y sepa que “alguien” la escribió.

Parece que de alguna forma, he trascendido. Algo de mí, además de mis deshechos, mi ADN y lo que sea de mi cuerpo, existirá... porque lo he escrito.

No pude resistir y lo imprimí. Allí quedó, sobre mi escritorio, mientras lo miraba, asombrado.

Todo se fue formando.

Trabajo en una dependencia municipal donde me ocupo de poner un sello a cada solicitud de derecho de autor que me envían desde otra dependencia tan ignota e inútil como la mía.

Eso sí, estoy solo. En una pequeñísima habitación. Pero solo. Me permito entonces administrar mi tiempo, que a veces parece conformado de instantes eternos, días iguales, noches sin sueños y años veloces.

Dejo que la pila de expedientes crezca mientras hago que estudio o que hago algo en el computador cada vez que el mensajero me trae más. La verdad es que ya está todo ingresado, yo solo pongo el sello.

La pila de solicitudes ha crecido otra vez hasta una altura conveniente para mi blanqueo de vida.

Entonces comienzo: tac... tac... tac... Y voy al vacío.

Tengo cincuenta años. Estoy solo, en una sociedad alienada de un país sin objetivos en un continente confundido. Y cuando me miro al espejo veo tan solo una cara inexpresiva, apenas erguida sobre unos hombros cansados. Un rostro sin nada que denote una vida, sin expectativas, sin futuro. Y sin pasado. Tan solo algunos cabellos grises que caen descuidados sobre las orejas, denuncian el pasar del tiempo biológico.

Veo una cosa que... si no existe, el mundo no cambia. Ni siquiera un pequeño incidente en la corriente de la vida.

No conocí a mi madre. Y mi padre hizo lo mejor que pudo. Cuando se cansó me mandó a un internado.

Me visitaba dos veces al año, para mi cumpleaños y para *pesaj*. Sí, soy judío. Aunque no estoy muy seguro.

Durante la preparación para mi *Bar Mitzváh* mi padre me enseñó la Torá. Nunca habíamos hablado tanto tiempo. Fue una sensación extraña, por primera vez en mi vida sentía algo por alguien.

Pero el día de la ceremonia, durante mi lectura, escuché que otros la repetían en voz baja al mismo tiempo que yo. Y cuando terminé y me dirigí al Arón haKodesh -el Cofre Sagrado donde descansaban los rollos- y no me dejaron

tocar la Torá. En mi lugar la tomó un viejo y comenzó el viaje simbólico por la Sinagoga. Mientras todos cantaban yo me sentía confundido y frustrado. Miré hacia donde estaba mi padre. Él cantaba con entusiasmo y evitaba mi mirada.

Me enteré, con los años, que eso se hace con quienes no son judíos puros, es decir, que se duda que su madre sea judía.

¿Quién sería mi madre? Según contó mi padre, murió al poco tiempo de nacer yo. Y no me dijo más. Cuando pienso en eso no puedo evitar sentirme extraño, como culpable.

Por eso nunca me acerqué a la sinagoga ni a otros judíos, excepto una vez que mi padre me llevó a escuchar una aburrida charla sobre leyendas judías. Ni tampoco me llamó nadie. Sé que mi padre iba. Hasta que murió. Vivía con una mujer de la cual nunca supe el nombre. Fue ella quien me avisó, y nunca más la vi. No sentí nada.

Me pregunto por qué la gente escribe, pinta, compone y propone toda forma de arte. Tal vez por una necesidad de trascendencia, un disimulado terror a la muerte.

Y no pude evitar volver a mirar, asombrado, el papel donde había registrado mis pensamientos, mi vida.

Leo, eso me ayuda con el problema del tiempo. Libros de la biblioteca que tomo sin anotar y los leo allí mismo. O bien en Internet. A veces hasta muy tarde. Leo psicología, cosas de religión, antropología. Y no sé si lo hago para saber qué cosa soy, o para matar el maldito tiempo que me oprime. Mi tiempo cruel de instantes eternos.

Pero ese día fue diferente, algo había cambiado.

Leí. Y de noche pensé, pero no soñé.

Por eso dije que, sin saberlo, quería escribir esto que siento, porque sé que es una cosa rara. O más bien, soy un tipo raro. Y vuelvo a pensar que si lo escribo tal vez alguien lo lea, aunque sea accidentalmente al abrir un cajón. Entonces se sabrá que yo existí.

No piensen que es una vida triste; es extraña, pero no triste. No hay lugar para la tristeza o para la alegría. Y por las noches, cuando pienso, cuando alcanzo ese instante en que pareczo disolverme, experimento profundidades que no puedo aferrar, mundos diferentes. Pero nunca pude ver nada de eso, solo sentir y sentirme allí.

Pero sé que hay algo... y en algún momento...

A veces, casi deseo esos instantes sin vida. ¿Será así la vida después de la muerte?

Al día siguiente cuando entré en mi vacío un impulso se manifestó: quería escribir, quería vivir sintiendo lo que sentí ayer.

Fue la primera vez desde mi nacimiento, que me sentí vivo. Conscientemente vivo.

El resto de los expedientes de la jornada transcurrieron en un estado de ansiedad y energía. De reojo miraba el PC y quería escribir alguna otra frase, imprimirla, darle vida... darme vida.

Miré una vez más lo que había escrito e impreso el día anterior y me guardé la hoja en el bolsillo con la sensación de que tenía un tesoro.

No aguanté más, tomé la guía telefónica, busqué y anoté un par de direcciones y teléfonos.

A las cinco de la tarde me fui sabiendo exactamente lo que iba a hacer. Y esto también era una sensación nueva.

Miré el edificio de departamentos y comprobé el número. Busqué en la lista del portero eléctrico y en el número siete había tan solo un nombre: Julio Dávalos. Sí, era allí. Comprobé la hora: las dieciocho y treinta, exacto. Me gusta ser puntual, muy puntual.

Apreté el botón del intercomunicador.

Era un departamento confortable, grande, con una sala donde cabían cómodamente las diez sillas hubicadas en círculo. Un suave olor a tabaco de pipa y el sonido muy suave de la música sinfónica definían un ambiente agradable y acogedor.

El profesor Julio Dávalos parecía tener poco más de sesenta años. Era alto, de cabellos un poco largos, unos lentes de montura antigua daban el necesario toque de intelectualidad al rostro conformado por una frente amplia, una nariz larga y una sonrisa afable, con dientes un poco manchados por el tabaco. Con el tiempo supe que era divorciado. Vestía jeans, polera y un viejo y cómodo cardigan de lana gruesa. Por supuesto, fumaba una pipa. Me tendió la mano.

-El señor Daniel Kahn... supongo.

Parecía el saludo de Stanley a Livingstone durante el célebre encuentro en África.

Asentí intentando una sonrisa -algo que nunca pude- y antes que pudiera decir nada sonó nuevamente el timbre.

La gente se fue acomodando hasta llenar casi todas las sillas. Se miraban unos a otros sonrientes, comprobé que todos se conocían.

Me sentí bien, parecía una gran familia antes que un taller de escritura. Sí, me había decidido por eso.

El profesor Dávalos saludó, y me presentó. Todos me sonrieron complacientes. Faltaba decir "Hola Daniel, bienvenido" y eso parecería una reunión de Alcohólicos Anónimos.

Los concurrentes eran personas de media edad que seguramente iban allí como una forma de entretener sus vidas o buscar vínculos sociales y un par de estudiantes jóvenes. Estos parecían más concentrados.

Un par de toques discretos sonaron en la puerta y llegó la persona que faltaba para completar las sillas.

Era completamente diferente. Con él tiempo comprendí que tenía objetivos que iban más allá de la literatura o de las clases de escritura. Tendría unos treinta y pocos años, su cabello muy crespo y con un peinado moderadamente afro, le daba un marco apropiado a su rostro oval. Vestía de una forma que la gente definiría “étnica”. Su piel era levemente tostada, una rara mezcla racial que parecía hablar de antepasados indios y africanos. Y era tremendamente bonita. Sus ojos color miel, enormes, le daban una expresión entre alerta y divertida, algo asustada, a veces. Y su boca de labios generosos dejaba ver los dientes perfectos de su sonrisa brillante. Vestía sencillamente, unos jeans gastados, una blusa sin mangas y zapatos bajos. Sus brazos lucían dos brazaletes plateados que combinaban con un hermoso collar del mismo material. Todo parecía ser de evidente manufactura india. Un colgante que terminaba en una pluma marrón y blanca pendía de una de sus orejas.

Saludó a todos y su vista se detuvo en mí.

-Daniel... Daniel Kahn.

No podía creerlo, yo había hablado sin que me preguntaran nada.

Sonrió.

–Me llamo Eva- respondió con una voz de timbres suavemente graves.

Quedé sin saber qué hacer o decir.

Dávalos carraspeó y me sacó de esa situación de incomodidad y evidencia.

Comenzó a hablar de la escritura. Eva me sonrió una vez más y sacó su cuaderno preparándose a escuchar.

Era evidente que el curso venía desarrollándose desde hacía varios días. Dávalos comentaba trabajos que se habían hecho anteriormente y respondía preguntas.

Después pidió que cada uno leyera lo que había escrito.

Los participantes leían sus obras, una o dos páginas, y varios hacían la crítica.

Dávalos se dedicaba a comentar y a hacer preguntas, nunca emitía un juicio.

Cuando llegó mi turno Dávalos se excusó con el resto porque era mi primer día y lógicamente, no había preparado nada.

Apenas me di cuenta de lo que hacía. Levanté mi mano tímidamente y saqué mi hoja de mi bolsillo.

Leí lo único que había escrito en mi vida.

“Tac... tac... tac... Un sello tras otro en cada solicitud, mientras mi vista se pierde, desenfocada, devorada por mi mente vacía. Como toda mi existencia.”

Se hizo un silencio un tanto pesado. Alguno sonrió disimuladamente mientras otros se miraban con gestos significativos.

Eva me miraba seriamente, su boca parecía temblar, apenas. Como si un cúmulo de palabras se atropellaran en sus labios carnosos.

Dávalos cambió la pipa de un extremo a otro de su boca y me preguntó simplemente:

-¿Qué te motivó a escribir eso?



Dudé, sentí un escalofrío. Y algo se hizo fuerte y evidente en mi interior.  
-Lo hice para sentir que estaba vivo. Para crear algo que antes no existía-  
respondí con voz un tanto apagada.  
Hubo algunos murmullos de desaprobación.  
Los jóvenes estudiantes me miraron en silencio, pensando.  
Una señora comentó con sarcasmo:  
-La terapia no es aquí...  
Dávalos suspiró.  
-Yo no estaría tan seguro. Según Jung toda forma de arte es una terapia.  
La señora se sonrojó y calló. Dávalos miró a Eva.  
-¿Y tú, Eva, has escrito algo?  
Eva asintió en silencio, se acomodó en la silla, abrió su cuaderno y comenzó a leer. Con su clara voz profunda con dejes metálicos.

Cuelga, hombre.  
Cuelga invertido en el árbol del mundo.  
Por mil noches y mil inviernos  
Y en tu éxtasis  
Mientras de tus heridas fluye la vida  
Siente y comprende  
El terrible significado de las piedras  
Que gota tras gota con tu sangre viven  
Y serás un dios.

Se hizo un breve silencio donde todos intentaban colocar en algún lugar de su paradigma mental aquello que habían escuchado. Y cuando no podían, surgía la resistencia,  
-No tiene métrica ni por supuesto rima- acotó un hombre mayor con voz afectada y actitud erudita.  
Pensé que a este imbécil le interesaba más hacer méritos con el profesor que aportar algo útil.  
La señora que me había cuestionado con sarcasmo también dijo o suyo.  
-La verdad es que no entiendo nada.  
Eva parecía divertida.  
Yo estaba emocionado. Sin saber el motivo. Pero algo vibraba con mucha vida en la obra de Eva. Algo que me pegaba muy adentro.  
-¿Por qué la escribiste?- pregunté.  
Ella inclinó graciosamente su cabeza y me sonrió.  
-No lo sé muy bien, me gusta su historia, hay algo que me llega, que me dice cosas...  
-¡Pero por favor...!- dijo el "crítico".  
Dávalos carraspeó y todos callaron.  
-La poesía tiene sus reglas, sí. Pero la obra de Eva podríamos inscribirla dentro del género llamado poesía épica. Y allí esas reglas no tienen importancia, no

rigen. Después de todo, en literatura cuenta más lo expresado que las posibles reglas que puedan existir. O mejor aún, lo importante es el efecto que producen, tanto en el lector como en el escritor.

-¿Pero por qué la define como poesía épica?- insistió el “crítico”, un tanto molesto.

-Eva, por favor, explica- dijo Dávalos con tranquilidad.

-Es una poesía a un hombre que dio su sangre, su sacrificio y su agonía para obtener el conocimiento. Con ello dio vida a la escritura, a la posibilidad de crear. En las piedras aparecieron los signos que serían los primeros caracteres definibles como letras. Hoy los conocemos como runas. Con esto el hombre se transformó en un dios creador. Su nombre es Odín- concluyó.

Dávalos asentía con la cabeza mientras el silencio de la reflexión de algunos y la vergüenza de otros llenaba por completo el salón.

Yo había leído de Odín, pero nunca había entendido el significado de su epopeya. Me emocioné.

-Bueno, por hoy es suficiente- Dávalos cerraba la sesión –Creo que aprendimos bastante.

Al día siguiente recibí una llamada de Dávalos invitándome a una “pequeña reunión” para esa noche.

Acepté con mucho gusto. Y confieso que un poco intrigado.

La habitación estaba igual, excepto que había tres sillas alrededor de una mesita, tres copas, y una botella de vino tinto. Y Dávalos... y Eva.

-El vino distiende. Además de su connotación histórico-literaria, muy apropiada para este momento- dijo Dávalos a modo de saludo y marcando el tono de la reunión al tiempo que servía el vino.

Hizo un gesto de brindis y bebió apenas un sorbo.

Lo acompañé, aunque apenas podía despegar mi mirada de los ojos profundos y oscuros de Eva.

Después de un pequeño silencio Dávalos volvió a hablar.

-Los invité para hablar del tema de la escritura. Por fuera de la formalidad... y a veces la hipocresía, del curso.

Bebió una vez más, fijando su mirada en el vino lo paladeó y continuó.

-Escribe quien tiene algo para decir. Y Eva lo tiene, sin lugar a dudas.

Eva se acomodó un tanto nerviosa y bebió. Dávalos me miró.

-En cuanto a Daniel...

Me sentí aplastado, casi embestido por el hecho de que se me considerara como “alguien que está haciendo algo”.

-Daniel parece tener todo en potencia. Nada sé de tus cualidades literarias, pero lo que has escrito connota mucho, hay una tensión interior, una pasión que quiere expresarse. Espero que puedas hacerlo, porque esto es la vida, la existencia a través del arte. De la escritura en este caso. Parafraseando a Descartes podría decir: “Escribo. Luego, existo”.

Asentí en silencio. En tres palabras Dávalos había sintetizado la conclusión de mi opaca vida, había definido algo que recién afloraba a mi mente y a mi sentimiento. Eva me miró con simpatía. Y no pude evitar un nudo en mi garganta.

-Eso es el nervio motor de todo el desarrollo literario. Luego viene el resto. Pero las cualidades literarias siempre estarán ligadas a ese motor. Cuando la conexión falla... es muy posible que quien escribe se transforme en un trabajador más, en alguien que escribe y vende, solamente. Entiéndanme bien: esto es una aventura, un viaje, una gesta épica.

-Como la de Odín- respondí un tanto impulsivamente. No sé si por aportar algo que sentía o por captar la atención de Eva. O por ambas cosas. Porque en realidad, apenas lograba alcanzar el significado de las palabras del profesor. Tiempo después lo comprendería. Aunque nunca, nunca pensé que sería así. Dávalos asintió en silencio.

-A ver, Eva, hablemos un poco de Odín. ¿En qué se parece a una gesta lo que has escrito y cómo se vincula con tu persona, con tu ser íntimo?

Eva quedó un instante pensativa, mirando el fondo de la copa. Al fin habló.

-Se trata de una trascendencia, de una conversión... no lo sé explicar muy bien.

-Se parece a Prometeo...- dije en voz apenas audible.

Los movimientos de la pipa de Dávalos seguían el ritmo de su reflexión.

-¡Muy bien!- dijo con entusiasmo- Prometeo trajo el fuego del conocimiento a los hombres, y Odín lo extrajo de las piedras a través de su sacrificio- se interrumpió un instante-...y tantos más que colgaron sufriendo para transmitir algo nuevo.

Nos quedamos en silencio. La implicancia era muy clara. Pero Dávalos nos sacó del pensamiento abruptamente.

-También lo vemos en la carta del tarot, precisamente llamada "El Colgado".

Los ojos de Eva se iluminaron. Yo no tenía idea de lo que estaba hablando. Dávalos continuó.

-Esto parece ser un arquetipo de la mente humana, el sufrir para trascender, o bien el pasar por períodos de inactividad para propiciar estados superiores. En el aspecto social del mito puede compararse con el exilio del pueblo judío. Y siempre por detrás, como bien dijo Eva, existe una trascendencia, una conversión, un nuevo estado.

"Toda mi vida estuve colgado", pensé sin querer profundizar.

-¿Y esto qué tiene que ver con la escritura?- pregunté en un intento de traer todo a lo inicial, a lo tangible, y así huir de pensamientos que se insinuaban como fieras queriendo crecer, devorar, atropellar.

-Todo- respondió escuetamente y con una sonrisa que se dejaba ver un poco torcida por la pipa apretada entre sus dientes- pero eso lo vamos a comprender mejor más adelante. Ahora veamos otro ángulo del tema. Eva, ¿qué te impulsó a escribir?

La joven carraspeó.

-Creo que fue en mi adolescencia. Ese período en el cual todos somos incomprendidos y el mundo nos amenaza, nos desafía.

Se detuvo un instante. Algo le dolía, algún recuerdo aun mordía.

-Mis padres eran médicos, de esos "Médicos sin fronteras". Murieron en África, durante una epidemia. Y me crió una tía. Creo que nunca me tuvo mucho cariño. Me sentía muy sola, y como toda joven, comencé a llevar un diario personal. Descubrí que al poner mis sentimientos y pensamientos por escrito, algo dejaba de ser una amenaza o un dolor y se transformaba en una realidad que podía comprender. Desde entonces no he parado de escribir.

Me quedé mirándola, literalmente colgado de su alma.

Y ella también me miraba con sus ojos oscuros y húmedos.

La voz de Dávalos parecía venir desde otra dimensión cuando dijo:

-¡Hey!, ¡no se olviden de íi, todavía estoy acá!

Reímos un poco embarazados.

-Eva, lo que has expresado es una maravilla. Has alcanzado una esencia. Algo grande- le dijo. Y se volvió hacia mí.

-¿Y tu "llamada", Daniel, cómo fue?- preguntó el profesor observándome casi al acecho.

Dudé, me encogí de hombros, me rasqué la cabeza.

-Yo no tengo esa historia literaria, ni esa profundidad de vida. Creo que ni tengo historia. No sé, creo que la llamada, como usted dice, fue hace pocos días. Escribí casi accidentalmente y mi mundo cambió. Es como dijo usted: a partir de entonces existo.

-¿Por qué lo mencionó como una "llamada"?- preguntó Eva. Era aguda, muy aguda.

Dávalos sonrió, tomó otro sorbo de vino y se frotó las manos. Dejó la pipa apoyada en un enorme cenicero de bronce. Parecía muy satisfecho, era evidente que habíamos llegado a donde él quería.

-Todo comienza con la "llamada". El viaje del héroe, la aventura, la gesta transformadora comienza así.

Cuando intentamos hablar, cuando quisimos abrir esa enorme puerta que apenas se había entornado dejando ver una potente luz, Dávalos levantó ambos brazos en señal de atención.

-Vayan pensando en una historia, algún esbozo y escríbanlo. Hablaremos de esto y de muchas cosas más la semana que viene.

-¿Y de dónde sacamos una historia?- pregunté asustado.

-De todos lados. Las historias del mundo están todas en potencia, basta leer una pequeña noticia en un periodico o en cualquier lado para que la mente comience a funcionar creando una historia. Y ya tienen el primer paso en el arte de escribir: leer. Leer incansablemente, todo lo que caiga en nuestras manos o que nos guste. Nuestras historias están allí, latentes, esperando.

Dos días después, cuando la semana parecía hacerse eterna y ya me costaba entrar en los estados hipnóticos durante el trabajo, mi celular sonó estridente. O yo lo sentí así, tal vez era la quinta llamada que recibía en mi vida. Era Eva.

Habíamos salido en el automóvil de Eva, una VW viejo y bien mantenido. Ella vestía una blusa, chaqueta de cuero, botas y minifalda.

Yo... no me explicaba por qué no había encontrado ropa adecuada en mi armario. Me puse el mismo jean de siempre y el saco.

Nunca me había dado cuenta del sex appeal que tiene una mujer cuando maneja con minifalda. Sus piernas levemente abiertas se movían alternativamente con los requerimientos de la marcha mientras la minifalda se subía ligeramente.

Se detuvo, estacionó y me dijo: -Vamos- y partió decidida dándome el brazo. Sentí que algo se licuaba dentro de mi pecho cuando percibí el calor de su cuerpo y la intimidad que contenía aquel simple gesto.

Ese es uno de los momentos cuando un hombre se siente tal, descubrí. Me enderecé y respiré disfrutando el aire fresco de la noche.

-Sí, vamos.

Pasamos unas horas en local un tanto oscuro y muy alegre en la parte vieja de la ciudad.

Tomábamos vino con diferentes quesos y panes caseros, escuchábamos música de jazz y comentábamos sobre cada cosa que veíamos y sentíamos.

Eva tenía una risa fácil y una mirada que no podía descifrar. Sé que un momento me sentí como un adolescente tratando de mostrar una seguridad que huía ante cada pregunta de ella.

Cuando salimos, ella condujo despacio. Yo pensaba que era sin rumbo, hasta que se detuvo frente a una casa de departamentos de unos tres pisos.

-Yo vivo acá- me dijo suavemente. -En el último piso.

“¿Y qué tengo que hacer ahora?! ¿Debo despedirme, besarla en la mejilla? ¿Darle un apretón de manos?”

Nunca había estado en esa situación.

-Vamos a tomar otro vino- me dijo. Y con toda naturalidad me tomó de la mano y me llevó escaleras arriba.

El departamento de Eva era pequeño, cálido, en un tercer piso. Con tapetes étnicos en las paredes. Era un loft; el lugar para comer estaba delimitado por una alfombra y una mesa con cuatro sillas, todo en madera dura y fuerte, con un trabajo que lo mostraba como natural y rústico, como inmensos trozos arrancados prolijamente de un enorme árbol.

En un ángulo estaba la cocina con todos sus enseres. Un amplio y cómodo sofá completaba la sala de estar que en su centro tenía una gruesa alfombra de lana bajo una coqueta mesita. Al otro lado, frente al sofá, había un sillón tipo bergere y una silla hamaca tipo “Kennedy”.

Al fondo la sala hacía un ángulo donde se veía discretamente la punta de la cama de dos plazas. El baño estaba dentro de este ámbito.

El techo era inclinado, con vigas fuertes a la vista y un amplio ventanal por donde se podía ver el cielo estrellado.

Una sencilla lámpara de pie iluminaba con tonos suaves todo el loft.

Yo estaba sentado en la silla hamaca con una copa de vino en las manos y no podía parar de hablar.

Frente a mí, Eva se recostaba lánguidamente en el sofá con sus ojos entrecerrados y sosteniendo la copa entre ambas manos. Sus piernas, hermosas y largas, estaban descuidadamente cruzadas y su minifalda un tanto recogida. No usaba medias, el color y forma de sus piernas me había... no sé cómo decirlo... ¿conmovido?... ¿inquietado? O tal vez era mucho más sencillo y no me atrevía a confesarlo.

Puede parecer extraño, pero en ese momento me di cuenta de que en mi vida no había habido mujeres. El sexo había siempre sido algo transitorio y liberador de urgencias químicas glandulares, siempre con prostitutas, pocas, muy pocas veces. Y siempre que terminaba me preguntaba: ¿qué estoy haciendo aquí? Pagaba y literalmente huía.

Y era precisamente eso que estaba casi confesando a Eva mientras hacía girar la copa de vino entre mis manos y miraba fijamente los dibujos de la alfombra. Tal vez para evitar ser impertinente al no poder dejar de pensar en el misterio y la sensación que me producía la profundidad del ángulo donde sus piernas se cruzaban a la altura de los muslos.

Cuando movió un poco sus piernas tuve la impresión de que ella lo sabía y hasta jugaba con ello. Me sentí un poco indefenso e inseguro, como me había sentido gran parte de la noche.

Sí, allí estaba yo... hablando como un joven incoherente de mi miserable vida sexual.

Nadie había logrado que yo hablara tanto. Y creo que nadie lo intentó.

Estaba confundido, sorprendido de mi actitud y de las cosas que decía.

Eva me sonrió.

-Pensé que te estabas durmiendo, que estabas aburrída- le dije.

Ella negó con la cabeza, dejó su copa y con el dedo índice me hizo una seña de que me acercara. No entendí muy bien, pero callé, me levanté y fui hacia el sofá. Allí me detuve. Tratando de disimular la parte de mi cuerpo que no respondía a mis intentos de gentileza y buena educación.

Ella rio fuerte, me tomó de la mano y me sentó a su lado. Delicadamente puso mi cabeza en su hombro y me acarició el cabello.

-¿Sabes lo que te ocurre? Que has comenzado a escribir, que una historia bulle en tu mente todavía sin poder salir. Es una creación, y todo lo creado está íntimamente ligado con el sexo.

No supe qué responder. Sí, esa historia pujaba en mi mente, personajes con caras difusas, situaciones, iban y venían desde el primer día de reunión con Dávalos. Y ahora estaba ella, su perfume, su olor y el color de su piel. Y sus

manos que me acariciaban. Sentí ganas de llorar. No me contuve, dejé que las lágrimas cayeran.

Ella me miró sonriente, besó mis ojos y se levantó. Me quitó la copa de las manos y sin dejar de mirarme, muy lentamente se levantó la falda, se quitó un bikini muy pequeño y se sentó a horcajadas sobre mí. No me atreví a respirar siquiera, mientras ella se movía muy lentamente y sus ojos no dejaban de mirarme: eran como agujas negras que entraban en mi mente. Con toda delicadeza me tomó las manos y las metió sobre sus muslos, por debajo de la minifalda.

Y después todo mi cuerpo y mi alma reaccionaron al instinto. Eso era otra cosa. Por primera vez sentí que mi alma existía.

Después no quise huir. Quise permanecer allí para siempre.

Yo pensaba que mi vida había sido antes y después de haber escrito algo. Ahora estaba seguro de que había sido antes y después de Eva.

La segunda noche, en medio de un dulce silencio y una cálida penumbra en su dormitorio, Eva me dijo:

-La verdad es que yo no nací acá. Ni mis padres eran médicos.

Permanecí callado, esperando.

-Nací en Jamaica. Mi padre era descendiente de ingleses y mi madre de españoles. Y ambos tenían también la mezcla local. Tuve una hermosa niñez y una excitante juventud. Jamaica... todo Marley y marihuana. Una vida lenta y suave, donde no había lugar al dolor o a la amenaza de cualquier tipo.

Cuando tenía diecinueve años conocí a Steward. Él venía de los Estados Unidos, tenía treinta años y una Harley Davidson. Usaba barba apenas crecida, chaleco de cuero y una vincha roja. Fue demasiado. A los tres meses me casé y nos fuimos a vivir a mi casa.

No olvido la cara de mis padres, fue como si su plácido mundo se les derrumbara. Y yo no podía entender por qué. Steward era un gran conversador y halagaba constantemente la comida de mi madre. Yo estaba feliz. Todo comenzó seis meses después, cuando mi padre le preguntó si pensaba trabajar. Solamente entonces caí en la cuenta de que no trabajaba y vivía de lo que cobraba mi padre por el trabajo en la plantación. Sin embargo su dinero tenía, y yo no sabía de dónde.

La reacción de Steward fue extraña, lo miró con una sonrisa helada, una sonrisa de tormenta contenida. Y salió sin responder.

Pronto mis amigos empezaron a cambiar. Desaparecieron los alegres muchachos de mi juventud. Comenzaron a aparecer unos bastante mayores, con mirada alerta y gestos siempre vigilantes, con conversaciones en voz baja y viajes sorpresivos. Y Marley fue sustituido por AC DC.

A mí no me hacían mucho caso, apenas me hablaban. Yo era una especie de juguete de Steward. Pero no me daba cuenta, continuaba fascinada por su aspecto rebelde y su entorno muy de los sesenta. Pero Steward no era uno del

tipo Hippie, nada de eso. Era más el villano duro e irresistible, que el alegre joven paz y amor que yo había imaginado en un principio.

Pero era encantador. Excepto por algún ataque de ira totalmente imprevisto, y en el cual se podía atisbar un oscuro pozo sobre el cual prefería no pensar. Yo estaba enamorada, y no iba a dejar que la duda derribara mi castillo. Sin embargo, mis padres continuaban más y más deprimidos.

Un día todo explotó. Yo fui a buscarlo a la casa de uno de sus amigos. Era una casucha miserable en alguna parte de las afueras de Kingston, con una verja caída en el frente, y un gran galpón detrás.

Lo llamé, no me respondió nadie. Entré y golpeé la puerta, nadie me respondió. Entonces me dirigí al galpón, abrí la puerta y mi vida cambió para siempre.

Lo primero que sentí fue el fuerte olor a combustible y el fétido tufo del ácido. Después vi el laboratorio. Y cinco hombres que me miraban fijamente. Dos de ellos los reconocí como amigos de Steward.

Huí rápidamente de allí y cuando llegué a mi casa me encerré en mi dormitorio. No me animaba a pensar. Aunque todo comenzaba a tomar sentido.

Cuando Steward llegó tenía los ojos inyectados en sangre, la mirada dura y los puños apretados.

De un puntapié abrió la puerta de mi dormitorio y sin decir más me descargó un fuertísimo golpe con el dorso de la mano. Mi cabeza giró violentamente y yo caí, aturdida.

Como en una bruma vi entrar a mi padre y un instante después vi cómo Steward lo golpeaba salvajemente, aun después que había caído.

Mi padre murió en el hospital por los golpes recibidos. Steward fue a la cárcel y mamá murió unos pocos meses después.

Yo me vine para Sudamérica, aprendí diseño gráfico y comencé a trabajar. Me enteré hace unos pocos meses que Steward fue muerto en un tiroteo en Miami. Calló unos instantes.

-Después de eso empecé a escribir. Libros, muchos libros.

-¿Publicaste algo?

Me miró como si fuera un marciano.

-No, no. La escritura fue para mí como una forma de crear el mundo. Mi mundo, otros mundos. Tal vez por eso nunca me casé ni tuve nada serio. No encontraba un hombre que pudiera comprender, o más bien, vivir eso. Y no necesitaba preguntárselo, de inmediato me daba cuenta. No entendían lo que me ocurría cuando escribía, no entendían mi necesidad. Escribí libros enteros. Y los quemé todos.

-¿Por qué?- pregunté, extrañado.

-Ya habían sido, eran como estrellas que se habían extinguido. Habían cumplido su misión... descubrir otra parte de mí, dar vida a un mundo.

-¿Y ahora?

Suspiró.

-Ahora es la poesía.

-¿Las vas a quemar también?- pregunté alarmado.



Negó en silencio antes de responder.

-No, eso no son estrellas. Eso es la música del universo. Es la voz de lo desconocido, de lo grande que brota a través de mí. Lo sé, lo siento.

-¿Eres religiosa?

Se encogió de hombros.

-Supongo que sí. Pero sin religión. ¿Y tú?

No supe qué decir.

-No sé... dicen que fui judío.

Pensó unos instantes mientras sonreía. Me pasó un brazo por encima de los hombros.

-En fin, creo que todo aquel que escribe tiene algo de judío.

-¿Por qué?

-Porque el universo fue creado con energías que se representan con letras. "En el principio era el verbo...", ¿recuerdas?

Sentí como un vago recuerdo que se desperezaba, inseguro, en algún rincón de mi mente.

-¿Y eso?

-Cábala- dijo sencillamente- y algo del Nuevo Testamento. Y agregó sonriendo:

-Durante un tiempo salí con un rabino.

La miré con asombro.

-Sí, tuve varios hombres. Y nunca encontré nada en ninguno. Y viajé, viajé mucho. Hice un curso de voluntaria y me fui al África.

-Y allí, ¿qué descubriste?

-Las religiones de la Tierra- dijo muy pensativa. Lo salvaje y lo peor de la magia y la hechicería.

-Y eso... ¿es posible?

Me miró un tanto asombrada y se irguió un poco en la cama.

-Todo es posible –respondió con firmeza- no limites a Dios.

-¿Y eso del mal y el bien?

Se encogió de hombros.

-Es la ética del cuchillo, lo puedes utilizar para comer..., o para asesinar.

-Te lo digo de otra forma: el mal comienza cuando dejas de creer que existen mundos superiores.

La miré, interrogante.

-Es como si tú comenzaras a negar la existencia de tus sueños y visiones nocturnas. Entonces te transformas en un gran vacío, repleto de materialidad.

Sentí una especie de inquietud y una sensación en el vientre, como cuando alguien se asoma a un precipicio.

Me crucé de brazos y pregunté.

-¿Todo eso también te lo enseñó el rabino?

Me miró divertida.

-¡Claro!

Algo se retorció dentro de mí.

La miré con cierta sequedad.

-¿Qué edad tenías?

-Creo que veintiséis ...

-¿Y él?

-Sesenta y ocho.

Abrí los ojos y la boca sin saber qué responder.

Ella me miró divertida.

-En fin... todo es posible- atiné a decir.

Eva soltó una alegre carcajada y me abrazó.

Quedamos unos instantes en silencio. De alguna manera sentí como si dos puntos se encontraran en un espacio creado después de recorrer mil universos, después de una eternidad. Fue un momento muy fuerte, casi sagrado, de alguien que comparte su intimidad sin las acostumbradas máscaras con las cuales actuamos en la vida diaria.

-¿Todavía llevas ese diario?- pregunté casi en tensión.

Ella hizo un gesto ambiguo con la cabeza.

-Poco a poco se transformó, ahora es un libro de poesías. Su forma de hablarme cambió.

Solamente pude imaginar un atisbo de a qué se refería con ese "Su".

-Tienes más poesías entonces, tienes muchas.

-Sí...- dijo en voz baja mirándome intensamente, como pidiendo por favor que no entrara en ámbitos demasiado íntimos.

Me limité a asentir en silencio mientras no dejaba de mirarla.

Ella, sonriendo, desvió suavemente la conversación.

-Y aquí estoy, escribiendo poesía y enamorándome de un escritor sin pasado.

Con un nudo en la garganta solo atiné a tomar su mano y besarla suavemente.

No pude decir nada.

Había estado dos días más en su departamento. Después me fui. Necesitaba espacio para pensar, para salir de la totalidad de su presencia.

-Tengo que volver a trabajar, y tengo que hacer cosas en casa- le había dicho.

Eva me sonrió.

-Entiendo. Y tu historia te está llamando cada vez más fuerte.

Era una mujer increíble.

-Nos vemos- me dijo.

-Sí, tenlo por seguro.

Un día de sellos interminables, Un día de vivir en mi vacío, pero me gustaba.

Y por las noches mi vacío se llenaba de presencias, cada vez más evidentes.

Era como si empezaran a salir de capullos dimensionales, ellos y sus circunstancias. Apenas el leve trazo de una historia...

Nos vimos tres días después en la casa de Dávalos.

Dávalos se percató de inmediato de la nueva situación. El ambiente estaba mucho más "cargado"

-Bien, muy bien. Veo que los estímulos son los esperados. Todo va a fluir. Estamos en el ámbito de la creación. Es el principio de generación.

Y no dijo más, no era necesario. Comencé a percatarme de que existen otras dimensiones de la vida.

-Cuenten cómo fue este tiempo. Me refiero a los impulsos literarios- se apresuró a aclarar. Y me miró.

No sabía bien qué decir, no sabía qué cosa era “un impulso literario”. Pero tenía una idea de lo que se estaba incubando en mi mente.

-Yo tengo una idea muy vaga, y unos personajes que no puedo definir. La idea es algo así como una transformación, una redención, no sé...

Dávalos levantó las cejas asombrado.

-¡Bravo!- exclamó – Parece ser que has encontrado a tu musa.

-No entiendo.

Eva se movió, inquieta. Dávalos la miró y sonrió.

-La poesía de Eva... habla de una transformación, de una redención. Seguramente eso te motivó.

Nunca se me hubiera ocurrido.

-Y lo más interesante es que plantea el punto central de lo que es una historia: El Viaje del Héroe.

Había captado totalmente nuestra atención. Lo sabía. Lentamente encendió su pipa. Largó un par de bocanadas de humo que dejaron un delicioso aroma en la habitación. Entrecerró sus ojos mirando a un punto indefinido y comenzó a hablar.

-Campbell, Joseph Campbell... fue quien mejor describió la aventura humana. En síntesis, El Viaje del Héroe comienza con la Partida, allí es donde encontramos la “llamada” a la cual me refería en la clase anterior. Algo llama al Héroe –en definitiva al humano- en su búsqueda evolutiva. Después viene la “iniciación”, que es donde el Héroe sufre las pruebas correspondientes. Y finalmente “el regreso”, donde el protagonista es Héroe de dos mundos: el profano y el sagrado que ha experimentado en su iniciación. Y el Héroe, transformado, vuelve a los humanos con un nuevo conocimiento que aportará a su comunidad y al mundo. Ese es Odín, es Prometeo, es Ulises...

Reflexionó unos instantes antes de continuar. La pipa descansaba inerte en su mano derecha mientras el vino lo aguardaba pacientemente sobre la mesa.

-Esa es la síntesis de toda vida, de toda empresa, de toda aventura... y de todo libro que se escribe.

Eva lo escuchaba totalmente concentrada.

-¿Y al escribir, quién es el Héroe, el escritor o el protagonista de la obra?

Dávalos la miró sin poder ocultar su satisfacción.

-Ambos. Tanto el escritor como el Héroe experimentan una Llamada, pasan por pruebas, se transforman. Y vuelcan un nuevo conocimiento a la humanidad. Algo que no existía ha sido creado a través de una transformación.

Sentí un escalofrío al escuchar sus últimas palabras. Eso me pegaba directamente. Casi me aturdí ante una evidencia que no llegaba a captar en su totalidad.

Quedamos en silencio, reflexionando.

-Después está Vogler- continuó Dávalos –Christopher Vogler es quien mejor describe el mito del Héroe cuando éste se lanza a la aventura de escribir. Lean a Campbell y a Vogler, está todo en internet.

-Y tú, Daniel, comienza a esbozar tu historia. La semana que viene te cuento el gran secreto de la escritura novelada.

-¿Y yo?- preguntó Eva.

Dávalos le sonrió.

-Nada... y todo. Deja que tu alma grite sin trabas. Ve allí, al lugar donde las palabras muerden. Y déjate llevar. Desintégrate, disuélvete en frases. Y no te preguntes de dónde vienen. Estoy seguro que en tu diario tienes muchas más cosas escritas y que aún no quieres compartir. Está bien que así sea.

Eva se acomodó un tanto nerviosa. Era totalmente cierto. Sentí una gran curiosidad por conocer el nido de su alma.

Estaba otra vez en la casa de Eva. Era un oasis después de andar en el extraño desierto constituido por mi trabajo y mi vida de rutina.

Durante esos días había dormido muy poco. Campbell me había sumergido en rincones de mi alma que desconocía. Me había mostrado un mundo nuevo... o no, era el mismo mundo que ahora adquiriría un sentido. Un mundo donde cada instancia, cada persona, eran una prueba, una ocasión, una enseñanza.

Pero Campbell describía una epopeya, un arco de tiempo, un principio, un desarrollo y un final. Y yo eso no lo podía definir, era como si hubiera caído en el mundo hacía muy poco tiempo, en aquel preciso instante de *insight* mientras ponía los sellos y lo registraba por escrito.

Antes... era una nebulosa. Solamente algunas pocas escenas donde veía a mi padre, el *Bar Mitzvá*, y poca cosa más. Ni siquiera recordaba mis años de escuela, o cómo había comenzado a trabajar. Ni siquiera mis antiguos sentimientos se hacían presentes. Cada vez que incursionaba en mis recuerdos se producía un bloqueo. Y la angustia me dominaba a tal punto que huía rápidamente a otro rincón de mi mente.

Cuando le expliqué esto a Eva se me llenaron los ojos de lágrimas. ¡Y no sabía por qué! Ella me observó intrigada y se sentó a mi lado acariciándome la espalda.

-No importa, Daniel, nada importa. Vivamos el presente.

Me inundé de su presencia, de su olor y del suave y cálido contacto de su cuerpo. Y todo fue pasando.

-Con Campbell me ocurrió algo similar- me dijo. Fue como si me fuera explicada mi vida entera.

Intuí que ella no padecía de la agonía de tener un pasado casi vacío.

-Y Vogler, es lo mismo, es el Viaje del Héroe aplicado a la aventura de escribir-le dije mientras mi mano se refugiaba en la suya. Tibia, suave y receptiva.

-Sí, pero Vogler es más concreto, es algo que tú creas y lo desarrollas según instancias míticas. En Campbell... ¡el mito eres tú mismo!

Eva me miró largamente, concentrada. Ambos sentíamos pensamientos que no lográbamos definir en palabras. Y algo crecía entre nosotros, a partir de nosotros. Era una sinergia, algo superior a la simple suma de nuestras vidas. Sentíamos esa sensación como un torbellino que nos devoraba y que no podíamos controlar.

Eva habló y logramos entrar en el presente.

-Vogler nos habla de cada instancia y de los personajes, de los roles dentro de cada historia.

-Sí, y creo intuir que esos roles existen en la vida corriente.

-¿Por ejemplo?

-Dávalos. Es el “mentor”, el “anciano sabio”, en este caso de nuestra aventura.

Eva asintió en silencio y después dijo:

-Entonces estamos a punto de cruzar “el umbral”.

Dudé, no había pensado en eso. Pero tenía razón.

-Tal vez. Sea como sea, sospecho que tú vas más adelante que yo, te veo más definida.

-Seguramente en tu epopeya soy “la figura cambiante”, soy tu *ánima*, la parte femenina que hay en ti- me dijo sonriendo. Y de inmediato quedó seria. -¿Qué piensas, qué sensación te produzco?

Sonreí.

-Puede ser... pero no te siento como una “mujer fatal”, siento que me llevas, que me proteges. Veo el mejor aspecto del *ánima*.

-¿Y en cuanto a mí, cómo me ves?- pregunté con un tono que no podía disimular la inseguridad.

Ella entrecerró los ojos.

-En mi viaje tú sí que eres la “figura cambiante”, eres un personaje, seguramente mi *ánimus*, mi parte masculina, que cambia momento a momento. No logro definirte, pero siento que es bueno, que de alguna forma te... es como si te estuviera definiendo. Puedo ver, mejor dicho, sentir hacia dónde te diriges. Pero no alcanzo a ver de dónde vienes.

La sinergia aumentó considerablemente.

-¿Sientes eso?- le pregunté. Ella sintió lentamente.

-Sí, definitivamente estamos en el umbral- afirmó suavemente.

Hasta la próxima reunión mis noches fueron terribles. Dormía, me despertaba, pasaba por momentos de ensueño. Y siempre con esas presencias; más evidentes cuando dormía y soñaba, menos cuando estaba despierto. ¿O no lo estaba?

Ya eran varios los seres que se insinuaban. Y comenzaban a aparecer sus vidas, como flashes, como recuerdos míos... pero sabía que no eran tal. Yo casi no tengo recuerdos.

Excepto desde cuando comencé todo esto, cuando escribí aquella frase, cuando conocí a Eva. Entonces todo apareció nítido y permanente.

Me despertaba agotado, con caras difusas y frases inconexas que vagaban por mi pensamiento. Y después todo encajaba en la normalidad cotidiana, mientras los sueños y visiones se quedaban allá atrás, relegados pero siempre presentes, como un eterno ruido de fondo en mi vida.

Cuando le conté todo esto a Eva fue buscando en realidad una ayuda, no sabía cómo manejar la situación.

Eva me miró sin expresión y después de un rato me dijo:

-Recuerda: no niegues la existencia de otros mundos, de otras dimensiones, no permitas que la oscuridad se adueñe de ti. Escríbelo. Yo anoto todos mis sueños, y me dan muchas respuestas, o anticipaciones.

Comencé a hacerlo, eran frases confusas, nombres inciertos. Y una historia por detrás que no alcanzaba a hilar.

El sábado siguiente nos reunimos, esta vez con todo el grupo.

-Vamos a ver qué escribió cada uno. Comencemos por la derecha- dijo indicando al señor crítico.

Éste leyó tres páginas aburridísimas e impecablemente construidas de una historia completamente anodina.

-¿Qué opinan?

-¡Muy bien, muy bien!- expresó calurosamente la señora mayor.

Dávalos permaneció callado. Por las dudas también permanecí en silencio. Yo aún no sabía qué es lo que está bien y qué es lo que no. Miré a Eva. Me sonreía disimuladamente, como si no pudiera aguantar una carcajada.

Después de un silencio embarazosamente largo uno de los estudiantes habló.

-Disculpe, pero eso no dice nada. Le falta... no sé... todo.

El hombre y la mujer mayor lo fulminaron con la mirada.

Dávalos vació lentamente la pipa y sin mirar a nadie habló.

-Una historia, para que sea buena, debe plantear rápidamente un conflicto, una expectativa, un misterio, una tensión. El lector debe anticipar algo, suponer, inquietarse, preguntarse. Sugiero reescribir esas páginas considerando esto. Por lo demás, la construcción de las oraciones está muy bien.

El señor se movió inquieto por la evidente crítica pero tranquilo por el suave elogio.

Después, un estudiante esbozó un comic, y así siguieron con los restantes escritos a los cuales Dávalos hacía sugerencias de metáforas, comparaciones, tiempos verbales, y un montón de cosas que apenas me daba tiempo a anotar y muchas de las cuales no llegaba a entender.

Pero mi preocupación era otra: ¡me había llegado el turno!

-Daniel...- invitó Dávalos.

Casi temblando abrí mi cuaderno.

-Yo... yo aún no tengo nada. Solo anoté algunos sueños...

-Veamos-

A medida que leía me di cuenta de que eso parecía el delirio de un demente. No alcanzaba a definir a nadie, solo describía presencias y sensaciones, cómo todo eso se insinuaba y pujaba sin poder definirse. Cómo las presencias y sensaciones se ligaban sin que me diera cuenta. Había dos figuras importantes muy ligadas. Y algo monstruoso detrás.

Había más cosas, más presencias, sentimientos, miedos. Pero decidí no continuar. Un murmullo de inquietud se elevaba de los presentes.

-Joven, usted tendría que consultar a un profesional- me dijo cáusticamente el señor mayor. La señora me miraba con desaprobación asintiendo. Los jóvenes parecían divertidos.

Dávalos me miró largamente por encima de sus gafas y no dijo nada. Carraspeó.

-Bien. Pasemos a Eva.

Quedé confundido y avergonzado.

Eva leyó su poesía.

Bendita seas tú, Dualidad

Eterna danza del cosmos en la cual se agitan dioses y diosas

Y todos los hombres y mujeres de la Tierra

Historia sin fin, drama y tragedia

Que en su ir y venir teje el sentido de la vida

Sol y Luna, Fuego y Agua

Eterna alquimia

¿El bien?, ¿el mal? ¿Lo sagrado o lo profano?

El hombre y la mujer primeros

Y de su descendencia,

Dos hermanos y dos caprichos de la Creación

Uno muerto...

Y otro marcado por siempre en su frente con el signo de Dios

Para que la danza de la Dualidad sea eterna

Y el conflicto alimente la existencia

Todos quedaron en silencio.

Yo sentí como algo explotaba en mi cabeza. Y una enorme ansiedad me dominó.

Con una fuerte palmada Dávalos nos hizo despertar.

-Bien Eva, muy bien. Finalicemos por hoy.

Todos nos despedimos con murmullos.

Dávalos me llamó al día siguiente y quedamos en reunirnos junto con Eva el lunes de noche. Pero ya todo comenzaba a tener un sentido.

-Bien, hablen- nos dijo mientras comenzaba a preparar su pipa y el agradable olor a tabaco holandés inundaba la sala.

Eva me miró y habló.

-Escribí esto como una necesidad, como un mandato. Esta vez no lo sentí como un grito de mi alma, sino como un aviso, un algo que tenía que decir a alguien. Pero no estoy segura.

Le sonreí, un enorme agradecimiento me inundaba.

Ella no dejaba de mirarme.

Escuchamos que Dávalos decía – ¡Hey, miren que yo estoy acá!

Los tres reímos.

-Daniel...- invitó.

Con un resoplido abrí mi cuaderno.

-Todo se está aclarando, los sueños, las visiones, todo. Es una historia que arde en mi interior y que quiere salir. Y las imágenes, las presencias, son los personajes.

Dávalos apretó la pipa entre sus dientes y asintió contemplando el techo. Permanecemos en silencio, sabíamos que iba a decir algo.

-Hace unos días les dije que hablaríamos de uno de los grandes secretos de la literatura. En este caso de la literatura de ficción.

Se quitó la pipa de la boca y la dejó reposar en el enorme cenicero de bronce.

-Shakespeare- e hizo una pausa, le encantaba hacer eso- Shakespeare escribía novelitas livianas, se puede decir, historias simples, de sentimientos humanos.

Lo miramos confundidos, estaba atacando a un ícono de la historia literaria. Era casi una blasfemia.

-Entonces... ¿dónde está su fuerza, su genialidad incomparable?

Y nos miró detenidamente.

No supimos qué responder.

-En los personajes. Los personajes de Shakespeare son maravillosos, cada uno de por sí, es una tragedia, un drama. Tienen profundidad, alma. Un personaje de un libro debe tener también un alma. Eso es lo que diferencia a un escritor de un escribidor.

-Los personajes dentro de la historia...- me atreví a decir.

-Al principio sí. Después, son los personajes que escriben la historia, y al final la historia adquiere vida propia.

-¿Y el escritor?

Dávalos miró largamente la pipa.

-No puede hacer otra cosa que escribir lo que la historia le dice.

Nos quedamos callados unos instantes. Pero yo tenía cosas que decir.

-Todo eso está empujando en mis sueños...

-Si... los personajes quieren nacer y vivir la historia que tu mente subconsciente está creando.

-¿Y de dónde la estoy creando si no soy consciente de ello?



-Todas las historias existen antes de ser creadas, basta estimularlas para que se manifiesten. En tu caso estoy seguro de cómo ocurrió.

Y miró a Eva y a mí alternativamente.

-El principio de generación, el impulso de crear, que normalmente toma la forma del deseo sexual. La energía que generan ustedes hace que Eva produzca los materiales iniciales y la energía para que la historia nazca.

Nos miramos con Eva y recordamos el umbral.

-¿Y ahora?, qué hacemos- preguntó Eva.

-Tú, simplemente déjate llevar, escribe cuando quieras, lo que quieras, lo que sientas. Así es la poesía.

-Y tú- dijo dirigiéndose a mí- comienza a escribir. Crea tus personajes, dales una historia, lo más detallada que puedas, dales sentimientos, esperanzas, frustraciones. Créales un pasado, un presente, insinúa un futuro. Define las interrelaciones. Todo, absolutamente todo.

Yo escribía a toda velocidad, pero algo de todo eso me sonaba muy inquietante. No puede definirlo, la ansiedad, la excitación, las enormes ganas de escribir casi me hacían estallar. Sí, Eva me había precipitado en el umbral.

Los días siguientes me aislé. Escribí sobre los personajes, sobre sus vidas, sobre la historia. No sabía quién definía a quién, no sabía si ellos vivían la historia o la generaban. Y me sentía viviendo en cada uno de ellos. Escribí los detalles de sus vidas, aun las mínimas anécdotas. Sus creencias, sentimientos, expectativas sobre la vida. Amores y desamores, enemigos y amigos. Sus relaciones con sus pares e incluso esboqué alguna historia de sus parientes. Era mucho más de lo que tenía yo.

Por supuesto que no iba a incluir todo esto en la historia que se estaba desarrollando en mi mente, pero, como decía Dávalos, estos detalles aparecerían en sus actitudes, en los diálogos, en sus reacciones. En pequeñas frases, o respuestas, o bien en detalladas justificaciones. En cada gesto, en cada acción, en cada actitud estaría reflejada la historia creada sobre cada uno de ellos.

Tendrían una vida repleta de vivencias y recuerdos. Tendrían un alma.

Por un tiempo dejamos de vernos con Eva, de común acuerdo. Ambos necesitábamos ese espacio de intimidad.

Tampoco fui a lo de Dávalos, y él no me llamó. Y en el trabajo tomaba notas, esbozaba frases, preparaba lo que iba a desarrollar en mi casa.

Ya los sellos no me molestaban, al contrario, creaban la atmósfera hipnótica necesaria para que pudiera pensar, crear.

Tenía los personajes, más o menos. Debía seleccionar un tiempo, un lugar, todo. Leí, investigué, busqué y me informé. Consulté documentos y gente experta.

Era algo curioso, excitante. Cuando se delinea un personaje –o varios- uno pone quién es, quién quisiera ser. Y todo aquello que íntimamente le duele.

En forma más o menos disimulada uno escribe el drama de su vida en todos los personajes del drama. Aunque solo el escritor lo sepa.

Seguramente por todo eso Dávalos decía que escribir es una terapia de autoconocimiento.

Y un día comencé. Aun no tenía el título. Pero había una trascendencia, una polaridad, un conflicto. Y personajes que vivían todo eso.

## (TÍTULO A DEFINIR)

### CAPITULO 1- PINO

*Querido hermano, imagino que no sales de tu asombro por haber recibido esta carta de mi parte. No solo por haberme comunicado contigo después de tantos años... y tantas cosas, sino porque no te llamé por teléfono, o te envié un mail, o cualquier cosa más inmediata. La carta, querido Pino, da espacio –y tiempo– para pensar, corregir, reconcentrarte en tu intimidad, sentir las palabras. Utilizar otro medio, es como tener una conversación estando apurados. Y ya corrimos mucho, Pino, demasiado. Es hora que nos detengamos, que miremos otras cosas. Después de todo ya pasamos los cincuenta...*

*Estoy muriendo, hermano. Pero estoy feliz como nunca antes. Sé lo que es la vida, quiero compartirlo contigo.*

*Quiero que vivas otra vida. Quiero verte, hermano. Quiero que descubras lo que yo descubrí.*

*Pino, recuerda nuestra niñez, cuando nos escapábamos para ir a pescar al arroyo mientras los viejos hacían la siesta en la casa del abuelo, cuando salimos, excitados y asustados de aquella casona abandonada al escuchar el primer crujido. Cuando me defendiste de aquel viejo que me golpeó. Cuando mamá nos trajo la perrita... siempre te quiso más a vos la Canela.*

*¿Te acuerdas de cuando buscábamos agua bajo tierra con una horqueta verde?*

*¿Y cuándo mamá nos curaba las heridas pasando su mano y dándonos un beso? Y cantaba aquella extraña canción que nunca entendimos...*

*Después conocimos a Laurita... fue nuestro primer desencuentro serio. ¡Y teníamos 9 y 12 años!*

*Y después todo empezó a cambiar, vinieron aquellos años... y Estela...*

*Pero quiero que recuerdes aquel sentimiento de nuestra maravillosa niñez, de nuestra complicidad, de la excitación ante el imprevisto de cada día, quiero que te sientas como en aquellos tiempos sin tiempo, tiempos de café con leche y de pan con manteca y azúcar al volver de la escuela. ¡Y a comerlo rápido para salir a jugar!*

*En nombre de esos tiempos te escribo, Pino. Para decirte que podemos volver a sentir lo mismo. Que podemos volver a la vida donde la felicidad del momento hace olvidar al futuro. Y al pasado.*

*En aquellos tiempos no nos dimos cuenta, Pino, pero habíamos descubierto el amor a la vida, ¡estábamos cerca de Dios!*

*Y podemos volver a estarlo.*

*No, querido hermano, no pienses en lo que vino después. Piensa en nosotros con el sentimiento de entonces.*

*Si lo logras, tal vez puedas venir aquí... y recuperar todo.*

*Sería demasiado largo relatarte todas mis vivencias en estos años y particularmente en este lugar. Y de poco serviría, pues te quitaría el placer de descubrirlo por ti mismo.*

*Solo puedo decirte una cosa: Pino, ¡aquí ocurren milagros!*

*Créeme hermano (nunca esta palabra me sonó tan fuerte y tan profunda), créeme. Y ven. Te prometo... la felicidad. Te lo mereces después de tanto tiempo y de todo lo vivido. Sé que vives solo... Y sé que no tienes nada por delante*

*Por favor, ven.*

*Te quiero mucho, quiero volver a ser hermanos. Es lo único que me falta para recuperar la felicidad totalmente.*

*Mario*

*Montecorvo, Italia.*

*Febrero de 2013*

Lentamente, mientras la avalancha de recuerdos todavía arrollaba su mente, Pino Rossi arrugó el papel y lo arrojó a un rincón.

No pudo evitar que su mano se dirigiera a aquel cordón en el cuello, del cual pendía una extraña cruz. En realidad no era una cruz, tenía forma de T con las puntas ensanchadas. Mucho tiempo después Pino llegó a saber que en realidad era una Tau. Y en medio de extrañas circunstancias, comprendió lo que significaba.

“Mamá”... ella se lo había regalado, una a cada uno.

“Mario siempre se pareció más a ella, mamá era buena y feliz. Siempre.

Pero Mario tenía también cosas del viejo, aquellos relámpagos de implacabilidad, de pasión.”

Pino era más tranquilo, más reflexivo. Pero su madre sabía captar la ira contenida que lo asaltaba a veces.

“Papá..., el viejo era un verdadero volcán. Solo mamá lo controlaba. Era un tipo gruñón, un poco cascarrabias, y con un corazón de oro. Toda su vida trabajando de empleado en la Comuna y esperando año a año una promoción que nunca llegó. Y era feliz, tenía a mamá y a nosotros, y era la época en que un solo sueldo bastaba para vivir a una familia como la nuestra. Pobre viejo, murió joven, un ataque cerebral cuando fue víctima de la gran injusticia. Por suerte no se enteró de los problemas que tuve con Mario. Sé que algo tuve que ver con su muerte. Eso no me lo sacaré más de encima.

Y mamá lo siguió pocos años más tarde. Feliz, como siempre.”

Cuando murió su madre, Mario estaba con ella. Pino no, ya se había ido, y todo había comenzado.

La madre lo miró muy dulcemente, le tomó las manos y le dijo:

-Mario... tú y Pino...

Mario sintió que sus manos se calentaban hasta quemarlo. Y se enfriaron repentinamente. Había muerto, sin dejar de sonreír.

Mario siempre quedó con la duda. ¿Qué habría querido decir?

Y Mario supo que había llegado su hora de partir, como lo había hecho su hermano. La familia ya no existía.

“Mario... después de tantos años, después de... todo aquello”, pensó Pino con sentimientos confusos.

Treinta años, desde que se miraron a través de aquella frialdad implacable, en la cual se buscaron afanosamente tratando de rescatar lo que una vez habían sido. Tal vez algo encontraron, porque no hicieron ni dijeron nada. Solamente... nunca más se vieron. Habían muerto el uno para el otro.

Ahora Mario parecía haber recuperado la felicidad. Pino la había perdido para siempre.

Y hoy le llegaba esta carta.

No se podría decir que la vida de Pino sea una hermosa aventura. No, ni hermosa, ni aventura.

Era un hombre solo. Que a veces quisiera tener sentimientos, enojarse, apasionarse, llorar...

“¡Yo que sé!, estar más vivo, supongo.”

No siempre fue así.

Pino salió a caminar.

Caminar por el centro de Buenos Aires en un día gris y lluvioso puede resultar una experiencia romántica. O bien uno puede sumergirse en las más negras cavernas de su mente. Pino sabía cuándo eso estaba cerca, por lo tanto comenzó a pensar en cada paso que daba, concentrándose en la respiración y en cómo se movía cada uno de sus músculos.

Era una técnica que había aprendido en el hospital, durante los primeros días cuando se recuperaba de sus heridas y aun no podía recibir visitas. No se la había enseñado ningún médico, ni por supuesto el personal de enfermería, que todos los días lo controlaban fría y especulativamente. Tal vez para saber cómo tratarlo mejor... o tal vez calculando cuándo se liberaría esa cama. Aunque lo más probable era que supieran perfectamente quién era él.

No, eso se lo había enseñado uno de esos ignotos y casi anónimos “acompañantes voluntarios”, que durante un par de horas se limitan a acompañar enfermos. A veces sin hablar, o a veces dicen cosas... Pero están allí, sin que nadie se los pida, solo para acompañar, para ayudar.

A veces, cuando el dolor se lo permitía, Pino les hablaba, para que sintieran que él sabía que estaban allí. Otras veces no podía hacer otra cosa que observarlos con desesperación. Un día una mujer joven lo entendió y le tomó la mano. Solo eso, sin decir nada. Fue una de las ayudas más valiosas que Pino tuvo en su vida.

No temía morir. Hasta lo había deseado. Pero no quería sufrir.

Después de una semana, apenas se sintió mejor, se le autorizó la visita.

Venían su madre y su hermano hasta el hospital de Palermo cuando don Cármine les conseguía un auto. Y esos momentos con su madre era como

estar en el paraíso. Desaparecían el dolor, la angustia y el temor, y sentía que se recuperaba, en cada visita un poco más.

Entonces Pino supo que no iba a morir.

Y ahora su hermano...

*“Estoy muriendo, hermano”, le decía Mario.*

Y la carta de su hermano despertaba cosas extrañas en las que el sufrimiento no estaba ausente.

Era pasada la una. La luz menguaba en la calle Santa Fe por efecto de los nubarrones. Al llegar cerca de Callao se metió en un bar.

*“Quiero que vivas otra vida”.*

Hacía varios años que vivía en Buenos Aires. No le disgustaba. Al principio había luchado con el idioma: pasar del italiano al español o viceversa no es tan fácil como se piensa. Pero una vez que lo dominó descubrió que estaba en una maravillosa e inmensa ciudad donde había muy buena comida, mucha mujer bonita y sin problemas de relación, espectáculos, paseos. Y un inmenso vacío interior.

En suma: todo muy diferente al pequeño pueblo de Belmonte Mezzagno, *U Mizzagnu*, como le decían en dialecto local. Un pequeño pueblo inserto en un valle de bellas colinas, cercano a Palermo, en su recordada Sicilia. Recordada... y basta. Nunca podría olvidar.

Ahora recorría Buenos Aires con su invisible mochila repleta de recuerdos muy bien guardados, y de vacíos que no lo dejaban en paz.

Cuando el vacío comenzaba a ahogarlo se iba de allí. Visitaba Mar del Plata, o la cordillera, o el litoral sobre el Río Uruguay. Y allí se deleitaba con la pesca del dorado.

Se acercó a la barra y pidió un Gancia. No porque le gustara particularmente. Todo el mundo lo pedía, y era la mejor forma de evitar que le miraran con curiosidad por el acento que aún no se le había borrado.

Toda la vida en Italia hablando el idioma o el dialecto local dejan una huella difícil de disimular.

Trajeron el Gancia. Lo bebió automáticamente.

Sí, Pino era un solitario. O mejor dicho, un tipo que quedó solo. Y se acostumbró. Ni siquiera necesitaba del cigarrillo para disimular su soledad. Había dejado de fumar diez años y siete kilos atrás.

El nivel de ruido del bar aumentó. En la mesa de al lado un muchacho fumaba, nervioso. Contento. Ella llegó cinco minutos después. Era hermosa. Le gustó esa pareja. Le gustó el ver que vivían una eternidad, que sentían que tenían toda la vida por delante. Y todo les era posible.

*“¿Cuándo fue que perdí eso, esa forma de sentir la vida?”*

Sí, fue en Sicilia, muchos años atrás, en otra vida. Cuando dejó de tener amigos, cuando se transformó en un soldado y sus sacos se rompían en el forro de atrás por el roce de la pistola. Cuando no había mucha diferencia entre el día y la noche.

Cuando perdió a Estela... lo único de humano que le quedaba. Y ahora, Mario le prometía “recuperar todo”. No a Estela, seguramente. Recuperar todo... se refería a la vida de felicidad. Sí, habían sido muy felices en la niñez. Como lo es todo ser humano antes de que la vida comience a moldearlo en la forma que se le antoje.

“¿Cómo me había localizado?”

No importa, supongo que a través de los tentáculos.

“Vivir otra vida...”, pensaba Pino con una cínica sonrisa que se insinuaba en la comisura de su boca mientras bebía el Gancia. A los 56 años y con la carga de su pasado... ¡se necesitaría un milagro para ello!

*“¡aquí ocurren milagros!”.*

Otro Gancia... Ya no le sentía el gusto. Era un pretexto, para permanecer allí, pensando que hacía algo, simulando disfrutar un momento de esparcimiento. Cuando en realidad su vida lo roía por dentro.

Miró a su alrededor. ¡Ja!, no era el único.

Recordó lo que decía un compañero: “A los bares se viene a tomar, a tomar. Y ninguna otra cosa. El que habla de pasar el momento, de distenderse, de encontrar amigos, está mintiendo. Aquí se viene a tomar.”, sentenciaba con énfasis.

Siempre pensó en esa frase. Miró una vez más la clientela. No, allí estaba lleno de “caretas”. Los bares donde se va a tomar como decía su amigo son distintos. Son oscuros, con el piso quemado por los cigarrillos, con olor rancio a tabaco barato y alcohol de todo tipo. A veces con un billar... Allí sí, se toma sin coartadas. Estuvo tentado de meterse en alguno de esos. Pero habría sido inútil, hubiera sido un pretexto para seguir recordando.

Sacó su celular.

-Tania... voy para el hotel.

Se miró al espejo. Cabellos grises, un poco largos, barba también gris, no muy larga, descuidada. Y se notaba que un tiempo fue delgado, a pesar del vientre que comenzaba a denunciar los años y los hombros un poco más caídos. Pero en general... bien. Su musculatura marcaba cierto tono. Todavía estaba para una mujer como Tania. Es el curioso el atractivo que generan los hombres de esta edad en las mujeres jóvenes. Nunca se lo pudo explicar.

Tania llegó a la media hora.

Tania tenía unos treinta años. Y un físico de atleta, claro, era su instructora de Kendo, el arte marcial japonés que enseña “el camino de la espada”. Un tema que siempre le interesó eso, de las espadas y las artes marciales. Y un día lo salvó en una situación peligrosa. Lo asaltaron dos muchachos con navajas y no tuvo tiempo de sacar la pistola. Pero llevaba en la mano el *bokken*, el sable de madera que se utiliza para los entrenamientos. Dos palazos en la cabeza a uno de ellos y el otro, huyó.

No olvidaba la cara de orgullo de Tania cuando se lo contó, aunque hizo esfuerzos por disimularlo. Tania era una persona muy racional, muy práctica. Y

casada. Eso nunca había sido un problema entre ellos, al contrario, sabían perfectamente bien que cosa querían uno del otro. Y lo daban con generosidad, sin ultrapasarse límites nunca dichos, pero muy claros.

Más allá de eso tenían una buena y amistosa intimidad.

Conocía a Tania desde hacía más de un año- como se dan esas cosas, un encuentro casual, un par de miradas fugaces pero muy claras, y ya está. Dos personas descubrían una parte de su vida que los complementaba en algún aspecto.

Le gustaba su físico, su naturalidad casi salvaje, su discreción, su pensamiento lógico y su conversación fácil. Y el sexo, claro.

Y esa tarde también había sido bueno. Y después charlaron, como hacían siempre que tenían unos minutos.

Tania tenía la particularidad de conocer bien a las personas a través del *kendo*. Y Pino no había sido una excepción. Un día, durante un *kumite* particularmente intenso, cuando los contendientes se dejan llevar y la espada pasa a ser una parte más del cuerpo, Pino despertó la parte peor de sí mismo. Habían dejado la *shinai*, la liviana espada de bambú, regulable para poder infligir golpes sin consecuencia y pasaron al sólido y fuerte *bokken*. Pino veía a través del *men*, cómo Tania se movía con gracia y sinuosidad aplicando sus golpes en forma medida y calculada, sin causar dolor. En tanto que él encontraba tan solo un vacío al momento de realizar su ataque.

Por un instante vio la brecha, vio por dónde descargar su golpe. Y no vio más a Tania ni sintió el ambiente que lo rodeaba. Eran tan solo dos combatientes y ganaría uno u otro.

Pino golpeó.

De inmediato reaccionó y se dio cuenta de su entorno y su realidad.

Tania no dijo nada, tan solo asimiló el golpe y contraatacó.

Ese día Pino recibió una paliza memorable. Cuando terminaron, mejor dicho cuando Tania terminó con él, estaba seguro de poder contar uno por uno los numerosos moretones de su cuerpo.

Después del baño fueron, como siempre, a tomar un refresco. Tania no hizo mención del incidente. Pero él sintió que debía decir algo.

-Tania... disculpa...

Ella, sin dejar de mirar el interior del vaso, negó con la cabeza.

-No es nada. Tienes una faceta salvaje interesante. Te hace rápido, despiadado... pero te puede llevar a cosas peligrosas para las cuales no estás preparado.

No pude evitar darle la razón. Sobre todo cuando recordaba los hechos de Sicilia. Tenía dieciocho años cuando don Calógero abofeteó a su hermano. El viejo terminó con un ojo hinchado, y Pino oculto durante tres meses. Lo había acogido don Cármine, el *Capo* rival de don Calógero.

Y claro, el resto de su vida tuvo que pagar la deuda. Hasta que tuvo que venirse a Buenos Aires: lo dejarían tranquilo, pero había hecho un juramento. No olvidar. Tampoco podía hacerlo: el dinero y la Palabra de Orden le llegaban



puntualmente todos los meses. En esa oportunidad habían sido muy ocurrentes: “cardenal amarillo”.

Tania tenía razón, podía llegar a ser despiadado, brutal. Y eso no le gustaba, quería ser otra persona, redimirse. Ella había comprendido todo perfectamente. Tal vez por esa aguda particularidad, también sacaba lo mejor de él durante el sexo...

Pino volvió al presente, Tania le estaba hablando.

-Pino, ¿qué puedes perder si vas?- le dijo mientras se vestía apurada para ir a buscar a su hijo a la escuela.

Pino pensó, dudó, y se sentó en la cama.

-Mario y yo tuvimos una hermosa niñez, es unos pocos años menor que yo, nada más, pero siempre fuimos opuestos. En todo, si yo jugaba en un cuadro, a lo que sea, el jugaba en el otro. Y viceversa. A veces pienso que me imitaba, pero al revés. Las muchachas lo preferían a él. A mi los animales..., tengo como un magnetismo para eso. Yo pensaba que él quería competir conmigo, y supongo que él pensaba lo mismo. Y cuando fuimos mayores todo fue claro. Yo me metí en líos... acepté una ayuda... y quedé comprometido. Entonces él fue para un lado y yo para el otro. Yo había entrado en eso simplemente por defender a Mario. Y después continué para solucionar un problema de dinero, acepté más ayuda. Y después... pasó lo que pasó. Destrozamos nuestra relación y destrozamos la familia. Y yo... yo... mejor no hablar.

Tania le miró y le apoyó suavemente su mano en el brazo.

Rápidamente se recompuso.

-Pero de eso hace mucho tiempo, Pino, las personas cambian.

-No sé... no quisiera pasar un mal momento, amargarme la vida... volver a Italia y a todo eso.

Tania lo miró un instante antes de espetar:

-¡Como si ahora fueras una persona feliz!

Pino no supo qué decir. Se molestó.

-Discúlpame...

-No, tienes razón... ¡tienes razón!

En ese momento tuvo conciencia del limbo en que había vivido todos estos años. Había pensado que al irse de Italia comenzaba una nueva vida. Pero no, solo había cambiado geográficamente, en su interior seguía rumiando los mismos pensamientos y los mismos sentimientos de antes. Y la sombra de un viejo juramento que lo perseguía.

“¿Qué podría perder...?”

Y Mario no era el mismo. Evidentemente. No sabía qué le había pasado pero nunca le hubiera hablado así, no era su forma de expresarse. Lo recordaba más punzante, más irónico, cada frase era una estocada que buscaba lastimar. Era una carta, claro. Las personas se expresan distinto cuando escriben, no existe el lenguaje del cuerpo, la presencia del otro que siempre te pone en guardia. El anticipar pensamientos por el gesto o la reacción ante tus palabras. En suma, la falta de intimidad, o tal vez demasiada.

Siempre pensó en escribir, no lo hizo precisamente por eso, porque temía liberar su intimidad. Era... como quitarse una armadura, una protección. Y quedar vulnerable ante su interlocutor. Se puede salir herido, muy herido. Incluso ante sí mismo. Su autoimagen lo observaría con cierto desprecio. Cuando pensaba en todas esas cosas se daba cuenta la falsedad del ser humano.

“¿Cuándo fui una persona de verdad, auténtica? Tal vez en aquella maravillosa niñez con Mario, con mamá y papá.”

*“cuando nos escapábamos para ir a pescar al arroyo mientras los viejos hacían la siesta en el rancho del abuelo, cuando salimos, excitados y asustados de aquella casona abandonada al escuchar el primer crujido.”*

*“...podemos volver a sentir lo mismo. Que podemos volver a la vida donde la felicidad del momento hace olvidar al futuro. Y al pasado.”*

Casi que recordaba de memoria toda esa carta.

-Tania, como siempre, tienes razón.

-¿Vas a ir?

-Sí, pero aun no sé por qué.

Tania lo miró largamente.

-Porque tal vez sea la única oportunidad que tienes de redención en tu vida.

-Tengo demasiadas ligaduras con mi pasado. Y muy fuertes.

-Como sea, es una oportunidad.

Buscó Montecorvo en el google. ¡En Umbria, el medio de Italia! ¿Qué estaba haciendo Mario allí?

“Otra vez Italia... esto me sucede cuando dejé algo sin terminar...”

Un pueblito de apenas mil ochocientos habitantes...

La curiosidad comenzó a ser tan fuerte como el rencor y como la nostalgia.

## CAPITULO 2 - MONTECORVO

El vuelo de Aerolíneas Argentinas lo dejó en Fiumicino, a pocos kilómetros de Roma.

Con el pasaporte de la Comunidad se le abrieron rápidamente las puertas de entrada a Europa.

Casi desconocía Roma. Decidió pasar allí unos tres días.

Al atardecer se alojó en un hotel pequeño y barato cercano a la estación de Términi, sacó dinero del cajero automático y se fue a caminar sin rumbo.

La primavera estaba cerca, pero al atardecer el frío comenzó a apretar.

Caminó, al principio sin rumbo, como hacía siempre cuando buscaba que el ritmo y textura de un lugar nuevo entren en su interior sin previos conceptos o lecturas.

Y al poco tiempo más de dos mil años de historia cayeron sobre su espíritu. Era simplemente maravilloso. La presencia de los edificios de la época romana conjuntamente con lo medieval y la modernidad actual. Nunca había pensado en su país desde ese punto de vista. Se preguntó cómo influiría todo eso en el ser íntimo del italiano, particularmente del romano. Una influencia pesada, intangible, de la que seguramente pocos fueran conscientes, pero que sin duda algún tipo de *imprinting* dejaba. Aun por debajo de la chabacanería del romano normal, aun por debajo de las ridiculizaciones que provenían de la Segunda Guerra Mundial, aun por debajo de la corrupción y de las bandas. Sí, aun por debajo de todo eso estaban los grandes *condottieri*<sup>1</sup>, las legiones, el Senado, los grandes filósofos y el Renacimiento con toda su carga. Un lugar donde cristianos, judíos, alquimistas y cabalistas dejaron las huellas de lo que sería la espiritualidad de occidente. Una cultura que definió lo que hoy es Europa.

Y también, por supuesto, el papado. Y toda la potente presencia de su pasado y su presente.

“Un pueblo criado por lobos”, como escuchó decir un día.

En tanto su Sicilia pertenecía a un mundo diferente, donde sonaban aun los ecos de los fenicios, de los árabes, de los Templarios y normandos, de los Borbones. Y por detrás de todo, como magnífico telón de fondo, estaba Ulises, su Odisea, sus cíclopes, sus implacables diosas, sus vengativos dioses y sus irresistibles ninfas. Y los imponentes templos de Agrigento, testigos eternos de la arquitectura griega.

De todo ello se había creado “la Sicilia”.

Y también de lo oscuro, de lo violento, de lo brutal...

Con el pequeño plano que le dieron en el hotel, pronto llegó a La Fontana di Trevi; estaba repleta de estudiantes y turistas, un auto policial que controlaba todo con dos agentes bastante aburridos, gente que sacaba fotos, flashes por

---

<sup>1</sup> Generales.

doquier y una especie de atentado ambiental con todos los que arrojaban moneditas a la fuente.

Le gustó. Después de un rato fue a comer una pizza en uno de los restaurantes cercanos, en una callecita pequeña e iluminada.

Le gustó Roma, mucho, tal vez por la nueva visión que le daban los años pasados en el extranjero. Durante un par de días la recorrió, normalmente a pie.

Pero al otro día ya no aguantaba más. Era como esos momentos en que uno tiene algo que hacer y sigue haciendo otras cosas, o su rutina. Pero no puede quitarse eso, que se siente en la parte de atrás de la cabeza. Sí, es como si estuviera atrás y abajo. Allí se le fijaba la sensación de urgencia, de curiosidad, de ansiedad, que sentía ante la perspectiva de ver a Mario y todo lo que dejaba entrever en su carta.

Y por sobre todo, la sensación de algo inminente, y muy importante. Era como estar asomándose lentamente a un...

Al día siguiente reservó un "albergo" y compró un boleto de tren para Santa María degli Angeli, la estación más cercana a Montecorvo.

Lo que tienen de bueno los viajes en tren es que permiten pensar a la propia velocidad. Algunos se entretienen con sus computadoras de todos los modelos imaginables, otros leen, otros duermen. Pino optó por una duermevela casi auto hipnótica que le permitía pensar sin rumbo. Y tampoco en esa oportunidad llegó a conclusión alguna, pero algo sucede, algo se ordena en ese ejercicio.

La distribución geográfica de Italia es curiosa, prácticamente no existe una campiña extensa y poco poblada como en Argentina o en algunas zonas de España. Italia es una sucesión interminable de pueblos y ciudades, cada uno con su propia historia y sus propios misterios.

El alta voz del tren le anunció la inminencia de la llegada a Santa María degli Angeli.

Un taxi lo llevó al hotel, pequeño, sencillo, limpio, con desayuno.

De inmediato preguntó en la conserjería cómo podía hacer para llegar a Montecorvo.

-Pero mire que aquí hay mucho para visitar- fue lo que le dijo el joven empleado- está la iglesia, toda la historia... y la ciudad de Asís. Una verdadera maravilla.

-Gracias, en otro momento. Estoy buscando a mi hermano.

El muchacho lo miró y sospechó algo urgente y serio. No insistió con su propuesta turística.

-Lo mejor es que lo lleve un auto, no es muy lejos de acá- y luego de un par de llamadas le dijo que todo estaba arreglado. Como se acostumbra en Italia, en lugar de llamar a un taxi o automóvil de servicio, llamó a un amigo que con su coche podía trasladarlo a un precio menor. Saldrían a la mañana siguiente.

Aprovechó la tarde para dar un paseo.

Santa María degli Angeli es una población moderna, de calles anchas, algo que no siempre se ve en Italia. Desde varios ángulos se ve la ciudad de Asís – Assisi para los italianos- como un gran cinturón que rodea la ladera del Monte Subasio. Y en un extremo, la magnífica Catedral de San Francisco, el santo local y el santo de toda la Italia.

Llegó a un centro comercial pequeño y moderno, y una plaza donde se yergue imponente la Basílica de Santa María degli Angeli con su enorme virgen dorada en el tope del frontispicio.

Pino todavía no lo sabía, pero era un lugar al que habría de volver a dar una gran vuelta de tuerca a su vida.

Partieron pasado el mediodía después de degustar de un almuerzo sencillo. Pero con pasta, claro, no podía ser de otra manera. Pino se dio cuenta de cuánto había extrañado todo aquello.

El conductor, un joven de treinta y pocos años, lo miraba de reojo mientras la Fiat Punto avanzaba por la E-45.

Pino seguía mirando todo a través de sus lentes negros que le proporcionaban intimidad y un cierto sentido de seguridad. Es decir, lo que sienten todos y no se animan a decirlo.

El conductor decidió que era suficiente el tiempo pasado y, como hace todo el mundo en Italia con el extranjero, preguntó a boca de jarro, sin tapujos y en un dialecto un tanto cerrado.

-¿Usted es periodista o está enfermo?

Pino no entendió la pregunta y le pidió que le hablara despacio italiano.

Lo hizo. Pino no entendió, ahora, el sentido de la pregunta.

-Ni uno ni lo otro- respondió un tanto secamente.

-Siciliano, ¿no?

Pino no respondió.

Siguieron en silencio por un kilómetro.

-Disculpe, pero ¿qué va a hacer a Montecorvo, entonces?

Suspiró.

-Estoy buscando a mi hermano.

-¡Ah, entonces su hermano es enfermo o periodista!

No le respondió, no tenía ningunas ganas de conversar. Pero la insistencia sobre el punto lo dejó con curiosidad.

Un poco más tarde le señaló una población a su izquierda.

-Montecorvo- dijo.

Montecorvo era como todos los pueblitos de esa zona, y de tantas otras de Italia. Se encontraba sobre una montaña de unos cuatrocientos metros de alto, en las estribaciones del Apenino italiano. A medida que se acercaban pudo distinguir una especie de explanada con numerosos automóviles y algunos comercios, más arriba el caserío principal, y después un bosque de robles que parecía rodear la colina; y unos cientos de metros más arriba, en la cúspide, se veían los restos de la muralla y las casas de lo que debería ser el barrio

histórico, con la figura enhiesta de un antiguo castillo, aparentemente bien conservado, justo en la cima.

Por detrás, el bosque de robles parecía rodear al castillo y extenderse en una enorme masa verde hacia las más altas cumbres.

Y a unos quinientos metros hacia el norte, en una colina vecina y casi perdida entre los robles, se veía una pequeña iglesia blanca. Antigua, y seguramente deshabitada.

Todo lo demás eran viñedos, enormes extensiones de viñedos.

Pino descendió, pagó y despidió al hombre.

Y allí quedó, sin tener la menor idea de a dónde ir o qué cosa hacer. En ese momento sintió como una sensación de vacío en el estómago y de debilidad en las piernas. No por temor o inseguridad, sino porque por delante se extiende lo desconocido e infinito. Y todas las posibilidades de la vida. U otro estrepitoso fracaso...

Comenzó a observar. Los automóviles aparcados eran comunes y corrientes, pero eran muchos, muchísimos automóviles para lo que debería ser el tamaño de ese pueblo. Lo que desentonaba eran tres camionetas grandes, las tres con antena satelital en el techo y dos inmensos ómnibus de excursión.

Una de las camionetas era de la televisión española. Se acercó.

Un hombre de mediana edad estaba sentado al volante en medio de la nube de humo de un porro.

-Buenas- saludó en español.

No obtuvo respuesta, el hombre siguió en su paraíso mirando al infinito. O no mirando nada.

-¿Me puede informar algo de este pueblo?- insistió.

El hombre comenzó a reír en silencio y a tomarse la cabeza mientras se sacudía convulsivamente.

-No- dijo con una voz ronca que denunciaba un pasado, y un presente, de tabaco y alcohol –mejor no, averigüe usted.

-Gracias- le respondió secamente y se alejó.

-¡Pregunte por Inés!- le gritó el hombre mientras Pino se alejaba.

Se detuvo.

-¿Dónde?

Hizo una seña de que siguiera subiendo.

-¡Vafanculo!- le gritó.

El tipo sonrió con expresión de felicidad y saludó con la mano.

Era sencillo, tenía que subir hasta encontrar a seres humanos.

Se dirigió hacia un antiguo portal rodeado de fosas un tanto profundas y con paredes verticales.

“Portal de Augusto”, rezaba un cartel que indicaba que las fosas eran una excavación arqueológica.

A Augusto le habían adjudicado portales y construcciones diversas por toda Italia.

Miró a un lado y a otro, miró hacia arriba, hacia la parte superior de la construcción, y pasó por el portal con la sensación de que entraba en otra dimensión.

De inmediato apareció un conjunto de casas todas similares, bajas y pintadas de blanco. Casas de unos cuarenta o cincuenta años de construidas, varias con profundas grietas en sus paredes denunciando la frecuencia de los terremotos en esa zona, alguno de ellos había sido muy fuerte, según se enteró después.

Casi naturalmente se encontró subiendo por el viejo empedrado de una antigua calle flanqueada por casas más antiguas y algunos negocios.

Algunos *“bed and breakfast”* y pequeñas cantinas y comercios con cerámicas locales denunciaban la presencia frecuente de turistas. Y no circulaban automóviles, excepto uno de la policía, claro.

Un orgulloso cartel decía: “Montecorvo, la capital del vino”.

Unos cien metros más adelante comenzó a aparecer gente.

De todo tipo, de todas las edades, caminando con expresiones de alegría mientras conversaban animadamente, o bien silenciosas y serias. Pero nadie parecía indiferente. Allí sucedía algo.

Numerosos inválidos en sillas de ruedas o muletas subían o bajaban trabajosamente por el empedrado, siempre flanqueados por otros que le ayudaban. Y sacerdotes, curas de varias órdenes diferentes, caminaban rápidamente en grupos de a dos o tres, con expresiones adustas y concentradas.

Las cantinas y cafés parecían a esa altura repletos de gentes que conversaban animadamente. Y obviamente, ninguno era del lugar.

La nota disonante fueron algunos pocos peregrinos que se dejaron ver entre los turistas. Vestían harapos y portaban un cayado. Y sus pies calzados con leves sandalias, o bien descalzos, estaban enrojecidos por la intemperie y el frío.

Varios de ellos estaban siempre rodeados de grupos de gente que les hablaban y preguntaban. Algunos le tocaban las ropas o el cayado. Y otro se besaba la mano que había tocado las ropas del peregrino. Algún otro era flanqueado por las cámaras de televisión y los periodistas que casi le metían el micrófono en la boca ante las protestas de la gente. Pino nunca había sido religioso. Bueno... en su iniciación había jurado por la Madona... pero eso... había sido antes... El tema de los peregrinos le llamó la atención y lo archivó en su memoria para averiguar acerca de ello.

No pudo evitar recordar las palabras de su hermano: *“acá suceden milagros”*.

Pino siguió caminando, ascendiendo hasta llegar a una plaza. Lógico, tenía que haber una plaza. Con la sede de la Comuna y una iglesia, ambas cerradas. Y el infaltable automóvil de Carabinieri estacionado, como cada vez que se producen multitudes de algún tipo. Dos agentes de lentes oscuros estaban inmóviles en el interior. Pino estaba seguro de que dormían.

Entró en una de las cantinas. Era un salón un tanto oscuro y con un techo bajo del cual colgaban varias piernas de jamón. Había unas ocho mesas repletas de gente que hablaban animadamente. Al fondo, una barra protegía a un gigantón barbudo y con cara de cansancio que debería ser el dueño. Una muchacha joven repartía platos humeantes entre las mesas.

Se acercó a la barra, se acomodó en un taburete alto y pidió un vino y un poco de salame locales.

-Unas "tapas"-, me dijo al captar mi leve acento español.

Le sonreí asintiendo.

-Siciliano. Que vuelve después de años.

El hombre asintió en silencio mientras preparaba el pedido.

El vino era muy bueno, tinto, casi tibio, espeso y suave, como le gustaba. El salame no estaba mal. Y el pan era horrible.

Bebió y comió un rato en silencio; y después preguntó:

-¿Qué está pasando en este pueblo?

El gigantón se secó las manos con un trapo de color indefinido y sacudió la cabeza.

-No sé cómo explicarle. Hace un par de meses la gente empezó a hablar del Santo...

-¿Qué cosa?- interrumpió Pino, extrañado.

-Un tipo..., dicen que curaba. Varios aseguraron haberse curado de cosas graves. Uno que andaba en silla de ruedas salió caminando. Pero la verdad, es que nadie le creyó nunca que estuviera enfermo. Decían que se hacía el inválido para cobrar la pensión, y cuando supo que la Guardia de Finanzas lo investigaba, se vino para acá a "curarse por milagro". Pero sea como sea, la gente empezó a venir al pueblo. Y yo no me quejo.

-¿Y los periodistas también vienen a ver al santo ese?

-No solo, hubo un problema hace un mes...

El hombre se puso serio y pareció dudar.

-¿Qué pasó?

-No sé... nadie lo sabe bien. Fue de madrugada. Se escuchó como si de la montaña descendiera algo... hacía un ruido fuerte, como si fuera una enorme roca que rodara. Yo lo escuché. Al otro día aparecieron varias puertas destrozadas, y animales muertos por todos lados. Los viejos del pueblo dicen que eso ya había sucedido antes, pero temen entrar en detalles.

Calló un instante.

-Avisaron a la policía. Nada. Ni rastro. Y varias personas se fueron del pueblo. La noticia trascendió y entonces vino la TV. Pero después no se habló más del hecho. Y todos se ocuparon del santo.

-¿Y qué puede haber sido?- preguntó Pino, extrañado.

El hombre se encogió de hombros.

-No sé, tal vez un oso. Sería raro, muy raro... pero... O un pequeño terremoto...

-¿Hay terremotos acá?

Me miró como si fuera marciano.



-¿Que si hay terremotos?!, ¡éste es uno de los peores sitios de Italia!- y comenzó a enumerar una larga serie de eventos telúricos.

No supe qué decirle ante el extraño relato. Pero la verdad es que mi Sicilia no se quedaba atrás en movimientos de tierra. Y por añadidura... ¡dos volcanes!

-¿Conoce a Mario? Mario Rossi.

Me negó con la cabeza.

-¿Quién es?

-Mi hermano. Lo estoy buscando. Me escribió para que lo encontrara acá, en este pueblo.

-Ni idea, señor. Lo más probable es que sea un periodista de los tantos que vinieron, ¿no?

-No, mi hermano no es periodista.

-Entonces vino a curarse. Ya lo va a encontrar.

Pino optó por no insistir y terminó el vino.

-¿Alojamiento?- preguntó antes de irse.

-No va a encontrar nada, está todo lleno.

Hizo una mueca de desagrado y se fue.

-¡Hable con el cura!- le gritó el hombre cuando llegaba a la puerta. -El cura sabe todo y conoce a todos. Y tal vez lo aloje.

Afuera comenzaba a refrescar.

Lo más importante era conseguir alojamiento.

Además, tenía que encontrar al cura y a esa tal Inés que le dijo el de la camioneta de la TV.

La iglesia estaba cerrada, y de Inés... ni idea.

Comenzó a deambular y a juntarse a grupos de periodistas y gentes. En todos lados escuchaba lo mismo: el santo y eso extraño que había sucedido. Y todo centrado en la plaza y sus alrededores. Por lo demás, el pueblo terminaba en el bosque de robles en la parte superior y a los lados se derramaba suavemente en un conjunto de casas y los enormes viñedos que iban desapareciendo a medida que se descendía.

Comenzaba a oscurecer. Volvió a la plaza. Uno tiende siempre a ubicarse en el centro cuando tiene dudas o está por hacer algo. Y en su caso, tenía dudas. Muchas dudas.

Comenzó a pensar que todo esto era una locura y lo mejor que podía hacer era dedicarse unos días al turismo en Italia y después darse una vuelta por Sicilia a visitar a antiguos amigos.

“Mejor no, no es una buena idea. ¡Para nada!”

Mientras tanto, decidió pasarla lo mejor posible.

Entró en un pequeño restorán, sencillo y con mucho sabor local. Los manteles a cuadros rojos y blancos en las mesas, ventanas de madera con cortinas de paño verde, y las luces, suavemente amarillentas en faroles bajos y coquetos, daban una sensación de calor e intimidad.

Había gente, conversando animadamente como en todo el pueblo. Pero encontró una mesa chica y se sentó.

Mientras miraba el menú, llegó una muchacha joven ataviada con un delantal blanco y con papel y lápiz en la mano. Le sonrió y sin decir nada trajo una jarra de cerámica con vino tinto y un simpático vaso también de cerámica y con asa. Probó el vino y asintió con la cabeza. Era del mismo tipo del anterior, delicioso. Ordenó una sopa que según se detallaba, era hecha con hierbas y contenidos locales, y después un *stinco* de cerdo<sup>2</sup>; asado y con papas también al horno.

Y de postre pidió una muestra de los principales quesos locales.

La muchacha apuntó todo diligentemente, sonrió otra vez, y simplemente comentó: -La sopa de la *mamma*-. Y se marchó.

Apareció al rato con un pequeño plato con salame y unas *brusquetas*<sup>3</sup>. Ideal para acompañar el vino mientras esperaba.

Comió un poco y degustó el vino, lentamente, haciéndolo resbalar por toda la boca y descender suavemente por la garganta hasta ser consciente de su calor en el estómago. Un placer.

Miró distraídamente alrededor sin ver nada en particular, excepto las paredes que parecían literalmente tapizadas de botellas de vinos de todo tipo.

Cerca, al frente, una pareja conversaba en voz baja. Por lo que pudo escuchar, eran holandeses. Y el equipo que descansaba en una silla a su lado y en el suelo los denunciaba como periodistas. Le gustaban los holandeses, parecen gente sencilla, culta y sólida en sus principios y su cultura. Y a veces imprevistos y hasta extravagantes. Pero no pensaba hablarles, le iban a decir lo que le habían dicho todos. Y Pino no tenía ganas de hablar.

Llegó la comida. Deliciosa, reconfortante. Comió consciente y alegre hasta que sus pensamientos comenzaron una vez más a vagar.

“¿En qué se había metido Mario?!” se preguntó una vez más. Estaba seguro de que estaba enfermo. Pero, ¿qué había pasado con él al punto de ir a ese lugar a buscar un santón que lo cure?

“*Estoy muriendo, hermano.*”

No podía olvidar esas palabras. Cuando uno se la ve venir... recurre a cualquier cosa para evitar la muerte. ¡Y no hay problema en volverse creyente o religioso!

Sí, eso debería ser.

Lo que lo sacó de su rumia mental fue algo que escuchó. Era algo distinto, reconocible por encima del sonido sordo y monótono de las voces del lugar, por encima del ruido de cubiertos, de platos y vasos.

Sí, alguien había dicho algo en español. Y estaba detrás de él.

Antes de volverse y entablar una conversación que tal vez no deseara, se recostó en la silla y prestó atención.

---

2 Parte inferior de la pata del cerdo.

3 Rodajas grandes de pan, normalmente tostado, con tomate picado y aceite de oliva encima, o bien otros aderezos.

Eran las voces de dos hombres y una mujer. Madrileños, a juzgar por el acento de ellos. Y ella tal vez valenciana, por la forma de cortar las palabras al final. Muy diferente al castellano de Buenos Aires al que estaba acostumbrado.

Pero no estaban charlando, estaban discutiendo.

-Esto no da para más- dijo uno de ellos.

-Pero tenemos indicios- acotó la mujer.

El otro hombre se limitó a mascullar algo en sentido despectivo, Pino no pudo entender lo que decía, pero por el tono comprendió cómo venía la cosa.

-Si le dices indicios a un montón de habladorías, a varios santones muertos de frío y a un par de sugestionados que dicen haber sido sanados...

-¡No son un par, son varios!- acotó ella con vehemencia.

Pino se interesó de inmediato. La mujer parecía joven; continuó.

-Y está lo otro, lo del hecho ese que...

El segundo hombre la interrumpió con brusquedad.

-¡Por favor! Si le dices indicios a varias plantas aplastadas, a perros que ladraban y a un ruido extraño... ¡Nadie vio nada!

-Pero nadie se anima a hablar- insistió ella.

El primer hombre volvió a la carga.

-Como sea, Inés, nos vamos mañana temprano. No podemos seguir gastando a cuenta de algo tan incierto. Además, estoy aburrido de este pueblito. Y no me gustan los italianos.

¡Había encontrado a la tal Inés! Por supuesto, eran periodistas.

La joven que servía las mesas pasaba cerca y los miró con expresión de desprecio. Evidentemente había entendido.

Y a juzgar por el silencio ellos se dieron cuenta.

La joven susurró algo en tono de reproche.

Continuaron en silencio.

Uno de ellos pidió la cuenta.

La joven se la trajo. Pagaron.

-Guárdese la propina- escuchó que decía en español con acento italiano.

Las sillas se movieron cuando se levantaron.

-Enrique- dijo la mujer -Yo no me voy.

Se hizo un silencio.

-¿Y qué vas a hacer, vas a renunciar al trabajo por una nota que no sirve a nada? ¡Joder!

La joven demoró en responder.

-No me voy. Diles que me liquiden el sueldo. Yo llamo para decirles a dónde me lo tienen que enviar.

Un corto silencio.

-Como quieras- respondió el tal Enrique algo molesto. -Adiós.

Se levantaron. Uno de ellos dijo, casi con placer.

-No tienes un euro.

-Adiós- respondió ella. Le temblaba la voz.

Pino esperó unos instantes y se giró un poco.

Ella estaba abatida, la cabeza casi colgaba de sus hombros y las manos estaban fuertemente apretadas hasta blanquear los nudillos.

Era una mujer de treinta y pocos años. Bella, sin dudas, serenamente bella muy pálida y delgada, elegante. No podía ver sus ojos, pero sí el suave perfil y la nariz recta. Y sus largas pestañas... Sus cabellos eran de un castaño caoba, y los ataba con una cola alta.

Vestía sencillamente: jeans, botas, una camisa clara y un buzo oscuro de cuello grande y algo pesado.

Había finalizado de cenar y sus manos entrelazadas estaban apoyadas sobre la mesa.

Pino tomó el vaso de vino y la botella, se levantó y giró hacia ella.

-¿Me permites?- dijo con su mejor sonrisa. Algo que normalmente es lamentable.

Pero el idioma con acento surgió su efecto y lo miró con curiosidad. Tenía unos ojos hermosos, grandes, de color oscuro Y a veces reflejaban con tonos de violeta.

“Asombroso”, pensó Pino.

Ella lo observó con el ceño un tanto fruncido.

-Me habló de ti un joven que estaba en una camioneta en medio de una nube de humo- explicó rápidamente Pino al ver la expresión de desconfianza.

-¿Y qué te dijo?- preguntó algo irónicamente. Pero aceptando el tuteo.

-Nada, le pedí información sobre el pueblo porque vi que era español, por el vehículo, y me respondió: “Busque a Inés”. Después escuché que te nombraban y me di cuenta que te había encontrado.

Lo miró durante un instante. Pino continuaba de pie. Se irguió un tanto.

-Sí, discúlpame, toma asiento- dijo rápidamente.

Pino suspiró y se sentó.

Le tendió la mano.

-Giuseppino Rossi. Pino.- aclaró

Ella le dio un apretón firme con su mano delgada y sus dedos largos.

-Inés- dijo simplemente.

Pino vio su vaso vacío y le hizo una seña con la botella. Ella asintió en silencio. Le sirvió un poco de vino.

-¿Qué quieres saber?

-Quiero saber qué está pasando aquí. No estoy enfermo ni soy periodista- adelantó- Me escribió mi hermano pidiéndome que venga, y aquí estoy. Lo estoy buscando, hace años que no lo veo. Se llama Mario.

Quedó un instante en silencio.

-Y me dijo que estaba muriendo.

Asintió con la cabeza y lo observó por encima del vaso. Su mirada era algo inquietante, fija, sin pestañear, sin revelar nada.

Pero por debajo había algo de animalito herido.

Suspiró y tomó un sorbo de vino.

-A mí me mandó la televisión, soy periodista. Tengo que hacer una nota de cosas raras que suceden acá.

-Sí, algo me dijeron. Hay gente que cura...

Negó con la cabeza.

-No, es una sola persona. Y nadie la vio. Todos hablan y algunos dicen haber sido curados. Muchos de ellos no se sabe de qué cosa y otros se marcharon antes que los pudiera investigar.

-Y algún simulador, también...- agregó él.

Se encogió de hombros y asintió.

-Sí, como siempre.

Hicieron un silencio.

-Te quedaste...- le dijo, sabiendo que en esa pregunta arriesgaba mucho.

Lo miró sin expresión.

-Sí...- debo completar la investigación.  
Pino tomó un poco de vino sin dejar de mirarla.  
-Pero te despediste de tu trabajo.  
Sus ojos brillaron con enojo.  
-Sí, quiero hacer una nota free lance. Preguntas en forma impertinente, ¿sabes?  
Trató de sonreír, sin éxito.  
-Sí, disculpa, deformación profesional...  
-¿También periodista?  
Había cometido un error.  
-Ex soldado, en Sicilia. Desde hace años que vivo en Argentina.  
-No existen los “exsoldados”, ni los “experiodistas”. Una vez que pruebas lo eres para siempre.  
Pino optó por no entrar en detalles, tendría demasiadas cosas que explicar.  
“Es inteligente. Y dura”.  
Inés sonrió suave, irónica.  
-Por tu edad... y en Sicilia... Imagino que debe haber sido movido.  
No supo qué contestar.  
-Tranquilo- me dijo sonriendo –Está todo bien. No eres el primero que conozco.  
Pino no estaba seguro de que ella supiera lo que estaba diciendo.  
Tomó su vino en silencio.  
Ahora le sonrió abiertamente.  
-Tú preguntas incisivo y yo también...  
Tenía razón.  
-¿Pido otra botella?- preguntó Pino- Digo... para volver a la neutralidad.  
Seguía sonriendo.  
-Sí, pero de medio litro. Y algo dulce.  
Llamaron a la camarera y después de unas consultas ordenaron una torta de chocolate y medio litro de vino tinto.  
-Cuéntame de tu hermano.  
Pino se acomodó en la silla. Ella comía su trozo de torta.  
-No sé... con mi hermano hace años que estamos separados. Él optó por otra cosa.  
Ella asintió en silencio. Dramas de ese tipo existían por todo el mundo. Hermanos enemistados, familias desgarradas, divorcios, amigos perdidos o muertos. Y...  
-Después de años, muchos años,- continuó Pino- me envió una carta. Muy personal, muy sentida. Recordando nuestra vida juntos. Y pidiéndome que venga. Y aun no sé por qué... vine.  
Ella quedó unos instantes pensativa. Pino calló, se limitó a esperar.  
-Acá sucede algo raro- dijo Inés.  
-Sí, lo de las supuestas curaciones.  
-No sólo.  
-Sí, me contaron de ese ruido extraño y las plantas aplastadas. Me dijeron que puede ser un oso, a juzgar por los animales muertos.  
Ella movió la cabeza en gesto de duda.  
-Te diría que hay que verlo.  
-¿Lo has visto? ¿Tú que dices?  
-Que es más que eso de unas plantas aplastadas.  
-¿Podemos verlo?

Se encogió de hombros.

-Mañana en la mañana... –respondió.

-¿Dónde me puedo alojar?

Negó con la cabeza.

-No hay nada libre en el pueblo.

Ahora sí que estaba en un lío. Sin alojamiento y sin transporte.

-¿Tienes auto?- preguntó.

-No, vine en un taxi.

-¿Y qué piensas hacer?

Pino abrió los brazos, impotente.

-No sé, no tengo la menor idea. Me dijeron que buscara al cura. Tal vez me ayude, pero la iglesia está cerrada.

-Yo también tengo que hablar con el cura. Parece que él puede estar informado. Pero desapareció, no sé dónde anda. Mañana me dedico a eso.

Hicieron un silencio y terminaron el vino.

-Y... ¿no tienes una cama libre en tu habitación? –preguntó Pino con un hilo de voz.

Inés se enderezó y lo miró con frialdad.

-¡No, no, no! Nada de eso, tranquila. No tengo intención.

Lo siguió observando, desconfiada.

-Si me ayudas a pagar el alojamiento, tengo una cama libre.

Suspiró, aliviado.

-Te pago hasta la comida

Sonrió.

Pino tuvo que reconocer que esa noche le costó un poco dormir.

La habitación estaba en el piso superior, era sencilla, con dos camas. Sin duda había sido improvisada como consecuencia de la gran afluencia de gente.

Se cambiaron de ropa en el baño y Pino hizo lo posible por no incomodarla ni mirarla cuando se acostaba.

-Buenas noches.

-Buenas noches.

Pero no fue fácil. Su perfume, suave y delicioso, y un cierto aroma a jabón y a piel joven y limpia... Pino no podía evitar sus pensamientos. Cuando se dormía cayó en la cuenta de que no era solo un deseo animal...le recordaba... ¡Bah!... un poco de deseo sí había, pero el sentimiento principal era... se durmió. Su último pensamiento fue para muchos años atrás. Lo bloqueó rápidamente, como estaba acostumbrado a hacerlo cada vez que la angustia y el dolor mordían.

Cuando se levantó, la mañana era clara y aun agradablemente fresca.

Inés dormía profundamente y optó por no despertarla.

Bajó a desayunar.

Estaba finalizando su *capuccino* con *cornetto* cuando ella apareció. Estaba pálida, muy pálida. Y parecía a punto de derrumbarse.

Pidió lo mismo que Pino. Y no habló. Llegó el desayuno y comenzó a beber lentamente de la taza; la mirada perdida en algún punto de sus recuerdos.

-¿Dormiste mal?- le preguntó él.

Asintió en silencio.

-Tengo una hija- dijo sorprendidamente –Tiene seis años- sus ojos se llenaron de lágrimas. Esperó un instante y continuó.

-Soy divorciada desde hace cinco años. Y mi ex-marido se fue al África a trabajar en el petróleo y nunca más supe de él. Me dijeron que había muerto en Libia.

-¿Y dónde está tu hija ahora?

-Con una amiga. Yo no tengo más familia.

-Ni yo.

-Tienes a tu hermano...

No supo qué contestar.

-Hace años que no nos vemos. Estuvimos enemistados... no sé.

Pino cambió de tema.

-Como sea, si encontramos a Mario, nos puede decir dónde está el santón ese. Y tú puedes tener tu nota.

-Sí...- dijo ella con cierta duda.

-Tenemos tiempo.

Negó con la cabeza.

–Tenemos que dejar mañana la habitación, está reservada.

Bueno, ahora sí que tenían un problema.

-Busquemos al cura- le dijo Pino.

-Sí, y de paso te muestro el lugar de los hechos.

El sol ya calentaba cuando fueron a la iglesia.

Una vez más, estaba cerrada, y uno de los tantos peregrinos franciscanos estaba sentado en la escalinata de acceso.

Inés, con naturalidad y desenfado, se sentó a su lado. Pino se acercó y permaneció de pie.

El hombre les sonrió. Tenía seguramente más de cuarenta años, parecía algo sucio. Bastante sucio a decir verdad. Y calzaba las sandalias franciscanas de rigor.

“Por lo menos éste no está descalzo”.

-No soy el santo, solo soy un peregrino franciscano- le dijo a Inés, seguramente previniendo lo que le habrían preguntado decenas de veces en esos días.

-¿Y usted, qué está haciendo acá?- preguntó Inés en un italiano bastante “castizo”.

-Acá ocurren milagros, es tiempo y suelo sagrados. Quiero vivirlo. ¿Y ustedes, buscan sanación?

-Él busca a su hermano, que está muy enfermo- dijo señalándome con el mentón. -Yo... busco una... sanación espiritual, digamos.

“¡Le mintió como un cosaco!”, pensó Pino, “y no sé por qué razón. Tal vez para no decir que era periodista”.

-¿Cuánto hace que peregrino?- continuó Inés.

El hombre miró hacia abajo y pensó unos instantes.

-En realidad, desde que nací. Peregrinaje consciente, digamos... unos cinco años. Como todos.- agregó y miró a Pino con una semi sonrisa en la boca.

Pino se sorprendió.

-Por qué me lo dice- preguntó. Y agregó –Me llamo Pino, y busco a mi hermano Mario.

El hombre lo miró pensativo, sin dejar de sonreír.

-Toda búsqueda es al final una búsqueda de sí mismo. Yo comencé buscando paz, quería alejarme de malos recuerdos. Y terminé encontrándome en la fe.

-¿Y por qué franciscano?- preguntó Inés.

El hombre se encogió de hombros.

-Porque lo que buscaba lo encontré acá. Y lo que acá se siente, y se vive, es todo lo de San Francisco. Esta es su tierra. Hay que sentir las fuerzas locales. Es lo que primero nos influye. ¿No le parece?- preguntó dirigiendo su mirada una vez más hacia él.

Pino se sintió otra vez inquieto. Ese tipo penetraba en el fondo de su mente. Recordó una extraña experiencia sucedida en el Brasil años atrás.

Estaba en San Pablo, visitando un enorme templo budista en compañía de una joven paulista con la que había entablado una cómoda y excitante relación... ocasional, por supuesto. El templo estaba rodeado de plácidos y hermosos jardines, lagos y puentes de madera con estilo oriental. Había numerosas salas para estudio y meditación y un fuerte olor a incienso inundaba todos los ambientes.

Su amiga lo condujo al templo central. Las paredes estaban repletas de inscripciones que indicaban los nombres de antiguos monjes. Y, según se afirmaba, incluso las reliquias de dichos monjes se encontraban detrás de cada inscripción. Había una especie de altar, en el centro y adelante, y numerosas filas de sillas de forma adecuada a la meditación. Los colores rojo y dorado predominaban y cada tanto se escuchaba el suave tañido de un gong.

La muchacha lo invitó a meditar. Pino no era para afecto a esas cosas, pero por acompañar a la joven y dejándose llevar por la invitante atmósfera reinante se ubicó en una de las extrañas y cómodas butacas, cerró los ojos y dejó su mente en blanco, tal como le había indicado su amiga.

Por supuesto, con la expectativa de experimentar sensaciones acordes al budismo y al ambiente que lo rodeaba.

Estaba entrando en un estado adecuado cuando una imagen muy vívida apareció en su mente, pero extrañamente separada de su pensamiento. Era un hombre negro de unos cincuenta años, vestido con traje blanco, sombrero del mismo color y camisa negra, fumaba un cigarro oscuro y sonreía maléficamente. Se movía de un lado a otro y rengueaba al caminar. La imagen lo miró y le dijo en un portugués cerrado: "yo lo voy a cuidar a usted mientras esté en Brasil, pero cuando se vaya... yo voy a cobrar".

Cuando finalizamos le contó la experiencia a la joven. Ella quedó pensativa y le dijo:

-Es Ze Pilintra, una divinidad, una fuerza local. Es de cuidado, está atento cuando decidas irte de Brasil.

Efectivamente, Pino pasó una de sus más hermosas vacaciones. Hasta que decidió irse. El día anterior a la partida fue atacado por una fiebre tremenda que lo atormentó todo el viaje. "Un principio de dengue", le diagnosticaron al llegar. Algo bastante normal en las ciudades donde había estado, pero devastador por las consecuencias físicas de extrema debilidad que produce.

Desde entonces Pino quedó atento y respetuoso de las llamadas "fuerzas locales", que pertenecen a los rasgos culturales de cada lugar.

Y tal como dijo el peregrino, allí era el punto central de la potente referencia religiosa del santo de su país: San Francisco de Asís.

Fiel a su profesión, Inés siguió preguntando.



-¿Y qué me dice de ese misterio del ruido, las plantas aplastadas y los animales muertos?

El hombre la miró serio, luego jugó un rato con su cayado dibujando cruces sobre la tierra y respondió.

-Es algo... serio, peligroso. Preferiría que se lo preguntaran al cura.

-Nunca lo encontramos. La iglesia está siempre cerrada.

El hombre pensó unos instantes antes de responder.

-No es al cura de la iglesia que deben buscar. Es a otro sacerdote que se ve poco. No anda por acá, se lo ve con los peregrinos, o cuando alguien lo busca.

-¿Y dónde lo encontramos?

-Detrás del monte, en un claro del bosque de robles, hay una pequeña capilla. Allí lo van a encontrar, pero no lo digan a nadie.

-Disculpe, gracias. Pero, ¿y por qué nos lo dice a nosotros?- preguntó Pino.

-Porque están buscando- respondió. Y antes de que pudieran decir otra cosa se levantó y se marchó.

-¡Se llama don Antonio!- les gritó cuando se alejaba.

Pino e Inés lo vieron alejarse mientras algún turista se acercaba a preguntarle algo.

-¿Qué hacemos?- preguntó Pino

Inés suspiró.

-Tenemos que ir a verlo. Es la única oportunidad de encontrar un alojamiento. Vamos, y de paso te muestro las huellas de... eso que bajó de la montaña.

Siguieron subiendo por la ciudad hasta donde finalizaban las casas. Más allá, hacia el sur, comenzaban las enormes extensiones de viñedos que se extendían por todo el lado de la montaña y continuaban por las colinas vecinas. Toda la parte norte estaba oscurecida por el espeso bosque de robles que se extendía hasta la cima. Y allá arriba... el castillo.

Inés se encaminó hacia el bosque.

Apenas llegaron al linde Inés señaló las huellas.

No se parecían a nada, era como si un vehículo grande hubiera arrasado con la vegetación sin dejar huellas de neumáticos. Algunos árboles mostraban grandes raspones y ramas bajas rotas.

Hacia el pueblo no se veían casi huellas excepto un portón arrancado, un seto aplastado y un gallinero donde según decían habían aparecido unas gallinas muertas, también aplastadas, y un pequeño cordero muerto en la misma forma. Montaña arriba las huellas se perdían en una especie de túnel que se adentraba en el espeso bosque.

Caminaron un rato y a medida que subían el silencio exterior se hizo evidente. Los pájaros no cantaban, ni los insectos zumbaban. Era como si un halo de opresión hubiera caído sobre la naturaleza.

Instintivamente Inés se acercó a Pino y le tomó del brazo.

Cuando salieron del bosque, una hora después, vieron las casas del barrio histórico. No se veía persona alguna por los alrededores. Y más allá, el castillo. Una pequeña voluta de humo negro salía de una de sus chimeneas.

Sin decir palabra comenzaron a descender por otro lugar, alejado unos quinientos metros del extraño túnel de vegetación destrozada.

Se encaminaron por una huella natural de animales y todo cambió. Ahora era la vida que había vuelto, con sus trinos, sus zumbidos y sus olores.

Inés suspiró aliviada.

-¿Qué te parece todo esto?- preguntó.

Pino se encogió de hombros en señal de duda.

-No me lo explico. Pero acá no se trata de habladurías. Acá algo pasó. Algo como un camión, pero sin dejar huellas.

-Alguna huella había...

-No las vi.

-Eran como una especie de pozos cada dos o tres metros.

-No sé, no me di cuenta. Puede ser algo natural del terreno. Como sea, parece algo de cuidado. Algo un tanto... brutal.

De pronto comenzaron a percibir un olor fuerte, a cosa salvaje. Y súbitamente un gruñido sordo, prolongado y amenazador.

Se detuvieron de inmediato y Pino le hizo un gesto de silencio.

El gruñido aumentó. Inés estaba muy asustada.

-¡Es un oso, Pino, es un oso! O es la cosa esa...

Pino negó con el dedo índice. A través de los arbustos dos ojos amarillos los observaban amenazantes. Y comenzaron a desplazarse de lado sin dejar de observarlos.

-¡¿Qué eso?!- preguntó Inés, aterrorizada.

-Un lobo. No te muevas ni lo mires a los ojos.

El animal, sin dejar de gruñir, se acercó con las patas dobladas y la panza cerca del suelo. Era una actitud que indicaba un ataque en cualquier momento.

Pino se agachó, puso una rodilla en tierra, bajó la cabeza sin mirarlo y extendió la mano derecha hacia el frente, colgando, inmóvil. Sin ningún signo de amenaza.

El lobo gruñó un poco más, hizo una especie de ladrido de alerta ante el movimiento y se agazapó un poco más, deteniéndose. Después de unos instantes eternos siguió desplazándose de un lado a otro con movimientos sinuosos a medida que se acercaba centímetro a centímetro desnudando más y más los enormes colmillos.

Pino seguía inmóvil, e Inés, con la espalda contra un árbol, no dejaba de temblar mirando de reojo lo que sucedía.

Pino seguía con su vista clavada en el suelo y no se movía. Sentía el aliento de la fiera sobre su mano.

Ahora el animal gruñía más bajo, aunque en forma sostenida. El olor era fuerte, y su hocico estaba ahora a unos veinte centímetros de la mano de Pino.

El gruñido cesó. Ahora el lobo le olía la mano detenidamente. Hizo un movimiento y colocó la cabeza debajo de la mano. Cuando estuvo seguro, Pino lo acarició muy suavemente, varias veces. El lobo le dio un rápido lengüetazo y se apartó.

Unos muy suaves aullidos se escucharon provenientes de la espesura.

El lobo se alejó saltando y completamente en silencio.

Pino se irguió lentamente. Sudaba. Inés estaba pálida y su boca temblaba.

-¿Qué... qué fue eso...?- preguntó con un hilo de voz.

-Una loba. Y estaba con los cachorros cerca. Tuvimos mucha suerte, seguro había algún otro observándonos.

-¿Cómo sabías qué hacer?

Pino se encogió de hombros.

-No lo sabía, traté de mostrarme sumiso y no aparentar peligro alguno. Siempre me llevé bien con los animales.

Inés respiró hondo.

-Vamos, salgamos de aquí. No aguanto más.

Se dirigieron hacia el oeste. El bosque quedó atrás y una hilera de suaves colinas se extendía delante de ellos.

En una de ellas se divisaba una pequeña casa muy blanca.

-Don Antonio- dijo Pino -Vamos.

Ella asintió y lo tomó nuevamente del brazo.

Algo importante había cambiado después de compartir la terrible experiencia.

El bosque, las huellas de la cosa, la loba. Todo se constituía en una expresión de animalidad a la cual no podían sustraerse.

El estado de excitación, de salvajismo instintivo compartido, comenzó a desaparecer a medida que se acercaban a la capilla.

-¿Sentiste... cosas... sensaciones?-preguntó ella.

-Sí- respondió Pino con un suspiro- Y fuertes.

Ella le apretó el brazo.

Estaba feliz con esa intimidad, se sentía protegida. Pero no sabía si tenía la libertad de disfrutar ese instante. Algo muy pesado estaba siempre presente, algo que...

Pino señaló.

La capilla era muy pequeña y muy blanca. Parecía brillar con la fuerte luz del mediodía.

Desde donde estaban podían ver dos personas en el frente. Uno de ellos, de unos setenta años de edad era fuerte y robusto, vestía jeans y camisa a cuadros tipo leñador, y una boina que dejaba asomar una cabellera grisácea y un poco larga. El otro era uno de los numerosos peregrinos, sumamente delgado y encorvado, que se alejó antes que ellos llegaran.

-Buenos días- saludó Inés, sin darse cuenta en español.

El hombre se secó la transpiración de su frente antes de responder.

-Buenas.

-¡Habla español!

-Viví varios años en España- respondió con aire de cansado.

-Buscamos a don Antonio, el párroco.

-Un servidor...

-¿Usted es el cura?- preguntó Pino, asombrado.

El hombre asintió en silencio y los miró con aire un tanto indiferente.

-¿Y ustedes, quiénes son, por favor?

Ambos se presentaron.

El cura los miró atentamente.

-¿Cómo dieron conmigo?

-Nos lo dijo un peregrino que estaba en la puerta de la iglesia.

-Okey...- dijo y fue adentro de la capilla.

Pino e Inés se miraron sin saber qué decir.

El cura apareció con dos sillas.

-¿Me ayuda?- dijo dirigiéndose a Pino- la otra silla está detrás de la puerta.

Eran tres confortables sillas de madera, tipo tijera, con asiento y respaldo de lona y unos cómodos posa brazos.

Se sentaron. El cura parecía descansar satisfecho y miraba el bosque y el valle más abajo.

-Desde aquí no se ve el pueblo. Por eso me gusta este lugar. Y además, para no responder preguntas ociosas a turistas impertinentes y en busca de aventuras.

“Espero que no seamos eso”, pensó Inés.

Una joven apareció por detrás de la iglesia con una bandeja donde se veían tres vasos y una jarra con limonada. Era muy bonita, bella, se podría decir. Vestía a la usanza local, una falda blanca, amplia, por debajo de la rodilla y una camisa suelta. El cabello muy negro estaba recogido en la nuca en un moño simple. Sus ojos eran de un dorado intenso, algo rasgados, y enmarcados por gruesas pestañas. Era de estatura mediana y con un cuerpo proporcionado que se podría adivinar como muy hermoso si ajustaba la camisa y la falda. Sirvió a cada uno de los presentes con una tímida sonrisa y depositó la bandeja en el suelo.

-Gracias- dijo Inés.

La joven le sonrió sin responder y miró a don Antonio.

-Gracias Ágata, si necesito algo te aviso.

Con una inclinación de cabeza hacia los presentes la joven se retiró en silencio.

-Es muda, pero no es sorda. Es monja.- aclaró don Antonio.

Pino levantó las cejas sorprendido.

-Es muy joven- dijo Inés.

Don Antonio tomó un sorbo de limonada y la paladeó, satisfecho.

-¿Qué tal el paseo por el bosque?

Inés respiró hondo y le relató la fuerte experiencia con la loba.

Don Antonio escuchó atentamente mirando a Pino de vez en cuando.

-Sí, hay una pequeña jauría de lobos por estos montes, tres o cuatro. Y ahora me dicen que hay cachorros...

-Sí. Por lo menos los escuchamos- respondió la joven.

El cura miró a Pino.

-¿Y usted, siempre “danza con lobos”?

Pino sonrió.

-Es la primera vez que veo uno. No sé... siempre me llevé muy bien con los animales. Es algo extraño, pero de alguna forma nos entendemos.

-Sorprendente, sorprendente. Una verdadera comunión con la naturaleza.

-¡Eso! -dijo Inés- Después que pasó todo, la sensación era muy extraña. Excitación, nerviosismo. Pero era agradable.

-También vimos las huellas de esa cosa- agregó Pino.

El cura se puso serio y Pino no dejó de advertir que su mirada se dirigía por un rápido instante hacia arriba.

-Sí, las huellas venían de allí- dijo Pino.

Antonio suspiró. -No sé qué puede ser eso. Pero estoy seguro de que no es nada bueno. En fin... cuenten qué están haciendo por acá.

Los tres bebieron antes de hablar.

-Deliciosa- dijo Inés -Yo... bueno, no estoy segura. Al principio buscaba una nota, soy periodista, ahora no sé... todo esto es tan extraño... Es como si usted supiera que va a encontrar algo y no sabe qué es.

-Por lo pronto quisiera conocer al santón, a esa persona que cura- agregó.

Antonio la miró entrecerrando los ojos y no respondió.

Fue el turno de Pino.

-Yo, como le dije antes, estoy buscando a mi hermano. Me mandó llamar diciendo que estaba aquí y que estaba enfermo. Supongo que está en busca de ese sanador, o curandero. Se llama Mario, y tiene unos años menos que yo.

-Usted no es español- dijo don Antonio.

-No, soy de Sicilia, vivo en Buenos Aires desde hace unos cuantos años.

El cura asintió.

-Bien, veamos qué puedo hacer por ustedes... ¿Dónde están alojados?

-Ese es el otro problema- dijo ella- no tenemos alojamiento y no hay un solo lugar disponible en todo el pueblo. El peregrino nos mandó con usted para ver si podía hacer algo.

El cura se pasó la mano por la barba, un tanto descuidada, y dijo: -Bueno, se pueden arreglar en la casa canónica, en el pueblo. Digan que los mandé yo.

-Uf... gracias- dijo Pino- ya no sabíamos qué hacer.

-Es una pieza sencilla. Si pueden colaborar con algo para la comida...

-Con muchísimo gusto.

-Vengan que les muestro la capilla. Es mi pequeña Porciúncula.

-¿Qué es eso?- preguntó Pino.

-Otro día, mañana tal vez, les cuento.

Entraron. El ambiente era fresco y un tanto sombrío rodeado de paredes que definían una forma octogonal. La luz entraba por unos sencillos vitrales formando una corona de rayos que se centraba sobre lo que sería el altar.

Inés y Pino quedaron sorprendidos. No había crucifijo ni nada parecido. Tan solo una estatua pequeña, aparentemente de madera, medía unos sesenta centímetros de alto y representaba a una mujer; a una virgen. Sus ropajes eran largos, con signos extraños, y ostentaba una vela en la mano izquierda. Su expresión era hierática. Era completamente negra, ¡y tenía trenzas! Estaba sentada sobre una especie de silla sin respaldo. Tanto la expresión como la postura, hacían recordar un tanto a las estatuas de dioses y faraones egipcios. Y todo el conjunto se erguía sobre un promontorio de tierra oscura y apretada.

-Es una Virgen Negra, también llamada Virgen Morena. Existen unas cuantas en Europa y también en América.

-¿Y qué significa?- inquirió Pino.

-Preferiría hablar en otro momento, si no les importa. Solo quería que la vieran. Es una cosa interesante. Ahora tendría que trabajar un poco en la albañilería, esto necesita mantenimiento continuo.

-Sí, disculpe- dijo Pino

-Vuelvan mañana a mediodía y almorzamos juntos.

-Con mucho gusto.

Se saludaron y se dirigieron hacia la puerta. Inés se detuvo y lo miró.

-Disculpe... pero, ¿por qué no tiene un Cristo y una cruz?

Don Antonio sonrió y poniéndole una mano amistosa en el hombro siguió caminando hacia la puerta.

-Porque no me gusta el Cristo sufriente. Prefiero a Jesús.

Pino lo miró con afecto.

-“Al que anduvo en la mar.”

-¡Exacto!

---

---

Eva estaba desnuda en la cama y sin nada que la cubriera. Un espectáculo delicioso.

Estaba terminando de leer mi historia.

Dejó los papeles a un lado y me miró con una leve sonrisa que danzaba alternativamente entre su boca y sus ojos oscuros.

-Mira, te diré que...

La interrumpí con un gesto.

-Si vamos a hablar de esto te pido por favor que te vistas. No puedo concentrarme.

Soltó una carcajada, se levantó y comenzó a vestirse. No pude evitar percatarme de que lo hacía lentamente, como dándome tiempo a arrepentirme del pedido. Resistí.

Un poco después estábamos instalados en el living y ella había preparado café para ambos.

-Bueno, Daniel, tienes tu historia... ¿Por qué en Italia?

No supe bien qué responder, me había tomado por sorpresa.

-No sé... comencé a investigar, a leer, y supe que todo tenía que ser allí, por lo que viene después. Fue algo natural, te diría que inevitable.

-Entonces tienes todo el desarrollo.

-Sí... y tengo el hilo general de hacia dónde va. El problema es cómo terminará. Porque yo sé cómo quiero que se desarrolle, pero las cosas se están planteando diferentes y esto puede terminar mal.

-¿Cómo que "puede terminar mal"? Eres tú quien decide la historia y la crea.

-No estoy tan seguro, te explico. Ya planteé la historia, sé las próximas instancias, y tengo escrito todo el pasado de los principales actores. Si cambio algo de eso, esta historia muere, o me queda incoherente. Esto va tomando su vida y su propia velocidad, y yo comienzo a sospechar que solo puedo contarla. Es como si echaras a andar algo, lo pones en movimiento y observas qué hace.

Eva lo miró asombrada.

-Pues, ¿te has convertido en un escritor!

-Si esto es ser un escritor, es algo bastante diferente a lo que había supuesto. Por lo menos en este género. Uno se mete en los personajes, quisiera ser como ellos en varios aspectos. Tienen una vida plena, un pasado...

-Bueno, tú también.

Quedé callado unos instantes. Eva había tocado un punto que me angustiaba.

-A veces lo dudo. Pero no quiero hablar de eso. Por lo menos por ahora. Es una sensación de vértigo, me supera, y me hace sentir mal.

-Ok. ¿Cuál es el próximo paso?

-Tengo que contar algunas cosas de la historia de los personajes, tienen que aparecer otros, y por sobre todo tengo un gran problema: no pude definir la amenaza, no sé aun qué es eso monstruoso que arrasa con todo lo que se le cruza. No sé siquiera si existe. Pero sé que allí hay algo extraño y peligroso. Y debo definirlo.

-Sí, a mí también me intriga eso, porque va a definir el nivel de fantasía de la obra.

Suspiré y la miré por unos instantes. Terminé mi café. Estaba frío.

-Eva, cuando me pongo dentro de esto que estoy haciendo, no sé si nuestra propia vida no es una gran fantasía.

Ella me miró asombrada.

-¡Cómo has cambiado, Daniel! Y en tan poco tiempo.

Abrí los brazos sin saber por qué, me sentía impotente.

-Uno no puede pasar por una experiencia artística sin experimentar un cambio. Sí, lo leí, no es un pensamiento mío, pero es verdad. Ni yo mismo me reconozco.

Me miró con una mezcla de simpatía y admiración.

-Pues te puedo asegurar que a muchos escritores, y muy consagrados, cuando llegan a la parte en que esto se transforma en un trabajo, cuando las editoras apremian con los tiempos, o con otro libro "ya", entonces los ves correr velozmente por los renglones. Sus obras son un refrito de todo lo que escribieron antes, sus personajes casi no cambian. Y cualquiera puede decir que es una experiencia artística. Tal vez lo hayan experimentado al principio, cuando comenzaron. Después los mató el dinero, o se terminó su creatividad.

-¡Eso último es imposible!

Eva sonrió.

Me había salido de adentro, fuerte, sin pensar.

-Daniel, todo es posible en la literatura.

-¿Vas a hablar con Dávalos?- me preguntó después de unos instantes.

Ya había pensado en esa posibilidad.

-No. No necesito a Dávalos ahora. Te necesito a ti.

-¿A mí?- preguntó con desconfianza y asombro.- ¿Y por qué razón?

Necesito inspiración. Ya sucedió antes. Necesito leer alguna poesía tuya, cualquiera. Sea lo que sea, alguna repuesta va a salir de allí.

Eva suspiró y se levantó. Fue hasta un pequeño armario, lo abrió y sacó un cuaderno grande.

-Allí están. Elige la que quieras.

Estaba seria, algo turbada. Lo entendí. Estaba entrando en su intimidad más profunda. La poesía es algo más personal, mucho más íntimo que la narrativa. Me di cuenta cuando leyó las primeras poesías tuyas. La impresión era de un tipo emotividad para mí, desconocida. Supongo que depende de quien lo viva, claro. A otro puede parecerle una banalidad. Pero el lazo creado entre Eva y yo, tal vez unos instantes antes de leer su primera poesía, seguramente en su primera mirada, hacía que mi experiencia de escucharla fuera algo profundo, motivador, inspirador. Algo que había golpeado certeramente algún ámbito oculto y profundo de mi mente.

Sentí que tenía que respetar eso y no revisé el cuaderno.

-Gracias Eva, de corazón, gracias. Pero veré solo la última. Y lo que tenga que ser... será.

Ella me miró con los ojos húmedos.

-Gracias a ti. Por entender.

Abrí el cuaderno de atrás para adelante y busqué su última poesía.

El nombre no decía mucho: "Barro". Sin embargo... tenía un nombre. Y eso ya de por sí era algo.

Leí.

Sí, del barro he nacido

Y no escuché el latido de mi existencia

No fui hasta que tus manos, sabias y sagradas  
Escribieron en mí, las palabras de la vida  
Entonces te conocí, y supe que era hombre  
Porque en ti me reflejé y en ti viví  
Hasta que tu infinito pensamiento termine con mi existencia.  
Hasta que tus manos me borren del Libro de la Vida  
Y mientras tanto, como un simple y elemental humano  
Te adoraré, a ti Creador.

Quedé pensando. Como siempre, conmovido por el sentido de trascendencia de las poesías de Eva.

-¿Qué te inspiró?- pregunté

Se encogió de hombros.

-No sé... algo del Génesis, casi seguro. Pero algo más, como me pasa siempre. Aquí yace algo más.

De pronto brotó en mi mente el leve relámpago de un recuerdo, apenas una luz, pero suficiente para que todo adquiriera sentido.

Y algo se precipitó en mi interior, no podía contener la ansiedad.

Y apenas pude hablar. La emoción me colmaba.

“¡Y dentro de mi propia cultura! Siempre ignorada, siempre negada. Y siempre allí, presente, al acecho de las instancias cruciales de mi vida.”

-Creo que lo tengo, sí, es eso, todo encaja. Y creo que hasta tengo el título de mi libro.

Eva me miró emocionada.

-No sabes lo que significa esto para mí...- me dijo.

Y ambos nos abrazamos con fuerza, con mucha fuerza. Hasta dejar de sentir quién era cada uno y quién era el otro. Sumidos en la magia de la creatividad.

Al día siguiente me levanté temprano. Saludé a Eva con un beso fugaz y salí.

Desayuné en el bar de la esquina pensando en mis próximos pasos. Descubrí que el impulso creativo también daba hambre.

Al poco rato estaba en la puerta de una Sinagoga.

“¡No lo puedo creer. Yo... aquí!”

Entré. Tal como recordaba, todo estaba sumido en penumbras, maderas y solemnidad. Por mi mente desfilaron momentos poco agradables de mi *Bar Mitzvá*. Recordé a mi padre... y muy poca cosa más, solo aquello por lo cual había venido.

Apareció un hombre, joven, de unos cuarenta y pocos años. Vestía sencillamente y ostentaba una barba profética. Me miró con simpatía.

-Si...

Me presenté y le di la mano.

-Shalom.

-Shalom.

-Necesito hablar con un rabino.

-Soy yo.

Por un momento dudé. No sabía cómo plantear la duda que me había llevado hasta allí. Al fin, sin querer seguir pensando mucho, me decidí. Respiré hondo y dije:

-Necesito ayuda.

-¿Espiritual?- preguntó el rabino sin hesitar.



-En cierta medida, pero más bien cultural.

Y sucintamente le expliqué todo. Bueno..., casi todo. Más bien centré mi pedido en el significado de aquel recuerdo que había despertado la poesía de Eva. Tenía que saber más de eso. Mucho más.

Cuando finalicé me miró largamente y asintió en silencio.

-Venga, Daniel Kahn. Vamos a tomar un café en mi oficina.

Y allí me explicó todo.

Cuando me fui comprendía perfectamente el drama de Pino y sus opciones. Y ahora también conocía la monstruosa amenaza que lo acechaba.

Podía obtener su deseada e inconfesa redención.

O podía perder su alma para siempre.

Y también podía morir.

Y lo peor de todo: yo tenía las claves, que no podía construir literariamente, para que ellos descubrieran todo.

Mis noches comenzaron a ser casi una eterna pesadilla, donde vagaba entre mundos diferentes y realidades alternadas.

Sin saber dónde me encontraba.

Por la mañana me despertaba aturdido. O, más bien, definía una de las realidades.



### CAPÍTULO 3 - ANTONIO

Nevaba. Lenta y suavemente, copos grandes, mansos; mientras la noche comenzaba a teñir de violeta oscuro aquella montaña inserta en los Apeninos de la Calabria.

La mujer avanzaba lentamente, la capa de nieve había comenzado a tapar la senda y la marcha se hacía lenta y cansadora.

Era una mujer joven, y muy pobre a juzgar por sus vestiduras, varias capas de sacos y buzos de lana, una falda larga, y un gran manto la cubrían casi por completo y protegían el pequeño bulto que llevaba en sus brazos.

Las lágrimas comenzaban a congelarse en el rostro de la joven, ya bastante quemado por el sol, los fríos y la intemperie.

Entre la cortina de nieve que caía alcanzó a ver la oscura sombra del convento de las hermanas Clarisas, en una meseta cercana a la cima de la montaña.

Era de noche cuando llegó.

Al lado de la puerta principal había un acceso muy pequeño inserto en la pared. La joven lo abrió y apareció la consabida báscula rotatoria.

Con mucho cuidado depositó su envoltorio, hizo girar la báscula hasta que todo desapareció en el interior mostrando tan solo un panel de madera.

La joven cerró la puertecilla, tiró de un cordón y se alejó rápidamente. De todas maneras nadie iba a salir a mirarla, pero quería alejarse cuanto antes, no solo de la situación, sino del instante del peor drama de su vida.

Montaña abajo la joven se permitió llorar desgarradoramente mientras una angustia que sería eterna oprimía su pecho.

En el interior del convento Sor Laura y Sor María se miraron en silencio al escuchar el toque de la campanilla. Hacía años, muchos años que no sonaba... Fueron rápidamente hacia la entrada.

El niño había comenzado a quejarse por la falta de calor materno.

Sor Laura lo alzó y lo inspeccionó detenidamente. Estaba bien alimentado y bastante bien vestido.

-Un varoncito...

Sor Laura suspiró. Tenía ya sus años, y estaba bastante acostumbrada a la dureza de la vida. No así su compañera, joven y razonablemente espantada por todo lo que podría significar que les dejaran aquel niño.

-¿Qué día es hoy?- preguntó Sor Laura.

-San Antonio.

-Pues Antonio se llamará, y que Dios lo proteja.

-Y será franciscano, como nosotras- agregó Sor María en una firme demostración de su sentido de pertenencia.

Sor Laura la miró con severidad.

-Será lo que deba ser. Lo que el Señor disponga.- sentenció mirando reflexivamente al bebé que ahora sonreía tranquilo al sentir el calor del cuerpo de la monja.

Antonio creció solo. Y casi completamente en silencio.

Tal como había dispuesto el Obispo, las monjas se limitaban a darle las enseñanzas de rigor para el mantenimiento de su educación, además de los cuidados personales en lo que hace a salud y alimentación. Lo alojaron en una de las celdas de clausura para las monjas. Un alojamiento de piedra gris, con

otra pequeña habitación para el baño. La única nota de color la daba la ventana que se abría hacia un hermoso jardín con mucho verde y algunas flores.

Allí, durante horas y noches pobladas de preguntas sin respuestas, Antonio trataba de comprender la vida y a sí mismo. Y viendo la fuerza de esa vida y sus ritmos alternar en el jardín año tras año, Antonio, sin saberlo, comenzó a adquirir sabiduría.

Cuando tenía siete años Antonio pidió para trabajar.

-Me parece muy bien- dijo Sor Laura- que se ocupe de la limpieza y que ayude a don Pietro.

Don Pietro tenía una edad indefinible, tal vez sesenta, o más, y había llegado al convento hacía ya un par de años, mendigando alojamiento y comida. Y ofreciendo su trabajo a cambio.

Lo tomaron provisoriamente hasta que el hombre pudiera salir de esa situación. Pero, como ocurre normalmente, llegado a ese extremo es muy difícil romper hábitos que se han formado en la adaptación, comodidad y conveniencia de todos.

Y así don Pietro se quedó. Era un hombre callado, respetuoso y gran trabajador. Tenía buenos hábitos de higiene, se levantaba al amanecer y nunca pedía nada. De vez en cuando las monjas le compraban algo de ropa.

Además de la limpieza, don Pietro se encargaba de las compras, para lo cual utilizaba una vieja camioneta que guiaba hasta el pueblo distante a unos diez kilómetros. Nadie le preguntó nunca si tenía libreta de conducir.

Nunca se detuvo en el pueblo más de lo necesario y rara vez hablaba con alguien. Y cuando lo hacía era por lo relativo a las provisiones que necesitaba.

Algunas veces del pueblo habían comenzado a tejer toda clase de leyendas acerca de su pasado. Pero nadie lo supo verdaderamente, porque don Pietro parecía huir de todo lugar que no fuera su propio interior.

En el convento, el hombre tenía su alojamiento en la pequeña habitación detrás del depósito de los elementos de limpieza. Tan solo una cama sencilla, una mesita con silla, un armario empotrado en la pared y un lavatorio. El baño estaba afuera, casi en el límite de la muralla del convento.

Las hermanas decían que hacía sus oraciones al retirarse a dormir. Pero la verdad es que nadie lo había visto hacerlo.

Al pasar por la capilla cuando ingresaba por primera vez en el día para efectuar la limpieza, miraba fijamente el crucifijo en el altar y con el puño cerrado se tocaba el centro del pecho. No se persignaba jamás, ese era todo su homenaje, y nadie lo entendía.

La única vez que alguien le vio una actitud que pudiera ser considerada como religiosa, fue ante un altar de la virgen. Era una virgen oscura, casi negra, con expresión hierática, tenía un cirio verde en su mano izquierda y su manto estaba lleno de extrañas inscripciones. Estaba sobre un altar sencillo en una pequeña nave lateral. Mediría unos cincuenta centímetros de altura.

Pero la "actitud religiosa" de Pietro, como fue definida por las hermanas, se limitaba a mirar fijamente la imagen con expresión de concentración. Tan rígido y hierático como la misma estatua.

Algunas hermanas aseguraron que lo habían visto asentir con la cabeza y musitar por lo bajo palabras inaudibles.

A partir de entonces don Pietro fue tratado con cierto respeto y curiosidad, por más que él mantuvo siempre su actitud humilde y obediente.

Don Pietro nunca le había dirigido la palabra al niño, y Antonio lo miraba con cierto temor.

Cuando se presentó como su ayudante Pietro lo miró con el ceño fruncido y le dio un balde, un trapo y un cepillo de mango largo.

-Comienza- le dijo tan solo- por donde quieras. Pero mientras limpias piensa que limpias tu alma.

Antonio lo miró asombrado. Y comenzó a formar la única imagen paterna que tendría en su vida.

La imagen de don Pietro con el niño detrás portando los enseres de limpieza, comenzó a ser algo cotidiano en los pasillos del convento. Ambos pasaban mucho tiempo juntos, y en los momentos de descanso se les veía conversar en voz muy baja. Esa fue la nueva vida de Antonio. Excepto durante las mañanas, en las cuales continuaba recibiendo clases de religión y educación pública por parte de las monjas.

Un día Don Pietro pidió a sor Laura que el niño lo acompañara a hacer las compras al pueblo

-Me sirve su ayuda y además puede ver algo de la vida exterior.

Recién entonces la monja cayó en la cuenta de que el niño había pasado toda su vida dentro del convento.

-Está bien. Me parece bien.

El pueblo era pequeño, estaba ubicado en un valle y sus calles eran pronunciadamente onduladas, como todo pueblo de montaña.

Pero para Antonio fue una completa maravilla.

En primer lugar nunca había visto tanta gente junta. Se asombró de ver que vestían todos en forma diferente, aun en la dura uniformidad de los pueblos antiguos de Italia. Antonio estaba acostumbrado a la permanente vestidura de las monjas.

Y la gente conversaba, reía. Y los hombres jugaban a las cartas en el pequeño café sobre la calle principal.

Otro motivo de sorpresa fueron los comercios, las muestras de ropa, y de electrodomésticos que desconocía por completo. Y quedó fascinado ante una vidriera contemplando un televisor.

En la plaza estaba la iglesia que, aun en su sencillez, era mucho más grande y decorada que la pequeña capilla del convento.

Pero en la plaza vio algo más que lo entusiasmó fuertemente: vio niños de su misma edad, que jugaban con una pelota.

Don Pietro lo observaba atentamente, sonriendo.

-¿Quieres jugar con ellos?

-No sé... no me animo...

-Ven.

Don Pietro se acercó a los niños y se adueñó de la pelota haciendo toda clase de acrobacias con la misma. Los niños rieron y lo aplaudieron. Él les retornó el balón y les habló. Después le hizo señas a Antonio para que se acercara.

Los niños lo recibieron con sencillez y amistad. Y le enseñaron el supremo arte del fútbol.

Antonio estaba inmensamente feliz. Y el fútbol con sus amigos pasó a ser una actividad permanente cada vez que iban al pueblo. Aun cuando la nieve cubría la plaza. Don Pietro lo dejaba jugando mientras él hacía sus compras, que

comenzaron a demorarse un poco más para que el niño tuviera la oportunidad de jugar, divertirse... y hablar con niños.

Un buen día, durante sus conversaciones, Antonio preguntó a don Pietro acerca del tema que lo rodeaba diariamente en cada símbolo y en cada evento dentro del convento.

-Abuelo- Pietro prefería que lo llamaran de esa forma- ¿qué es eso de Dios?

-¿No le has preguntado a sor Laura o sor María?

-Sí, pero me parece que se enojaron un poco. Me dijeron que esas cosas las iba a entender cuando fuera más grande.

Pietro no respondió.

-Ponte un abrigo. Vamos afuera.

Era una noche muy clara y sin frío. Nadie se asombraría si los veían salir. También había trabajo afuera, herramientas que entrar, controlar los corrales, el agua para los animales, mostrar su presencia y su olor para disuadir algún lobo, etc.

Salieron y caminaron un poco en silencio. Se sentaron en una pequeña elevación.

El espectáculo del cielo era imponente. La luna ya se había puesto y las estrellas brillaban intensamente, iluminando con su pálida luz la montaña y el convento. Iluminando aun sus propias caras. Hacía frío, pero ambos estaban acostumbrados a la intemperie y estaban bien abrigados.

Pietro tocó el pecho de Antonio.

-Esto es tu cuerpo, tiene materia, como todas las plantas y animales que nos rodean, como esta montaña. Es la Naturaleza.

Antonio escuchaba atentamente.

-Ahora mira el cielo... allí están las estrellas, los planetas, de día vemos el Sol. Todo eso también es parte de la Naturaleza. Es bueno mirarla de noche. Observa hasta donde se extiende. ¿Dónde piensas que termina?

Antonio observó el cielo. Quedó sobrecogido, nunca lo había pensado ni visto de esa manera.

-No sé... parece que no terminara nunca. Se ven más y más estrellas, manchas blancas como nubes. No se ve el fin.

-Si. La Naturaleza es infinita, no se acaba nunca. Estuvo siempre.

-¿Eso es Dios?

-Eso es Dios Madre.

Antonio quedó pensativo unos instantes, pero la respuesta invitaba a una inmediata pregunta. Se recostó mirando el cielo nocturno y puso las manos detrás de la nuca.

-¿Y Dios Padre?

-Es lo que piensa en tu cuerpo, es lo que dio fuerza a este conjunto de cosas que ves, les dio vida. Y es la mente que piensa y hace que todos los seres, nazcan, vivan, y se transformen. Desde los seres humanos hasta las estrellas. Y todos los animales y toda la tierra. Todo tiene un Padre que pensó y piensa en ello. Todo eso también es infinito y eterno. Y tiene una Naturaleza en la cual existe.

Antonio quedó en silencio. Todo era un poco abrumador para ser captado por su joven mente. Pero allí quedaron conceptos que marcarían a fuego todo el resto de sus estudios, de sus vivencias, de su comprensión. Y de sus actos.

-¿Qué piensas, Antonio?

El niño suspiró profundamente antes de responder.

-Que al fin conozco a mis Padres.

Pietro no pudo responder. Un fuerte nudo apretaba su garganta y la luz de las estrellas se distorsionaba al pasar a través de sus lágrimas.

Pietro le explicó muchas cosas más acerca de lo que habían hablado y de la historia de la Virgen Negra. Y de lo que significaba para San Francisco el Hermano Sol y la Hermana Luna.

Antonio comprendió que cada cosa “en los cielos” tenía su representación “en la tierra”.

Pietro murió unos años después. De viejo, de frío y de gastado por la vida. Lo encontraron sentado, bajo un roble. La nieve dibujaba suaves trazos blancos en sus cejas y su barba. Sus ojos estaban abiertos y parecía sonreír.

Antonio sintió dolor, soledad. Pero en lo profundo tenía la certeza de que su amigo se había reencontrado con Dios Padre y con Dios Madre.

No quisieron enterrarlo en el predio de la iglesia porque no sabían si había sido bautizado. Su tumba fue marcada por un túmulo de piedras a pocos metros de donde había muerto. Su lápida era una sencilla piedra gris con su nombre que Antonio mismo talló con sus manos.

Todas las semanas Antonio visitaba la tumba y quedaba un largo rato conversando inaudiblemente con su amigo.

Los años pasaron y Antonio se había integrado naturalmente a las actividades litúrgicas de la iglesia. Ayudaba en la Misa, asistía a los curas y continuaba con las tareas de limpieza. Casi no hablaba con nadie y sus momentos de desahogo eran cuando visitaba la tumba de su abuelo y cuando quedaba por largos momentos frente a la Virgen Negra como en un éxtasis meditativo.

Sor Laura se había percatado de ello y no le gustaba mucho la falta de interés del joven por el altar principal ni su misteriosa actitud frente a la Virgen Negra. Habló con el sacristán y decidieron que Antonio debería ocuparse de las compras, tal como había hecho Pedro en su momento.

Cuando se lo dijeron, Antonio asintió en silencio, sin demostrar la gran alegría que le producía el volver al pueblo y ver a sus amigos, jugar al fútbol y hablar de cosas de muchachos.

Y pronto la naturaleza comenzó con sus implacables reclamos y el fútbol fue sustituido por las muchachas. Antonio conoció a Silvia y un mes después a Marissa. Y no hubo nada en el Cosmos que pudiera contener el terrible empuje del sexo.

Las visitas al pueblo se hicieron más frecuentes y más largas y Antonio comenzó a distraerse de sus trabajos diarios.

Pronto comenzó a comentarse en el convento que cuando Antonio “hablaba” con la Virgen Negra sonreía y su rostro parecía iluminarse de felicidad.

El cambio en el muchacho no pasó desapercibido a nadie. Pero lo que causó verdadera alarma fue cuando sorprendieron a Antonio mirando fijamente las piernas de una novicia mientras esta hacía su higiene en una tina.

Sor Laura, alarmada, viajó a un pueblo cercano y habló con el Obispo. Éste la escuchó, la miró con expresión resignada y decidió.

-Creo que es hora de sacar al muchacho del convento.

-¿Y qué hacemos, su Santidad? –Laura exageraba sus muestras de respeto para con el Obispo- el muchacho no sabe nada como para ganarse la vida, está con nosotras desde que nació.

-Lo mandamos al Seminario. Le hacemos un cursillo intensivo de pocos años como están programados ahora, y lo mandamos a una iglesia en algún lado. No va a progresar en la carrera eclesiástica, pero no le va a faltar nada durante toda su vida. Y... ¿quién sabe lo que Dios tiene dispuesto para él?

Los tres años de seminario pasaron como si fueran una situación entre sueños para Antonio. La rutina era insoportable, las clases aburridas. Tan solo la hora de fútbol con sus compañeros le proporcionaba algún instante de alegría.

Cumplía con las tareas y era un estudiante normal. Pero tanto los profesores como sus compañeros lo calificaban como “algo raro”.

A los tres años lo llamaron y le dijeron que había culminado el curso. Sus compañeros seguían, pero Antonio no preguntó nada.

Así comenzó su vida como sacerdote. Lo que nunca le iba a ser permitido era officiar la Misa ni ninguno de los Sacramentos Católicos.

Pero a Antonio no pareció importarle mucho esa prohibición: un misterio mucho más imperioso reclamaba su atención en la vida.

Durante los años siguientes, como franciscano, y como hombre, viajó de iglesia en iglesia, de capilla en capilla. Estuvo en África, Filipinas y Sudamérica. Sobrevivió a guerras y guerrillas, a epidemias y a hambrunas, a contrabandistas y señores de la guerra, a tifones y aluviones, a terremotos e inundaciones. A lo que nunca intentó sobrevivir fue a los encantos de cualquier muchacha bella que se le cruzara en el camino. Habló y confortó a miles de personas, asistió a enfermos y moribundos. Conversó amablemente e intercambió experiencias de vivencias y visiones misteriosas con otros sacerdotes, con rabinos, brujos, chamanes y sanadores por todo el mundo. Trabajó incansablemente en todo tipo de tarea de mantenimiento en cada iglesia en que era asignado.

“Dios le dijo a Francisco que arreglara su iglesia”, pensaba durante sus tareas de albañil. “Seguramente el muchacho no lo entendió, había mucho más que arreglar que las paredes. Pero me sirve como actividad de construcción de mi mismo”.

Como algo natural los jeans y las camisas sueltas fueron sustituyendo sus hábitos, y la tonsura fue desapareciendo bajo una tupida cabellera oscura cubierta por una boina vasca. Todo ello era más adecuado a su trabajo que las largas e incómodas sotanas y los requerimientos de afeites en la cabeza.

Y leyó, permanentemente. Al punto de asimilar un enorme contenido de información. Leyó ciencias, libros religiosos, antropológicos y de psicología. Y con ello fue dándole forma a la permanente vivencia que experimentaba en mundos extraños que solía visitar en sus meditaciones y sueños.

Supo más, mucho más de la Virgen Negra, y procuró visitar cada lugar donde se encontraba su imagen. Desde el Lago Titicaca hasta las Islas Canarias, desde las numerosas iglesias que la albergaban en Francia hasta las de España.

Pronto su nombre y sus extrañas costumbres se comentaron en varias partes y su fama recorrió amplios ámbitos del catolicismo. La gente que lo había conocido hablaba de él con mucho cariño y respeto. Los sacerdotes que lo habían tratado hacían muecas ambiguas cuando alguien nombraba a “Antonio,

el de la Virgen Negra”. Mientras que el Obispo del Convento de la Calabria sonreía enigmáticamente cuando le llegaban noticias de Antonio.

“Si, verdaderamente el Señor tiene sus propios planes”. Y se sentía muy satisfecho de haber contribuido a su cumplimiento.

Antonio tenía casi cincuenta años cuando su peregrinar lo llevó a aquella iglesia de Montecorvo, en Umbria, en el centro de Italia, al comienzo de un agradable verano.

“Y muy cerca de Asís”, pensó Antonio, contento.

Cuando se presentó al sacerdote, nervioso y con la boina en la mano, éste lo miró de arriba a abajo con expresión neutra.

-Sí, me hablaron de usted. ¿Qué piensa hacer?

Antonio miró a un lado y a otro.

-No sé... ¿tiene algo que arreglar, alguna tarea de albañilería o mantenimiento? El sacerdote no perdía su expresión neutra.

-Hay una pequeña capilla en la montaña. Tiene un huerto y animales de corral para nuestra alimentación. Podría encargarse de todo eso. Yo voy muy de vez en cuando, no tengo tiempo.

Antonio suspiró, aliviado.

-Y si quiere lo ayudo en la misa...

El cura miró sus ropas y su cabello y le dijo:

-Gracias, no es necesario.

Desde entonces sus áreas quedaron perfectamente delimitadas.

Antonio, feliz y sintiéndose libre, se encaminó montaña arriba disfrutando de la naturaleza viva, de la vegetación, de los animales, de los dulces olores y eternos trinos. Comprendió cómo debía haberse sentido San Francisco en esos lugares, cientos de años antes.

Llegó cerca de la cima de la montaña y vio el barrio histórico. No se veía a nadie en las calles. “No vive nadie allí, desde hace muchísimos años”, le habían dicho. “solo el Conde, en el castillo. Y nunca se lo ve. Dicen cosas de él...”

Antonio observó la imponente mole del castillo donde ondeaba suavemente una bandera. En una de las torretas se veía la oscura silueta de una persona. Antonio estaba seguro de que lo observaba. Hizo un suave ademán de saludo. Le pareció que la silueta hacía una leve inclinación de cabeza antes de desaparecer en el interior.

Bajó a un pequeño valle, subió otra suave colina y allí encontró la capilla. Casi en ruinas. Dos de las paredes habían perdido el estuco casi totalmente dejando la piedra al descubierto. En una pared las piedras habían caído dejando grandes agujeros. Lo único que parecía firme era el techo de madera y la pequeña cúpula.

Adentro todo era un amasijo de bancos destrozados y en lugar del altar había restos de comida y de furtivos campamentos de vagabundos. La cruz había desaparecido, seguramente utilizada para leña. “Por lo menos tuvo un uso útil”, pensó Antonio para sí.

Aun se veían restos de fogones, muy comunes en lugares abandonados donde se refugian caminantes y gentes de todo tipo y calaña.

A un lado del predio se levantaba –sin mucho éxito– una casucha que, pensaba Antonio, sería destinada a casa habitación, estaba construida con maderas, arcilla y piedras. El techo de paja estaba casi totalmente caído y el piso era de tierra apisonada. Una ventana, desencajada de su marco, permitía la entrada



de luz suficiente. EL mobiliario consistía en una rústica cama grande, de madera, con un viejo colchón que todavía aguantaría muchas noches de sueño. Completaban el escaso y paupérrimo mobiliario una mesa con dos sillas viejas, la cocina a leña con los enseres correspondientes y un banco, también de madera, en el exterior de la vivienda.

Antonio sonrió, pensando que había habitado en sitios mucho peores.

El baño, por supuesto, estaba afuera. Y había mucho que limpiar también allí. Antonio pensó en una ducha y se decidió por la bomba de agua cercana a los corrales. En invierno se arreglaría como siempre: una olla de agua caliente.

Detrás había un corral con animales tristes y famélicos. Pudo ver un par de cerdos alarmantemente desnutridos, unas pocas cabras, un gallo y varias gallinas que deambulaban hipnóticamente en busca de granos caídos.

Antonio suspiró. Tenía mucho trabajo por delante. Lo primero que arregló fue la bomba de agua y las bateas para el alimento de los animales. Bajó al pueblo, compró el alimento correspondiente y lo acondicionó para el consumo. Y de inmediato se abocó a acondicionar lo que serían sus alojamientos.

Antonio trabajó durante una semana prácticamente sin parar. Bajaba al pueblo para adquirir materiales y provisiones y para informarle al cura de cómo iban las cosas. El hombre nunca le dio mucha importancia y parecía contento de tenerlo un poco lejos y haciendo algo útil.

Y al fin, Antonio consideró que tenía una casa habitable; y hasta confortable. Ahora debía comenzar con la capilla.

Fue un trabajo agotador. Sobre todo cuando debía trabajar en lo alto, peligrosamente subido a una dudosa escalera de madera. Por un momento pensó que no podría hacerlo.

Pero lentamente, día a día, todo fue tomando su forma.

Antonio soltó el trapo y las herramientas que cayeron a tierra. Descendió y se estiró haciendo crujir su espalda, y dirigiéndose a sus habitaciones, se sentó a descansar en el banco de troncos al frente de la cabaña.

Entonces divisó una pequeña silueta que descendía por la ladera de la montaña y venía en su dirección.

Cuando estuvo suficientemente cerca vio que era un hombre mayor, de unos setenta años, elegantemente vestido, aunque no muy de acuerdo con la campiña circundante. Su cabello, cuidadosamente peinado, era de un blanco brillante y su rostro de rasgos elegantes, estaba tostado por el sol. Aunque caminaba muy erguido y con mucha elegancia, se apoyaba en un hermoso bastón de madera negra brillante rematado en una empuñadura de plata que simulaba la cabeza de una serpiente con la boca abierta mostrando enormes colmillos.

-Buenos días- saludó con gentileza.

Antonio se levantó, se quitó la boina, secó las manos en los costados de su jean y le tendió la mano.

-Soy Antonio, el nuevo cura. ¿Quiere sentarse?

El hombre lo miró con asombro y simpatía. Le dio la mano y se sentó a su lado.

-¿Quiere una limonada?

-El hombre asintió secándose el sudor de su frente con un pañuelo de seda.

Antonio entró y salió al poco tiempo con las bebidas,  
Bebieron

-Soy el Conde- dijo el caballero dando por sentado que Antonio sabía perfectamente que había un Conde por allí. -Vivo en el castillo- agregó señalándolo con un movimiento del mentón. -He estado observando cómo trabaja. Verdaderamente un milagro lo que ha hecho con toda esta ruina.

Pensó un instante y agregó:

-Disculpe, Padre..., milagro... es un decir.

Antonio rio alegremente.

-No se preocupe... don Conde. No me asustan los giros del lenguaje ni soy tan rígido como debería serlo.

El Conde lo miró, sonriendo.

-Ya veo- dijo observando sus jeans, sus botas y su campera tipo militar -Y llámeme Eric. Eric Alemanno es mi nombre.

-Y usted dígame Antonio.

Bebieron un rato en silencio y el Conde preguntó:

-Usted es algo... fuera de lo normal para lo que es un cura. Si no es indiscreción, ¿me cuenta por dónde anduvo su vida? Yo normalmente no tengo gente con la que hablar...- agregó a modo de disculpa por la pregunta que podría interpretarse como una intromisión.

Antonio sintió de inmediato una gran simpatía por ese hombre. Él también tenía necesidad de una amistad con la cual hablar. Y el Conde Eric Alemanno parecía ser un interesante interlocutor, inteligente y gentil.

Sin reservas, Antonio le contó de su historia, de sus viajes y de cómo interpretaba la vida. La conversación fluía fácilmente. El Conde intercalaba preguntas cortas e inteligentes.

Antonio le contó de Pietro y de todo lo que éste le había enseñado. De su visión de la religión, de sus experiencias antropológicas. Y de su acuciante peregrinar en busca de la Virgen Morena.

-La Candelaria- dijo el Conde pensativo.

-Sí, ella.

-La representación material del Dios Madre que le mostró su amigo.

Antonio lo miró sorprendido. Con ese comentario había resumido conceptos profundos, y Antonio comenzaba a comprender muchas cosas de su vida, volvió a sentir por un momento antiguas pulsiones soterradas bajo los años. El Conde continuó.

-Las representaciones materiales vienen de la época paleolítica, se intensificaron en el neolítico cuando los hombres dependían totalmente de lo que produce la tierra. Y después... se transformaron en religiones matriarcales. Y como respuesta, aparecieron las religiones patriarcales.

Quedó un instante en silencio.

-Disculpe, Antonio- agregó.

-No, no, está bien, es interesantísimo- y agregó, entusiasta- Y coincido con sus conceptos.

-Además es negra, el color que corresponde a la Gran Madre, el principio femenino de la Creación.

Antonio lo miró, asombrado. Después de un instante preguntó:

-¿Y usted, quién es, Eric, y cómo sabe tanta cosa de esto?

El Conde sonrió.

-Es un poco tarde- dijo mirando el sol que caía. Habían pasado horas sin que se percataran- seguimos otro día.

Se levantaron y se saludaron. Cuando se alejaba el Conde se volvió y le gritó:

-¡Estudio Cábala!  
Antonio sonrió y asintió en silencio.  
-¿Necesita algo?  
-¡Un carnero!- gritó Antonio.  
El Conde levantó la mano en señal de acuerdo.  
Ambos se volvieron. Contentos.

Eric volvió a la semana siguiente, sobre el mediodía. Traía al carnero, que lo seguía dócilmente atado a una cuerda. Antonio lo observó críticamente: era un animal grande, joven y sano.

Antonio sonrió. Llevó el animal al corral y volvió.

-Gracias- dijo simplemente.

Eric hizo un gesto vago con la mano.

-¿Qué tal?- preguntó.

Antonio señaló los alrededores con un gesto vago.

-Ya lo ve...

-Sí, se nota. Todo esto ha cambiado, tiene vida.

Con un suspiro sacó de adentro de su amplio saco un envoltorio de papel.

-Traje esto- dijo mostrando un par de salames y varios cortes de queso. Todo era de producción local.

-Está bien- dijo Antonio. Entró en la cabaña y volvió con una botella de vino, dos vasos y una horma de pan casero.

Ambos hombres comieron en silencio, como lo hacen los amigos cuando comparten algo más que el alimento. Ocasionalmente hacían gestos y sonidos de aprobación ante la comida y la bebida.

-Cada vez me sale mejor- dijo Eric como al pasar.

-¿Qué cosa?

-El vino, es de mis viñedos. Lo reconocería en cualquier parte. Este tiene unos tres años. Una buena cosecha ese año. El noventa por ciento de los viñedos que usted ve por aquí son de mi propiedad.

Antonio rio por la ironía que significaba estar convidando a la visita con su propio vino.

-Trabaja mucha gente allí- dijo el Conde después de un rato.

Fumaron sendos cigarrillos contemplando las volutas de humo.

-Un amigo me dijo, que fumaba por el azul que queda adentro- dijo Antonio- la verdad que el humo cuando sale ya no es azul- calló unos instantes y agregó:

-y la verdad es que no tiene mucho que ver, pero suena lindo.

Eric sonrió con una mueca.

-Toda cosa escrita o dicha tiene un sentido. Y de alguna manera, es una realidad- agregó.

Antonio se rascó el mentón.

-La Cábala...- dijo.

Su amigo asintió.

-¿Ha profundizado en eso?

Los ojos del Conde adquirieron un brillo extraño.

-Mucho- y agregó: -Y no siempre correctamente. He cometido errores, errores serios. Pero he logrado cosas...

Se acomodó y preguntó.

-¿Ha visto que esta pequeña iglesia tiene una planta octogonal?

Antonio comprendió que quería dejar el tema y lo respetó.

-Ahora que lo dice, sí, es así. Al principio no me di cuenta, tanta era la suciedad, la tierra amontonada y los maderos rotos y semienterrados por todas partes. ¿Qué habrá pasado aquí?

-Es Templaria, generalmente las iglesias Templarias, grandes o pequeñas, tienen la planta octogonal.

-Monjes guerreros...-musitó Antonio –Y que también hacían el culto de la Virgen Morena.

Y tampoco le pasó desapercibido que allí había pasado algo y el Conde no le había respondido.

-Bueno, ya es tarde- se despidió el Conde –Hoy llega mi hijo de Praga. Vuelvo la semana que viene y puede ser que le traiga algo.

-¡Otro salame y queso!

El Conde rio.

-Sí, y tal vez algo más.

En los días siguiente Antonio había restaurado casi todo: reparado muebles, blanqueado paredes, tirado basura y residuos. Y hasta había intentado enderezar la cruz de madera en el tope de la iglesia. La observó críticamente, la vio aun torcida y la sacó. Nunca le habían gustado las cruces.

“La verdad es que como cura, debo ser casi un fracaso”, pensó.

“Bien, solo me queda el piso de la capilla”

Entró y observó todo con desaliento. El piso era una especie de pequeño campo repleto de escombros, piedras y maleza. Tendría que sacar todo eso hasta llegar a un nivel sobre el cual pudiera reconstruir.

Trajo una pala, un pico y dos baldes grandes. Y comenzó.

Fueron días de cansancio y sudor. Acarreando escombros que tiraba en un barranco cercano, desmalezando y desenterrando piedras y tierra que parecía suelta mezclada con pedruscos. Los trozos de madera que lograba desenterrar y que estaban en condiciones aceptables, los guardaba para leña o reparaciones.

Por la tarde, antes de que comenzara el viento fresco de la montaña que anunciaba la llegada de la noche, Antonio tomaba una ducha fría en la bomba de agua del corral.

Estaba acostumbrado a hacerlo, el frío del agua lo hacía sentir renovado. Y mientras se bañaba observaba como los animales revivían y engordaban día a día.

Un día, en un rincón cálido y oscuro del gallinero, encontró tres huevos. Los contempló con infinito placer. Para Antonio significó un comienzo, el logro de sus esfuerzos. Decidió dejarlos para empollar. Ya habría tiempo.

Lo que ocurrió al día siguiente cambió todo en su vida y en los alrededores. Y fue lo que comenzó a explicar parte del misterio que Antonio intuía, más bien, sentía a flor de piel. Sobre todo el por qué había ido a parar allí, en esa colina ignota en medio de Italia.

El piso estaba bastante mejor, ya no había escombros. Y Antonio comenzó a emparejar la tierra con la idea de asentar una base de tablas o de mosaicos, dependiendo de lo que el cura le diera.

Estaba casi finalizando cuando comenzó a barrer suavemente el lugar del altar. Se detuvo, un pequeño pedrusco negro afloraba en el centro. Intentó moverlo con el pie y no pudo. Fue a buscar la pala. Al cavar vio que el pedrusco estaba bien enterrado y era más grande de lo que pensaba, y pronto golpeó otra parte

dura a unos centímetros al costado. Antonio lo tocó, le pasó un pañuelo por arriba y sospechó que era de madera, de un leño duro y pulido. Decidió proceder con cuidado, barriendo suavemente la tierra alrededor de eso, como había visto hacer a los arqueólogos que investigaban las ruinas de Tiahuanaco. A medida que trabajaba Antonio comenzaba a comprender. Y siguió trabajando toda la noche a la luz de una lámpara a queroseno.

Al día siguiente, por la tarde, Antonio se secaba el sudor y contemplaba extasiado la pequeña estatua de su Virgen Morena, asentada sobre un cubo de tierra durísima que optó por dejar así.

Era extraña, muy extraña. Su manto estaba lleno de símbolos, ¡y tenía trenzas en lugar del consabido tocado! A sus pies había un suave haz de una luna en creciente..

Al día siguiente llegó el Conde. Y no venía solo.

-Buenos días, amigo.

-Buenos días Antonio- y lo miró de arriba a abajo- parece que estuvo trabajando duro.

-Después le cuento- respondió Antonio observando con curiosidad la hermosa joven que acompañaba al Conde. Vestía normalmente, con una camisa suelta, una falda larga y su cabello negrísimo y brillante se asomaba bajo un pañuelo blanco atado en la nuca.

-Señorita...- dijo Antonio inclinando la cabeza cortésmente y tendiéndole la mano. La joven la estrechó sin decir palabra, su piel era muy suave y sorprendentemente caliente.

-Se llama Ágata- aclaró Eric- Ágata Cat.

"Muy adecuado, tiene algo de felino", pensó Antonio observando el rostro oval y los ojos levemente almendrados y de color dorado.

-¿Podemos sentarnos?, debo hablar con usted.

Antonio asintió y se dirigieron al consabido banco. Ágata optó por sentarse muy quieta y erguida en un tocón de árbol cortado a esos efectos.

Eric se secó el sudor de su frente antes de hablar. Parecía estar algo nervioso. Antonio lo miró con atención.

-Diga, diga Eric, sin problemas.

Eric suspiró.

-Recuerda que unos días atrás llegó mi hijo.

Antonio asintió en silencio.

-Bueno... el caso es que se lleva mal, muy mal con Ágata, no se soportan. A ella... digamos que la adopté hace unos cuantos años. Y mi hijo no la acepta... de ninguna manera. Y temo que sucedan problemas mayores.

-¿Y qué puedo hacer yo?- preguntó Antonio.

Eric lo miró largamente y apoyó una mano en su hombro.

-Quiero que Ágata se quede con usted, viviendo acá. Temo que de otra manera...

Eric no terminó la frase, pero su gesto era elocuente.

Antonio abrió los ojos muy asombrado.

-No se preocupe,- continuó Eric- yo le daré todo para su mantenimiento, y bastante más. No tendrá ningún problema. Es una excelente cocinera y gran trabajadora. Le va a ser de utilidad.

Antonio no supo qué responder. Quería hacer el favor a su nuevo amigo, pero tener a una muchacha a vivir con él...

-Y le haré construir otra habitación, con cama y todo- agregó el Conde que parecía haber leído la preocupación del cura. Lo miró casi implorante.

-Don Antonio, no tengo otra solución...

Antonio se rascó la cabeza. Si la cosa era así, como le había contado el Conde... bueno, le vendría más que bien un par de brazos que lo ayudaran. Miró a la muchacha en forma interrogante.

-Es muda de nacimiento- explicó Eric- pero no es sorda.

Antonio abrió los brazos en señal de impotencia.

-Bueno..., si para usted es tan necesario... que venga.

Eric suspiró, aliviado. Sonrió.

-Bien. Le aseguro que no se arrepentirá.

Encendió un cigarrillo. Parecía muy aliviado. Y cambió súbitamente el tema.

-Y ahora, cuente en qué anduvo estos días y por qué ese aspecto de cansado.

Antonio se levantó pesadamente e hizo señas que lo siguieran.

Los tres se dirigieron a la pequeña iglesia.

Entraron.

Cuando lograron adaptar su vista a la penumbra vieron la pequeña estatua de la Virgen Negra, hermosamente pulida, brillante sobre su extraño pedestal de tierra negra y dura.

La observaron en silencio. Eric no parecía asombrado.

-La encontré limpiando, tuve que excavar para descubrirla- explicó Antonio. Y la voy a dejar así, aunque tenga que bajar todo el piso. Ella tiene mucho significado para mí, la encontré durante toda mi vida, desde que Pietro me habló de Dios Madre.

El Conde asintió en silencio sin dejar de mirar la estatua.

-La Candelaria, la que porta la Luz de Dios en su candela, así como el Ying tiene dentro de sí el brote del Yang.

Antonio lo observó. El Conde había hablado casi hipnóticamente.

-La leyenda, o la historia, cuenta que llegó acá hace unos seiscientos años; la trajeron unos Templarios en su viaje a Chartres. Al llegar acá se hizo tan pesada que no pudieron levantarla. Eso siempre se dice de una imagen sagrada que "se quiere quedar" en algún lado. Decidieron respetar el deseo de la Virgen y la dejaron acá. Y le construyeron esta iglesia que usted acaba de restaurar. Pero es más, mucho más que una virgen católica.

Antonio lo miró, interrogante. Pietro le había hablado mucho de ello..., pero el Conde quería referirse a otra cosa, sin duda.

-Es la Shekiná- dijo por fin -La manifestación de Dios en la tierra.

Antonio respiró hondo.

-¿Y el cura, sabe de su existencia?

Eric negó con la cabeza.

-No, llegó hace poco tiempo, no sabe nada. Y la gente perdió la memoria del hecho. Hablan de ella como si fuera una leyenda.

-¿Y por qué estaba enterrada? ¿Qué pasó acá que destruyó todo?

Eric quedó en silencio y pasó la mano por su boca. Le costaba responder.

-Un terrible error- dijo al fin.

Fue entonces que repararon en Ágata. La joven estaba como petrificada observando la estatua. Sus ojos brillaban y temblaba sutilmente con los puños apretados.

-Vamos, salgamos de aquí- dijo el Conde apresurándose en dirección a la puerta. Antonio lo siguió. A Ágata hubo que tironearla de un brazo.

-¿Me puede explicar?- pidió Antonio un tanto alarmado.

El Conde buscaba desesperadamente las palabras. Balbuceó un poco.

-Acá llegó... algo... monstruoso. Algo fuera de control. Entró en la iglesia, destruyó todo, pero no a la imagen de la Candelaria. Eso... desapareció acá adentro de la iglesia. Y la Virgen quedó desde entonces sobre ese pedestal de tierra negra. Nadie más se acercó por acá, dicen que el lugar está maldito o cosas por el estilo. Y alguien decidió enterrar todo. Y no se habló más del asunto.

Antonio se rascó la cabeza y lo observó con desconfianza.

-¿Y usted cómo sabe de eso? ¿Qué cosa era eso... monstruoso? ¿Me puede explicar un poco más? ¡Después de todo yo vivo aquí!

-Sí, sí... otro día. Disculpe, amigo.

Antonio vio que estaba sumamente nervioso y con los ojos húmedos. Se apiadó de él. Le puso una mano en el hombro y le dijo:

-Está bien. No se preocupe, Eric. No se preocupe. Hablamos otro día.

El Conde se fue apresuradamente moviendo la cabeza a un lado y a otro, como si estuviera desesperado.

El cura permaneció muy quieto, sin saber qué decir.

Ágata lo miraba fijamente.

-Vamos a cocinar- le dijo a la muchacha.

Ella, como si fuera cosa de todos los días, se encaminó a la cocina y comenzó sus labores.

Los días pasaron. El Conde había enviado un par de hombres para levantar una habitación y poner una cama. Pero no había regresado.

Antonio pronto entró en una rutina. Pasaba el tiempo en los trabajos de mantenimiento, el cuidado de los animales que estaban cada vez mejor, y la atención a los numerosos peregrinos franciscanos que pasaban por allí en busca de alguna caridad.

La vida con Ágata era sencilla y cómoda. La muchacha hacía todas las cosas de la casa con rapidez y prolijidad. Se ocupaba también de los animales y ayudaba a Antonio en sus tareas de mantenimiento. Verdaderamente, trabajan juntos, a la par. Y por las tardes se sentaban en el banco a ver la caída del sol, o, si llovía, lo hacían frente a la estufa. Entonces Antonio hablaba por un par de horas, o más. Hablaba de sus cosas íntimas, de sus dudas, expresaba sus preguntas para las cuales nunca había tenido respuesta. Hablaba de aquello que le faltaba y de aquello que le dolía. Buscaba el sentido de la vida y de su vida. Hablaba de Dios Padre y de Dios Madre.

Y por toda respuesta obtenía el silencio y la penetrante mirada de Ágata. Una mirada que, a primera vista, parecía inerte, inexpresiva. Pero Antonio, que ya la conocía, podía percibir allá en lo profundo de sus ojos dorados, comprensión, simpatía. Y más.

Con Ágata hablaba mucho más cómodo y con más intimidad que con cualquier otra persona, incluidos los peregrinos.

La nota extraña era las diarias visitas que Ágata hacía a la iglesia. Generalmente cerca del mediodía, aprovechando que Antonio se entretenía con algún peregrino que pasaba a pedir alimentos, la chica visitaba la iglesia y permanecía allí unos veinte minutos.

Un día Antonio la observó escondido, y vio que lo único que hacía la muchacha era mirar fijamente los pies de la estatua.

“Seguramente está orando”, pensó Antonio, “Pietro hacía lo mismo. Y yo también”.

Habían pasado un par de meses desde la última visita de Eric, y Antonio estaba francamente preocupado. No había dejado de enviar víveres para ellos y forraje para los animales. Pero él no aparecía.

Antonio estaba pensando en ir al castillo cuando una mañana divisó una silueta que descendía por la ladera de la montaña y comenzaba a subir por la colina dirigiéndose hacia ellos.

No era su amigo.

El hombre llegó. Tendría unos cuarenta años. Alto y tostado por el sol, lucía saludable. Estaba impecablemente vestido con una chaqueta de tweed, pantalones de cuero y un sombrero tipo tirolés. Las botas altas, de cuero, y un pañuelo de seda al cuello completaban su atuendo. Su actitud era distinguida, y con algo de soberbia. Y un enorme rottweiler lo acompañaba unos pasos atrás. Sonreía melifluamente cuando se presentó:

-Buenos días, Padre. Soy Idel Alemanno, el hijo de Eric. Quería conocerlo.

El perro se sentó mirando fijamente a todos.

Antonio estrechó la mano que le tendía. Una mano fría, delgada y muy cuidada. Antonio tuvo que hacer un esfuerzo por no retirarla de inmediato.

Ágata apareció con los consabidos vasos de limonada. Antonio no pudo evitar ver el relámpago de odio que estalló en las miradas de ambos cuando se cruzaron.

-Buenos días, Ágata.

La muchacha siguió mirándolo intensamente y sus ojos dorados brillaron. Idel dirigió su atención hacia Antonio.

-Veo que acondicionó muy bien todo esto.

-Sí, su padre fue de gran ayuda. Y a todo esto, ¿cómo está el Conde?

Idel lo miró sin perder la sonrisa.

-El Conde soy yo. Mi padre murió hace unos días.

Antonio sintió como que algo le golpeaba el pecho, no sabía qué decir.

-Lo hice cremar en los hornos del castillo y sus cenizas las tiré en la montaña. Pienso que hubiera querido eso- agregó Idel con la mirada perdida y sin que su expresión dejara de ver el mínimo signo de pesar.

-¿De qué murió?- atinó a preguntar Antonio.

Idel se encogió de hombros.

-Supongo que del corazón- el médico que certificó su muerte no estaba muy seguro. Pero no valía la pena detenerse en una autopsia, era viejo.

Antonio escuchó una especie de ronquido a sus espaldas. Era Ágata, fue el primer sonido que salió de ella.

La joven estaba con los dientes apretados y sus manos parecían garras. Era un animal dispuesto a saltar.

El rottweiler se paró y erizó el lomo, un sordo rugido salió de sus fauces que ahora babeaban.

-¡Evil<sup>4</sup>, *sít!*

El perro se sentó sin dejar de mirar a la joven.

A Antonio no le pasó desapercibido el nombre del can.

Idel miró a la joven y sonrió.

---

4 Mal, maldad, perversidad, diablo.



-Era como su hija- dijo con sorda ironía.

-Ágata, por favor, ve adentro- dijo Antonio. La muchacha entró no sin antes volcar otra mirada de profundo odio hacia Idel.

Idel suspiró.

-Nunca nos llevamos bien, supongo que era un asunto de celos. Padre, ¿me muestra la iglesia, por favor?

-Con gusto.

Cuando entraron, Antonio vio cómo Idel se dirigía de inmediato hacia la imagen de la Candelaria y permanecía observándola.

Pero su mirada no era ni de curiosidad ni mucho menos de devoción. Su mirada era helada, inexpresiva.

Sin decir más se retiró de allí.

-Bueno, Padre, me despido. Cualquiera otro día vuelvo.

Antonio sintió un gran alivio cuando ese oscuro personaje y su perro se fueron.

En el mes siguiente sucedieron tres cosas.

La primera de ellas ocurrió en una noche tormentosa.

Antonio y Ágata estaban sentados frente a la estufa encendida y Antonio entonaba unos de sus diarios monólogos. No hacía mucho frío, pero el fuego ponía calor a la compañía y las miradas se perdían entre las llamas mientras los pensamientos fluían cálidos. Los ojos dorados de Ágata tenían reflejos de paz y felicidad.

Todo comenzó con un sonido sordo, lejano, como un trueno que comenzaba a nacer. Pero pronto sintieron que eso se aproximaba.

Antonio frunció el ceño, sorprendido. Eso estaba cada vez más cerca y ahora sentían claramente que la tierra temblaba, como si un martillo gigantesco la golpeará una y otra vez.

Los animales comenzaron con aullidos, berridos y cacareos de terror, y el ruido de maderas que estallaban se escuchaba claramente.

Antonio se levantó y se dirigió hacia la puerta rápidamente. Pero una mano firme y fuerte le apretó el brazo. Ágata lo miraba con los ojos muy abiertos mientras le sostenía el brazo. Y hacía repetidos gestos de negación.

Ambos permanecieron dentro de la cabaña. Sintieron como aquello se acercaba a la puerta y se detenía. Fue un silencio, opresivo, luego un sordo y profundo gruñido. Y aquello se alejó.

Ágata y Antonio no durmieron, y recién salieron al alba.

Los corrales estaban destrozados. Por suerte los cerdos estaban bien y vagaban en las inmediaciones. Dentro de los restos del corral se veían los cuerpos inertes de cuatro gallinas y dos cabras pequeñas.

Antonio se dirigió rápidamente a la iglesia y vio otra vez los bancos destrozados como había encontrado cuando llegó al lugar. Pero la estatua de la Candelaria estaba intacta.

Lo otro ocurrió también de noche, tarde. La luz de la luna llena entraba gloriosa por la ventana iluminando nítidamente toda la estancia.

Antonio recién se había acostado, había sido un duro día de trabajo. Ágata había hecho todo casi sin descansar. Y Antonio no dejaba de sentir cierta tristeza por no haber podido hacer las charlas –monólogos- de la noche, cuando él hablaba desde su corazón y ella escuchaba atentamente mientras le traía su vino y frutas secas.

Estaba en esa duermevela en la cual Antonio se comunicaba con Dios en una plegaria espontánea, auténtica. Y le hablaba de lo duro de la soledad y...

La puerta de la cabaña se abrió suavemente. Antonio miró, sorprendido. Ágata estaba en el umbral, muy quieta mirándolo con sus ojos dorados que parecían brillar en la penumbra.

Antonio no habló. Hay instantes en las vidas del hombre y la mujer en que las palabras sobran, molestan. Es cuando la comunicación se hace a través de los ojos y de los fuertes campos de energía que comienzan a fluir de uno al otro.

Ágata avanzó, muy despacio y se detuvo. Antonio no dejaba de mirarla, suavemente abrió las sábanas creando un espacio a su lado.

Ahora Ágata avanzó sin dudar. Se desnudó lentamente sin dejar de mirarlo, su cuerpo era bellissimo y su piel, muy blanca, se iluminaba con un suave y pálido fulgor.

Una vez desnuda se sentó a horcajadas sobre él y –por primera vez- Antonio la vio sonreír con felicidad.

Ella fue generosa. Y también exigente. Antonio optó por dejarse llevar.

Y mientras la miraba maravillado, en el preciso momento de éxtasis en que ella tiraba su cabeza hacia atrás, vio, a la luz de la luna, el hermoso tatuaje en su cuello. Era un collar que simulaba una enredadera de pimpollos pequeños, con el nombre de la muchacha entrelazado entre las flores, y se derramaba por el pecho en una suave lluvia de pequeñas rosas que llegaban hasta su pubis. Antonio lo acarició y lo besó en toda su extensión.

Esa noche, y durante los días siguientes, Antonio disfrutó del más enérgico y placentero sexo que jamás había experimentado en su vida.

Una noche en la cual su relación había sido especialmente placentera, Antonio salió afuera a fumar un cigarro. Ágata dormía.

La noche era oscura, sin luna. Y muy estrellada. Hasta el frío, suave y sin viento, era agradable. Todos sus sentidos se exaltaban ante la satisfacción de la plena comunión sexual.

Pensó en la muchacha, la vio una vez más con su mente y su corazón. Había algo de salvaje, de inalcanzable en ella. Y todo eso le golpeaba su interior, como avisándole.

“Dios tiene cosas maravillosas en su creación”.

Pronto un pensamiento comenzó a tomar forma en su mente.

Antonio se enderezó y tiró el cigarrillo.

“¡No puede ser, no puede ser!”

Y avanzó en su pensamiento. Hasta que sus ojos se llenaron de lágrimas y su alma de agradecimiento.

El otro hecho que habría de conmover todo fue la llegada de aquel peregrino.

Vestía como todos los otros: una túnica de tela rústica, un manto del mismo material, un cayado y sandalias, las clásicas sandalias franciscanas. Pero no era uno más. Se dio cuenta de inmediato, aunque aún no sabía la razón.

Cuando Antonio le preguntó cómo había llegado allí le dio una respuesta extraña. Muy extraña.

-Disculpe don Antonio. Sé que le parecerá raro, pero soñé. Soñé con un hombre que me miraba desesperado y me decía que viniera para acá.

“Y sabe mi nombre...”, pensó Antonio. “Bien, se lo pueden haber dicho en el pueblo. ¡O en el sueño!”

---

---

-¡Me gusta!- dijo Eva entusiasta- ¡Este personaje es interesantísimo! Y todo está lleno de misterio...

Yo la miraba excitado. Por lo que el libro estaba provocando en mí y por ella misma. Hacía casi diez días que no nos veíamos. Me di cuenta al mirar la fecha hoy temprano. No sé cómo había transcurrido ese tiempo ni lo que había hecho. Me recuerdo solamente escribiendo febrilmente en la computadora e imprimiendo.

Estábamos en el living de su casa. Yo estaba de pie, ansioso. Ella leía distendida sobre el sofá, con aquella minifalda que...

-¿Y qué va a pasar ahora?

Me aflojé el cuello.

-Mucha cosa. Defino... o se definen, un par de cosas más y se viene el climax.

-¿Cómo lo piensas hacer?

Negué con la cabeza. Comenzaba a sentirme más agitado. Metí la mano en el bolsillo de mi saco y apreté aquel papel, aquella carta que... No, ella nunca lo entendería. Nadie podría hacerlo.

-No lo sé. Eso se desarrolla por sí solo.

Me miró y frunció el ceño.

-¿Cómo es eso?

-Ya está, ya están los personajes, ya está el drama planteado, se viene la crisis. ¡Yo no puedo hacer nada!

-¡Vamos, Daniel! Tú eres el autor.

Negué casi con desesperación.

-¡No!, lo era. Ahora soy simplemente un relator de lo que pasa. Una especie de cronista.

Eva se levantó y me pasó un brazo por los hombros. Cuando hacía eso me sentía bien, aliviado. Y me retraía a algún rincón de mi infancia que, por supuesto, no recordaba. Pero sí, alguien me había querido en algún momento.

-Siéntate, Daniel. Te traigo un vaso de leche.

-Un café, mejor.

-No, te veo demasiado excitado. Nada de caféina.

Volvió con un vaso de leche apenas caliente y azucarada. Bebí y de inmediato me sentí mejor. Y bebí el resto casi sin respirar.

-Daniel, ¿cuánto hace que no comes? Quiero decir una comida normal, sentado a la mesa, con alimentos adecuados.

-No lo sé... he comido unas pizzas que me hice traer. Hamburguesas, panchos, eso...

-¡Daniel, eso no es comer!

Me pasé la mano por el rostro. Me di cuenta de que estaba cansado. Muy cansado.

Eva comenzaba a preocuparse.

-Pareces desmejorado, has adelgazado, tienes unas ojeras enormes. Y estás... desprolijo, sucio y mal afeitado.- dijo de un tirón.

Me pasé la mano por el mentón. Tenía razón.

-Voy al baño.

Cuando me miré en el espejo del baño me sorprendí. Eva tenía razón, era un desastre. Y hasta el cuello de la camisa lucía una sombra de desagradable suciedad.

Me lavé la cara y volví.

-¿Y en el trabajo, qué has hecho?

Me encogí de hombros.

-Nadie se fija si voy o no voy, o lo que hago o no hago. Me reporté enfermo en casa y ni siquiera me llamaron. Fui solamente un día, a cobrar.

Quedamos unos instantes en silencio. Me di cuenta que ella tenía más preguntas que no se animaba a formular.

-¿Y de noche, cómo pasas?

Apreté la boca, no quería hablar de eso. Pero si no lo hacía con Eva...

-Escribo..., y duermo. Y me despierto y escribo. Tanto de día como de noche. Pero durante la noche sueño... y no me animo a dejarme llevar, me resisto

-¡Sueñas con el libro!

-Sí, con ellos... con Pino, con Inés, con Antonio, con el Conde. Y con eso...

-¿Te refieres a ese misterio que arrasa con todo?

Asentí en silencio.

-Sí, pero ya sé lo que es.

Eva me miró, interrogante.

Evité la respuesta.

-Y con la Candelaria- agregué- ella parece estar al centro de todo, sin hacer nada.

-¿Qué es lo que sueñas?

-Que les hablo, que les grito, que les advierto. Todo es cada vez más real, todas las formas se definen, los ambientes, todo. Pero ellos apenas me escuchan. A veces se sienten confundidos, me doy cuenta.

Callé un instante. No estaba seguro si debería decir que...

-Solo uno de ellos me miró muy sorprendido. Y sé que me escuchó.

-¿Quién?

-Mario... hable con él- dije casi en un susurro.

-Apenas lo has mencionado hasta ahora.

-Es el capítulo que viene. Y creo que también su madre me vio.

Hice una pausa y comencé a experimentar una ansiedad creciente, casi una desesperación.

-¡Pero tengo que avisarles, tengo que avisarles a todos! ¡Todos pueden llegar a sufrir o a perder oportunidades de vida!, ¡no es justo, yo los puse allí, yo les di vida!

-Daniel, tienes que parar con esto. Tienes que descansar. Urgente. Esto te está haciendo mal, te está haciendo perder la realidad.

-¡Que realidad!- estallé- ¿Dónde está lo real? ¿En sus vidas, que tienen una coherencia y un drama? ¿O en mi vida? Que no tiene un pasado y dudo mucho que tenga un futuro. Ellos nacieron, viven, aman. Y pueden morir. Yo solo soy un presente que cuenta, que habla de sus vidas.

-¡Daniel, yo soy real!, ¡lo nuestro es real!

La miré largamente y la abracé.

-Espero que sí- musité a su oído mientras no podía evitar que mis ojos se llenaran de lágrimas. -Deseo fervientemente que así sea.

Ella me apretó fuerte y me besó los ojos.

-Daniel, son solo sueños. Demasiada concentración. Y mucho cansancio.

Me sentí mal, dolorido por no poder hacerme entender. Porque Eva negaba lo que yo estaba viviendo. Me sentí solo. Más solo que nunca en mi despoblada vida.

Sin decir nada saqué el papel de mi bolsillo y se lo tendí.

Me miró sorprendida.

-¿Qué es esto?

-Una carta. Membretada y fechada, como podrás ver.

Eva comenzó a leer y su ceño se fruncía. Se sentó.

-Daniel, esto lo has escrito tú. ¿Por qué no lo has incluido aun en el libro?

-No lo escribí yo. Apareció sobre la mesa cuando me desperté.

-¡Daniel! ¡Por favor, es tu estilo!

Negué con la cabeza.

-No, no lo he escrito yo. Es ciertamente mi estilo porque yo soy el creador de la historia y de ellos. Y la letra es parecida a la mía. Pero no le he escrito yo.

-¿Y qué quieres decir, que te lo han enviado?... ¿¡desde la otra realidad!?

La miré sin saber qué responder.

-Daniel, -me dijo con suavidad- tú estás escribiendo hasta en sueños. Esto es auto hipnosis.

-¡No!- negué con mucha fuerza- ¡es real!

Ella me miró y sus ojos se humedecieron. Me abrazó.

-Daniel, esto te está haciendo mal, muy mal. Estás perdiendo el sentido de lo real. ¡Es peligroso!

-Te juro que no, Eva, ¡te lo juro!- dije sin dejar de abrazarla.

Ella lloraba convulsivamente. Yo le acariciaba la espalda.

-Te prometo que te lo voy a demostrar, Eva. Te lo prometo.

-¿Cómo?- preguntó, aun entre sollozos.

La separé y sin dejar de tomarla por los hombros la miré directamente a los ojos y le dije:

-Voy a entrar. La historia necesita de mí.

Eva abrió mucho los ojos y no respondió.

---

---

Belmonte Mezzagno tenía su ritmo. La gente caminaba despacio, las familias cuidaban y respetaban a sus *nonnos*, los dueños de los comercios conocían a todos y todos se conocían y se sonreían entre sí. Y la envidia y las habladurías, con o sin fundamento, corrían permanentemente de un lado a otro del pueblo. En suma, nada diferente de cualquier otro pueblo del sur de Italia. Y se podría decir que hasta era agradable.

Pero, por debajo de todo eso, tranquilo y hasta cierto punto consolidante, había otro mundo.

Un mundo de violencia, de delincuencia, de rivalidades, de muertos y heridos, de familias en guerra, de pequeños ejércitos clandestinos que ocasionalmente se enfrentaban. Y todos lo sabían. Era la tristemente célebre mafia siciliana, que poco o nada molestaba a los vecinos que no hurgaban en su interior ni se interesaban por sus actividades. Pero que no dejaba de estar atenta y controlaba a todo emprendimiento comercial que se desarrollara un poco.

En *U Mizzagno* había dos fracciones dependientes de un *boss*<sup>5</sup> de Palermo y que disputaban, a veces violentamente, la supremacía local. Eran las familias –bandas– de don Calógero y don Cármine, cada uno en una punta del pueblo donde los *capos* tenían sus respectivas *masserias*.<sup>6</sup>

Los *boss* palermitanos, a su vez, tenían intereses “comerciales” en toda Italia, y aun en el extranjero. Por lo que el interés por ser el principal *capo* del pueblo no solo era una cuestión de prestigio, sino también de interesantes ganancias y de establecer una firme carrera dentro de la *cosa nostra*.

La rivalidad fuerte había comenzado con motivo de una procesión de *La Madonna*, el dos de julio.

El tradicional paseo se desarrollaba con normalidad, la gente con sus mejores ropas, los curas y la banda con su uniforme, todos caminaban lenta e hipnóticamente al son de la música, alegre, y con dejos de tragedia.

Inesperadamente, al pasar frente a la casa del *capo*, hasta el día de hoy se discute en cuál de los dos ocurrió y cómo se produjo, la procesión se detuvo con la estatua de la virgen frente a la casa en señal de saludo y de honra.

Esto fue noticia en todo el país, que se mostró indignado por la reverencia de *La Madonna* a un mafioso.

Pero mayor aun fue el reclamo –amenazante– del otro *capo*, que exigió el mismo tratamiento.

Al año siguiente la procesión hizo un alto de respeto frente a su casa y así fueron alternándose año a año, un año en casa de uno y al siguiente en casa del otro. Todos satisfechos y la rivalidad continuó circulando por el trillado camino del dinero y del poder.

Pero eso no alcanzaba a alterar la simple y hermosa vida de la familia Rossi.

Vincenzo, el padre, trabajaba en la Comuna desde hacía ya varios años. Y pacientemente esperaba una promoción que se le escapaba en cada vuelta de tuerca de la pequeña y mezquina política local. Vincenzo nunca había querido entrar en ninguno de los bandos políticos en pugna. Y pagaba su precio por

---

5 Capo mafioso de alto nivel, muy poderoso y normalmente a cargo de una zona importante.

6 Grandes haciendas agrícolas del sur de Italia, con edificaciones a menudo fortificadas y que alojaban a los propietarios y a todos los trabajadores.

ello: toda su vida estaría relegado a un puesto administrativo sin importancia. Lo que no impedía que Vincenzo le hiciera frente a cualquiera que pretendiera trasgredir los sagrados límites de su ámbito de trabajo, su familia, o su intimidad. No era una persona de mal carácter, pero sabía hacerse respetar, y a veces duramente.

“Tal vez porque siempre está allí, sin progresar”, pensaban muchos con una pizca de razón.

Pero, a pesar de su no declarada frustración, Vincenzo volvía a casa temprano, disfrutaba de su familia, dormía bien, y no le debía nada a nadie.

Carmela, su esposa, era una bonita y dulce siciliana que trabajaba como enfermera en la dependencia sanitaria local. Era una mujer singular, que entraba en la madurez, aun hermosa y con un porte que la distinguía. Su familia era de Trápani, y había conocido a Vincenzo en un viaje de estudios a Palermo. Su vida también era placentera y rutinaria, excepto por los ocasionales –y un tanto misteriosos- viajes que hacía a pueblos vecinos, o bien a Palermo o a Trápani, donde aun vivían sus padres. También venían visitas a su casa, y a veces las recibía muy en privado, aun dentro de su propio dormitorio. Vincenzo no decía una palabra de todo esto y se limitaba a agradecer algún pequeño y simple regalo, generalmente alimentos, que le dejaban los vecinos.

Vivían en una casa casi al final del pueblo, apenas a unos cien metros de la *masseria* de don Cármine. Una vieja y cómoda casa de dos pisos, con un patio al frente cubierto de una parra y un huerto en el fondo donde Carmela cultivaba con cuidado y esmero numerosos tipos de plantas. A un costado, una estrecha franja de terreno era destinada a los frutales y algunas verduras.

Y después estaban los hijos: Giussepino (Pino), y Mario.

Pino era el mayor, tenía en aquella época unos dieciséis años, y su hermano trece.

En una curiosa mezcla, ambos habían heredado la dulzura de su madre y el carácter firme y a veces un tanto violento de su padre.

Por su parte, Mario era diferente. Si bien un tanto impulsivo en ocasiones, su personalidad era más reflexiva y sensible.

Pino se interesaba por las cosas de la gente y las relaciones entre ellos. Mario se interesaba por la gente en sí, como seres únicos.

Incluso físicamente tenían diferencias notables. Pino era alto y fuerte, más de lo normal para su edad. Mario era más pequeño y grácil.

Mario era muy apegado a sus padres, especialmente a su madre.

Pino, si bien los amaba y los respetaba, no era apegado a nada ni a nadie.

Los jóvenes habían tenido una hermosa niñez con juegos y aventuras al aire libre. Era normal ver a los niños correteando por las colinas de Belmonte seguidos por los saltos y los alegres ladridos de Canela, su perrita.

Recorrer cuevas misteriosas o casas abandonadas bañarse en arroyos, pescar, y robar frutos en alguna granja, eran las cosas que más los excitaban. Y volvían a su casa felices y agitados, a disfrutar de la merienda de la tarde.



En la escuela, y posteriormente cuando hicieron el secundario, se comportaban como estudiantes normales.

Pero fue allí donde conocieron a Estela.

Estela tenía catorce años, una edad cuando una chica, ya desarrollada, comienza a sospechar fuertemente que pronto será una mujer. Y duda en comportarse como tal.

Es así que rápidamente fue una compañera más de ambos hermanos y todos se acostumbraron a ver a los tres permanentemente juntos.

Estela era bonita; muy bonita. Con sus ojos negros, su tez olivácea y su carácter vivo, era un excelente ejemplo de la mujer joven mediterránea. Esas que viven muchísimos años, y que a pesar de sus avanzadas edades aún se las ve caminando lentamente por cuestas empinadas, el pañuelo en la cabeza, atado bajo el mentón y el rostro curtido y surcado por fuertes arrugas que indicaban vidas duras y parientes muertos. Estela estaba completamente decidida a no llegar a eso, quería ser una mujer moderna, como las de la ciudad, y envejecer elegantemente junto a su marido, hijos y nietos. Sus padres a veces no comprendían las aspiraciones de la muchacha que soñaba más en viajar que en vivir su vida presente, y que no quería ni siquiera considerar una vejez en Sicilia. Era de carácter alegre, de esas jóvenes que siempre saludan con un beso en la mejilla a sus amigos, que siempre los toman del brazo y les sonrían, que siempre los hacen sentir importantes. Y que siempre los dejan pensando, con una mezcla de melancolía y un suave dolor en el pecho. Estela atraía a todos, pero no dejaba acercar demasiado a ninguno.

Con Pino y Mario la relación era diferente. A Pino lo trataba con un poco más de seriedad y se cuidaba en sus expresiones y sus gestos, como tratando de demostrar que era una muchacha a la altura de un hombre joven. Con Pino se insinuaba mucho más claramente la futura y pujante madurez de la feminidad.

Con Mario había más complicidad adolescente. Más risas y conversaciones un tanto infantiles. Era la adolescencia en su máxima expresión, con su irreverencia por las formas y con sus transgresiones a veces un tanto ridículas.

La verdad era que ambos hermanos representaban su estado pasado y futuro, sus dudas entre ser niña y decidirse a ser mujer. Y eso le gustaba, mucho.

Y ellos por su parte, eran incapaces de resistir un encanto invitante y a la vez distante como el que mostraba Estela. Estaban perdidamente enamorados de la muchacha. Y ambos vivían el conflicto de saber que su hermano también la quería.

Y los tres no podían imaginar una vida separada por lazos matrimoniales que alterara esa mágica relación.

Entonces, sin decir nunca una palabra, posponían sentimientos, frases, demostraciones y complicidades.

Lo duro de esa situación era que Estela algún día tendría que decidir. Y ella lo sabía perfectamente, y le provocaba un desasosiego y una angustia que crecían lentamente. Cada día que pasaba, Estela medía y administraba más

sus demostraciones de afecto. Y había logrado un equilibrio tal que no provocaba otra cosa que un amor creciente en ambos hermanos.

Carmela veía claramente la situación. Y callaba, sabía perfectamente por lo que estaban pasando los tres jóvenes. Carmela aun recordaba los fuegos del amor juvenil y las angustiantes dudas. Pero de alguna manera sabía que eso era imposible de sostener demasiado tiempo, la vida se iba a encargar de ello.

Ocurrió un día de verano, poco antes del *ferragosto*<sup>7</sup> cuando Pino tenía ya casi dieciocho años y era un muchacho alto, fuerte y robusto. En tanto que Mario aún estaba despuntando algunos tímidos pelos en su bigote.

El sol había dejado de martillar, implacable, las calles y casas de Belmonte, y al caer de la tarde el pavimento despedía aun un fuerte calor.

Ambos jóvenes habían concurrido al bar cercano a beber algo frío. El interior del bar era agradablemente fresco y la luz difundida por el fuerte rayo de sol en la puerta, alcanzaba para desplegar toda su claridad dentro del bar ahuyentando las sombras hacia los rincones oscuros.

Pino y Mario bebían en silencio unas *granitas*<sup>8</sup> en la barra mientras las gotas de sudor de sus frentes comenzaban a desaparecer por el efecto del fresco ambiente y la bebida helada.

La luz del sol que barría la entrada del bar se oscureció. Pino miró de soslayo y alcanzó a ver las sombras de cuatro hombres que entraban. Eran don Calógero y sus tres hijos, aproximadamente de la edad de Pino o un poco mayores.

A ambos hermanos les resultó extraña la presencia del *capo* en un territorio rival. Tal vez fuera uno de los tantos gestos de provocación, o de “marcar territorio” que a menudo hacían las bandas mafiosas rivales. O tal vez tuvieran otros intereses.

Carlo, el dueño del bar estaba secando unos vasos cuando los vio. De inmediato se puso nervioso. Sabía perfectamente el motivo de la visita: exigirle la cuota correspondiente. Pero Carlo, si bien vivía en el otro extremo de la ciudad, tenía su negocio allí, y por lo tanto pertenecía al territorio de don Carmine, por lo que de inmediato supo que estaba en problemas. Esa visita era una clara provocación.

Don Calógero avanzó con un andar engañosamente suave mientras sus hijos prácticamente se desplegaban en abanico detrás de él.

Cuando llegó a la barra el viejo se acomodó al lado de Mario quien se corrió un poco para no molestar. Ambos hermanos se daban cuenta de la tensión y de lo peligroso de la situación.

-*Ragazzo*<sup>9</sup>, desaparece- le dijo don Calógero a Mario y lo empujó suavemente con el brazo.

Mario se corrió a un costado y esperó que Carlo le trajera su bebida.

-¡Fuera, te he dicho! ¡Y tú también!- le espetó a Pino.

---

7 Tradicional época de vacaciones cuya tradición viene de las “ferias” impuestas por el Emperador Augusto para el descanso y licencia del pueblo romano.

8 Confección helada de hielo con sabores frutales, muy común en los países del sur en el verano.

9 Muchacho.

Los jóvenes ya se retiraban cuando Carlo puso las bebidas en el mostrador. Fue entonces que Mario se detuvo un instante a recoger la suya. Y allí mismo el viejo le dio un fuerte bofetón que hizo trastabillar al muchacho.

Sin pensarlo siquiera, y actuando instintivamente, Pino le pegó un fuerte puñetazo en un ojo a don Calógero. El viejo cayó dando un gruñido de dolor.

Y de inmediato saltaron los tres hijos hacia Pino. Se armó una fuerte trifulca en la cual ambos hermanos llevaron la peor parte; pero con adecuados y oportunos sillazos lograron alcanzar la puerta y huir, mientras don Calógero permanecía a un lado con ambas manos sobre el ojo golpeado.

-¡Estás muerto!- fue lo último que escucharon los dos hermanos mientras corrían velozmente calle abajo.

Pino sabía perfectamente que el mensaje era para él.

Las consecuencias de ese accidente marcaron la vida de la familia para siempre.

Dos días después, dos hombres con aspecto levemente amenazador se presentaron en la casa de la familia Rossi.

-Queremos hablar con Pino.

Carmela permaneció seria, sabía perfectamente quienes eran. Y no le gustaba.

-¡Pino, te buscan!- gritó hacia adentro de la casa. Los miró una vez más y entró.

Pino apareció y los observó, curioso, despeinado y con las manos en los bolsillos.

-Don Cármine quiere verte, mañana, a las nueve- dijeron secamente. Y se retiraron.

Ese día el almuerzo familiar fue tenso y silencioso. Lo único que se escuchaba era el ruido de los platos y los cubiertos. Todos sabían perfectamente qué iba a pasar y cómo iba a afectar la vida familiar.

Al otro día, puntualmente, Pino se presentó en la *massería* de don Cármine. Vestido de sport, pero prolijo, bien peinado y con la gorra en la mano.

La construcción era bastante impresionante. De piedra, alta y con torreones en los ángulos, parecía un castillo medieval. En alguno de los torreones se vio fugazmente la figura oscura de un centinela.

Pino jaló del cordón de cuero y una campana sonó en el interior. Después de unos instantes la puerta inserta en el pesado portón de madera, se abrió y apareció un hombre con una *lupara*<sup>10</sup>.

El hombre lo hizo entrar y cerró de inmediato. Comenzó a caminar hacia el interior del establecimiento. Pino interpretó que debía seguirlo.

Atravesaron un enorme patio abierto, con piso de piedra, donde se erguían algunos frutales en flor y un par de añosos olivos en una esquina.

Varios autos oscuros se veían al interior de un garage.

Pino permaneció quieto y callado, de pie en el enorme patio.

Un hombre apareció con dos sillas y las puso a la sombra bajo los olivos.

Y un momento después una puerta de las tantas que daban al patio se abrió. Y apareció don Cármine.

Era bajo, delgado y con poco pelo gris que se asomaba bajo una boina añosa que había perdido su color hacía ya varios años.

---

<sup>10</sup> Escopeta recortada. A veces de dos cañones, que se usa aun en Italia en lugares en que existe el peligro de lobos. Es un arma característica de la mafia.

Su piel era reseca y olivácea. Lucía un bigote abundante, gris y curvado hacia abajo que le cubría casi totalmente la boca.

Sus ojos estaban ocultos por unos anteojos oscuros redondos, pero Pino recordaba muy bien la helada mirada gris que las gafas disimulaban.

Su vestimenta era sencilla, parecía un campesino en un día domingo. Un pantalón gris, saco azul, una camisa celeste y un pañuelo al cuello eran todo su atuendo.

Caminó hacia los olivos ayudándose con un bastón oscuro y se sentó a la sombra. Solo entonces miró a Pino y le hizo señas que se acercara y tomara asiento en la otra silla.

Pino lo hizo y permaneció en silencio.

Don Cármine se pasó la mano suavemente por el mentón, parecía reflexionar.

Al fin habló.

-Tu vida cambió, muchacho. Cambió para siempre. Don Calógero te sentenció a muerte.

Pino sintió un frío en el estómago. Don Cármine continuó.

-Y cambió también la vida de tu familia. Si no te encuentra a ti se vengará en tu familia... excepto tu madre. A la *mamma* no la tocará nadie.

Pino se extrañó de esa última frase, pero permaneció en silencio.

-A ti no te queda otra solución que entrar en mi familia. Vivirás acá, con nosotros, serás un soldado. Y dentro de unos años, un Hombre de Honor.

Pino intentó hablar, pero don Cármine se lo impidió con un gesto de la mano.

-Tú no sabes nada, muchacho, pero las reglas son así. Ahora ve a hablar con tu familia y retorna en un par de días.

Hizo una seña con la mano en señal de despedida, se levantó y se marchó.

Uno de los hombres se paró al lado de Pino. La entrevista había terminado. Y Pino no había dicho una palabra.

Al día siguiente a su padre le fue negado el ascenso en la Comuna y fue relegado a un rincón oscuro.

Pino explicó a su familia lo que estaba pasando y las palabras de don Cármine. Todos permanecieron en silencio y comprendieron el porqué de la postergación en el empleo del padre.

La *vendetta* de don Calógero había comenzado. Y la salud de su padre se deterioró en forma creciente.

Fue una despedida, la familia se estaba desintegrando.

Pino juntaba sus pertenencias en una vieja valija de cartón ante la mirada serena de su madre. Su padre le había dado un abrazo y sin decir más se había retirado a su dormitorio.

Mario, a su lado, lo miraba triste, nervioso.

-Pino... es culpa mía...

Pino lo miró con afecto y le sacudió el cabello.

-No se preocupen, hijos- intervino su madre. -La vida de ambos está signada. Y va por otros caminos, nada de esto es definitivo.

Mario tenía los ojos húmedos y Pino apretaba sus mandíbulas sin poder comprender los designios que lo habían puesto en esa situación. Parecía que algo superior lo llevara inexorablemente hacia cosas desconocidas.

"Si no hubiera ido al bar... si no hubiera entrado, justo ese día, don Calógero..."

¿Cómo se gesta la cadena de acontecimientos que determina una vida?, era la pregunta que Pino no alcanzaba a formular.

Y dando un beso a su madre y a su hermano, se fue.

Mario y su madre quedaron solos, sentados en la cama de Pino. La *mamma* lo miró afectuosamente y le dijo:

-Ahora tú y yo tenemos que hablar.

Y tomándolo de las manos le habló largamente mientras los ojos de Mario se dilataban por el asombro.

A partir de entonces Mario comenzó a acompañarla en sus misteriosas salidas. Y comenzó a ver más seguido a Estela.

Con Pino se veían esporádicamente, y a nadie pasaba desapercibido el cambio que experimentaba el hermano mayor. Su mirada más alerta, su expresión endurecida y su parquedad al hablar mostraban más al hombre que despuntaba, que al muchacho que hasta hace muy poco era.

Estela había comprendido la situación, y sabía que, de alguna manera, estaba perdiendo sus dos amores. Ninguno de ellos le contaba de su vida y todos sentían un doloroso sentimiento de desgarró, de fin de aquellos años felices.

Ella seguía visitando la casa de sus amigos, tal vez para mantener vivos aquellos queridos recuerdos.

Cuando el padre de los muchachos murió, fue ella quien lo acompañó hasta el último momento y quien hizo los arreglos para el sepelio.

Mario estaba con su madre en Palermo. Y Pino... Pino seguía en su vida oscura y silenciosa que todos conocían pero nadie quería siquiera mencionar. Se enteró de la muerte de su padre dos días después, cuando regresó de Catania.

Cuando Mario y su madre volvieron todo había finalizado. Nadie había podido localizarlos a tiempo.

Entre lágrimas Mario dijo con desesperación:

-*Mamma*, si hubiéramos estado...

Ella le sonrió con dulzura y negó con la cabeza.

-No, hijo. Estaba escrito.

Y esa noche, la madre volvió a soñar con aquel hombre que la observaba atentamente y súbitamente se disolvía en una nada incomprensible. Hasta la próxima vez, cuando algo trascendente cambiara nuevamente su vida.

Cuando se despertó, supo que le quedaban sólo unos meses de vida.

"Tal vez un año..."- pensó.

Pero también supo que sería eterna.

En su nueva vida, Pino había aprendido muchas cosas. Por ejemplo había aprendido a manejar distintos tipos de vehículos, a tratar asuntos difíciles con gente peligrosa, a esconder y a esconderse cuando era necesario. Aprendió de las extrañas amistades y lealtades que se forman en situaciones... especiales. Aprendió, sin ser muy consciente de ello, la importancia y la seguridad que da el pertenecer a algo.

Aprendió que existen comunidades con sus propias reglas, tan fuertes como la mismísima Ley.

Y por supuesto, aprendió a manejar explosivos y varios tipos de armas. Pino no quería pensar en el momento en que le fuera requerido usar esos conocimientos, por ahora era un joven soldado. Pero sin embargo, sentía un deseo creciente de "probarse", y también sentía cómo sus dudas al respecto y su confusión moral iban decreciendo día a día.

El afecto de don Cármine hacia Pino era ya muy grande. Le gustaba el muchacho, "calladito y obediente", solía decir. Y Pino aprendió a respetarlo y

apreciarlo. Además se había hecho muy amigo con el hijo de don Cármine, Genaro, que a esa altura era también un soldado haciendo sus primeros pasos en la sociedad y con el cual a menudo hacían alguna correría a Palermo a caza de muchachas y vivencias típicas de su juventud.

El *capo* lo apreciaba casi como a su hijo, y siempre estaba bien dispuesto a lo que necesitara. Sobre todo cuando la *mamma* necesitaba algo. Los padres de Pino jamás pidieron nada. No querían ni saber de esa gente. Pero Pino no tenía inconvenientes en hacerlo.

Un día le preguntó a su madre.

-*Mamma*, ¿por qué don Cármine te aprecia tanto?

La *mamma* suspiró.

Un día... hace años, cuando su esposa andaba mal yo la ayudé. Y cuando nació su hijo. El bebé tenía unos meses y yo...

Mario la miró.

La mujer se interrumpió. Apretó sus labios y al fin dijo:

-Lo ayudé.

-¿Genaro?- preguntó Pino, sorprendido.

Carmela asintió en silencio.

Y siguió con sus cosas. Era evidente que no quería hablar de eso con Pino.

Pino no insistió.

Todo se precipitó a mediados de setiembre, cuando Pino tenía veintidós años.

Pino jugaba a las cartas con sus compañeros en el amplio salón de la *masseria* de don Cármine.

Era una mañana soleada y tranquila, y entre risas y chanzas se escuchaba el piar de los pájaros que se escondían entre los olivos del patio.

Entró don Cármine. Visitaba a menudo el salón cuando "sus soldados" se distendían con las cartas... o cuando se preparaba algo grande.

De inmediato Pino se levantó y le ofreció una silla y otro le alcanzó un vino helado.

Don Cármine aceptó todo sin comentarios. Se sentó y bebió un sorbo. Los miró a todos.

Algo importante iba a comunicar.

-Calógero va a dar un golpe. Debemos prepararnos porque después habrá represalias. La policía nos buscará a todos.

Todos permanecieron callados.

-Ese cretino me avisó que se iba a cobrar el asunto del banco.

Nadie se asombró, era normal que aun entre bandas rivales se colaborara hasta cierto punto cuando había un supuesto enemigo común. Por fuera de esto, cuando no se respetaban los territorios o ante el menor problema, simplemente alguno moría hasta que el tema quedara saldado.

Pino sintió un leve toque de alarma en su interior.

-Disculpe don Cármine, ¿cómo es ese asunto del banco?

El *capo* suspiró, bebió otro sorbo de vino y miró al techo.

-Este imbécil solicitó un préstamo al banco. Parece que anda corto de recaudación. Pensaba que le iba a meter miedo al presidente del banco. Pidió un préstamo grande. ¡Ja!, el hombre lo mandó a pasear. Mire si se iba a arriesgar a hacer un préstamo a alguno de nosotros, eso lo puede hacer un *boss*, no uno como nosotros. Y Calógero le va a volar el auto nuevo que compró.

Pino sintió algo helado en el estómago.

-¿Ese Alfa Romeo nuevo que para en la puerta del banco?- preguntó.

Don Cármine asintió con la cabeza al tiempo que tomaba otro sorbo de vino.

-El mismo...

-¿Y cuándo va a ser?

-En una horita, inmediatamente después que el hombre entre al banco a la hora de apertura. Quiere que el hombre sienta la explosión y todos lo vean.

Los hombres rieron. Pino se levantó, estaba pálido.

-¿Qué pasa, muchacho?- le preguntó el viejo.

-Disculpe don Cármine, tengo que salir.

Y se retiró rápidamente. Todos se miraron asombrados cuando escucharon el chirriar de las gomas del auto que usaba Pino.

Estela estaba pasando por uno de los momentos felices de su vida. Tenía veinte años, una familia, amigos y un trabajo. Y toda su vida por delante- Aunque aún, después de años, no había resuelto los confusos sentimientos que experimentaba hacia Pino y Mario, había decidido dejar las cosas así. Que el destino resolviera.

Pero todos habían crecido, y la muchacha no podía evitar sentirse inquieta cuando Mario la abordaba con una de sus bromas; y Mario tocaba el cielo cuando la hacía llorar de risa y ella se apoyaba en su hombro.

Estela tampoco era indiferente a la mirada intensa de Pino cuando se cruzaban en la cervecería del pueblo o en algún otro lugar. Ninguno de los dos se animaba a hablar. Temían que si lo hacían algo se iba a precipitar, algo contenido, que había crecido y madurado con el tiempo y con la edad.

Pero ese día, cuando se dirigía a su trabajo en el banco, Estela era feliz.

“Ya llegó”, pensó Estela cuando vio el auto nuevo de su jefe aparcado en frente a la puerta del banco.

Y enseguida escuchó un sonar de bocina continuo y estridente detrás de ella.

Se volvió, y vio a Pino que detenía el automóvil en medio de la calle y corría hacia a ella mientras gritaba su nombre en forma desesperada.

-¡Estela, nooo...!- fue lo último que escuchó antes de aquel horrible fragor. Y lo último que vio fue la figura de Pino, con la cara desencajada que seguía gritando mientras tendía una mano hacia ella. Después sintió que algo la levantaba violentamente y todo se disolvió en una nube de fuego y humo. Y fue un silencio.

Pino recibió el golpe de la explosión en pleno pecho, aunque amortiguado por el cuerpo de Estela que estaba delante de él.

Cayó hacia atrás y por un momento perdió el sentido.

Cuando abrió los ojos Estela estaba tendida a unos pocos metros de él, con la cara ensangrentada y el cuerpo retorcido como un muñeco viejo que algún dios aburrido había dejado caer descuidadamente.

Pino se quiso poner de pie y le fue imposible. Se arrastró como pudo hasta donde yacía la muchacha.

Cuando llegó, en un supremo esfuerzo y apretando los dientes para aguantar el dolor, se apoyó en la pared, se sentó y puso la cabeza de Estela apoyada en sus piernas.

-Estela, mi querida Estela...- sollozaba Pino sin poder soportar la vista del cuerpo destrozado de su amiga.

De pronto ella abrió los ojos, paseó una mirada desenfocada por el cielo y después fijó la vista en el muchacho. Sonrió dulcemente.  
-Pino... todo es dorado...- fue lo último que dijo antes de expirar.

Fueron varios meses de recuperación en el hospital de Palermo.  
El tiempo transcurrió como un ensueño, entre sopores profundos y despertares con tremendos dolores.

En instantes de conciencia alcanzaba a distinguir los rostros de su madre y de su hermano. Y una vez vio a don Cármine y a Genaro.

Un día sintió que comenzaba a sanar. Sí, estaba seguro, comenzaba a sentir un calor y una energía crecientes en su cuerpo. Algo se estaba reconstituyendo, reequilibrando en su interior. Tanto en su cuerpo herido como en su confusa mente.

Cuando abrió los ojos vio los rostros de su madre y de Mario muy cerca de él.

-*Mamma*...- dijo con hilo de voz. Y sintió la cálida mano de su madre que apretaba suavemente la suya.

-¿Cómo estoy?

-Con varios huesos rotos, heridas de todo tipo y un pulmón perforado- le respondió su madre- por lo demás, todo bien.

Pino apenas sonrió. De pronto su cara se transfiguró en una mueca de alarma, de terror.

-¿Estela...?

Su madre negó suavemente con la cabeza. Mario lo miró con una luz de rencor en los ojos.

-Todo fue culpa de ustedes- dijo con rabia contenida –Ustedes y sus trabajos, y sus *vendettas*...

-Mario, no...- intentó responder Pino casi sin fuerzas.

-¡Basta, Mario!- dijo la *mamma*.

Con un último gesto de rabia Mario se fue.

Un mes después Pino caminaba con dificultad por el hospital apoyado en el hombro de su madre.

Y en otro mes había vuelto a la *masseria*.

Cuando murió la *mamma*, Pino estaba... en un trabajo. Y cuando volvió todo había finalizado.

-Murió en paz, sin sufrir- le dijo un amigo de la familia –y preguntó por ti- agregó en un implícito reproche.

-¿Y Mario?- preguntó casi con temor.

-No sé- respondió el amigo evasivamente.

Pino comprendió.

A Pino no le quedaba nada, absolutamente nada. Excepto los extraños lazos con su otra familia.

Cuando se sintió ya totalmente recuperado pidió una audiencia privada con don Cármine. Lo recibió en su estudio, una confortable y oscura pieza, apenas iluminada por una ventana. Los muebles eran antiguos y de buena calidad, y las paredes estaban repletas de fotos de familiares que denunciaban el paso de las generaciones. Frente a la ventana estaba el escritorio de don Cármine. Dependiendo de con quien hablaba, el viejo se sentaba detrás del escritorio dejando la luz a su espalda y su cara en sombras, o bien, como en esa oportunidad, invitaba a Pino a compartir sendas poltronas en un rincón de la



habitación. Era una clara señal de confianza e intimidad, por fuera de cualquier jerarquía o protocolo.

-Don Cármine, tengo que pedirle algo.

El *capo* lo observó y comprendió rápidamente.

Hablaron por aproximadamente una hora.

Cuando Pino salió de la habitación don Cármine quedó mirando la puerta con tristeza. Sabía que pronto perdería al muchacho, a "su" muchacho.

Las termas de Sicilia tienen su origen en la caldera del Etna, el abuelo rugiente que permanentemente derrama su lava por las laderas. Y así evita una espantosa erupción. La caldera calienta los numerosos ríos subterráneos de la isla, y allí donde afloran se produce una fuente termal. Hay muchas en Sicilia. Algunas se han convertido en puntos turísticos con hermosas instalaciones, varias piscinas abiertas y cubiertas, spa, hoteles y restaurantes.

Otras no. Son solamente un pequeño lago de agua caliente, y normalmente se encuentran en los valles ignotos de la isla, escondidas entre montañas y ocultas por bosques de robles y olivos. Y muy pocos las conocen.

Pino estaba en uno de esos bosques cercano a la terma pero fuera de su visión, oculta solo por una pequeña colina. A unos metros había dejado la motocicleta.

Estaba muy quieto. Esperaba, desde la madrugada.

El día era fresco y soleado, ideal para disfrutar de un reparador baño termal.

A eso de las once sintió el motor de un automóvil que se aproximaba por la carretera cercana.

Pino se irguió y alcanzó a ver cómo el Lancia negro se detenía y comenzaba a bajar un grupo de personas.

Se ocultó rápidamente.

Esperó, consciente de que los próximos instantes serían lo que determinarían su futuro. Estaba triste, pero determinado a seguir adelante. Era justo que lo hiciera. Era la regla.

Don Calógero avanzó con esfuerzo por la subida que lo conducía a la terma. Mientras uno de sus hombres quedaba en el automóvil vigilando por la posible aproximación de extraños.

Si el tiempo lo permitía, don Calógero iba allí todos los jueves en compañía de sus tres hijos. Era uno de sus momentos preferidos de la semana. Allí se distendían, descansaban, charlaban y arreglaban negocios o trabajos futuros. Y don Calógero aliviaba el dolor reumático de sus cansados huesos y de alguna herida antigua.

El *capo* salía renovado de esas visitas, y no perdía oportunidad de acudir siempre que podía: era el día libre que tenía en su vida organizada. Los jueves a la terma, los domingos a misa... y el resto de la semana trabajar con la familia.

Ese día era especial: por primera vez don Calógero llevaba a su nieto Salvatore, un muchachito tímido y callado, de once años de edad.

Cuando llegaron todos se desvistieron y de inmediato se arrojaron al agua con gritos de alegría y excitación.

La piscina era pequeña, de apenas un metro o menos de profundidad, y unos cinco metros de diámetro. Eso les permitía estar todos sentados y juntos. Un momento ideal para las charlas y la distensión.

Todos elevaban su cara al sol y sonreían con felicidad.

Salvatore fue a hacer sus necesidades en el bosque cercano, tal como le había indicado el abuelo que era muy celoso en el cuidado del agua.

En eso estaba el niño cuando vio pasar a aquel hombre, era joven, pero su expresión era de rabia y dolor. El hombre lo miró y apretó la boca, dudó. Después continuó su camino hacia la terma, acomodando entre sus brazos una enorme escopeta calibre 12.

Salvatore sintió temor, mucho temor. Y se quedó allí, paralizado hasta que todo comenzó.

Lo que alertó a don Calógero fue el sonido inconfundible de un arma que se carga. Vio la cara de dos de sus hijos que frente a él, observaban algo terrible a sus espaldas.

Don Calógero se volvió, alarmado, y lo vio.

Pino estaba en lo alto de la pequeña colina, a unos quince metros de ellos. Y tenía una escopeta en sus manos.

Pino comenzó a descender al tiempo que apuntaba el arma hacia la piscina.

Los hombres se irguieron en un intento por huir, pero fue inútil, Pino había comenzado a disparar. Metódicamente, apuntando a cada uno, con frialdad y pensando en Estela. Alcanzó con una gruesa perdigonada a cada uno de los cuatro y comenzó nuevamente por el primero. El hombre que cuidaba en el camino corrió apresuradamente hacia la terma... para encontrarse cara a cara con la escopeta de Pino. Todos cayeron, Pino recargó y continuó su implacable matanza. Hasta que agotó los cartuchos y el agua se tiñó completamente de rojo.

Observó los cuerpos flotando boca abajo, la sangre que continuaba saliendo de las heridas, el agua roja y humeante... y Pino comprendió que había perdido algo importante. La venganza es algo seco. Y vació.

Cuando se retiró observó a Salvatore que continuaba sentado, sus ojos desorbitados y las manos cubriendo sus oídos.

El niño lo miró con terror creciente. Pino no aguantó más y se fue.

Don Cármine lo observaba con expresión de dolor y resignación.

Estaban en su estudio, y el sol caía tiñendo de rojo la habitación.

"El mismo rojo que..." Pino no quiso pensar más.

-¿Y el niño?- preguntó don Cármine.

Pino se encogió de hombros.

-Es un niño, allí quedó, con miedo.

Don Cármine suspiró.

-Pero será él quien cuente todo a la policía.

Quedaron un instante en silencio.

-¿Y qué podía hacer?- preguntó Pino.

Don Cármine hizo un gesto con la mano.

-Nada, no podías hacer nada. Es un niño. Pero te tienes que marchar. No puedes permanecer aquí, por unos años, hasta que el niño no te pueda reconocer. No sabe tu nombre... pero la policía va a venir, seguro que va a venir, y no podemos arriesgar.

-¿Y a dónde tengo que ir?

Don Cármine lo miró largamente.

-Nos has hecho un gran servicio muchacho. Ahora seremos nosotros a mandar en la región, no lo olvidaré, nunca. Pero te tienes que ir. –insistió.

Pino lo miró interrogante, parecía que el *capo* no se animara a decirlo.

-A la América- dijo, al fin. -Por muchos años, hasta que esto se olvide.

Pino abrió mucho los ojos. Su vida había cambiado para siempre. Era ahora un hombre, sin alma, sin familia, y sin patria.

Don Cármine continuó.

-Te irás esta noche misma, pero antes debemos hacer un acto.

Pino lo miró sin comprender. Don Cármine lo tomó por los hombros y clavó su mirada en él.

-Serás un Hombre de Honor- le dijo con solemnidad.

Pino no estaba seguro si eso era bueno.

Un par de horas después, en presencia de toda la familia, pronunciaba aquel terrible juramento, mientras una estampa de la virgen María ardía con una llama suave y le quemaba las manos.

Don Cármine se acercó y con su cuchillo de plata hizo un corte en la palma de la mano derecha de Pino. La sangre cayó sobre las llamas mientras el *capo* pronunciaba en voz baja unas palabras.

Todos miraron como la llama se apagaba lentamente.

Cuando se consumió, todo había finalizado. Pino besó la mano de don Cármine y todos lo abrazaron.

Pino supo que algo había quedado allí, y que otra cosa, pesada y triste, seguiría instalada en su corazón por muchos años.

Lo último que hizo antes de marcharse fue ver a su hermano. Tal vez él aun...

No sabía qué cosa decirle, cómo explicarle.

Lo encontró en su casa, solo, rumiando dolor y pensamientos.

-Mario... tengo que marcharme... por muchos años- le dijo y tendió sus brazos para abrazarlo.

Mario retrocedió en actitud de rechazo.

Lo miró sin expresión.

-Mejor- fue lo único que dijo. Y le volvió la espalda.

Algo se endureció en lo que quedaba del alma de Pino.

Mario comenzó a vagar por la vida, todas sus posesiones eran una desgastada valija con ropa, una cantidad moderada de dinero y una motocicleta vieja.

“Ni casa propia tenían mis padres...”

Después de unos meses comprendió que no podía permanecer en su pueblo, demasiados recuerdos, demasiado dolor. Y nada de trabajo. Sabía perfectamente que su hermano le podría conseguir un buen empleo. Pero no, decididamente no. Mario no quería continuar con esa vida. Y mucho menos deberle algo a su hermano y a sus... amigos.

El muchacho decidió probar suerte en Palermo.

Llegó a comienzos del verano, cuando los turistas son principalmente extranjeros y la ciudad se prepara para la multitud de julio y el infierno de *ferragosto*. Los comercios se equipaban para el período de mayores ganancias y Mario pronto encontró un empleo de mozo en una pizzería céntrica. Y el mismo día encontró un albergue en la periferia de la ciudad, limpio y barato.

La jornada era larga y agotadora, le quedaba muy poco tiempo libre que utilizaba para sus idas y venidas al albergue y para dormir. Por suerte podía comer en su trabajo después de la hora de cierre. Y esto ocurría bien entrada la madrugada.

Si bien toda su vida se reducía a eso, el muchacho sabía que esa situación no podría continuar indefinidamente. Era impensable para él imaginarse años en esa rutina.

Pero mientras el tiempo se deslizaba implacable, Mario se dedicó a lo único que podía hacer en esas circunstancias: a estudiar a los seres humanos que venían al negocio.

Observaba sus comportamientos, sus gestos y los pequeños detalles que evidenciaban muchas veces lo contrario de lo que querían mostrar: las caras de dolor al pagar, las dudas al dejar propinas o las motivaciones para no hacerlo, algún cuello sucio y algún par de zapatos demasiado gastados, los perfumes penetrantes y las faldas cortísimas, los peinados y maquillajes no siempre bien logrados y las uñas quebradas que denotaban un duro trabajo manual... aunque estuvieran clamorosamente pintadas y brillantes.

Por detrás de todo eso Mario veía expectativas, frustraciones, deseos y rencores. En una palabra, veía las vidas de las personas por debajo de la máscara que habían formado durante años para representar su rol social.

Algunos de esos seres lo miraban y le hablaban, otros lo consideraban casi parte del mobiliario.

Algunos eran gentiles, otros aprovechaban la situación para su ostentación de poder y su supuesta superioridad.

Cuando llagaba a su dormitorio Mario pensaba en cuál sería la máscara que él habría construido para vivir. Y no la encontraba: era muy joven, y su vida social había sido breve, tranquila y placentera como para dar forma a una máscara.

Pero se preguntaba si la rabia demostrada hacia su hermano era realmente genuina o era lo que él pensaba que debería ser su reacción en ese momento. Y no encontraba una respuesta. Seguía sintiendo dolor y rencor por la muerte de Estela y todavía, allá en el fondo, Mario sentía el amor fraterno por Pino. Pero aun así, había decidido volcar en él ese rencor producto de la impotencia. Sabía que no estaba bien, que eso no era auténtico, que era parte de la máscara. Pero así estaban las cosas. Tal vez un día podría...

Casi siempre el sueño lo alcanzaba antes de que pudiera tener una respuesta. Y al otro día todo volvía a ser como antes, y los dolores sin explicaciones ganaban su pensamiento.

Limpiar, servir, sonreír y observar. Una y otra vez, por horas.

Mario esperaba que ocurriera algo diferente. Algo que cambiara el mundo, o que cambiara su vida, que al fin y al cabo parecían ser la misma cosa.

Lo encontró en una dura jornada, cerca de la medianoche, a través de las luces de las velas de la pizzería, por debajo del murmullo de la vida nocturna del local, por detrás del movimiento, de las cabezas que se movían y del ir y venir de los mozos. Eran un par de ojos; negrísimo, grandes y alertas; resaltados por un pesado maquillaje negro y un marco de cabellos oscuros, brillantes y rizados que caían suavemente sobre unos bellos hombros, algo morenos y desnudos.

La frente estaba cruzada por una singular cadena de perlas colgantes, y sus vestidos eran largos y coloridos. Era una gitana, una zíngara como le decían en Italia. Muy joven, bellísima. Y lo miraba sonriendo con cierta ironía, mostrando unos dientes blancos, brillantes y parejos. No era la sonrisa de una muchacha a un muchacho que puede gustarle. Era la sonrisa con sombras de complicidad, con trampas que se sienten, que se anticipan, pero que son irresistibles; una sonrisa invitante y al mismo tiempo amenazante. Era la expresión de alguien que en la vida es ante todo un cazador antes que una presa.

Mario quedó atrapado por esos ojos y no se explicaba el porqué de su mirada hipnótica, hasta que la vio avanzar lentamente entre las mesas, moviéndose suave, armónica, como si estuviera ejecutando una danza en la que se expresaba la vida en toda su potencia.

Mario supo que lo miraba para atraparlo en una incierta seducción y así evitar que la expulsara del local. Solo él se había percatado de su presencia.

La chica se puso en cuclillas al lado de una mesa. Mario había aprendido lo suficiente acerca de la naturaleza humana como para darse cuenta de que eran las víctimas perfectas: dos muchachas jóvenes con expresión de inocencia y alegría, junto a dos jóvenes que trataban de impresionarlas con su casi inexistente experiencia mundana. Turistas, y para mejor, extranjeros, seguramente sudamericanos a juzgar por su acento. Jóvenes en busca de aventuras suaves, de cosas para contar.

-¿Me deja ver su mano, señora?- preguntó la gitana en un español chapuceado.

“Es hábil, muy hábil. E inteligente”, pensó Mario al ver que rápidamente la chica había captado la nacionalidad de los cuatro turistas.

Los cuatro jóvenes interrumpieron su conversación y observaron divertidos el imprevisto.

-¡Sí, dásela!- dijo uno de ellos acompañado por los otros tres.

-A ver si te dice quién te gusta- dijo el otro un poco más serio.

La chica se sonrojó y lentamente tendió la mano derecha con la palma hacia arriba.

La gitana se la tomó suavemente y comenzó a estudiarla.

-Señora, van a suceder cosas importantes en su vida.

Los cuatro murmuraron entusiasmados.

-Debe ser el examen de historia- dijo la otra muchacha.

La gitana frunció el ceño.

-No señora, es algo de amor... algo totalmente nuevo.

Esto bastó para que la atención se centrara sobre la gitana.

-Veo un hombre, un hombre hermoso, muy rico, que llega pronto. Es la oportunidad de su vida.

La chica se llevó una mano al pecho, emocionada.

La gitana lanzó una rápida mirada hacia Mario que la observaba sonriendo suavemente.

Volviéndose hacia la chica le dijo:

-Usted ya ha tenido algún desengaño, ¿no es así?

La joven asintió lentamente, muy seria, emocionada.

Mario se tomó la cabeza, "¡Esto es el colmo!"

-Pues le digo que lo próximo no será otro desengaño. Debe ser paciente y aprender a reconocer el amor. Él vendrá pronto, y tendrá una prenda azul. Más no le puedo decir.

La cara de la joven estaba iluminada.

-¿Cuánto le debo?

-Lo que quiera, señora, esto no lo hago por dinero.

Mario pensó que explotaba de risa.

La joven le dio unas monedas.

-Gracias señora.

-¿Me dice algo a mi?- preguntó rápidamente la otra muchacha- Necesito saber de un trabajo.

-Deme su mano.

La joven estaba junto a la otra, la posición era algo incómoda. La gitana giró poniéndose entre ambas y tomó la mano que le tendía. De esa forma su brazo izquierdo quedaba oculto detrás de la primera chica.

Por un momento sintió la mirada de Mario sobre sí y rápidamente le lanzó un mudo gesto implorante.

-El asunto de trabajo se puede solucionar en unos pocos meses, actualmente su situación es incierta.

Esto bastó para captar la atención de todos y fue el momento que la gitana eligió para pasar su brazo izquierdo detrás de la primera muchacha y meter la mano en su cartera.

Buscó rápidamente sin dejar de hablar y sacó una billetera y un collar que rápidamente ocultó bajo sus ropas mientras el interés de la otra chica crecía.

-Más no le puedo decir.

-Gracias, muchas gracias. ¿Cuánto le debo?

La gitana la miró con expresión de picardía.

-Nada, señora, solo le pido si me deja dar un beso a su novio.

Los cuatro lanzaron una exclamación, divertidos. Y el supuesto destinatario se sonrojó.

-No es mi novio... si él quiere...

El joven no supo qué decir. La gitana se puso en pie y avanzó hacia él con una mirada incendiaria.

-¡Sí, sí, sí!- comenzaron a alentar todos.

El muchacho no sabía qué hacer, sonreía estúpidamente cuando la gitana se sentó sobre sus rodillas y dando la espalda a los otros le plantó un largo y fogoso beso en la boca.

Cuando finalizó, lo miró directamente a los ojos y le dijo:

-Gracias, señor.

El joven, totalmente sonrojado no supo qué decir. Todos aplaudían, incluso de mesas vecinas.

Mario iba a intervenir, ya era demasiado, cuando vio al dueño del local que avanzaba rápidamente. La gitana miró a Mario que le hizo un gesto de alarma señalando con la cabeza al dueño. La chica lo vio y huyó rápidamente ante el desconcierto de los cuatro jóvenes.

-¡Mario, te dije que estuvieras atento!

-Le juro que no me di cuenta, señor, todo fue muy rápido.

Los jóvenes los miraban desconcertados.

-Disculpen- les dijo el dueño amablemente- ¿pueden revisar sus pertenencias?

Un gesto de alarma se dibujó en las caras de los jóvenes que rápidamente revisaron bolsillos y carteras.

-¡Me robó!- gritó la primera muchacha mirando con asombro el interior de su cartera.

-¡A mi también, me sacó la billetera!- gritó el joven.

-¡Llame a la policía!- dijo la joven al dueño.

-Yo voy a buscarla- dijo Mario corriendo hacia la puerta.

Cuando alcanzó el exterior miró a un lado y a otro y la vio, caminando velozmente entre las sombras a unos cincuenta metros.

Mario avanzó rápida y silenciosamente y la tomó de un brazo.

Ella, sorprendida y asustada, lo miró. Al reconocerlo puso su cara maliciosa, con una pizca de inocencia.

Mario la observó, impresionado por su belleza.

Permanecieron así, sin saber qué hacer, aunque la muchacha sabía que corriendo el tiempo dominaba más y más la situación.

-¡Mario!- la voz del dueño del local fue como un estallido en la oscuridad de la calle.

Mario se volvió y la muchacha aprovechó para huir rápidamente.

-¡Por qué no la detuviste!, ¡por qué la dejaste ir!- reclamó el hombre, iracundo.

Mario no supo qué responder.

-¡Y sabías que estaba adentro, no la echaste!

Mario suspiró y abatió los hombros.

-Yo... yo...- y no pudo decir más.

El hombre lo miró sacudiendo la cabeza.

-Ven adentro, Mario. Te pago y te vas.

Cuando salió, Mario pensaba lo caro que puede ser quedar prisionero de unos ojos negros y una cara hermosa.

“¡Pero que linda que era!”

Al otro día Mario recomenzó su trajinar por Palermo buscando un nuevo trabajo. Había decidido dejar el albergue porque no sabía siquiera si iba a permanecer en la ciudad. Por lo tanto llevaba su mochila con sus pocas pertenencias.

La encontró sentada en las escalinatas del teatro, a la caza de turistas.

Cuando se detuvo a su lado Sarah lo miró y le sonrió.

Mario permaneció serio y se sentó en la escalinata.

-Perdí el trabajo- le dijo.

Ella no dejó de sonreír.

-Pudiste haberme detenido, pudiste haberme forzado a devolver todo.

Él no respondió. Sabía que era así, pero no se atrevía a confesarlo.

-¿Por qué?- preguntó ella – ¿por qué no lo hiciste?- insistió.  
Mario se encogió de hombros sin saber qué decir. Miraba hacia adelante, pero era consciente del calor animal que se desprendía del cuerpo de ella y que parecía abrazarlo.

-¿Cómo te llamas?  
-Mario, ¿y tú?  
-Sarah. ¿Quieres que te adivine la suerte?  
Mario la miró con escepticismo.  
-¿Insistes con eso?... no pienso gastar ni una moneda en tu... trabajo.  
-Vamos, es gratis- y le sonrió.  
-Vamos a aquel café- propuso Mario.  
Ella lanzó una carcajada.  
-Me acaban de echar de allí.  
Metió la mano entre sus ropas.  
-Aquí mismo y rápido. El destino no tiene por qué estar escondiéndose en mesas de café o a la luz de las velas.  
Y sacó un mazo de cartas.  
Las barajó, las extendió boca abajo en la escalinata y le dijo a Mario.  
-Escoge una- le dijo con voz suave y profunda.  
Mario la miró y experimentó una cierta tensión. De alguna manera sabía que la chica no bromeaba y que esto se lo tomaba muy en serio.  
Elegió una carta y la dio vuelta,  
-El siete de espadas- dijo ella –vienes de un conflicto. Saca otra, y olvida tu pasado, piensa en tu vida futura.  
Mario se concentró, cerró los ojos y tendió su mano izquierda hasta tocar una carta.  
La joven lo miró muy seria.  
-Esto es tu destino, esto es o que debes buscar en tu vida- y la dio vuelta.  
-Es un arcano-, le explicó ella. -Se llama La Suma Sacerdotisa.  
Mario la miró detenidamente. Era una especie de reina sentada entre dos columnas y rodeada de símbolos, con una luna creciente bajo sus pies.  
La chica estaba seria.  
-Para nosotros es Santa Sarah. Por algo te eligió.  
-Acaso significa que “yo y Sarah”...- bromeó él.  
Ella negó, muy seria.  
-No, esto es algo más grande.  
-Y sin decir más guardó las cartas. Después de unos instantes la sonrisa volvió a su rostro.  
-¿Y ahora, qué vas a hacer?  
Mario se encogió de hombros,  
-No sé, buscar trabajo, supongo. O aprender tus artes- bromeó.  
Sarah rio, divertida.  
-Eso se aprende desde niño.  
-¿A ser ladrón?  
Ella se puso a la defensiva.  
-Nunca nos vas a ver robarle a un pobre.  
-¡Ja!, Robin Hood...  
Ella ahora lo miraba seria.  
-Nunca lo entenderías. Nosotros somos una tribu, y ustedes son otra. Ustedes roban tierras a los indígenas en América, y aquí les roban la vida a sus



empleados. Y a nosotros nos echan de todos lados, nos mandan a la cárcel ante la menor sospecha, nos quitan nuestras cosas. Es una lucha que viene desde hace años.

-Pero ustedes no son perseguidos... solo cuando roban.

Sarah lo miró y sus ojos tuvieron un destello de rencor.

-Te equivocas. Nosotros fuimos perseguidos durante siglos, y también tuvimos nuestro holocausto. Murieron miles en las cámaras de gas. Y nadie habla de eso, no somos tan importantes.

Quedó un instante en silencio.

-Eso también lo aprendemos desde niños- agregó

Mario no supo qué decir.

Ella le puso su mano sobre el muslo. Había recuperado la sonrisa.

-¿Por qué no vienes con nosotros?

Mario la miró con sorpresa.

-No sé...

-¿Qué puedes perder? No tienes nada, ni a dónde ir...

-¿Y con ustedes qué tengo?

-Tal vez amistad... y tal vez encuentres a Santa Sarah.

Mario la miró con expresión de ironía.

-No estoy hablando de mí- le dijo muy seria- aunque también puede darse- agregó con una risa tramposa.

Mario también rio.

-Vamos- dijo.

Y fueron hacia la moto.

-¿Por dónde?- preguntó.

-Hacia afuera de la ciudad, hacia el río- dijo Sarah y lo apretó muy fuerte por la cintura.

Con una fuerte acelerada Mario Partió hacia su vida. Sarah rio, excitada.

Después de andar unos cuarenta minutos por un camino secundario llegaron a un puente. Sarah le hizo señas de detenerse.

-Por allá- dijo señalando una colina cercana.

Mario condujo la moto fuera del camino y comenzó a subir la colina. El terreno era bastante parejo y se veían huellas de vehículos.

Al despuntar la cima Mario vio el campamento.

Eran varias carpas y toldos. A un lado estaban cuatro casas rodantes, y rodeando todo se veían varios vehículos grandes y potentes, de unos diez a quince años de antigüedad.

La gente que desde esa altura divisaba parecía ocupada en ir y venir del río, acarrear leña y algunos trabajaban frente a un enorme caldero humeante.

-Llegamos justo- dijo Sarah, están preparando el almuerzo.

Al aproximarse Mario vio que había personas de todas las edades, desde ancianos hasta niños.

-Somos cinco familias- explicó Sarah.

Cuando llegaron Mario vio que las mujeres vestían sus faldas largas, pero sin la vistosidad que había visto en Sarah, comprendió que esa era la vestimenta "de trabajo", en tanto que para lo diario se usaban ropas más convencionales.

Los hombres vestían normalmente, algunos con jeans, otros con pantalones y sacos un tanto viejos, y algún anciano utilizaba pantalones abuchonados y botas altas.

A medida que la moto se acercaba fueron deteniendo su quehacer y miraron con atención y curiosidad al recién llegado.

-¡Es Sarah!- gritó una señora – ¡Viene con Sarah!

La chica descendió y saludó a todos. Después, volviéndose hacia Mario lo presentó:

-Es Mario, el amigo que ayer me ayudó.

Todos lo miraron con curiosidad.

-Perdió el trabajo, no tiene a dónde ir.

Un par de jóvenes lo observaron sin expresión y volvieron a sus quehaceres. Una señora de mediana edad y con un pañuelo sosteniendo su cabello, se le acercó, se limpió las manos en un delantal y le tendió la mano.

-Soy Jovanka, la madre de Sarah, y este es mi marido, Wesh- dijo señalando a un hombre serio y moreno que se acercaba.

-Bienvenido, joven. Y gracias.- le dijo Wesh.

Mario los saludó con deferencia y se percató de la mirada atenta de un anciano que observaba todo atentamente unos pasos atrás. El hombre vestía un saco azul, camisa roja con un pañuelo de color incierto al cuello. Pantalones grises dentro de botas muy gastadas, hasta la mitad de la pierna, y una boina de vasco completaban su atuendo. Era un hombre evidentemente viejo, delgado, su piel olivácea estaba surcada por las huellas de años incontables. Su cabello era gris plateado y un poco largo. Y sus ojos brillaban como carbones. Una enorme energía y autoridad emanaban del anciano.

Mario sintió que los ojos del hombre lo escrutaban.

Sarah lo condujo hacia él.

-Este es mi abuelo, Sounya. Es nuestro Patriarca.

Mario permaneció inmóvil mientras el anciano continuaba la inspección de su alma. En ese momento Mario sintió una cosa pequeña y muy cálida que le apretaba la mano. Era una niñita de unos cinco años que lo miraba sonriente y que espontáneamente se había colgado de su mano. Mario la miró, sonriente, sin saber qué hacer.

Cuando volvió a mirar al anciano vio que éste sonreía y le tendía la mano.

Mario la estrechó, era una mano grande, áspera, cálida.

El hombre retuvo la mano por unos instantes y después, dirigiéndose a Sarah, dijo unas palabras en voz baja.

La muchacha sonrió.

-Dice que te puedes quedar. Que lo decidió Fifika.- dijo refiriéndose con un gesto de cabeza a la niñita que lo había tomado por la mano.

Mario la miró, sorprendido. La verdad era que todo eso lo había tomado de sorpresa, no había pensado en quedarse o no, ni sabía que necesitaba una autorización para ello. Pero la actitud amistosa de la madre de Sarah, la curiosidad y el no tener absolutamente ningún proyecto de vida lo decidieron.

-¿Y cuánto tiempo me puedo quedar?

Sarah se encogió de hombros.

-No lo sé... hasta que te vayas, supongo.

La vida en el campamento era tranquila y agradable. Durante el día los hombres que no tenían que trabajar en los automóviles, o en artesanías de metal o hueso, o en cualquier otra cosa, salían a comprar y vender, desde metal, madera, tela o provisiones de todo tipo, hasta automóviles; o bien

cualquier otro tipo de “negocio” de lo cual Mario se cuidaba muy bien de no preguntar.

Sarah y otras muchachas de su edad salían a desempeñar el “trabajo” de siempre.

Cuando Mario la quiso acompañar ella se negó.

-Serías un problema. Nosotras sabemos cómo hacer las cosas, como desaparecer, como avisarnos a la distancia unas a otras, como ayudarnos. Esto lo aprendemos desde niñas.

Y efectivamente, algunas niñas las acompañaban.

En cuanto a los hombres, si bien lo trataban con deferencia, jamás le asignaban un trabajo fijo.

Mario optó por ayudar en la reparación y mantenimiento de los automóviles, acondicionar los toldos y dar una mano en la cocina. En este caso las mujeres lo recibieron con risas de ironía, pero al ver su desempeño pronto fue uno más. Los momentos mejores eran al almuerzo y cena. Como carecían de horno o cocina, la preparación de los alimentos siempre era en unas enormes ollas de hierro y todos compartían el mismo alimento.

A la noche era aún mejor, porque después de la cena comenzaba el baile.

Con una improvisada orquesta compuesta de un acordeón, uno o dos violines y un par de tambores, se ejecutaban –e improvisaban- aires alegres y viejas canciones que todos acompañaban batiendo las palmas y cantando.

Mario no entendía el significado de las canciones, pero el ritmo y la alegría eran tales que no podía sustraerse de batir las palmas y de tratar de balbucear algunas cosas. Y todos lo miraban sonrientes y contentos de su participación que era en sí, una forma de integración.

Una noche el baile cambió. Cesaron los sones del acordeón y los tambores y uno de los hombres trajo una guitarra.

Comenzó a ejecutar un son lento, acompañado de golpes en la caja de la guitarra.

Sarah estaba sentada al lado de Mario en el amplio círculo que formaba todo el grupo.

Mario la observó y vio la mirada brillante y la actitud hipnótica de la chica. Su cuerpo comenzaba a moverse lentamente al son de la música.

-¡Sarah, Sarah!- corearon varios.

Sarah literalmente saltó al centro del círculo. En ese momento Mario reconoció que el son ejecutado era un tipo de flamenco<sup>11</sup>.

Sarah comenzó a bailar. Sus brazos elevados, sus manos que se entrelazaban una y otra vez. Y sus caderas que se movían como con vida propia mostraban una sensualidad creciente a medida que el ritmo se aceleraba. La cabeza de la muchacha estaba por instantes baja, o bien la elevaba hacia el cielo nocturno, sus cabellos tejían cambiantes arabescos sobre su rostro y sus ojos brillantes que Sarah entornaba cada vez más.

El baile era de una tremenda sensualidad.

De pronto se sumó un violín que comenzó a protagonizar la música con sones agudos, desgarrados y melancólicos.

El cuerpo cimbreante de Sarah transmitía ahora todo el sentir, la melancolía, el sufrimiento y la tradición de una raza errante.

<sup>11</sup> Baile popular de la región de Andalucía, y que caracteriza fuertemente a la cultura gitana. Sus orígenes son inciertos conteniendo fuertes trazos de orientalidad y de la cultura morisca en particular.

De pronto Sarah comenzó a bailar frente a Mario, muy cerca. Se hizo un silencio en los presentes y el violín vaciló.

Sarah lo tomó de las manos y lo llevó al centro. Mario totalmente embarazado, comenzó a moverse despacio; como apenas recordaba que cosa era el baile, solamente trataba de acompañar los movimientos de Sarah. Al poco tiempo el violín recuperó su vitalidad mientras la guitarra no paraba de sonar en la raíz del ritmo flamenco.

Mario comenzó a moverse con más soltura, ahora no podía despegar sus ojos de la muchacha y sentía una excitación creciente. Sus tacos golpeaban con fuerza el terreno y sus brazos se elevaban golpeando las palmas de las manos al son de la música.

Estaban más y más juntos y la gente comenzaba a aplaudir. Pero Mario no escuchaba nada, era todo música y sensación. Y era deseo expresado en baile. Estaba muy cerca de Sarah, y ella no dejaba de mirarlo aprisionando su alma en embrujo antiguo, construido por ojos brillantes, caderas cimbreantes y cuerpos que se aproximaban más y más.

La música ya no guiaba, a esa altura parecía ser llevada por la danza; y la danza era presa del deseo.

Sin darse cuenta de lo que estaba haciendo Mario la tomó fuertemente de la cintura y avanzó su cabeza para besarla. Sarah se echó hacia atrás formando un pronunciado arco y sostenida por la cintura por el brazo de Mario.

En ese momento la música se interrumpió. Se hizo un silencio en la gente y Mario y Sarah quedaron muy quietos en esa posición final que indicaba el clímax del embrujo y el fin de la danza.

Pero Mario no lo sabía. Lo comprendió cuando todo el mundo estalló en aplausos y gritos de alegría. Excepto un joven que permaneció serio, observándolo sin hacer un gesto.

Mario respiraba agitado y no podía dejar de mirar a Sarah. Ella le sonrió suavemente, le pasó la mano por la mejilla y enderezándose se desprendió del abrazo.

Lo había hechizado.

-¡Sarah, Sarah!- coreaban todos otra vez.

Mario pareció despertar de un sueño salvaje, pestañeó y comenzó él también a aplaudir a la muchacha.

Ella se fue rápidamente y no la vio más en toda la noche.

La reunión se fue disolviendo entre conversaciones suaves y abundante vino.

De alguna forma, las almas de todos los presentes y las de sus antepasados, habían danzado esa noche.

Cuando Mario fue a dormir en el jergón que le habían acondicionado en la carpa de los hombres solteros, le costó bastante conciliar el sueño.

Al otro día encontró a Sarah antes que se fuera. Hablaron algo apartados, junto al río.

-Sarah, yo... lo de anoche...

-Lo de anoche es un baile, Mario, una especie de juego, o ritual del cual participamos todos. Es la danza del amor.

-Pero nosotros...

-No hay un "nosotros". Yo estoy prometida a otro joven, a Vadoma.

Mario apretó los dientes con furia.

Ella le puso una mano en el hombro. Fue como una puñalada.

-Tranquilo, Mario, es así.

-¿Lo amas?

Sarah pareció dudar.

-Eso no cuenta mucho por ahora. Con el tiempo se aprende a amar al marido.

-¿Pero cómo puede ser?-preguntó Mario rebelándose ante algo que no comprendía.

-Es por la familia. El abuelo y otros seleccionaron a Vadoma, el joven que nos miraba muy serio mientras bailábamos. Tenemos un antepasado en común, por lo tanto somos del mismo clan, somos *rai*<sup>12</sup>. Nuestras familias se unen y pasamos a ser más fuertes, más poderosos.

-¿Y eso es todo?

-Eso es mucho. Lo principal es la familia.

Hizo una pausa, le costaba decir lo siguiente.

-Y tú eres *gayé*, no perteneces a nuestra raza.

Mario se sintió muy dolorido, eso era una clara exclusión.

-Pero eres amigo de todos, y todos te aprecian- agregó con una sonrisa.

Mario pensó unos instantes. Ellos eran lo único que tenía. Sí, eran sus amigos.

Sarah pareció leer sus pensamientos.

-Y algún día te irás, Mario, lo sé.

-¿Cómo puedes estar segura?

-Lo sé, lo dijeron las cartas.

Mario experimentó la conocida sensación de fatalidad que lo había sorprendido otras veces en su vida. Cambió rápidamente su actitud y su enfoque de la realidad. La miró sonriente, le dio un beso en la mejilla y le dijo:

-Gracias, Sarah, gracias por ser así, y por conocerte.

Sarah se fue rápidamente mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

Un buen día el Patriarca, el abuelo Sounya dio orden de aprontar todo para partir.

-¿Por qué nos vamos?- preguntó Mario a Vadoma. Había hecho una sana amistad con el muchacho. Sin decirse nada ambos habían comprendido y aceptado todo.

-Tenemos que buscar trabajo en otro lado. No somos como los *rom*, que se asientan en un campamento general por años. Nosotros somos *sinti*, somos nómades. Seguimos las costumbres de nuestra raza, desde siempre.

-¿Y cómo es eso?

-Pídele a Sounya que te lo explique. Él sabe mucho de todo esto.

Mario quedó pensativo, nunca se había preguntado ni percatado de las diferencias entre los gitanos.

Comenzó a ayudar a desmontar el campamento.

Fue precisamente durante ese trabajo que la posición de Mario entre los gitanos –y en su vida en general- cambió para siempre.

Todas las familias trabajaban en silencio, coordinadamente, con ese automatismo rutinario y silencioso que tienen los grupos que desde hace mucho tiempo realizan una tarea en conjunto.

Los toldos eran desmontados y cuidadosamente doblados para ser depositados en los trailers. Los automóviles maniobraban para enganchar las

---

12 Pertenecientes a un mismo clan.

casas rodantes y todos los utensillos habían sido acondicionados en cajas de madera.

Todos trabajaban a la par, hombres, mujeres y adolescentes. Solamente los niños pequeños deambulaban, algunos tratando de ayudar, otros simplemente se sentaban a observar.

Un Ford grande y antiguo se ubicó en una pendiente para facilitar la carga en el baúl. El conductor, uno de los hombres principales de otra familia que por su posición de respeto recibía el apelativo de “Tío”, se bajó a abrir el baúl y fue a buscar los paquetes con enseres para cargar.

Mario estaba en otra de las numerosas tareas cuando sintió en el interior de su mente algo como el estallido de una idea, de una visión o de un pensamiento. Y de inmediato se volvió hacia donde estaba el antiguo Ford.

El automóvil estaba con el motor encendido y el freno de mano puesto. Los años de uso, o bien los rincones del azar, o tal vez el propio *fato*<sup>13</sup> de Mario, hicieron que en ese preciso momento uno de los dientes del freno resbalara, y luego el otro, y así hasta que el conjunto del freno de mano falló y el automóvil comenzó a deslizarse lentamente hacia atrás por la pendiente.

Fifika era la hermanita de Vadoma, el prometido de Sarah, y era una de las niñas más alegres y queridas por la comunidad. A sus cinco años Fifika era feliz, y consideraba a todos los mayores como sus padres y a todos los niños como sus hermanos. Y era quien había “adoptado” a Mario el día de su llegada. Fifika tenía también sus momentos de soledad y abstracción, esos momentos en que los niños quedan muy quietos observando algo y pensando, con su mirada perdida en mundos que solo a ellos le pertenecen.... Nunca se sabrá qué cosa piensan, y ninguno de nosotros es capaz de recordar algo más que esos instantes de calma y suave felicidad.

Ese día, lo que capturaba la observación de Fifika era una colonia de lombrices que se retorcían en la tierra suelta y húmeda al pie de un eucalipto. Había descubierto un mundo.

Fifika no vio al automóvil que se deslizaba lentamente en su dirección, solamente levantó su cabeza al escuchar los gritos desesperados de Mario que corría hacia ella. Después sintió un golpe en el pecho, una gran presión y todo desapareció. La niña había quedado aplastada entre el paragolpes del automóvil y el árbol. Su cabeza colgaba hacia un lado y sus ojos estaban cerrados.

A esa altura todos gritaban y corrían. La madre de la niña la sacudía tratando de hacerla reaccionar. Vadoma atinó a encender el auto y sacarlo de allí. El cuerpo de la niña cayó desmadejadamente.

-¡Llaman a Kavi, llamen a Kavi!- gritó alguien desesperadamente al ver que la niña en brazos de su madre no reaccionaba mientras su madre lloraba con desesperación.

Kavi tendría poco más de cuarenta años. Era una mujer hermosa, de cabellos largos y oscuros, sus formas plenas y contundentemente redondeadas hacían desvelar a más de uno de los hombres de la tribu, Pero Kavi, siempre se mostraba con un porte de dignidad que inspiraba respeto en todo el mundo. Siempre respetuosa de la ley y de las costumbres de los Sinti, se había casado

---

13 Expresión italiana a menudo utilizada con el significado de “destino”, o bien “lo que está dispuesto” para una persona en particular.

virgen y se había sometido, como es de rigor, a la ceremonia del *yeli*, que confirma a la novia como tal.

Pero Kavi había enviudado al poco tiempo de casarse. Un accidente de tránsito había acabado con la vida de su joven marido.

Nunca más Kavi se casaría, el espíritu de su marido permanecería atado a ella hasta su muerte, y ningún otro hombre de la tribu podría interferir con eso... por más que muchos lo desearan fuertemente dada la hermosura de la mujer.

Kavi había entonces desarrollado una profunda vida interior, y su única relación había sido con una anciana rom que vivía en un campamento cercano a Roma, a la que visitaba periódicamente. Los viajes de los sinti no siempre estaban cerca del campamento de la vieja, por lo que Kavi debía desplazarse y a veces permanecer por varios días alejada de su gente.

Pero hacía un año que la vieja había muerto... no sin antes legar todo su saber de herboristería y magia a Kavi.

La viuda se había transformado entonces en la curandera, la sanadora de la tribu, el único "médico" al cual tenían confianza en recurrir. El prestigio de Kavi había crecido considerablemente y ahora era considerada una "Tía". Vivía sola, en su pequeña casa rodante y conducía su propio automóvil, algo bastante desusado en los sinti. "Pero era Kavi..."

La mujer llegó y sin decir palabra comenzó a observar a la niña y a palparla cuidadosamente con sus manos.

-Es grave, tiene el pecho aplastado- dijo- Llévenla a mi trailer.

Por un par de días Fifika permaneció inconsciente en compañía de la mujer que le aplicaba varias clases de cataplasmas hechas con hierbas y entonaba continuamente plegarias extrañas. Nadie se animaba a entrar en su casa y la comunidad se limitaba a esperar en silencio, con ansiedad y temor.

Habían improvisado nuevamente el campamento con lo mínimo indispensable como para permanecer hasta que la situación se resolviera en un modo u otro.

Al tercer día Kavi salió con la niña aun inconsciente en sus brazos.

-No puedo hacer más- confesó – y se está deshidratando.

Todos permanecieron en un silencio pesado, cargado de tristeza y fatalidad. La madre de la niña comenzó a gemir con un llanto suave y quejumbroso que pronto fue acompañado por varias mujeres de la tribu.

Mario sintió que se ahogaba, algo le estaba pasando. Se recostó a un árbol y por un breve momento perdió el sentido.

En ese momento se le apareció el rostro de un hombre. Era una imagen clara, que parecía flotar en su mente y delante de él. El hombre comenzó a hablarle. Mario no entendía y le costaba enfocar la imagen que a veces parecía desvanecerse.

De pronto, por un instante lúcido y fugaz, comprendió.

Vio claramente la cara del hombre flotando frente a él y escuchó su voz que le decía:

"Mario, Mario, llegó tu momento".

Y se disolvió apenas el muchacho se despertó.

Mario sabía lo que tenía que hacer. Lo había aprendido durante años con su madre. Y sabía también que había encauzado en su destino y que comenzaba a morir.

Sin ser consciente de lo que estaba haciendo Mario avanzó y sorpresivamente quitó la niña de los brazos de Kavi. Y de inmediato la abrazó contra su pecho.

Mario perdió el sentido del ser, él y Fifika eran uno, contenidos en un entorno de energía unificada.

Algunos murmuraron y avanzaron para impedir lo que de por sí era extraño y chocante. Pero Kavi los detuvo con un gesto de su mano. La curandera parecía saber perfectamente lo que estaba sucediendo entre Mario y la niña.

Mario continuó experimentando esa unión y transferencias de energía hasta que “despertó”. Entonces recordó todo lo que había aprendido con su madre en aquellas salidas misteriosas, todo lo que la *mamma* le había explicado con frases cortas, enigmáticas, con gestos, miradas y actos. En una palabra, todo lo que había sembrado en él para que en su momento floreciera.

Y el momento era precisamente ese.

Con toda suavidad Mario puso a Fifika en el suelo delante de él; se arrodilló frente a ella y le puso las manos sobre el cuerpo sin tocarla, con las palmas hacia abajo, tan solo a unos cinco centímetros.

Una vez más Mario experimentó un estado extraño, como de ausencia y sintió aquello que de él se desprendía y se integraba a Fifika. Sintió que murmuraba unas palabras, unas frases que no comprendía, pero que había escuchado años atrás cuando su madre practicaba la curación. Una vez más él y la niña estaban unificados. No supo cuánto tiempo estuvo así.

Varios de los que observaron la escena juraron que habían visto una fuerte luz que se desprendía de sus manos y cubría el cuerpecito de la niña.

Después de unos minutos, que para Mario no tuvieron sentido alguno de tiempo, bajó las manos. Algo que apenas comprendía había finalizado.

Fifika abrió los ojos, se quejó un poco y sonrió.

Una sensación de cosa sagrada, de reverencia y numinosidad, recorrió a todos los que habían contemplado la escena, prácticamente toda la tribu.

Mario comenzó a reaccionar lentamente, vio como Kavi avanzaba hacia él y, con los ojos llenos de lágrimas le besaba las manos.

Observó la mirada atónita de Sarah y supo que lo poco que le quedaba de ella lo había perdido para siempre. Y el resto de la tribu se arrodilló y entonó una plegaria de agradecimiento al tiempo que lo miraban con sorpresa, admiración y respeto.

Mario se sintió humildemente agradecido y maravillado ante algo infinitamente superior que no llegaba a entender, pero de lo cual se sabía parte integrante.

Y se sintió solo, muy solo. Supo que eso lo acompañaría el resto de su vida.

Al día siguiente partieron. Sounya había decidido trasladarse a Taormina porque la temporada turística comenzaba y ese lugar era especialmente apto para la venta de artesanías.

Taormina era una pequeña ciudad desarrollada verticalmente, desde sus playas hasta la hermosa parte antigua casi en la cima; había sido famosa años atrás por los festivales de cine y los escándalos protagonizados por varias sus estrellas. Alternando entre las playas y la calle peatonal de la parte de arriba se podía ofrecer la mercadería y el trabajo artesanal a numerosos turistas, tanto italianos como extranjeros.

Mario había viajado en el auto de Vadoma, en compañía de otros jóvenes de su edad. Pero al otro día de establecido el campamento, Wesh apareció guiando



un camper<sup>14</sup> tipo Kombi, un tanto viejo pero en impecable estado, tanto adentro como afuera.

-Es tu casa- le dijo a Mario -después la revisamos bien de motor y todo lo demás. Adentro no le falta nada.

-Pero...- quiso preguntar Mario.

Wesh hizo un ademán como para interrumpir cualquier pregunta.

-Lo ordenó Sounya-

Y no había más que decir.

Mario tenía su casa, y su soledad aumentaba.

Sounya había dispuesto que el casamiento de Sarah se efectura en diez días, por lo que los preparativos comenzaron.

Iba a ser una gran fiesta, tal vez duraría un par de días, por lo que tanto la familia de Sarah como la de Vadoma comenzaron a comprar en un despilfarro sin límites. Se compraron enormes cantidades de alimentos y bebidas, se acondicionaron luces y fogones, y cada uno de los participantes tendría un regalo. Debía ser una fiesta inolvidable, claramente superior a la anterior realizada por otra familia. Esa era la forma acostumbrada en la tribu para demostrar el poder de una nueva alianza.

Mientras tanto a Mario no se le permitía participar de trabajo alguno, era tratado con mucho respeto y consultado por todo tipo de dolencia. Mario ignoraba todo acerca de medicina, él sólo sabía lo que su madre le había enseñado, y ahora no tenía cómo aprender. Es más, sentía que la soledad lo apretaba, que sus noches eran agitadas, y apenas podía contener la excitación que le producía la presencia de Sarah. Cuando le confesó todo esto a su amiga, la única persona que aún lo trataba como antes, la muchacha lo miró pensativamente y no respondió.

Esa madrugada Mario despertó en su nueva casa con una sensación de asfixia. Sarah le apretaba la boca con su mano al tiempo que le hacía una seña para que mantuviera silencio.

Le indicó que la siguiera. Mario se vistió rápidamente y salió al exterior. Era una noche oscura y fría. Sarah lo tomó de la mano y lo condujo a través de las sombras de los vehículos y de las tiendas del campamento. Mario, intrigado y aun somnoliento, la dejó hacer.

Pronto llegaron a una pequeña casa rodante, Mario sabía exactamente donde se encontraba y comenzó a entender todo.

Sarah se despidió con un suave beso en sus labios y se fue, rápida y silenciosamente.

La puerta del vehículo estaba apenas abierta y una muy leve luminosidad se filtraba hacia afuera.

Mario entró sin hacer ruido y cerró la puerta tras de sí.

Kavi, hermosamente maquillada y vestida con una corta camisa de noche lo miraba sonriendo suavemente.

A partir de entonces, Mario aprendió todo sobre herboristería y los principios de la medicina que necesitaba para sus curaciones. Y por sobre todo aprendió la pasión, la dulzura y la seguridad que le producía el sexo con una mujer madura.

---

14 Furgoneta adaptada a vivienda. Normalmente de marca VW o Mercedes Benz.

Mario siguió viviendo en su camper, visitando a Kavi durante el día para aprender o para intervenir en alguna enfermedad. Y por la noche en secreto para seguir amándose con pasión.

Si alguien en la tribu sabía de la situación se cuidó muy bien de decir nada, aunque, como le confesó Sarah con una sonrisa cómplice, todos lo sabían o lo sospechaban, y todos lo aceptaban sin confesarlo. Era algo natural, era algo de la vida. Y además, a todos les servía.

Llegó el día de la boda. Desde muy temprano comenzaron a sonar el acordeón y los tambores, ejecutando sones alegres y pegadizos.

Las mujeres se habían levantado en la madrugada para preparar el desayuno. En los días anteriores habían improvisado un horno de barro donde cocinaron tortas de todo tipo que fueron servidas con leche fría y yogurt.

Fueron varios los que después de este opípara comida se acostaron a descansar.

A mediodía la música era más alegre y se sumaron un par de violines. Pronto comenzó la danza. Ahora era un flamenco alegre, desprovisto de los tonos dramáticos y del sentimiento del anterior. Y después comenzaron las sardas.

A esa altura todos bailaban y Mario se sentía contagiado por la alegría y el frenesí.

De pronto todos se detuvieron. Había aparecido Sarah. Estaba increíblemente bella, con vestido claro con guardas floridas y una corona de flores naturales en su cabello.

Todos irrumpieron en vítores y exclamaciones de admiración. Sarah avanzó con una sonrisa radiante y la música recomenzó. Y rápidamente uno de los jóvenes la alzó en brazos y comenzó a girar al son de la sarda. Todos aplaudieron sin dejar de bailar. De inmediato fue otro quien se apropió de la muchacha y danzó con ella en brazos. Y así continuó hasta pasar por todos los jóvenes de la tribu. Vadoma no se veía por ningún lado. Cuando llegó el turno de Mario, Sarah lo miró intensamente y le sonrió. Mario comprendió que era una despedida. Tan solo un hilo del alma quedaría unido entre ellos.

En ese instante la música cesó, todos quedaron algo serios y Kavi hizo una seña. Era el momento del *yeli*, la parte más importante de la boda.

Varias mujeres mayores que no pertenecían a ninguna de las dos familias se retiraron hacia una tienda especialmente acondicionada. También Sarah se dirigió hacia allí. Cuando entró vio una cama con sábanas blancas cubierta de pétalos de rosa y claveles. Sarah se acostó en la cama, sabía lo que vendría a continuación. Todas guardaban silencio.

Apareció Kavi, en sus manos traía una navaja y un pañuelo blanquísimo.

Sarah respiró hondo y quitándose la bombacha abrió las piernas. Sentía un poco de temor.

Cuidadosamente Kavi abrió la navaja, de unos quince centímetros a la que envolvió con el pañuelo dando un giro y medio en torno a la hoja, dejando libre apenas un centímetro de la punta.

Con sumo cuidado Kavi introdujo la navaja en la vagina de la muchacha y la penetró lenta y suavemente hasta que Sarah dio un respingo y se quejó.

La muchacha había experimentado un poco de dolor. Kavi suspendió la penetración y quedó esperando.

El dolor de Sarah fue pasando y después de unos instantes Kavi retiró muy despacio la navaja. Era el momento más importante, donde la virginidad de la novia iba a ser comprobada.

El pañuelo apareció manchado de sangre, todas las mujeres sonrieron y echaron pétalos sobre Sarah.

Kavi salió al exterior y todos la miraron ansiosos. Con toda ceremonia abrió el pañuelo y lo levantó para que todos pudieran verlo.

Claramente se veían tres manchas rojas donde habían estado los tres pliegues del pañuelo.

-¡Las tres rosas!- gritaron algunas mujeres, y todos lo repitieron entre vítores y expresiones de alegría. La novia era virgen, la boda se podía hacer. Apareció Sarah y a medida que avanzaba todos echaban claveles blancos a sus pies.

Mario observaba todo maravillado, y comenzaba a entender el significado de lo sucedido.

En ese momento se sintió el rugido de un potente motor. El automóvil de Vadoma apareció y frenó en medio de una nube de tierra. Rápidamente el muchacho descendió y tomando a Sarah en brazos la introdujo en su automóvil y partió velozmente entre los gritos y aplausos de los presentes.

La novia había sido “robada”, uno de los ritos más antiguos que se repiten en varias etnias. Ahora el matrimonio estaba consumado.

La música recomenzó más alegre aun y todos bailaron y se dedicaron a beber y a comer. Esto duraría hasta el amanecer.

Mario se retiró con Kavi quien le explicó el significado de todo lo sucedido.

Los novios, ahora marido y mujer, volvieron al atardecer siguiente para seguir disfrutando el resto de la boda. Varios estaban echados en medio de una borrachera épica y otros... continuaban comiendo.

Los padres de los novios esperaban con tortas y una enorme cantidad de regalos.

Mario, por su parte, le había regalado una cadena de plata con una medalla de la Virgen de la Candelaria. No sabía qué cosa lo había impulsado a comprar eso.

Sarah la contempló y sus ojos brillaron de alegría.

-Santa Sara...- dijo.

-Yo no sabía...- quiso decir Mario, pero ella le hizo una seña de callar.

-Mejor- respondió -mucho mejor.

Esa noche, después de hacer el amor, Mario preguntó a Kavi:

-¿Por qué ustedes permanecen nómades, por qué no se integran, por qué son siempre rechazados o se desconfía de los gitanos?

Kavi sonrió.

-Ustedes son gente alegre, ni peor ni mejor que cualquier otro- agregó.

-Tenemos leyendas sobre nuestro origen, mitos fundantes que nos han marcado. Uno de ellos dice que cuando fueron a crucificar a Cristo le encargaron la forja de los clavos a un viejo herrero, experto en cosas de metales, y que era el patriarca de una familia. Por este hecho, esa familia fue dejada de lado por toda su vida y lo mismo sus descendientes, es decir, nosotros. Nunca nadie quiso saber nada con quien había forjado los clavos que hicieron sufrir a Jesús. Y comenzamos a vagar por el mundo con esa maldición encima. También de allí surge la tradición de que somos excelentes herreros.

-¿Pero... eran hebreos entonces?

Kavi, con la mirada perdida se encogió de hombros.

-Tal vez... Otra leyenda dice que fue por causa de Samer, el que construyó el becerro de oro. Samer quería atraer más gente al pueblo de Israel, entonces construyó el becerro y propició la ceremonia de adoración. Cuando Moisés vio eso ordenó el exterminio de la gente de Samer. Muchos huyeron, y allí comenzamos a viajar... o a huir.

-Qué triste...- dijo Mario.

-O somos de origen egipcio- agregó Kavi.

-¿Y entonces?

-En este caso somos castigados por no haber dado hospitalidad a la Virgen María y al niño Jesús.

-Siempre algo malo y relacionado con lo del pueblo de Israel.

-Sí, por eso muchos sostienen que somos una tribu perdida, no perteneciente a las doce que se consideran.

Mario quedó en silencio.

-No te preocupes, las teorías antropológicas nos consideran como provenientes del norte de la India. También por esto tenemos fama de trabajar en los metales.

-Pero la segregación continúa...

-Mmmm... a esta altura no sé si nos segregan o nos segregamos.- respondió con cierta ironía no exenta de cinismo.

Mario pensaba.

-¿Y Santa Sarah?- preguntó después de unos instantes.

Kavi pareció ponerse un tanto más seria.

-Eso es mucho más importante, y tal vez mucho más antiguo. Los gayé la ven como una santa más, o como una herencia israelí. "Sarah" en hebreo, quiere decir "princesa". Pero para nosotros es la Gran Madre, la primera mujer que viene desde los orígenes. En la Biblia creo que se habla de una princesa negra. Es la naturaleza, su primera representación fue seguramente la Isis egipcia, seguramente también de piel oscura. Y después aparece en cada virgen negra que se ve.

-La Candelaria- dijo Mario con asombro.

-Es una de sus representaciones. O bien la Suma Sacerdotisa del Tarot, que tú conoces bien.

Mario le había relatado la experiencia de las cartas con Sarah.

-Versiones más modernas ubican a la Virgen Negra en Francia, y habría sido traída por María Magdalena. Pero allí la leyenda comienza a deformarse. Para nosotros es la Madre Tierra, la Naturaleza, la parte femenina de Dios. Y toda representación sagrada de una mujer, tiene su origen en esto. O, si prefieres, en Isis.

-¿Cómo sabes todo eso?

-Me lo contó una anciana rom que en su juventud había sido profesora.

Mario la miró, asombrado.

-¿Y qué pasó?

-Lo de siempre, se enamoró y sintió el reclamo de su raza. Se fue con un joven rom.

Mario quedó muy pensativo. Mucha cosa en su vida estaba rondando alrededor de eso.

El cuerpo cálido y suave de Kavi que se echaba sobre él le hizo postergar sus cavilaciones.

Lo que decidió a Sounya a levantar el campamento no fue la falta de trabajo, sino la cantidad de gente que había llegado esa mañana.

Habían pasado unos tres días desde la boda de Sarah y la rutina se había instalado nuevamente.

Fifika estaba perfectamente bien y Mario seguía realizando sus curaciones. Pero alguien había comentado de su don en la ciudad y en algunos pueblos vecinos.

Ya las mujeres habían comenzado sus diarias labores y quienes debían vender productos y artesanías aprontaban todo para salir, cuando se vio una nube de polvo que avanzaba hacia el campamento.

Eran unos diez automóviles. Al llegar pidieron para hablar con el Patriarca, evidentemente habían sido asesorados por alguien que conocía las jerarquías de la comunidad.

Sounya acudió, asombrado. Jamás le había sucedido algo similar.

La gente había descendido de los autos, eran en total unas cuarenta personas. Personas evidentemente sufrientes, algunos con niños en sus brazos, ancianos que apenas podían caminar y un par de ellos en sillas de ruedas.

Sounya comprendió de inmediato.

Un hombre se acercó y con mucha humildad y respeto pidió para ver “al santo”. Sounya no respondió y fue al camper de Mario. Cuando le explicó la situación, el joven hundió su cara entre las manos.

-¿Qué puedo hacer “tío”? ¡Es demasiado!

Sounya no tenía respuesta. Abrió los brazos, impotente y propuso consultar a Kavi.

Cuando ella apareció ya estaba al tanto de la situación. Miró a Mario con expresión compasiva.

-Llegó tu destino, Mario. Debes decidir cómo vas a proceder con esto.

Mario la miró interrogante. Ella explicó.

-Hay gente que hace muchísimo dinero con esto...

-¡No!- respondió el muchacho -¡Eso no! No es algo mío, es algo que pasa a través de mí.

-Tú sabes que no es exactamente así- le dijo Kavi mirándolo seriamente.

Sí, Mario lo sabía. En cada operación de cura sentía claramente que perdía un poco de energía.

-Como sea. Dinero, no- dijo firmemente.

-¿Qué hacemos con esta gente?- preguntó Sounya.

Mario suspiró.

-Que comiencen a pasar- respondió Mario con un dejo de resignación. Y Kiva movió la cabeza en señal de desaprobación.

Fue una jornada terrible, agotadora. Mario conoció la dimensión de su potencia y también aprendió de sus propios límites. No todas las curaciones fueron exitosas, lo sabía, aun cuando las personas se fueran llenas de esperanza. Había casos en que el destino era mucho más fuerte que su don. Y en otros operaba maravillas.

-¡Milagro, milagro!- gritaba una anciana que había abandonado su silla de ruedas.

La gente insistía en pagar o hacer donaciones, a lo cual Mario se negaba sin admitir réplica. Eran muchos los que besaban sus manos o tocaban sus ropas.

Otros le pedían bendecir medallas, imágenes, fotos, ropas o cualquier otra cosa.

Finalizó cuando caía la noche. Estaba completamente agotado.

Sounya tenía todo dispuesto y el campamento se levantó. Cuando por la mañana llegaron unas doscientas personas, allí no quedaba nada.

Mario ni siquiera pudo guiar su vehículo. Permaneció tres días en cama, asistido por Kavi quien le preparaba alimentos especiales y diversos tipos de hierbas.

Abandonaron la Sicilia y pasaron al continente.

Sounya había decidido trasladarse a la Puglia, a la ciudad de los *trullis*<sup>15</sup> zona de mucho interés turístico en toda época del año.

Cuando instalaron el campamento Sounya reunió a toda la comunidad y dio instrucciones precisas para que nadie hablara acerca de Mario y sus dones.

Permanecieron en esa zona unas tres semanas antes que la gente comenzara a aparecer lentamente. Siempre había alguno que hablaba, o bien hacía algún dinero por proporcionar el dato. O simplemente alguno que se apiadaba de alguien enfermo...

Una vez más tuvieron que levantar el campamento.

Sounya dispuso ir para la Rumania.

Estuvieron tres años viajando por la Europa central. A esa altura Mario estaba completamente integrado a la tribu, aunque los problemas por su fama no dejaban de incomodar obligando a traslados más frecuentes.

No obstante eso, la vida transcurría tranquila, sin otro sobresalto que la de alguna huida apresurada de un restorán cuando alguna muchacha “adivinaba la suerte”.

Sarah había abandonado ese “trabajo”, bastante ocupada estaba con sus dos hijos pequeños. Pero nunca dejó su amistad con Mario, ni aquella especie de complicidad que los había unido cuando sus vidas se cruzaron. Sin decir nada, sin interferir uno en la vida del otro, ambos sabían que “se tenían mutuamente”. Y disfrutaban de ese silencioso vínculo. Por otro lado su unión con Kavi era cada vez más evidente y todos seguían aceptándolo como la cosa más natural, después de todo ambos eran una especie diferente de seres, ambos eran revestidos por un halo de sacralidad que mantenía a raya cualquier intromisión, crítica o cuestionamiento.

Durante ese tiempo Mario aprendió mucho sobre la gente, sus costumbres, sus historias. Cada país era el resultado de una leyenda, de un mito. Y aprendió mucho sobre enfermedades y formas de curar.

Pero sentía que su energía continuaba disminuyendo inexorablemente en cada asistencia.

Mario no sabía qué hacer, cómo manejar eso.

-¿Qué hago, Kavi, qué debo hacer?- preguntaba una y otra vez.

Kavi no respondía, dejaba que el muchacho hiciera su propio proceso de asimilación.

Por fin un día le dijo:

---

15 Conjunto de casas de piedra, circulares y de techo cónico, que se encuentran en la Puglia meridional. Algunas de ellas datan de la edad del bronce. Otras son de construcción reciente dado el interés turístico que despierta la zona.

-Mario, tú no puedes hacer esto así, como un acto casi público. Tú tienes que actuar cuando las cosas se dan. ¿Has visto que no todos los casos se pueden curar?

Mario asintió, interesado. No tenía explicación para eso.

-Eso es porque para algunos está determinado que así sea, que deben pasar por eso. E incluso deben morir por esa enfermedad.

-¿Entonces?

-Entonces debes actuar sobre aquellos casos que Dios ponga delante de ti. Debes ser muy astuto, permanecer casi incógnito, desplazarte, observar, conocer a la gente. Hasta que alguien aparezca y naturalmente se den las condiciones para que tú actúes. Deja todo en manos de Dios.

Mario quedó muy pensativo. Y supo lo que debía hacer.

-Sí, tienes razón, debo dejar que se exprese la voluntad de Dios a través de mí y de mi don. Recuerdo que mi madre siempre me decía eso, y yo no lo había entendido. Siempre me hablaba del destino, de lo que "está escrito", ella le decía el *fato*, como se dice aquí, en Italia. Es algo más fuerte y decisivo que el destino.

Kavi lo miró con lágrimas en los ojos y no respondió. No había nada que decir. Sabía que su amado muchacho tenía razón. Dios se lo había dado, ella lo había preparado y llegaría el momento de devolverlo a ese destino que él recién ahora comenzaba a comprender.

En una madrugada fría Sounya decidió salir y contemplar el cielo. Se sentó en la hierba húmeda y miró las estrellas.

Se sentía un poco extraño. Preguntó a su interior qué estaba sucediendo. Y la respuesta no tardó en llegar.

De inmediato pensó en llamar a Mario. Pero no, las cosas debían ser así.

Miró el cielo, sonrió. Y murió, tranquilo, muy cerca de donde había nacido, en su querida Rumania. El ciclo se había cerrado.

Lo encontraron en esa posición al día siguiente, sentado, con los ojos entreabiertos, y una sonrisa de satisfacción en su cara. Había llevado una vida plena y feliz.

De inmediato comenzaron los preparativos para su entierro.

El cuerpo de Sounya fue acondicionado en un ataúd. Vestía sus mejores ropas y estaba rodeado de las pertenencias que se suponía iba a usar en el más allá.

Mario observó cómo sus narices eran tapadas con cera.

-Es para evitar que entre algún espíritu maligno en su cuerpo- explicó Kavi.

A continuación toda la tribu en un luto riguroso, rodeó el ataúd y lentamente un murmullo cada vez más audible se hizo sentir. Algunos entonaban plegarias, otros hablaban cosas incomprensibles para Mario, quien optó por adoptar un silencio respetuoso.

Cuando Kavi finalizó su oración explicó.

-Algunos se están despidiendo, otros pidiendo perdón por alguna ofensa, y otros simplemente orando. Queremos que siga su proceso en paz, que no vuelva como un muerto viviente a cobrar antiguas deudas.

-¿Y su alma?

Kavi se encogió de hombros.

-No lo sé, encarnará en algún ser que nazca, o en algún animal.

Mario quedó pensativo, e improvisamente musitó:

-Gracias “tío”, gracias por haberme recibido cuando no tenía donde ir. Gracias por haberme protegido y enseñado. Y gracias por la Kombi, que ha sido mi casa. Gracias por Sarah, y gracias por Kavi, porque tú has permitido todo. Cuando finalizó se sintió mucho mejor, pero muy triste.

Wesh se acercó a Mario y le entregó una vieja navaja que había pertenecido a Sounya.

Mario lo miró, interrogante.

-No le sirve para este viaje, y es costumbre entregar estas cosas a un gayé. El “Tío” estará contento que la tengas tú.

Mario sintió que sus ojos se humedecían.

“Sí, me siento honrado por esto. Pero seré un gayé para siempre.”

Kavi pareció leer su pensamiento, le pasó un brazo por los hombros y se lo llevó. Comenzaba el momento de los llantos a coro y de la quema del resto de las pertenencias del difunto.

Al día siguiente se reunió el *kris*, el consejo de “tíos”. Debían decidir quién sería el nuevo “Patriarca” y qué dirección tomar a partir de entonces.

La elección cayó en forma muy natural sobre Wesh. Y en conjunto decidieron continuar un tiempo más en Rumania; allí se sentían más seguros, aun cuando continuaran viajando a lo largo y ancho del país.

Después partirían nuevamente.

Cuando Mario decidió que era el momento de abandonar la tribu fue porque sucedieron dos cosas en forma casi simultánea.

La muerte de Kavi y una vez más, la aparición de aquel hombre en sus sueños. Durante años habían recorrido Europa y parte de Asia. En cada lugar Mario se interesaba por la religiosidad local y, en aquellos lugares apropiados, preguntaba y aprendía sobre las formas de magia y curación. Descubrió que existía una concomitancia entre ambas cosas. La religiosidad local estaba fuertemente ligada a la metodología de curación y viceversa. El hombre —o la mujer— sagrados, eran quienes detentaban los poderes curativos. Y todo eso le hacía pensar en el origen de las enfermedades y en la constitución del ser humano: había una parte de los humanos, no física, donde tenían lugar esos fenómenos.

Y por encima de todo, los grandes principios: la Gran Madre y el Gran Padre, lo femenino y lo masculino del universo. Y aun por encima de eso... lo desconocido; fuerte, evidente, casi tangible, pero desconocido, inaprehensible e imposible de representar o describir. Pero Eso... se manifestaba a través de muchas cosas de la vida. Mario y Kavi habían aprendido a reconocerlo en muchas señales y sucesos que experimentaban en determinados momentos de sus vidas, en los cuales era impensable que lo vivido no fuera otra cosa que un mensaje o una enseñanza. Y en algunas oportunidades procuraban buscar juntos “la conexión”, directamente con lo Gran Desconocido, o bien con cualquiera de sus manifestaciones.

Es así que Mario desarrolló una intensa vida espiritual, y sus sentidos ocultos se fueron desarrollando más y más.

Había perdido la cuenta de sus años, seguramente tendría más de cincuenta, los hijos de Sarah ya eran jóvenes fuertes y desarrollados. La misma Sarah, aquella fascinante belleza toda energía y sensualidad, era ahora una mujer feliz, con abundantes canas, un cuerpo redondeado y un marido sabio. Y desde



hacia algunos años había comenzado a asistir a Mario y Kavi con el consiguiente aprendizaje de los procedimientos de sanación. Mario se limitaba a algún comentario dejando en manos de Kavi la enseñanza. Había algo, una energía tribal, antiquísima y fuerte, que hacía que esas cosas debían transmitirse en el seno de una tradición. Además, lo suyo era distinto...

La implacabilidad del tiempo se hacía ver en el rostro y en el cuerpo de Kavi. Entre los dos se había consolidado un suave y permanente amor, sin la pasión del enamoramiento juvenil. Era un amor maduro, un amor en el que habían llegado a comprender el porqué de su vida juntos.

Kavi tendría unos setenta y pocos años cuando comenzó a sentirse débil. A esa altura consideraban la enfermedad como algo muy diferente a lo que habían pensado antes, era parte de la vida, indicaba desequilibrios o deterioros naturales. No era un trágico accidente en una vida de salud eterna. Y lo mismo con la muerte. Ambos habían llegado a conectarse con el espíritu de Sounya en varias oportunidades, sobre todo en los momentos inmediatos a su muerte. Después, el contacto había sido mucho más esporádico y se daba en el ámbito de los sueños. Pero allí el "Tío" ya no era tal, era algo mucho más difuso, sabio y elusivo, que conservaba muy poco de su personalidad en vida. Pero era él, ambos lo sabían. Y con eso habían comprendido la transitoriedad de la vida y la indefinición de la muerte. Nada era algo definitivo.

Por eso cuando Kavi se debilitó aún más, lo consideraron ambos como una instancia natural, aunque sin poder evitar el zarpazo de la angustia, aun cuando sabían que era un hito más en el camino. Por conocer todos esos procesos no podían evitar el dolor profundo de la separación, era el carecer de la presencia del otro a través de los sentidos físicos normales, algo que en sí, es la vida diaria.

-Llegó el momento querido Mario. Nos veremos de otra forma, en otro mundo.

Mario asentía sin poder proferir palabra. ¡Cuántas veces habían explicado este proceso a otros! Pero ahora que lo vivían... era algo distinto, muy distinto, que guardaba dentro de sí la conciencia de una cosa que después de años de estudio, apenas comenzaban a conocer: el misterio de la muerte... y después.

-¿No podemos intentar...?

Kavi negó.

-No, es inútil, lo sé. Además... Siento una especie de alivio. Solo me duele dejarte a ti, mi querido.

Mario le tomó la mano y sintió cómo la energía de Kavi se perdía inexorablemente.

-Te ruego, Mario, administra tu poder. Deja que Endivé<sup>16</sup>, te guíe. Que sea él quien decida sobre vidas y muertes, tú tan solo serás su instrumento, "que sea Su voluntad y no la tuya", agregó con una sonrisa débil.

Kavi murió al día siguiente, en paz y con su mano entre (,)las de su amado.

Mario sintió claramente cuando el espíritu se liberaba y de inmediato una nube de amor y ternura lo envolvió. Mario entonces comprendió un poco más del misterio de la eternidad y supo que en algún futuro, en algún mundo...

La cubrió mientras las lágrimas descendían pesadas y silenciosas por sus mejillas.

---

16 Una de las formas en que los gitanos denominan a la suprema Divinidad.

Afuera, toda la comunidad esperaba, todos juntos en un silencio que tenía mucho de cosa sacra y mucho de fatalidad. Cuando Mario salió del camper comenzaron los suaves llantos de las mujeres, mientras los hombres apretaban fuertemente a sus hijos y bajaban la cabeza para disimular su dolor.

Se había ido una "Tía" que había dejado su huella de amor en la tribu.

Al otro día el hombre extraño apareció nuevamente en el sueño de Mario. No estaba seguro si había sido un sueño o una duermevela, en uno de esos estados intermedios que se producen al despertar y al adormecerse donde se pueden vivir experiencias trascendentes. Mario había aprendido muy bien a aprovechar las manifestaciones, descubrimientos y enseñanzas que se vivían en esas ocasiones.

Por esa razón no podía decir que "había sido un sueño". Además, la consistencia y evidencia de la experiencia era muy distinta a la del fenómeno puramente onírico. Era algo... importante.

No había sido, como otras veces, la aparición de un rostro flotante en el espacio, no. El hombre había aparecido claramente en toda su expresión y le había hablado. Tampoco esto último había sido como esas conversaciones en el ámbito de lo mental que había experimentado otras veces en sus sueños o meditaciones, y que si bien se habían mostrado sorprendentemente reveladoras de cosas que Mario necesitaba saber, carecían de la claridad de esta última aparición.

Pero... ¿de dónde venía?, ¿sería un espíritu? Sin saber por qué, Mario estaba seguro de que no era así.

El hombre había aparecido muy próximo a él y claramente le había dicho:

-Mario, debes partir. Debes volver a Italia.

-¿Tengo que curar a alguien?- preguntó Mario.

-A muchos. Pero por sobre todo, tienes que curar un alma.

Y desapareció.

Sin dudarle Mario comunicó al "kris" de su partida. El Consejo de Ancianos pensó que era por la muerte de Kavi –y en gran medida era así- por lo que todos hicieron gestos de asentimiento y comprensión.

Fue una despedida simple, silenciosa, con un sentimiento de desgarró.

-El camper...- iba a preguntar Mario.

Wesh le hizo un gesto de negación con la mano.

-Eso fue una decisión de Sounya.

Y no se hablaba más. Por más que ahora el camper era otro más moderno, seguía siendo "su casa".

Mario miró una vez más a todos.

"Mi familia", pensó. Aun cuando sabía que nunca había pertenecido en su totalidad. Siglos de historia estaban presentes y vivos en todos ellos. Siglos que no pertenecían a la vida de Mario.

Miró a Sarah abrazada a sus hijos. Se sonrieron dulcemente resumiendo así muchos años y posibilidades que habían quedado atrás.

Y partió.

Otra vida comenzaba dentro de su vida.

Entró a Italia por Trieste, y comenzó a descender.

"A Italia", le había dicho el hombre, pero ¿dónde? ¿Otra vez a Sicilia?

Una oleada de dolores y rencores suprimidos por los años comenzó a despertar.

“No, a Sicilia no”, pensó con determinación. En ese momento fue consciente de que en su vida había algo inconcluso, algo que solucionar. Estaba seguro que, de alguna forma, lo haría.

Comenzó a descender deteniéndose solo en pequeñas poblaciones, y allí esperaba... a que Endivé le indicara a quien atender.

Así conoció familias con hijos dolientes, gente con dolores crónicos, enfermedades de todo tipo aparecían ante él. Y en todos los casos la asistencia de Mario tenía efecto positivo. En esas oportunidades sentía claramente que actuaban otras fuerzas, otras leyes para él desconocidas y poderosas. No era tan exitoso con los casos que él seleccionaba, lo había comprobado una y otra vez.

Después de cada “trabajo” Mario se retiraba rápidamente del lugar, porque su fama se extendía y eran muchos los que lo buscaban. Y su energía vital descendía más y más.

¿Para eso había sido enviado a Italia? Pues bien, si eso debería ser... que así fuera. Pero también tenía que salvar un alma...

Faltaba, aún faltaba para ver el fin de su camino.

Un día despertó en su camper y se dio cuenta de que sostenía entre sus manos la pequeña cruz de madera en forma de T que su madre le había dado, una a él y otra a su hermano. A esa altura de su vida Mario comprendía perfectamente que en esa actitud que se había dado en sueños, había algo, algo importante que debía descifrar.

Pensó, pensó mucho en esa T. Buscó información en una pequeña biblioteca local de la ciudad del Aquila, que era por donde sus inciertos pasos lo habían guiado y allí encontró lo que necesitaba saber.

La T era en realidad una Tau, que quería decir varias cosas, pero por sobre todo era un símbolo de redención. Y era el signo utilizado por Francisco de Asís para firmar sus cosas y como significado de su prédica. Con ese signo comenzaba toda acción. Era también el “omega” del alfabeto hebreo, el fin, la muerte, la transición. O el comienzo de una nueva vida.

“Francisco de Asís... San Francisco... el patrono de Italia. La principal fuerza local.”

Mario pensó y meditó durante todo el día. Era la única “señal fuerte” que había recibido. “Sí, cada localidad tiene su santo, Santa Rosalía en la Sicilia, el Padre Pio en todo el sur, San Genaro en Nápoles, pero por algo la *mamma* me había dado la Tau.”

Al día siguiente partió hacia el sur, hacia la ciudad de Asís.

Lo primero que hizo al llegar fue estacionar el camper en un parking apartado y comenzar a recorrer los lugares sagrados. Visitó la Basílica de San Francisco, la iglesia de Santa Clara, la zona del eremo donde San Francisco se refugiaba a orar y meditar junto a sus compañeros y la Porciúncula dentro de la Basílica de Santa María de los Ángeles. En esa pequeñísima capilla permaneció un largo rato.

Mario no era particularmente religioso, nunca había practicado la religión en forma ritual y habitual, pero estaba convencido de que su don y su destino tenían mucho de cosa sagrada. Y por allí debería buscar los indicios para cumplir con su *fato*.

Varias cosas le indicaron que debía marcharse de allí: en primer lugar la ciudad de Asís estaba repleta de turistas, y eso creaba un ambiente de cierta frivolidad

turística que lo inhibía para cualquier trabajo de curación. Lo segundo era precisamente eso: no había encontrado a nadie con necesidad de ayuda. Y finalmente, su experiencia le indicaba claramente que debía apartarse de las ciudades importantes e ir allí, a los rincones del mundo donde era necesario que la mano de Dios se manifestara a través suyo, normalmente en gentes ignotas, desesperadas, con pocos recursos.

Decidió marcharse, aunque tenía la certeza de lo que en esa ciudad había aprendido y meditado le serviría en un futuro próximo.

Mario puso rumbo al sur y que fuera lo que debía ser.

El primer indicio lo tuvo en Foligno, una pequeña ciudad cercana donde se había detenido a almorzar.

Entró en una *távola calda*, uno de esos pequeños restaurantes de comida casera donde siempre se encuentra un buen plato de pasta caliente. Atendía el local una mujer mayor, tal vez de unos setenta y pocos años, pero que se veía más desgastada de lo común. A Mario le llamó la atención la cara de profundo sufrimiento de la mujer, hizo su pedido y se sentó. La mujer se acercó caminando con mucha dificultad y le trajo el vino. Era excelente.

Cuando le trajo los *spaghetti* Mario vio como un par de lágrimas caían por las mejillas de la anciana a pesar de sus esfuerzos por disimularlas. No dijo nada, pero cuando finalizó la comida y pidió un café buscó conversación con la señora.

Conversaron un poco sobre el turismo y el tiempo, hasta que la mujer le pidió disculpas y se sentó.

-No aguanto más- le dijo-no soporto los dolores en mi cadera. Y menos con este tiempo húmedo.

-¿Y qué es lo que tiene, señora?

-El cuello del fémur. Se ha desgastado por la edad y el trabajo, y duele terriblemente.

-¿Y qué le dice el médico?

Ella suspiró.

-Me da calmantes y me dice que no se puede hacer nada, a esta edad no se puede operar.

Mario pensó en cuánta solución podría haber en materia de prótesis. Pero evidentemente la edad de la mujer no le permitía acceder a ese tipo de intervención, o bien porque en la zona no había posibilidades, o... porque algún parámetro de inversión decidido vaya a saber por quién, establecía que en esos casos... no valía la pena.

“La crueldad e impersonalidad de la industria médica... En fin, para esto estoy aquí.”

La mujer, después de haber confesado su dolencia se dejó andar. Y entre lágrimas agregó:

-¡Y tengo un nieto de trece años! Somos nosotros dos solos y tiene que estudiar, ¡no puedo dejar de trabajar!

Mario permaneció serio.

-¿Vive usted acá, señora?

La mujer se secó las lágrimas y asintió en silencio.

-Disculpe, señor. No tenía derecho a molestarlo con mis cosas.

-¿Y cómo se llama usted, señora?

-Giovanna...

-Señora Giovanna, soy una especie de... médico naturista. Tal vez tenga algo que le pueda aliviar. ¿A qué horas cierra usted el negocio?

Giovanna lo miró con bondad y desesperanza, con la expresión de quien ha probado todo y sabe que todo es inútil, Pero ese señor era tan amable... no costaba nada dejarlo intentar con otro medicamento más.

-Cierro a las ocho.

-Bien- dijo Mario. Pagó y se levantó.- a las ocho y media vuelvo, si me permite.

Ella lo miró sonriente y asintió.

Mario volvió puntualmente a las ocho y media.

A las diez se despidió. Giovanna le besaba las manos y le agradecía entre sollozos. El dolor había desaparecido.

-Mario, ¿me permite un pedido?

-Diga señora.

-Tengo una hermana mayor, está muriendo.

Mario se inquietó.

-Giovanna yo no puedo...

Ella negó con la mano.

-Solo le pido que la conforte, que le dé paz en estos, sus últimos días.

Mario no supo qué decir, normalmente eso no se daba así. Pero se estaba poniendo en su camino...

-Vive en un pueblo cerca de aquí- insistió –Se llama Sarah.

Algo destelló en la mente de Mario. No podía ignorar esa coincidencia.

-¿Dónde está su hermana, Giovanna?

-Acá, en un pueblo cercano, en Montecorvo.

Esa noche durmió mal. Muchas imágenes incomprensibles asaltaban su sueño y una voz le decía insistentemente: "Don Antonio, busca a don Antonio."

Al día siguiente partió para Montecorvo.

Mario encontró fácilmente la casa de Sarah, la hermana de Giovanna. Era una casa vieja, como todas las de ese pueblo. Y estaba repleta de gente, vecinos y parientes. Lo estaban esperando. Mario se inquietó.

La mujer, efectivamente, estaba en sus últimos momentos, apenas consciente.

Mario pidió permiso y todos se apresuraron a hacerle un lugar.

-Por favor, necesito estar solo con ella- pidió.

La mayoría comprendió y se retiró. Alguno con una pequeña cámara no pudo ocultar su frustración. A pesar de todo, Mario lo entendió, no era la primera vez...

Mario se sentó a un lado de la cama y tomó las manos de la mujer entre las suyas. De inmediato sintió cómo la corriente de energía de vida se retiraba de ella. Trató de sintonizarse con su alma y cuando lo logró comenzó a confortarla y a explicarle todo lo que iba a sentir. Sintió que la mujer se calmaba.

Y de pronto experimentó una tremenda debilidad, ahora era su propia vida la que huía. Tuvo una pequeña pérdida de conocimiento y sintió que era arrastrado hacia una profunda oscuridad, a un pozo negro... con una suave luminosidad al final. Supo que era la muerte, su muerte y con un gran esfuerzo se retiró. Cuando volvió en sí rápidamente soltó las manos de la mujer. Ella estaba sentada, muy erguida en la cama y lo miraba fijamente con ojos llenos de vida. Había tomado de su energía, y Mario se sentía muy mal.

Sarah quiso decir algo, pero Mario le hizo una seña para que callara. No podría explicarle ni lo sucedido ni lo que iba a suceder.

Salió rápidamente de la habitación y pidió para hablar en privado con sus hijos. Eran un hombre y una mujer de mediana edad.

-Ella está bien- les dijo. Ambos la miraron asombrados. –pero va a ser por pocos días, esto es inexorable, simplemente llegó su hora. Yo la retrasé un poco, pero va a morir. Pero lo hará en paz y comprendiendo todo.

A esa altura algunos se habían introducido en la habitación de la mujer y lanzaban los consabidos gritos de “¡Milagro, milagro!” y otras expresiones de maravilla. Algunos salieron de inmediato a buscar a Mario para pedir por otros familiares o amigos. Pero Mario ya se había ido. Literalmente había huido de allí. El pueblo era chico, tenía que “desaparecer” por un tiempo, pero sabía que no podía marcharse. Allí se consumaría todo.

“¿Cómo hacer?”

Una idea comenzó a tomar forma en su mente.

Vestido como un peregrino franciscano Mario podía moverse con más libertad. Había escondido su camper en el bosque al pie de la montaña y la gente que había presenciado el "milagro" de la señora Sarah, lo perdió de vista.

Así, como peregrino, no solo se sentía bien e identificado con esa tierra, sino que le resultaba más fácil atender a aquellos que Dios le ponía adelante.

Ahora todos hablaban de un “peregrino santo”, pero era casi imposible encontrarlo.

Su debilidad aumentaba. Tenía que dosificar cuidadosamente su trabajo, tal como le había indicado Kavi.

Recordó al hombre de sus sueños. No lo había visto más. Pero también recordó que le había indicado de ver a “don Antonio”.

¿Quién sería el tal Antonio? Por el “don” seguro era un cura. Ya era tiempo de buscarlo.

Y de continuar en la senda de su destino. Aunque sabía perfectamente que restaba poco tiempo...

Sí, era un cura. Pero jamás nadie lo veía, vivía prácticamente aislado en una capilla en la montaña. Y alguna voz irónica agregaba con una sonrisa:

“Dicen que vive con una monja...”

Poco le importó todo esto a Mario; ya sabía cómo localizarlo. Y allá fue.

---

---

“¡Bien!, ya está Mario allí”.

Todo está saliendo de acuerdo a lo previsto. No tenía ni idea de qué podría significar su parada en Foligno, sin embargo, ahí estaba la pista. Es maravilloso cómo puede suceder todo después que escribí los capítulos iniciales. Claro, a veces debo intervenir, como cuando le tengo que pasar alguna pista importante. ¿Cómo es eso?, ¿a veces se da solo y a veces tengo que intervenir? Sí, ya sé, ahora soy parte activa de la historia que yo mismo escribí. Esto, por sí solo, merece toda una reflexión, debo pensar en las implicancias de eso. Pero ahora no tengo tiempo.

Aun no sé cómo hacerles llegar la carta del conde. Y eso es fundamental.

La comunicación mental, o en sueños, tiene sus limitaciones.

¿Cómo hacer para entrar en ese mundo? Tengo que probar algo más... fuerte. Algo que me permita sentirme allí, que me vean. No ser solo una especie de fantasma, de voz que viene del más allá. ¿Algún otro habrá hecho estas cosas? No sé a quién preguntar. Dávalos seguro que no, y a Eva ni le digo, se va a asustar, o va a pensar que sí, que estoy loco, y se va a poner a llorar y todo eso. No, estoy seguro que estoy perfectamente y no puedo dejar esto sin resolver. Lo que pasa es que entré en un ámbito desconocido, un ámbito donde “ellos”, a su manera, viven. Y no tengo derecho a dejarlos así. ¡Yo soy responsable!

Tal vez con un sueño más profundo, tal vez tomando algo...

Probé con hipnosis, fue un fracaso total. El especialista no entendió nada, y los resultados fueron incomprensibles.

Después probé con alguna droga de tipo alucinógeno. Fui a parar a cualquier lado, y no me sentí bien.

Estuve leyendo mucho, voy a probar con ayuno y meditación. Tengo que entrenarme en eso.

Ya van varias semanas, o más, no sé. Pero ya domino la técnica. Tengo que apurarme porque sé que las cosas siguen en el mundo de ellos. También tengo que bañarme, y comer un poco.

Esa noche soñé con Eva. La extrañaba, ¡tenía tanto para contarle!. Ya habría tiempo para ambos cuando esto terminara...

Listo, ya son tres días de ayuno, tomo agua y alguna fruta. Estoy un poco mareado y muy débil, pero la mente está perfecta. Mañana comienzo a intentarlo.

---

---

## Capítulo 5 – GOLEM

El hombre era muy viejo, o muy enfermo; tal vez ambas cosas.

Antonio lo miró especulativamente al tiempo que se pasaba la mano por la barba de tres días.

-Disculpe, pero usted no parece un peregrino.

Mario lo miró, sonriente.

-Y usted no parece un cura.

Antonio lo miró serio y a continuación rio con ganas.

-Algo de cierto tenemos ambos, sin duda. Venga, tome asiento, cuénteme de ese “hombre en sueños”.

Mario iba a hablar cuando apareció Ágata con las consabidas bebidas.

Mario la miró, extrañado, fascinado. Esa mujer tenía... una especie de misterio que no alcanzaba a definir.

Ella lo miró y esbozó una sonrisa muy tenue, Ágata normalmente no reía, excepto después de hacer el amor con Antonio. Allí sí, toda la felicidad retenida en el fondo de su alma se soltaba como un pájaro en un día de brisa cálida.

-Tampoco ella parece una monja...

-Yo no dije que lo fuera-dijo Antonio con una sonrisa.

-Es lo que dicen el pueblo.

-Cuenta de su aparición en sueños- respondió Antonio.

Mario se acomodó y lo miró sin saber qué decir.

“Todo está tan ligado... una cosa con otra, todo ha sido una cadena de causas y efectos...”

Al fin se decidió.

-Nací en Sicilia, hace creo que cincuenta años, o un poco más...

Mario habló durante horas, y a medida que lo hacía su historia tomaba un sentido más concreto, como si al hablar, los hechos tomaran significado unos sobre otros. Como sucede con todas las personas, al hablar se construye, se pone en claro todo... y también aparecen misterios difíciles de componer con el lenguaje, misterios de la zona gris de la mente, de la experiencia subjetiva.

Todo lo que está oculto por los normales sentidos del cuerpo físico, que determinan nuestras condiciones de vida y forman una “persona” que solamente responde a los roles que le impone la sociedad. Y que tienen la fuerza como para excluir la vida interior y todo aquello que puede dar un significado trascendente a nuestra oculta y signada historia.

Antonio suspiró, casi no lo había interrumpido. En primer lugar por lo claro y fascinante del relato de aquel hombre. Y en segundo lugar por no cortar el flujo de una historia que tal vez, por primera vez ponía en claro.

Y las cosas comenzaban a encadenarse en la mente de Antonio.

-Venga, Mario. Quiero que vea algo.

Y lo condujo a la pequeña iglesia octogonal.

La Virgen Negra estaba completamente iluminada por el rayo de sol que entraba por la ventana.

Mario quedó atónito.

-¡Santa Sarah!- dijo casi con un susurro. Y agregó: -¡Dios Madre! Toda mi vida estuve...

Antonio asintió en silencio.



Mario se volvió y lo miró, todavía conmovido.

-¡Por eso estoy acá!, ahora comienzo a entender. ¡Tenía que venir!

Antonio no decía nada, daba espacio y tiempo para que Mario desenrollara la madeja de su vida.

-Pero... ¿qué es lo que tengo que hacer?

Antonio lo miró fijamente.

-En realidad no lo sé, pero considerando la cadena de circunstancias y hechos que lo trajeron acá, diría que... tiene que curar a alguien. Y salvar un alma. Así se lo han dicho muy claramente.

Esa noche Mario pensó mucho mientras intentaba dormir en su camper. Cuando no pudo más, se levantó. Y en el silencio de la madrugada en una noche sin luna, dirigió sus pasos hacia la pequeña iglesia de don Antonio. A la hora llegó y entró.

Permaneció unos instantes hasta que sus ojos comenzaron a percibir una leve difusión verdosa que parecía emanar de la estatua de la virgen.

Mario habló, en silencio, desde el fondo de su alma, como le había enseñado Pietro. Pidió una respuesta, una respuesta a su vida, o a lo que quedaba de ella. Porque estaba seguro de que allí se consumiría todo.

Y la respuesta llegó.

Al otro día Mario hizo un par de llamadas a Sicilia hasta que dio con la persona indicada y explicó lo que necesitaba.

El hombre al otro lado de la línea permaneció unos instantes en silencio, o tal vez consultaba a alguien. Y volvió.

-¿Y está seguro de que su hermano vendrá?

Mario no tenía dudas, Pino era parte de esa historia, una parte muy importante.

-Sí- respondió con seguridad –Vendrá.

Después de un silencio que expresaba aun cierta duda le dieron la dirección.

Y Mario escribió la carta.

Inés despertó temprano. Miró a Pino que aun roncaba suavemente y sonrió. Un sentimiento de dulzura la invadió.

No sabía cómo, ni qué cosa les había sucedido. Pero cuando Pino se estaba durmiendo, no podía dejar de mirarlo con el pensamiento vacío y el alma ardiendo.

Como sucede a menudo en esos casos, Pino abrió los ojos. Y vio la mirada brillante de Inés clavada en él.

Por unos instantes permanecieron así, en silencio mirando sus almas a través de la penumbra.

Después, sin decir palabra, Pino se levantó y se metió en su cama. La abrazó con suavidad. Ella permaneció muy quieta y un par de lágrimas aparecieron vacilantes iluminando el borde de sus ojos.

Después lo abrazó con fuerza y ambos se entregaron al amor.

Pino se sintió colmado de una certeza y una suavidad como nunca antes había experimentado en su vida. La imagen de Tania apareció, fugaz, y desapareció rápidamente de su mente. Después vio a Estela, sonriendo.

Y después fue Inés, solo Inés. Toda ella en su alma y en su cuerpo.

Ahora, al despertar, ella lo observaba, como lo hacen las mujeres cuando sienten algo especial por un hombre. Con algo de maternal, con la extraña felicidad de haber hecho suyo a aquel niño-hombre. Con enormes dudas e inconfesas interrogantes...

Pero Inés se sentía feliz... a pesar de aquella sombra que estaba siempre presente.

Lo despertó suavemente, con un leve roce de sus labios en los suyos. Pino abrió los ojos despacio y sonrió.

Desayunaron en silencio en un bar cercano. Era temprano, pero ya el pueblo había despertado y mostraba el ir y venir de los turistas.

Pino la miraba fijamente.

-Inés- dijo al fin- no quiero ser molesto, pero tú tienes algo oculto.

-¿Por qué lo dices?

-Porque anoche lo sentí. Me dabas tu amor, pero preservabas algo, algo grande.

Ella quedó pensativa mirando hacia la ventana.

Al fin le dijo.

-Sí, era eso lo que sentí.

Pino la miró, interrogante. Ella literalmente le clavó los ojos en los suyos.

-Sentí que tú también tienes algo muy grande y muy oculto. No podía definir la sensación hasta que mencionaste eso en mí.

Pino miró hacia abajo y jugueteó con la taza y las migas del *cornetto*.

-Y entonces... ¿qué hacemos?

Ella estaba seria.

-¿Por qué razón tenemos que mencionar todo eso?

Pino dudó.

-No sé..., tú me gustas. No me atrevo a decir nada ni a pensar más allá de hoy. Pero quiero conocerte. Tuve sensaciones, pensamientos, anoche. Fue como si volviera de algún lugar muy lejano. Eso me gustó. Pienso que tú...

Ella continuaba seria.

-Habla- le dijo con cierta dureza- ¿Quién eres?

Pino se sentía agitado. Al borde de algo indefinible... era miedo. Sí, era miedo a mostrarse tal cual era. Hacerlo sería una vulnerabilidad. La miró como pidiendo ayuda.

Inés comprendió lo que él sentía. Pero ese podía ser un instante crucial, y no podía hacer concesiones. Era una apuesta demasiado grande. Le gustaba aquel hombre. Y si había un futuro –sintió un nudo en su garganta- aunque fuera corto, que sea un futuro auténtico, sin secretos. Mantuvo su actitud dura, exigente.

-Habla, Pino. Cuéntame todo, somos solo tú y yo en un momento especial y en un lugar impensado. Es nuestro mundo en este momento. Ten confianza.

Pino comenzó a decir alguna palabra. Parecían frases un tanto inconexas, todo en un murmullo. Al fin se echó hacia atrás y la miró decidido.

-Como te dije antes, nací en Sicilia- ahora su voz era clara. Y Pino siguió contando. Volcó en ella cada detalle, cada vivencia, cada sentimiento de su vida. Contó sus cosas lindas, sus cosas feas. Y sus grandes tristezas.

Durante todo el relato Inés no habló, solamente mantenía sus ojos fijos en él, como una forma de no dejarlo escapar. De no permitirle que se refugiara en un personaje construido. Que fuera él, con su alma desnuda. En todo momento.

Cuando Pino finalizó quedó como abatido, cansado. Había comenzado a comprender su vida. Ahora entendía lo que le había dicho Tania y el por qué había acudido a ese lugar. Mario le había sugerido esa posibilidad en su carta. Y Tania se lo había expresado claramente. Sí, quería recuperar su vida. La que había perdido accidentalmente durante una riña en un café olvidado de Sicilia.

“A veces, momentos o hechos aparentemente insignificantes, definen nuestras vidas al punto de perdernos a nosotros mismos.”, pensó con mucho de tristeza y de cosa perdida. “Pero tal vez...”

Pino levantó la cabeza.

-Ahora habla tú- le dijo con suavidad.

-Como te dije, soy divorciada, sin trabajo, y tengo una hija de seis años. Y no sé qué va a ser de su vida.

Hizo una pausa cargada de tensión y de llanto interior. Pino no se animó a hablar. Presentía algo...

-Tengo leucemia. Dijo Inés sin cambiar el tono- y en mi pensamiento no hay lugar para nada más, absolutamente nada. Excepto, tal vez, un corto y agradable futuro contigo, siempre que me permitas compartir...

Pino sintió como si una roca golpeará su pecho.

-¿Cuánto...?- dijo con un hilo de voz y no pudo terminar la frase.

Ella mantenía su actitud.

-Poco, muy poco- respondió.

Pino le tomó la mano a través de la mesa.

-Por eso buscas al santón...

-Sí, quiero ver esa posibilidad cuanto antes. Después... quiero estar lo más posible con mi hija.

Quedaron un rato en silencio, tomados de las manos. Como si cada uno sostuviera la vida del otro.

-Vamos a ver a don Antonio- dijo al fin Pino.

Llegaron cuando el sol estaba alto y la brisa de la montaña se hacía cálida.

Antonio los recibió con cordialidad.

-¿Desayunaron?- preguntó.

Inés respondió afirmativamente. Pino miraba a su alrededor y respiraba hondo. Quería inundarse de ese aire.

-¿No encontraron a los lobos?

-No, la verdad es que nos olvidamos de ellos- respondió Pino.

Antonio movió la cabeza de un lado a otro.

-Sin embargo eso es importante, muy importante.

Pino frunció el ceño.

-¿Por...?- preguntó extrañado. Para él había sido un incidente menor. Peligroso pero menor.

-Pino, yo sé que usted... ustedes, llevan una vida normal. Pero yo me manejo con otras cosas.

Lo miraron interrogantes.

-Más allá de lo religioso, existen fuerzas, cosas que inciden en nosotros y determinan nuestras vidas. Hay signos, símbolos... como esa T que lleva usted colgada al cuello. Su madre se la dio por algo...

Pino lo miró completamente asombrado y algo irritado.

-¿Cómo sabe usted de eso?- e instintivamente llevó su mano al cuello buscando el cordón de donde pendía la T.

-No se enoje. Ya le explico- lo atajó Antonio.

-¿Podemos sentarnos?- preguntó Mercedes. Le resultaba algo incómodo precipitarse en ese tipo de conversación apenas llegados y de pie en la puerta de la casa.

-Tenemos poco tiempo. Vengan conmigo- dijo Antonio y los condujo hacia la iglesia.

-¿Poco tiempo para qué?- Las preguntas de Pino reflejaban su inquietud ante algo que no alcanzaba a percibir.

Entraron en la iglesia. Como siempre, allí estaba la Virgen Morena llenando todo el ámbito, aun con su pequeña presencia.

Antonio la observaba al tiempo que recordaba el relato de Mario y reflexionaba sobre la mejor forma de decir las cosas.

-Ustedes me preguntaron sobre esta virgen. Bien, les explico sucintamente. Ella representa muchas cosas. Para un católico normal es la Virgen María.

Inés hizo un leve gesto de asentimiento.

-Pero es mucho más antigua, viene de un culto a la figura femenina desde hace siglos. Tal vez asimilándola a la fertilidad en los tiempos de cuando se comenzaba a depender de la agricultura.

Antonio hizo una pausa para permitir que Pino e Inés comenzaran a asimilar conceptos distintos

-O aun de muchos siglos antes. Hay estatuillas femeninas desde hace treinta y cinco mil años.

Se detuvo un instante mientras Pino e Inés no podían despegar los ojos de la estatua de la virgen.

-Pero si tuviera que situarla en algún momento, lo haría en el comienzo de todos los mitos: ella es Isis.

Ambos lo miraron asombrados. Pino estaba algo incómodo, no estaba acostumbrado a estas digresiones y no sabía a dónde los llevaría todo eso. Por su parte Inés parecía interesadísima en el relato.

-Sí, Isis, la diosa egipcia; que después, en otras culturas, tomó otros nombres, como ser, Hécate, Perséfone, Deméter, y tantos más.

Antonio sacó un libro de uno de sus bolsillos.

-Vean lo que dice este autor:

"...pero también aparece como "Deméter", la diosa radiante de las cosechas y madre de todos los seres vivientes (la luna creciente), y como la hija dorada de Deméter, la diosa-doncella "Perséfone" (la luna nueva). La doncella Perséfone es violada por su tío Hades, dios del submundo y de los muertos (Deméter también fue violada por su hermano Zeus, dios del supramundo). Hécate se convierte además en la "sombra de Perséfone", una acompañante digna de la Reina de los Muertos (la luna menguante).

Pero los antiguos griegos decían que Hécate era además "Artemisa", la luna llena radiante, una virgen inmaculada y extremadamente libre, y también "Medusa", una de las tres gorgonas. Hécate es la dama cuyo bello rostro, como la superficie plateada de la luna, devuelve a los hombres el reflejo de su verdad sin tapujos, cuya visión los deja petrificados."

Hizo una pausa para observarlos. Ambos lo miraban sin expresión. Antonio continuó.

"Y quizás debido a que, en venganza por la pérdida de Perséfone, Hécate, en su atributo como Deméter, diosa de la cosecha, hace que toda la tierra sea infértil, también se le conoce como "Némesis", diosa del desquite. ¿Luna, madre, hija, esposa? ¿Madre de todos los seres vivos y diosa de los muertos? ¿Radiante, abundante, adusta, implacable, inmortal, vengativa y también niña victimizada? ¿Cuál de ellas es? ¿Quién es Hécate en realidad? , el mito de

Hécate representa vívidamente el lenguaje orgánico del aspecto emocional femenino que todos tenemos por dentro.”<sup>17</sup>

Hicieron un silencio largo, lleno de interrogantes indefinibles a esa altura. Para Pino era demasiado. Intentó manifestar su embarazo y molestia crecientes al hablar de cosas que él...

-Interesante, ¿no?- Antonio interrumpió su reacción justo a tiempo- E ilustrativo. Por esa razón, muchas veces la van a encontrar con una luna creciente a sus pies. Es la representación femenina del universo. Como dijo un amigo que pronto van a conocer: es Dios-Madre. Y su representación en ese nivel es la naturaleza y todas las fuerzas que la rigen, en todo el cosmos. Lo demás... es Dios-Padre, el dios a quien se le reza normalmente con las manos juntas y mirando al cielo. En cierta forma...

Inés se movió inquieta ante la ironía.

-Cabalísticamente se le puede decir... La Shekiná. Es decir, dios en la Tierra. Aunque la Shekiná es más que eso, es también Binah, el principio femenino de la creación.

-Para los gitanos es Santa Sarah- agregó pensativamente- después de todo, es también una princesa...<sup>18</sup>

Antonio parecía perdido en su reflexión.

Pino respiró hondo.

-Muy interesante...- dijo en una clara alusión a que no tenía idea qué cosa tenía que ver eso con ellos.

-Y sí, tiene que ver con ustedes- dijo, y Pino pensó que le leía la mente.- Sobre todo con usted, Pino. Y con la T que lleva al cuello.

Pino frunció el ceño.

-Usted me contó el incidente de los lobos. Bueno, eso y otras cosas me hacen pensar que usted tiene una gran sintonía con la naturaleza.

-Por lo menos con los animales...

-Son la vida natural, sin la deformación cultural. Vida en estado puro, la expresión total de la naturaleza. Lo que seríamos nosotros si no nos hubiera modelado la cultura. Y no digo que eso sea malo, pero es así.

Antonio calló y les hizo señas que lo siguieran. Se dirigió a la parte de atrás de la estatua.

-Estas Vírgenes Negras, las auténticas, no las representaciones modernas, tienen una cavidad en la parte de atrás.

Y efectivamente, al mirarla en su parte de atrás contemplaron un hueco un poco más pequeño que un puño. Y adentro había algo...

-Eso que ven adentro es una piedra. Y es un gran misterio. Se desconoce el material del cual está hecha. Según me informé en mis viajes, algunos dicen que es un trozo de aerolito. No todas las vírgenes de este tipo lo tienen. Pero en esta sí, vaya a saber uno por qué.

Después agregó bajando la voz un poco.

A veces, en determinadas condiciones de luz, eso brilla suavemente con una luz verdosa.

---

17 Shainberg, Catherine – “La Cábala y el poder de soñar”. Inner Traditions. Copyright 2005.

18 “Sarah” en idioma hebreo quiere decir “princesa.”

Observaron con curiosidad la pequeña piedra. Era cúbica, con los bordes redondeados. Y estaba llena de símbolos que apenas se podían distinguir.

-Nadie sabe qué cosa quieren decir esos símbolos, ni los de su manto, que son parecidos. Tal vez se trata de la famosa lengua perdida...

-Don Antonio- lo interrumpió Pino un tanto secamente- Disculpe, pero no tengo idea de esa cosa cabalística, ni de mitos o religiones, ni de lengua perdida alguna, yo solamente...

Antonio levantó la mano interrumpiéndolo a su vez, al tiempo que Inés miraba con cierta molestia a su amigo; el relato le parecía fascinante.

-Espere, Pino, ya termino. Solo le voy a pedir una cosa y no hablamos más: por favor, tome esa piedra, sáquela del hueco.

Pino quedó atónito.

-Vamos, es algo sencillo.

-Hazlo, Pino, hazlo- intervino Inés ansiosa y curiosa.

Pino hizo una mueca de escepticismo y sin vacilar tomó la piedra con una mano.

-Y bien, ¿y ahora?...- no pudo continuar. La piedra había comenzado a brillar suavemente y despedía una especie de zumbido sordo, suave, apenas audible, que parecía llenar el ambiente, y que Pino sentía una suave vibración que recorría su mano casi hasta cubrir todo su brazo.

-¿Qué cosa...?- preguntó Pino con cierta alarma.

-¡No se alarme, no la suelte! Es lo que quería demostrarle- se apresuró a intervenir Antonio.- Eso no le va a hacer ningún daño, se lo aseguro.

Los tres contemplaron cómo la piedra se iluminaba más y más, al tiempo que la luminosidad comenzaba a cubrir el brazo de Pino.

-Ya está bien, puede dejarla otra vez en el hueco.

Pino lo hizo y vio que la luminosidad de la piedra y de su brazo descendía hasta desaparecer.

-¿Cómo se siente?

Pino se encogió de hombros.

-Bien, bien- dijo simplemente sin atreverse a confesar la energía creciente que experimentaba en todo su cuerpo.

-Vamos, vamos afuera- dijo Antonio.

Cuando estuvieron sentados frente a la casa, explicó.

-Eso no sucede con cualquiera. Solamente con los... "hijos de la tierra", se podría decir- e hizo señas de comillas con ambas manos.- Son quienes están sintonizados, es una especie de don...

Pino lo miró con la boca abierta.

-¡¿Yo?!- dijo casi con alarma- mire mi amigo, si supiera mi historia...

-La conozco perfectamente- ahora Antonio estaba muy serio- Sé de su vida y de las cosas por las cuales ha pasado.

Pino lo miró con desconfianza. Inés los miraba a ambos sin saber qué decir.

-Vamos a comer algo- dijo Antonio viendo la hora.

-Sí- dijo Inés.

Pino permaneció indiferente.

-Disculpe don Antonio, no tengo hambre. Solo un vaso de agua, por favor. Y que me aclare todo esto cuanto antes.

Antonio lo miró sonriente.

-Es lógico que no tenga apetito, también le va a costar dormir esta noche.

Inés bajó la cabeza para ocultar una muy leve sonrisa que no escapó a Antonio.

-Vaya, vaya... dijo don Antonio con una sonrisa cómplice- Mejor, mucho mejor.

Pino optó por no hacer comentarios.

Antonio abrió la puerta y llamó.

-¡Ágata!, por favor un poco de fiambre, pan y queso. ¡Y unos hongos en aceite!  
Esperaron. Antonio canturreaba contento, Pino se movía a un lado y a otro, inquieto. Inés apretaba los puños, nerviosa, expectante.

Apareció Ágata y dispuso una mesita con todo.

Antonio miró hacia la colina.

-Bueno, al fin llega...

Bajando la colina a unos doscientos metros se veía una figura que recién había dejado el bosque. Caminaba hacia ellos, lentamente, como con cierta dificultad.

-¿Quién es?- preguntó Pino indiferente.

Antonio no respondió.

Ahora se veía mejor. Era un hombre, y caminaba apoyándose en un bastón.

Cuando llegó, el hombre no habló, apenas podía con su resuello. Estaba visiblemente agotado.

Pino lo observó con curiosidad. Era un hombre viejo, no, más bien envejecido. Pálido, el cabello largo que cubría con una boina, casi le tocaba los hombros; y parecía sin brillo. La espalda estaba doblada y las manos eran extremadamente flacas y callosas. Los ojos parecían hundirse en unas cavernas oscuras que apenas dejaban salir algún brillo de vida. Y jadeaba.

Vestía unos jeans viejos, una camisa de color incierto que parecía tener muchos años, un pañuelo rojo al cuello y botas de media caña.

Antonio le alcanzó un vaso de agua que el hombre agradeció en silencio. Bebió. Cuando se repuso habló.

-Pino... dijo simplemente.

Pino sintió como una descarga en su cuerpo. Todo su pasado cobró vida en él. Quedó paralizado por los pensamientos, por los recuerdos y por los sentimientos que en una loca madeja se abatían sobre su mente.

-¡No...! ¡Eres tú!

El hombre lo miraba con una sonrisa cansada.

-¡Mario!- exclamó al fin.

Y así quedaron, mirándose uno al otro, tratando de recomponer el torbellino de emociones y vivencias compartidas, las tragedias de su vida, los años de recuerdos y de cariño, de un inmenso cariño que se sobreponía a todas las cosas.

Pino se levantó despacio y se le acercó. Mario lo miraba. Ninguno de los dos pudo contener las lágrimas. Mario hizo un esfuerzo y se levantó.

Ambos hombres se fundieron en un estrecho abrazo.

-Venga- dijo Antonio a Inés- dejémosle un rato solos. Tienen mucha cosa que decirse.

Cuando se separaron Pino preguntó:

-Mario, ¿es cierto que estás muriendo?

Mario asintió en silencio y recuperó la respiración.

-¿Pero por qué, qué te pasó, que tienes?

Mario lo miró, sonriente.

-Tuve una vida hermosa, Pino, llena de aventuras. Viajé, aprendí, amé y fui amado, y pude ayudar a mucha gente.

“Yo no”, pensó Pino con tristeza.

-Pero ahora mi energía se está agotando. No estoy enfermo, solamente mi fuerza vital se va perdiendo.

-¿Cómo puede ser eso?!, ¿has consultado a un médico?

Mario lo miró sonriente.

-Tengo un don, Pino. Puedo curar a la gente. Pero eso me debilita más y más.

Pino lo miró con la boca abierta.

-¿Tú?- expresó con cierta alarma- ¿tú eres el santón, ese que cura y del cual todos hablan?

-Sí, soy yo. A veces me disfrazo de peregrino para confundirme con los otros. Y para tomar fuerza del lugar...

-¿Cómo es eso?- Pino tenía mil interrogantes que se amontonaban en el borde de sus labios, pero optaba por preguntar sobre lo que le decía su hermano.

-Acá, en este lugar, hay una energía muy grande. Es la zona donde vivió San Francisco.

Pino involuntariamente recordó su experiencia en Brasil y la importancia de las fuerzas locales.

Mario continuó.

-Pero aun así, no me queda mucho tiempo, y tengo un par de cosas importantes que hacer. Me tienes que ayudar.

-Sí, Mario, con mucho gusto. Dime.

-En primer lugar te debo decir que tú también tienes ese don. Espera, déjame terminar- le dijo al ver que su hermano abría la boca como para protestar- Mamá también lo tenía. ¿Recuerdas sus salidas misteriosas? Sí, iba a curar gente, y entre ellos curó a don Cármine y ayudó al nacimiento de su hijo. Por eso el viejo nos protegía y con Mamá nadie se metía en el pueblo, nadie sabía si iba a necesitar de sus servicios.... Mamá también te curó cuando estabas en el hospital.

Pino recordó lo bien que se sentía después de cada visita de su madre.

-Cuando tú... te fuiste..., yo comencé a acompañarla. Y me enseñó todo lo que sabía. El resto lo aprendí con una tribu de gitanos con quienes viví muchos años, una gente maravillosa. Antes de morir, mamá me dijo que tú también tenías ese don, y que tenías que ayudar a la gente. De esa forma salvarías tu alma.

Pino pensó en la reciente experiencia con la piedra oculta en la Virgen Morena. Se lo relató a Mario quien lo miró sonriente.

-Santa Sarah- dijo como en un susurro.

Para Pino todo comenzaba a tener sentido. Un sentido del cual no estaba seguro que le gustara. Todas esas cosas, no pertenecían a su mundo. Eran... no pudo definir las, ni tampoco aceptarlas.

“Pero es una oportunidad, una hermosa oportunidad...”

-Y debo pasar por lo mismo que tú... –agregó Pino con cierto pesar.

Mario negó sonriendo con dificultad.

-No, Pino. Lo tuyo es natural, viene de la Tierra. Y es precisamente en este lugar donde lo tienes que hacer desarrollar.

-¿Por qué acá, precisamente?

-La T que tienes al cuello, Pino, es una Tau, la última letra del alfabeto hebreo. Mamá nos dio una a cada uno. ¿La tienes aun?

Pino asintió tocándose el lugar donde pendía la Tau.



-Es el signo de San Francisco, y por su forma de cruz es reconocida como símbolo de redención.

A Pino le costaba mucho asimilar y aceptar lo que su hermano le decía. Pero recordó su carta...

-¿Y qué es lo otro que debes hacer?- preguntó, huyendo un poco de sus pensamientos.

Mario lo miró un poco asombrado.

-No lo sé bien, aun. Debo curar a alguien.

“¡Inés!”, pensó involuntariamente Pino. Pero calló. Que fuera su hermano que decidiera. Además, no sabía nada de esas cosas.

-Ahora me tienes que acompañar, debemos visitar unos lugares.

-¿Para qué?- preguntó Pino que a esta altura se inquietaba por cualquier cosa.

-Para prepararte para tu nueva vida.

Pino quedó con la boca abierta.

-Yo..., yo... no dije que...

-Pino- ahora la voz de Mario era firme e imperativa- Tienes que tomar una decisión y dejarte de vacilaciones.

Pino lo miró como pidiendo ayuda.

-La alternativa es simple, ¿quieres o no quieres una nueva vida?, ¿quieres seguir como hasta ahora, cargando tu mochila de tristes recuerdos?, ¿o quieres una segunda oportunidad?

Pino se sintió al borde de un abismo. Todo esto era muy rápido.

“Una segunda oportunidad”, pensó. Y recordó las palabras de Tania: “¡Como ahora fueras una persona feliz!”

No, no era feliz. Y tenía la oportunidad de serlo, allí estaba Mario, su hermano, el Mario de los momentos más felices de su vida. El Mario que estaba muriendo. Y le ofrecía una segunda oportunidad. Nada podría ser peor de lo que ya había vivido.

Pino se derrumbó y se entregó,

-Está bien, vamos- dijo con la voz cansada. Aunque algo dentro de él comenzó a brillar. Y lo sintió. Pero calló.

Se despidieron de Inés y Antonio mencionando que volvían más tarde y partieron.

La Kombi de Mario se detuvo al final del camino de tierra. Al frente se veía una receptoría con un pequeño comercio integrado que vendía toda suerte de artículos religiosos. Más adelante, unas puertas de hierro muy simples estaban abiertas. Había otros autos aparcados y la gente compraba sus boletos en la receptoría y entraba.

-Esta es la zona de El Eremo. No preguntes y deja que yo te vaya explicando- agregó al ver que su hermano atropellaba una vez más con sus interrogantes.

Compraron sus boletos y entraron

Caminaron en silencio por el costado de lo que parecía ser un pequeño convento.

Pino observó que las personas que había allí, y no eran muchas a esa hora, todas mantenían un respetuoso silencio.

La zona se encontraba en la quebrada de una montaña, y una profusión de árboles y plantas intensamente verdes cubrían ambas laderas.

Al final de las construcciones descendieron un poco y se dirigieron a una zona que era todo piedra.

Mario lo condujo a una pequeña puerta inserta en la roca que apenas daba paso a una persona y había que inclinarse para entrar.

-Francisco era una persona pequeña- explicó sonriendo.

Entraron.

A los pocos metros Mario señaló una especie de nicho con una pequeña cavidad que parecía un lecho.

-Ese era su dormitorio. Hay algunos más aquí dentro de esta cueva.

Pino no lo podía creer. Continuaron avanzando. Más adelante se abría a la derecha otra pequeña habitación –si es que así se le podía llamar a ese pequeño recinto. Adentro había un altar simple con unas imágenes del Santo y de la Virgen.

-Este era su lugar de oración, su “Iglesia”- explicó Mario.

Continuaron avanzando por el estrecho pasillo hasta que salieron por una puerta tan pequeña como por la que habían entrado.

-En fin, ahora sabes lo que es una eremita y comprendes la vida de un ermitaño- dijo Mario después de respirar hondo.

-Pero, ¿por qué?, porqué se metía en este lugar tan... estrecho, frío y húmedo- preguntó su hermano.

-Buscaba vivir en el interior de la Tierra, y allí oraba y meditaba. Se sintonizaba plenamente con las fuerzas terrestres, con la naturaleza. Buscaba un punto de referencia que fuera inalterable. Y lo encontraba en lo profundo de la tierra, en el corazón de la naturaleza.

-Pensé que dado que era católico lo buscaría en el cielo.

Mario rio suavemente.

-Tal vez lo había encontrado... Pero como sea, no olvides que él era principalmente un místico que veía en Jesús su modelo. Poco tenía que ver con el catolicismo. Veamos otras cosas.

Se internaron por un camino que conducía al bosque.

El silencio reinante, apenas interrumpido con el suave sonido de los pájaros como música de fondo, el intenso verde luminoso por la humedad y la actitud reverente de las pocas personas que veían, conmovieron a Pino. Muy a su pesar, no pudo escapar de la imponente carga de energía natural del lugar.

-Acá fue donde Francisco bendijo a los pájaros- explicaba Mario- y, según se cuenta, se reunían bandadas, cientos de aves cuando impartía su bendición. Y las palomas se posaban en sus hombros. Y dicen que hasta algún lobo se le acercó- y al decir esto miró a su hermano con cierta sorna.

Pino, un poco molesto, no respondió.

Mario rio suavemente.

-No, no creas que te quiero comparar al santo. De ninguna manera. Solo quiero que entiendas cómo funciona esto de las fuerzas naturales.

Más adelante se encontraron con las estatuas de cuatro personas.

-Ese que está acostado en tierra, con las manos detrás de su cabeza, es Francisco; y está contemplando el cielo. Aquellos otros son sus compañeros. Uno señala el cielo, y otro dibuja algo en la tierra.

-¿Qué miran?

Mario lo miró seriamente.

-La Osa Mayor.

Pino arrugó el entrecejo preguntándose qué tenía que ver eso.

-Como te decía, Francisco buscaba referencias firmes, incambiables. Y estaba convencido que toda representación en el cielo debía tener su contrapartida en la tierra. Aquí, en el centro de la roca había encontrado su referencia terrestre.

-¿Y en la Osa Mayor?

-Una de sus estrellas es la Polar. Es la única estrella inmóvil en el firmamento, alrededor de ella giran todos los astros. Es el punto central. Francisco y sus compañeros la contemplaban como la principal referencia de lo incambiable, de lo eterno. Para ellos era un símbolo de lo sagrado. Y lo representaban en tierra, aquí, en su lugar de retiro y meditación.

-¿Cómo lo representaban?

-Observa a esa estatua que está haciendo algo en tierra, si mal no recuerdo es Fray León.

Se acercaron y Mario se agachó. Limpió un poco la tierra y las hojas secas, y pronto aparecieron varios puntos de bronce como pequeñas piedras semienterradas en la tierra.

-Como puedes ver es la representación de la Osa Mayor. El artista que esculpió esto utilizó el bronce. Ellos la dibujaban. Vaya uno a saber cómo parte de qué extraño ritual. Como te decía, todo tiene poco que ver con el catolicismo tradicional, y mucho menos con la Iglesia de la época, a la cual causó no pocos problemas.

Pino no sabía qué decir.

-Toda cosa sagrada en Tierra tiene su razón de ser en el Cielo. Y vice versa.

Pino pasó su mano por la barba en actitud de reflexión.

-“Así en la Tierra como en el Cielo”- dijo.

Mario se encogió de hombros y levantó las cejas.

-Si, es otra forma de decirlo.

-¿Y la Virgen Morena?

-Ah..., mi querida Santa Sarah... Ella representa un poder, la fuerza femenina, es Dios en la naturaleza, Dios en la Tierra. Y todo lo que sea poderes, fuerzas, más allá de nuestra comprensión, es lo que llamamos “Cielo”. Sí, “el Reino de los Cielos está entre nosotros”, aquí, en la Tierra.

Hizo una pausa.

-No supondrías que esa frase verdaderamente se refería al firmamento, nubes y lirás y todo eso- agregó con ironía.- Todo lo que se ve son símbolos. Él buscaba y representaba el Cielo en la Tierra y la Tierra en el Cielo. Ambos, Cielo y Tierra, el firmamento y el terreno, son solo símbolos naturales de la polaridad de Dios.

Pino suspiró, apenas entendía todo eso.

-No, la verdad es que no pensaba nada. Nunca pensé en todo esto. Aparte de lo poco de religión que aprendimos en casa, la única vez que tuve un contacto con algo religioso fue durante un juramento que prefiero olvidar.

Mario puso su mano en el hombro de su hermano.

-Si, ya sé. Todo eso está quedando atrás.

“Ojalá”, pensó Pino.

-Vamos, ahora estamos en mejores condiciones de ver otra cosa. Salieron del lugar y se dirigieron a la camioneta.

Pino hubiera querido permanecer más tiempo allí.

-¿Cómo aprendiste todo esto?

Mario hizo un pequeño silencio cargado de nostalgia.

-Me lo enseñó Kavi. Una gitana que también sabía curar. Y una de las personas que amé más en mi vida.

Se interrumpió un instante.

-En el camino te lo cuento – dijo Mario con los ojos húmedos.

Ahora fue Pino quien puso su mano amiga en el hombro de su hermano.

“De mi querido hermano que está muriendo.”

-Mario..., lo de Estela...

Mario negó con la cabeza.

-Ya pasó. Fue la vida. Conservemos el recuerdo de algo que compartimos.

Pino le apretó el hombro con cariño.

Partieron.

Pino ya conocía la ciudad de Santa María degli Angeli, había estado allí cuando llegó, y también había visto la Basílica.

-Entremos- dijo Mario dirigiéndose a la Basílica.

Era una construcción verdaderamente imponente que se erguía en medio de una espaciosa plaza rodeada de árboles.

-Es del Siglo XVI- dijo Mario- pero lo que verdaderamente nos interesa está adentro.

Entraron. Era verdaderamente hermosa, majestuosa, se podría decir, y estaba bastante concurrida por turistas, peregrinos y frailes franciscanos que informaban a los visitantes acerca de la Iglesia y de su historia.

Lo que le resultó extraño a Pino, casi disonante con todo, fue la pequeña construcción que se encontraba al fondo, muy próxima al altar. Era como una antigua y simple casita de piedra, casi un contrasentido con la arquitectura que la circundaba.

Mario explicó al ver la mirada interesada de su hermano.

-Es la Porciúncula, una de las iglesias restauradas por San Francisco, sin duda la más famosa. Aquí se reunía a trabajar y a orar el Santo y su grupo, lo que después se transformaría en la Orden Franciscana. Esto es del año mil doscientos, aproximadamente. Imagina esto en medio de un bosque de robles. Allí, detrás de esa capillita, está indicado el lugar donde murió San Francisco. Vamos, acerquémonos.

La Porciúncula era muy pequeña, parecía casi una habitación menor. Tenía una puerta demasiado grande para su estructura, y en el frontispicio se veían pinturas del Santo, Jesús y la Virgen, unos cuantos ángeles y gente implorando.

Pino comenzó a acercarse interesado por esa antiquísima construcción. Al pasar el dintel miró detenidamente todo. Había unos pocos y sencillos bancos de madera y un pequeño y simple altar con hermosos frescos. En las paredes laterales también se veían antiguas pinturas. Algunas pocas personas oraban de rodillas en los bancos.

Pino estuvo allí un momento, un tanto impresionado por el ambiente de devoción, el silencio y la carga religiosa del lugar. No podía definir que era esa “carga”, pero era algo casi tangible, pesado, que lo inundaba más allá de su casi total falta de fe en esas cosas. Pero ese lugar era particular. No sentía voluntad de moverse, ni de hacer ninguna otra cosa que permanecer allí, sintiendo... eso. Había visitado varias iglesias en su vida, y también había tomado la Comunión. Pero esto último siempre lo consideró como una especie de homenaje, de actuación infantil que le era requerida. Ni en ese momento ni

en ningún otro en el cual visitó una iglesia sintió nada en particular. Ni tampoco se interesó en sentirlo.

Pero allí..., había sido algo espontáneo, como si, sin proponérselo, se hubiera sumergido en un ambiente... sagrado. Sí, no podía evitar la palabra ni encontraba otra más adecuada. Dentro de su bienestar se sintió un poco confundido. Su mente racional luchaba denodadamente con el extraño sentir que venía de otro ámbito de su ser. Y estaba perdiendo la batalla.

Con un suspiro Pino sacudió la cabeza y salió del lugar.

Y allí ocurrió la otra sorpresiva experiencia.

Al pasar bajo el dintel sintió como si una mano cálida barrierá de su interior un sinfín de cosas grises, opresivas, que cargaba en su alma desde toda la vida. Y estaba tan acostumbrado a esa pesantez que ya ni siquiera se daba cuenta de ella. Por eso de pronto se sintió liviano, fresco, extrañamente aliviado. Se detuvo un instante para asimilar eso, para seguir experimentándolo. Nunca se había sentido así en su vida.

Miró al frente y vio a su hermano a unos pocos metros que le sonreía. Recién entonces se dio cuenta de que había entrado solo a la pequeña iglesia.

-Mario..., sentí cosas... fue lo único que pudo decir al llegar a su lado.

-Lo sé. ¿Y al salir, qué pasó?

Pino pensó unos instantes para encontrar las palabras. Y finalmente relató su experiencia lo mejor que pudo. Siempre es difícil, muy difícil, poner en palabras vivencias de ese tipo. Salen frases demasiado simples, casi ridículas, desconexas. Solo quien ha pasado por eso es capaz de entender que quien relata ha pasado por algo auténtico.

Mario lo miró con una extraña expresión de alivio, de cosa lograda.

-Pino, eso que sentiste es "el perdón de Asís", es una experiencia que buscan todos y son pocos los que la experimentan. Todos los años, entre el ocaso del primero de agosto y el ocaso del dos de agosto, son miles las personas que acuden a este lugar, religiosos y monjes de todas partes del mundo llenan esta Basílica y esperan pacientemente para entrar a la Porciúncula en busca de esto que tú has sentido espontáneamente.

-Y en síntesis, ¿qué significado tiene todo esto?

Mario lo miró muy serio.

-Que tus pecados han sido perdonados, que tienes otra oportunidad.

Pino lo miró con la boca abierta por el asombro.

-Mario, tú sabes...

-Sí, lo sé. Pero como sea, has sido perdonado por todo.

Pino seguía sin saber cómo asimilar eso. No sabía siquiera si era justo que él...

-Después de todo también San Francisco fue soldado- agregó Mario y allí sumó un torrente aun mayor a las interrogantes de su hermano.

-No sé, tengo que pensar en todo esto. Si no lo hubiera experimentado... en carne propia y sin aviso, no lo hubiera creído. De ninguna manera.

-Por eso te traje aquí y no te dije nada.

-¿Y ahora, qué hacemos?

-Esperar.

-¿Qué cosa?

-Que ocurran milagros... y las correspondientes pruebas.

-¿Milagros?, ¿pruebas?

Mario asintió en silencio con la mirada perdida.

Pino no pudo decir más.

Cuando volvieron el ambiente era algo tenso. Inés esperaba, ansiosa, en las afueras de la casa. Antonio miraba el horizonte.

Al descender de la camioneta Inés se acercó, nerviosa.

-¡Mario, eres tú! ¡Tú eres quien cura a la gente! Por eso me quedé aquí, por eso renuncié a mi trabajo.

Mario la miró, interrogante. Pino apretó los labios.

Inés tomó las manos de Mario.

-Estoy enferma, tengo leucemia. Y tengo una hija de seis años y a nadie más en la vida. Por favor...

Mario estaba verdaderamente al borde de sus fuerzas. Se sentó y mantuvo las manos de Inés. La miró a los ojos.

-Sí, estás enferma, muy enferma. Lo percibo casi físicamente. Pero yo estoy en el final, ya no tengo fuerzas.

Ella lo miró con desesperación. ¡Tanta ilusión, tanta ansiedad!, para llegar a eso al final a una posibilidad que se diluía frente a sí sin que pudiera hacer nada. Sus sentimientos se confundían, entre su deseo y oportunidad de curarse y ese hombre que gastaba su última gota de energía en disfrutar los momentos con su hermano.

Mario habló, muy despacio.

-Hoy vamos a intentar algo, Inés. Yo sabía que tenía que hacerlo, se me había avisado. Pero te digo dos cosas: en primer lugar, que no va a ser suficiente. No tengo fuerza.

Ella lo miró aterrada.

-Calma- dijo Mario- en segundo lugar te digo que sí, que te vas a curar. Te lo aseguro.

-¿Cómo?

-Deben pasar cosas aun, cosas terribles. Y si todo sale bien, te vas a curar.

Ella lo abrazó entre lágrimas.

Por encima del hombro de la muchacha Mario buscó la mirada de su hermano.

Pino lo miró, interrogante y con un gesto de suave sorpresa. Mario solamente asintió casi imperceptiblemente.

Esa noche Pino durmió solo, e Inés permaneció con Mario en su camper.

A la mañana siguiente se levantó temprano, quería ir inmediatamente a ver cómo estaba su hermano. E Inés.

Fue al café y desayunó el consabido *capuccino* casi sin mirar ni sentir nada.

Solamente el dueño y un par de personas estaban en el café.

Pino revolvía lentamente la leche, como si al mismo tiempo quisiera poner algo de orden en su pensamiento haciéndolo girar una y otra vez.

De pronto sintió algo raro, como algo antiguo que volvía, una especie de alarma escondida por años.

Levantó la vista y los vio,

Eran dos individuos, elegantes, con corbata; algo pálidos e impecablemente peinados. Y portaban sendas máquinas de fotos.

“¿Periodistas? No, esto es otra cosa,”

Los hombres lo miraban fijamente y le sonreían, una sonrisa completamente desprovista de afecto.

-¿Si...?- dijo Pino.

La sonrisa de ambos se amplió, parecían sincronizados.

-¿Podemos acercarnos?- dijo uno.

Pino les hizo una seña con la mano y él mismo se fue a sentar a la mesa del extraño dúo.

-¿Son periodistas?

-No, somos ornitólogos- dijo el hombre sin perder la sonrisa.

Pino los estudió otro poco. Si esos eran ornitólogos él era San Francisco.

-¿Y...?

-Queremos fotografiar a determinada ave: al cardenal amarillo.

Pino no se movió, pero todo su cuerpo experimentó el violento choque del pasado que lo atropellaba. Imágenes, sentimientos olvidados, ansiedad, pertenencia, todo se agolpaba en su interior sumiéndolo en un antiguo y conocido estado de alerta.

Los miró en silencio un buen rato. Ellos permanecieron inmóviles.

-¿Cómo se enteraron que había vuelto?

Se encogieron de hombros y no respondieron. Ellos siempre saben todo cuando se lo proponen.

-¿Don Cármine...?- preguntó. Aunque era fácil presumir la respuesta.

El hombre negó con la cabeza.

-Se fue hace muchos años. Feliz y en paz. Siempre lo recordó a usted.

Pino no pudo evitar sentir una sensación de pérdida, de pesar. El hombre continuó.

-Ahora el *boss* es don Genaro. Le manda sus saludos.

Pino sonrió al recordar la amistad con aquel muchacho. Que ahora sería un hombre de su edad.

-Las cosas han cambiado mucho. Ahora estamos en Palermo. Y los negocios se han extendido a toda Italia, y aun al exterior. Las cosas van cada vez mejor y las antiguas rivalidades van desapareciendo en relaciones de intereses mutuos.

“Y los soldados son verdaderamente diferentes”, pensó Pino al ver cómo se expresaba el hombre y su aspecto impecable. Pero allá al fondo, la vieja luz implacable permanecía.

-¿Necesitan algo de mí?

Asintieron a un tiempo sin dejar de sonreír.

-Tenemos un negocio en vista- era siempre el mismo el que hablaba- y usted nos puede servir.

Pino hizo un gesto ambiguo.

-¿Por qué yo, en qué sentido?

-Don Genaro siempre recuerda su valor. Y usted ha perdido... digamos, el aspecto. Lo cual nos es muy conveniente en este caso,

Era verdad. Pino había perdido aquella aura de peligrosidad y de cosa siniestra que reconocía ahora al ver a aquellos hombres.

-Además, don Genaro quiere terminar con este tipo de relación. Usted nos hace el favor y se terminó. Queda libre para siempre. Don Gernaro lo recompensará muy generosamente, su “sueldo” y cualquier otra relación con la organización desaparece y usted queda limpio.

Pino los observaba y pensaba. Sí, era la oportunidad de cambiar su vida, de terminar para siempre con aquello. Era un enorme peso adicional que se quitaría de la mochila de su pasado. ¿Sería una señal? Pero... nada es gratis ni sencillo con ellos. Podía ser peligroso. Podía perder mucho, demasiado. Mario había hablado de pruebas... ¿sería esto una prueba?, ¿una oportunidad? Sea

como sea, había antiguos compromisos, fuertes ataduras que no podía desconocer. Y ahora podía terminar con eso...

-Explique, por favor.

El hombre hizo una pausa sin dejar de mirarlo fijamente.

-Don Genaro está interesado en el negocio de los vinos. Esta región se caracteriza por excelentes vides. Y está lleno de ellas. Queremos comprarlas, todas. Y queremos que usted sea la cabeza visible del negocio. Solamente intermediario a comisión, su nombre no figurará en ningún documento.

Pino suspiró y se tomó la nariz con ambas manos frotando con fuerza.

-Unas pocas vides, pequeñas y no muy bien cuidadas, pertenecen a gente del pueblo. El noventa por ciento, donde se produce el buen vino, son propiedad del un Conde que vive en el castillo.

-Queremos esas. Pagaremos por su real valor.

-Yo no lo conozco al Conde. Nunca lo vi.

Los hombres ni se movieron, ese hecho no les importaba.

-Y no creo que quiera vender nada.

-Usted sabe cómo es esto. Si no se acepta al principio, se termina vendiendo por mucho menos de su valor...

Sí, Pino conocía perfectamente las consecuencias de una negación a la organización. Allí estaba el peligro.

Los hombres ahora no sonreían.

-Hágale una oferta que no pueda rechazar.

Pino sonrió por el uso de la famosa frase.

-¿Y si se niega?, ¿le meto en la cama la cabeza sangrante de un caballo?- ironizó.

Ellos permanecieron impasibles.

-Si fuera necesario...

Ahora no ironizaban ni bromeaban. Todo estaba muy claro.

Se hizo un silencio.

-Y si... digamos, pasa algo irreparable con el Conde...- esbozó una amplia sonrisa, aunque sus ojos permanecían de hielo- entonces los terrenos pasan a propiedad de la Comuna.

-Y allí tenemos excelentes contactos- expresó el otro hablando por primera vez. El que llevaba la voz cantante se inclinó y sacó un envoltorio que estaba bajo la mesa.

Era una funda de paño muy suave y de buena calidad, y se adivinaba una caja en el interior.

Con mucho cuidado el hombre quitó la funda y apareció una hermosa caja de madera lustrada con dos cierres dorados, de aproximadamente ochenta centímetros de longitud.

-Don Genaro le manda este regalo.

El hombre abrió ceremoniosamente la caja.

Pino no hizo ni un gesto, pero quedó atónito al ver su contenido.

-¡También sabían de esto...!

La caja estaba forrada en seda, y contenía una espada japonesa con mango y vaina construidos en una madera oscura, tal vez ébano, con inscripciones de signos japoneses en dorado.

Era una *wakizashi*, una versión más corta y apenas más curva que la conocida *katana* japonesa, y mucho más filosa. Mediría unos sesenta centímetros de



longitud y era especialmente apta para la lucha en interiores, donde la longitud de la *katana* podría significar un inconveniente.

Pino se preguntó si era un regalo, o una herramienta de convicción para la gestión que debía hacer. Conociendo de dónde provenía, seguro que era ambas cosas.

Se lo confirmaron las próximas palabras del hombre.

-Sabemos que el Conde es un excelente esgrimista, y aprecia todo tipo de armas blancas.

Los hombres se levantaron al unísono. Estaba todo dicho.

-Esperamos tener noticias en una semana. No más.

Hicieron una inclinación de cabeza y se retiraron.

Pino no contestó, continuaba observando la espada como hipnotizado.

Vio que en el perfecto filo se reflejaban rayos luminosos que parecían hablarle de su destino.

Un destino que parecía no querer abandonarlo nunca.

.....

.....

Miré hacia la colina y vi una silueta. Sí, era Pino, tenía que venir, lógicamente. Nosotros estábamos, como siempre, sentados en el exterior, frente a la casa. Antonio e Inés permanecían en silencio, como abatidos por lo que les había contado. Mario no salía de su asombro. ¡Y faltaba lo peor! Ágata me había mirado fijamente, sin expresión alguna y se fue. Llegó Pino. Sí, era tal como... como yo sabía que era. Me miró con curiosidad y miró a los demás que parecían de piedra. Me levanté y le tendí la mano. -Mucho gusto, Pino-. Él me miró con el ceño fruncido y devolvió el saludo sin mucha convicción. -¿Usted, quién es?- y se sentó. -Dice que trae una carta del Conde, del Conde Eric- aclaró Antonio- No de éste. -Me llamo Daniel Kahn, y efectivamente, traigo una carta muy importante, algo que ustedes deben saber. Mario intentó hablar. -Yo... usted... Lo interrumpí. -Ya sé, Mario, lo hablamos después, esto es urgente, y sin esto, lo demás no se entendería. Saqué la carta de mi bolsillo, los miré para captar su atención. -Les pido por favor, que no interrumpan. Que me dejen leer hasta el final. Me aclaré la garganta y comencé.

*Queridos amigos, me es tremendamente difícil explicarles por qué les escribo desde un lugar ignoto, hoy, tantos días después de mi muerte. Confío que al finalizar, Daniel Kahn, tal vez Mario, y don Antonio, puedan explicar este fenómeno.*

*No he encontrado otra forma que el dirigirme a Daniel para hacerles llegar esta información. Él tiene la capacidad... digamos de viajar.*

*Vamos al tema. Ustedes están en peligro, en un peligro enorme y monstruoso, principalmente usted, Pino.*

*Para que lo comprendan les tengo que contar algunas cosas que Antonio tal vez pueda desarrollar después.*

*Como ustedes sabrán soy, quiero decir, fui, un mekubal, es decir, un cabalista, por lo menos Antonio lo sabe, y Daniel, lógicamente.*

*Mi propio apellido, Alemanno, remite a un antiguo y sabio cabalista que precisamente vivía en mi castillo.*

*La Cábala tiene varias formas de comprenderse, varios abordajes. Y varios tipos de prácticas. Pero si tuviera que definirlo en una palabra diría que trata de la Creación. Sí, de la totalidad de la Obra de quien tiene un nombre impronunciable. De quien, o de qué cosa, ustedes llaman Dios; digamos para estar de acuerdo todos, el Creador.*

*Pues bien, según los mekubalim, los cabalistas, su Creación se hizo con el sonido, con el Verbo, está explícito si se remiten al Evangelio de San Juan. Pero está más desarrollado en antiguos textos de Cábala.*

*Cuando decimos sonido, estamos significando vibraciones. Sí, vibraciones más o menos condensadas que fueron dando lugar a lo que se conoce como*

materia. En suma, similar a lo que Einstein propuso dos mil años después. No sabremos si el conocimiento de los mekubalim vino por revelación o por la permanente observación y debate filosófico. Pero lo cierto es que ya los mekubalim, los estudiosos de la Cábala, habían intuido que la materia es solamente un grado diferente de vibración de la energía.

Por eso, entonces, la Cábala habla del sonido como origen y causa de la Creación. Pueden encontrar otras referencias en otros libros de Cábala y aun en la Biblia, si así lo desean. Y seguramente podrán explicarse la importancia de los mantrams que practican los orientales.

Estos diferentes sonidos dieron lugar a signos, a lo que hoy conocemos como letras. Y las letras a palabras, y frases que expresaban pensamientos, voluntades, hechos. En fin, creo que se comprenderá la importancia de la palabra como acto de Creación. Creamos con palabras, y aunque esto parezca disparatado, no pueden negar la cadena de causas y efectos que acabo de describir. Así como tampoco se puede negar la relación vibratoria entre materia y energía.

Bien, veamos ahora otro aspecto de la Creación, tantas veces mencionado y no siempre comprendido..

El Creador hizo al hombre "a su imagen y semejanza", más adelante le dice al humano "seréis como dioses", y no olvidemos que, según el Génesis, fue Adán quien puso el nombre a todas las cosas. Un nombre es algo imprescindible para que algo exista. Como dice en Isaías Cap 43: "No temas, porque yo te redimí; te puse nombre, mío eres tú."

Todo lo que existe es en el fondo una "verdad". Y si no tiene un nombre, simplemente no existe.

Los cabalistas, comprendiendo esa capacidad que tenían desde el origen de la Creación, cuidaron mucho todo lo que decían y escribían, porque cada palabra implicaba una vibración particular, era como algo vivo, una "verdad".

En base a eso algunos cabalistas, yo entre ellos, buscamos implementar la Creación en forma similar a como lo hizo el Creador. Teníamos derecho, después de todo Él nos había dado esa capacidad. Entonces intentamos crear seres humanos. Sí, aunque parezca una locura y un acto de infinita soberbia, intentamos crear a partir del barro, tal como lo había hecho el Creador.

Los resultados de esos intentos dieron lugar a una de las leyendas más impresionantes de nuestra cultura judía: el Golem.

Fueron muchos los mekubalim que trabajaron con el Golem, con mayor o menor éxito. Normalmente con consecuencias inocuas, o catastróficas. Mi propio antepasado experimentó, y escribió varias formas y rituales para hacerlo. Siempre utilizando los principios de la Creación: a partir del barro, y con sonidos o letras que representaban sonidos.

Tal vez la anécdota más famosa, que se mantiene entre la leyenda y la historia, es la del Rabino Judah Loew, conocido como el Maharal, o como el cabalista de Praga.

El hecho es que el Maharal, allá por el 1600, ante las persecuciones que comenzó a sufrir el ghetto judío de Praga, decidió crear un Golem para su protección.

Y así lo hizo, juntando grandes cantidades de barro del río cercano, creando miembro por miembro, el tronco, la cabeza, todo. Y recitando las letras del alfabeto hebreo mientras le daba forma.

Cuando su obra estuvo terminada, el Maharal escribió sobre la frente de la figura yacente la palabra “emet”, que quería decir “verdad”, y por lo tanto le daba existencia. Y el Golem se levantó.

Era enorme, mediría más de cuatro metros, otros dicen que llegaba a la altura de las últimas ventanas de los edificios. Y era bastante amorfo, carecía de boca, lógicamente, de otra manera él también podría crear. Lo que serían los ojos estaban representados por dos cavernas que en el fondo dejaban ver una pequeñísima lucecita blanca, muy brillante. Sus miembros estaban hechos de manera bastante simple, todo lo que se puede hacer con montones de barro. Y cuando el barro se secó terminó siendo un horrible gigante de tierra, que hacía temblar la tierra en cada paso, que tenía una fuerza prodigiosa y que dejaba caer pequeños terrones en cada movimiento.

Pues bien, el Golem les fue de gran ayuda, derrotó fácilmente a todos los enemigos del ghetto cada vez que intentaron atacar. Hasta que al final desistieron. A esa altura todos se habían acostumbrado al Golem, y era natural ver pasar su figura deformada a la altura de las ventanas más altas de las casas. Hasta los niños comenzaron a bromear con él y a tirarle piedras. Pero de toda esa interacción con los humanos, de las terribles luchas que había tenido, y tal vez de algún defecto en su propia naturaleza, el Golem comenzó a actuar por cuenta propia, y cada vez era más y más difícil para el Maharal controlarlo. Hasta que golpeó fuertemente a alguien. Entonces el Maharal decidió terminar con él. Lo hizo poner de rodillas y de la palabra que había escrito en su frente borró la “e” inicial. Quedó la palabra “met”, que quiere decir “muerte”. Y el Golem se desintegró en montón de tierra que, según dicen, aun hoy se puede ver en algún lugar especial de Praga con la leyenda escrita en piedra sobre él. Volviendo a la historia, mi antepasado experimentó varias veces y en varias formas con el Golem, y cuando tuvo algún resultado le ocurrió lo mismo que al Maharal, se descontroló y tuvo que destruirlo.

Y yo mismo no pude resistir y comencé a intentar crear uno.

¿Qué me llevó a hacerlo? Ustedes pensarán que fue curiosidad, o soberbia, o buscando algún provecho. No, nada de eso. Como la mayoría de los mekubalim que lo intentaron yo quería saber qué había sentido Dios al hacerlo. Era una forma de identificarme con ÉL.

A esta altura, Idel, mi hijo, me ayudaba en los intentos, pero no veía en él alguna intención religiosa. Lo de él, me duele decirlo, era soberbia y ansia de poder. Se indignaba cada vez que yo destruía a alguno porque se iba de control.

Hasta que uno de ellos atacó su pequeña iglesia, Antonio. Sí, él la destruyó casi por completo. Pero al llegar a donde se encontraba la Virgen Morena, no pudo hacer nada. Y se desintegró totalmente. Hoy es ese oscuro terrón bajo la estatua. Pienso que el motivo fue porque ambas cosas provenían y simbolizaban a la Tierra. Como sea, opté por enterrar todo... hasta que usted lo encontró. Por algo será.

Entonces decidí que esa no era la forma. Comencé a estudiar, no solo las tradiciones en los libros cabalistas, también estudié ciencia moderna. Y al final lo logré: hice algo perfecto.

Cuando Idel lo vio se maravilló, y me pidió desesperadamente que le dijera cómo lo había logrado. Por supuesto me negué. Y con su actitud confirmó todos mis temores acerca de su personalidad. A Idel le vino un ataque de

*indignación, de rabia incontenible. Y quiso destruir al Golem. Me tuve que deshacer de mi creación e Idel se marchó por un tiempo.*

*Estuvo viajando y aprendiendo. Quería superarme, pero no lo logró. Y un día volvió. Y me asesinó, de la forma más horrible que se puedan imaginar.*

*Y creó un nuevo Golem. Una criatura violenta y salvaje que hoy está destruyendo el pueblo y que de todas formas quiere atacar este lugar por razones que ustedes tendrán que descubrir para que puedan creer este relato.*

*Amigos, están en peligro, deben terminar con esa horrible criatura para siempre.*

*Por favor, escuchen lo que les dice Daniel. En este relato están las claves para que puedan creerle.*

*No voy a volver a escribir, me es imposible.*

*Eric*

Cuando terminé todos quedaron en silencio. Antonio miraba al horizonte. Mario miraba el suelo con expresión de horror al tiempo que en los ojos de Inés aparecían las lágrimas y sus manos apretaban su pecho. Y Pino me miraba con una mezcla de ira y escepticismo. Fue el primero que habló.

-¡Y me dice que el Conde escribió esto después de muerto!

No supe qué decir, me sentía impotente.

La indignación de Pino parecía aumentar.

Mario habló muy quedamente.

-Pino, este hombre, Daniel, apareció en mis sueños. Y me dijo que tenía que venir acá...

Pino lo miró sin darle mucho crédito.

Opté por decir todo.

-Escuchen amigos, ¿cómo pueden explicar ustedes que un ex-mafioso que no sabe qué hacer con su vida, un sanador que vivió durante años con los gitanos, un sacerdote muy liberal en lo que hace a su religión y con un gran secreto a cuestas, una joven gravemente enferma de leucemia, y yo, estemos todos aquí, hoy, en este instante, ligados por una historia de una Virgen Morena y enfrentando un peligro enorme?

Todos me miraron azorados, ¡yo sabía la vida de cada uno de ellos! Y era verdaderamente asombroso la coincidencia de hechos y vidas que les había relatado.

-Explique, por favor, todo esto es muy extraño- dijo Antonio.

No sabía qué palabras utilizar. Me pasé ambas manos por el rostro y me decidí.

-Acaban de escuchar el relato del Conde Eric, acerca de la creación con palabras.

Nadie dijo nada, simplemente esperaban.

-Bueno..., el hecho es que yo escribí toda esta historia.

-¿Quiere decir que nos estuvo espiando?- preguntó Pino.

-No- intervino Antonio- quiere decir que él creó todo esto, que nuestras vidas y circunstancias son un producto de su imaginación y de sus palabras. Ha creado un mundo.

-Sí- afirmé casi con desesperación- yo soy una persona... rara, casi no existía. Hasta que comencé a escribir. Y cuando todos ustedes iban apareciendo la

historia era más y más fuerte, ¡era real! Se había transformado en una "verdad". Yo no podía vivir sin vuestras imágenes, vuestras palabras y vuestros hechos. Soñaba todos los días con esto. Así fue que me aparecí a Mario. Y antes de eso a Carmela.

Ambos hermanos se sobresaltaron cuando les mencioné a su madre.

-Quiere decir... ¿qué puede borrarlos en cualquier momento?- preguntó Antonio.

-No, ya no. Es imposible. Tampoco puedo inventar, crear nada. Ya esto es una verdad, es algo real. Ha tomado vida propia. Yo solo puedo relatar ahora los hechos que se van a desarrollar. De alguna manera los sé, pero no puedo modificarlos ni intervenir en ellos. Esto es... Cábalá, la mística de mi raza. Nunca pensé que podía ser algo así. Disculpen, por favor, disculpen. Por lo menos dejé todas las cosas como para un final feliz... supongo.

Mario me miró.

Comprendí su sentir. De la forma en que había escrito todo... él no tenía posibilidades.

-No se preocupe- me dijo al ver mi expresión- me dio una vida mucho más feliz de lo que pueda imaginar.

-¿Y yo, y mi hija?- preguntó Inés con desesperación.

No tenía mucha idea de cómo se iban a desenvolver las cosas.

-Puede salir bien, todo va a depender de Pino- respondí.

Pino aun luchaba envuelto entre la duda, lo razonable y una posibilidad bizarra de su vida. Todo eso era simplemente imposible, pero no sabía que quería obtener ese hombre de todo esto, ni cómo había averiguado todos esos detalles de sus vidas. Y presentía que había más...

-Escuche, mi amigo. Toda mi vida es real, ¿sabe? ¡Yo maté gente!- me dijo con un rugido- ¿Y sabe una cosa?, ¡sentí cuando los maté, no me lo imaginé, los vi sangrar, los vi morir! ¡¡Eso es real, es mi vida!!- explotó.

-Y..., y hubo quien murió entre mis brazos...- culminó con un desgarrón de infinita tristeza.

Inés lo miró asombrada y después le acarició suavemente la mano.

-Lo sé- respondí.

-¡Todo puede llegar a saberlo de una forma u otra, todo!

No respondí.

-A ver, dígame algo que solamente sepa yo-me dijo desafiante.

Lo miré sin saber qué hacer. Opté por algo suave.

-Cardenal amarillo.

Pino quedó asombrado. Los demás no entendieron.

-Eso también puede saberlo. Aunque debo reconocer que usted... sabe demasiado.

Ahora sí, no me quedaba más remedio. Sabía que iba a herirlo, pero no había otra forma. Se lo dije.

-“Pino, todo es dorado”.

Quedó paralizado, con la boca muy abierta. Al fin se derrumbó. Se tomó la cara y entre sollozos sus hombros se sacudían convulsivamente. Inés le pasó su brazo por la espalda para confortarlo.

-¿Qué..., qué es eso?- preguntó Mario un tanto alarmado por la reacción de su hermano.

Pino trató de calmarse. Pasó las manos por su rostro y lo miró con infinita tristeza.

-Fueron las últimas palabras de Estela antes de morir en mis brazos. Nunca lo mencioné.

Un silencio pesado, dolorosamente pesado y cargado de irrealidad cayó sobre todos, podía sentirlo. Yo mismo no era ajeno a esa sensación.

-¿Y ahora qué hacemos?- preguntó Inés- ¿acaso podemos escribir nuestras propias vidas?

“Buena pregunta”, pensé.

-No lo sé- respondí con sinceridad- tal vez, de una forma u otra lo hacemos siempre, cuando consciente o no conscientemente vamos creando nuestra aventura personal. En cada pensamiento, en cada frase, en cada acción lo vamos creando. Y otro tanto sucede cuando otros nos hacen vivir lo que ellos dicen o escriben. Así se va formando todo.

Pino parecía ahora más resignado.

-¿Y por qué, yo en particular, estoy en peligro?

Suspiré.

-Porque usted “tiene” que ir allí, al castillo. Usted lo sabe. Y de lo que allí suceda dependerá todo.

Nadie dijo nada al respecto ni se atrevieron a preguntar. Era como si se acercara una tormenta de proporciones inimaginables. Cualquier cosa podría ocurrir, no había ya nadie que lo escribiera. Todo estaba ya escrito, lo que restaba era *il fato*, lo que debía ser.

Mario trató de seguir buscando explicaciones, pero sin negar.

-Daniel, ¿qué fue eso “perfecto” que hizo el Conde Eric y del cual se tuvo que deshacer.

“¡Bien, esto puede confirmar todo!”

-Don Antonio, explique por favor. Usted lo sabe. Estoy seguro que ahora todos lo comprenderán.

Antonio asintió resignadamente. El hecho que yo supiera que él estaba en conocimiento de ese terrible secreto, era otra prueba irrefutable de lo que yo les decía.

Antonio se levantó y volvió con un papel y un lápiz.

-Bien- dijo con un suspiro- hablemos de Cábala.

Pino resopló con rabia.

-Es lo que explica todo esto- dijo Antonio, y sin decir más comenzó.

-El alfabeto hebreo tiene veintidós letras. Comienza con la Aleph, equivalente a nuestra A, y termina con la Tau, equivalente a nuestra T.

Y las dibujó en el papel con caracteres normales. En su interior Antonio temía utilizar los caracteres hebreos para no precipitar algún efecto que no podría controlar.

Cuando mencionó la Tau, Pino y Mario se miraron. Antonio continuó.

-La Aleph es el principio de la Obra de la Creación, la Tau es su culminación, es el sello de Dios para establecer una cosa hecha. Recuerden, la Creación se hizo con sonidos y estos son representados por letras. Por lo tanto, el Conde Eric pensó, como todos los otros cabalistas, que en la ejecución del alfabeto se obtenía la creación de algo. Así, con esa idea, desde hace cientos de años, se hicieron muchos Golems con los resultados que ustedes saben, fracaso tras fracaso, lo que después se llamó el mito de Frankenstein se repetía una y otra vez. Y en el mismo sentido, jamás sabremos el sufrimiento que experimentaban esas criaturas al ser deshechas, muertas por quien los creó. Algunos dicen que los Golems no son creados con sentimientos. El Conde Eric me aseguraba que

esto no era así, él sabía que sufrían, había visto el reflejo de la desilusión y de la injusticia en cada rostro. Es como si Dios nos destruyera mirándonos cara a cara.

Por unos instantes Antonio quedó absorto en sus propios pensamientos.

-Y estoy seguro de que esto es así, tienen sentimientos- dijo en un murmullo y mirando el vacío. Sacudió la cabeza como para despejarse y continuó.

-Viendo todo eso mi amigo Eric reflexionó. Estudió mucho. Y decidió integrar los últimos descubrimientos de la ciencia a los postulados de la tradición cabalística. Sí, la Creación era el producto de las letras, pero, ¿cuáles letras y en qué orden representan el género humano?

Los miró a todos. Nadie se movía.

Antonio escribió: GATACA.

-Sí, la representación del código genético humano, la secuencia del ADN. Las letras corresponden a la inicial de cada uno de los componentes del ADN. Ahora bien, una de las vertientes de la Cábala propone que cada letra tiene su valor, y además, al representar una palabra no se utilizan las vocales, excepto en la mayoría de los casos la Aleph, la A. Por lo tanto, a los efectos del valor, GATACA quedaría reducido a GATC.

Y lo escribió.

-El valor de cada una de estas letras según el alfabeto hebreo es el siguiente: G = 3, A = 1, T = 400, C = 20.

Los números de Antonio eran grandes y claros.

Si sumamos todo nos da 424, y si lo reducimos a su expresión numérica básica volviendo a sumar este resultado otra vez, nos da 10, lo que, al final, es... 1. La representación numérica de Dios, la totalidad. Todos los números devienen del 1, y todos lo contienen.

Todos lo miraron. Nadie sabía a dónde iba a parar. Yo observé a Mario, él sí tenía una sospecha al parecer. Se había inclinado hacia adelante en el asiento y su expresión era entre la alarma y el enorme asombro.

Antonio, un poco nervioso continuó, se acercaba a la parte culminante de su relato.

-Eric entonces, decidió utilizar estas letras para crear. No sé cómo lo hizo, nunca me lo dijo. Pero fue su... digamos material de construcción. Seguramente trabajó con las letras del código del ADN, las escribió y después le agregó el alfa y el omega, es decir, la Aleph y la Tau.

Veamos.

Escribió una vez más GATACA, hizo una pausa.

-Ahora viene la Aleph al principio y la Tau al final. Y las escribió.

Todos miraron el papel: AGATACAT.

La luz se iba desenvolviendo rápidamente en las mentes de todos. Y Mario exclamó:

-¡Ágata Cat, es Ágata!

Antonio asintió en silencio. La expresión de todos era entre el asombro y la incredulidad.

-Y así como el Maharal y todos los cabalistas que crearon al Golem, Eric escribió el nombre en su criatura. Pero esta vez no fue EMET, sino AGATACAT.

Se volvió hacia la casa.

-¡Ágata!- llamó.

La muchacha acudió inmediatamente. Yo sospeché que había estado escuchando todo.



-Ágata, querida...- dijo Antonio con dulzura y respeto- Muestra tu nombre, por favor.

Ágata miró al frente con la vista desenfocada y comenzó a desabrochar lentamente su camisa.

Para todos fue bien visible el hermoso tatuaje, que formaba un collar y que entrelazaba las letras de su nombre entre rosas que descendían por su vientre.

-Gracias, querida.

Ágata se abrochó y se retiró.

-¡Es un Golem!- dijo Pino con total asombro.

-Sí, y es el ser más bueno y perfecto que alguno pueda imaginar. Y sí, tiene sentimientos. No, no habla- Antonio se adelantó a la pregunta de varios- los Golem no pueden hacerlo, no deben crear.

-¿Puede morir?- preguntó Inés.

Antonio se encogió de hombros.

-Supongo que sí, si borran su nombre. O de otra manera, con el desgaste de su cuerpo, como cualquier humano. Cuando Eric me la trajo no me dio muchos detalles. Simplemente me dijo que me iba a ayudar y acompañar. Y vaya si lo hizo. He llegado a sentir amor por este ser. Y estoy seguro de que Eric también: era su padre, su creador. Supongo que ese es uno de los motivos del profundo odio de Idel hacia ella, los celos, por el amor de su padre, que nunca fue para él, y por la envidia causada por la perfección de su obra.

A esa altura todos se habían olvidado de mí, excepto Antonio. Me miró y me dijo:

-Demasiado, Daniel, es lógico, pero fue demasiado. E infinitas gracias por ello. Sonreí, sabía que se refería a su relación con el Golem. Y no pude evitar sentirme orgulloso de... mi creación. Pero era el momento de partir.

-Debo partir- les dije.

Parecieron despertar.

-Pero, ¿por qué?- dijo Mario.

-No sé, pero me costó mucho... venir a este mundo. Tenía que mantener mi concentración. Es como cuando uno sueña, igual. Pero cada vez me siento más real aquí, entre ustedes. Pero yo pertenezco a otro mundo.

“Yo no soy de este mundo”, no pudo evitar de pensar Antonio con todo lo que eso podría implicar.

-Debo marcharme, lo antes posible. Cada vez me cuesta menos mantenerme acá. Y tengo miedo de un accidente, de que suceda algo que desconozco. Nunca hice esto antes.

Fui saludando a cada uno. Al llegar a Pino me detuve.

-Pino, ahora todo depende de usted. Pero por favor, no olvide lo que experimentó en la Porciúncula. Usted tiene otra oportunidad. No la desaproveche.

Pino no supo qué decir. Solamente me apretó la mano con fuerza. Los demás me miraron con cierta alarma.

Me marché. Caminé lentamente hasta el bosque dejando vagar mi mente por cosas que no fueran esta otra realidad.

“Eva”, pensé. Y su evocación me golpeó fuertemente.

Y volví.

.....

Pino no había dicho a nadie que ese día iría al castillo y de su cita con Idel. Pero Antonio, lo había presentido. La noche anterior, mientras todos comentaban aun asombrados la revelación de Daniel, Antonio salió furtivamente y volvió al poco tiempo. Cuando nadie los veía le entregó una pequeña bolsita de lino. Pino no tuvo necesidad de preguntar qué era. El leve zumbido que sintió en su mano fue suficiente.

-Estoy seguro de que esto lo va a ayudar- le dijo Antonio.

Pino le apretó el hombro afectuosamente.

-Estoy seguro que sí.

Se levantó apenas amanecía, vio que le hacía falta una buena afeitada, pero eso quedaría para después... si había un después. Tampoco desayunó, no quería perder el estado de concentración que tenía. Era la misma sensación que tantas veces había experimentado antes de una competencia de *kendo*.

No hizo ruido para no despertar a Inés, ella tendría una reunión con su hermano ese mismo día.

Antes de partir pensó en las advertencias de Daniel acerca de lo que haría en el castillo. Sí, verdaderamente sería una prueba, un combate contra sí mismo, donde podría salvar o perder su alma.

Aun con esa alternativa Pino tomó sus precauciones. Improvisó un simple arnés con un par de cuerdas finas y colgó la *wakizashi* detrás de su espalda. Pino era lo suficientemente grande como para que el arma quedara oculta y en una posición que era fácil de extraer y de inmediato usar con los golpes del *kendo*. Se puso un saco y todo quedó listo.

Se dirigió al castillo.

Era una mañana fría, y había llovido. Pero el sol, que aún era joven, iluminaba las últimas gotas de lluvia sobre la vegetación proporcionando una agradable sensación de frescura, calma y naturalidad.

Mucha gente se ha encontrado en esa extraña situación de una hermosa paz circundante y una incierta amenaza en su futuro próximo, entonces uno se pregunta cómo fue que llegó a eso. Y la explicación es simplemente el desarrollo de toda su vida anterior, aun cuando la hubiera escrito otro. Y a Pino le hubiera gustado en ese momento tener la tranquilidad que había visto en tanta gente que, aparentemente, no tenía otra preocupación que la comida de ese mediodía con su familia, o un pequeño resfriado de un hijo. Al otro día irían a trabajar, en oficinas repletas de rutina. Hasta que llegaba el momento de las vacaciones...

Pero no, a él le había tocado otra cosa. Y decidiría su futuro, o aun su muerte, en los próximos momentos. Pino terminó de salir del bosque sin percatarse de una pequeña sombra que lo seguía furtivamente entre los árboles.

El castillo ya estaba a la vista. De cerca parecía más oscuro y más viejo aun. Atravesó los desolados restos del barrio histórico, cruzó una amplia explanada de adoquines, seguramente tan antiguos como el castillo, y se enfrentó a un enorme portón de madera muy vieja pero aun resistente.

Era una construcción del Siglo XI, toda de piedra con sustentos de enormes vigas de madera, no todas en buen estado.

Golpeó con fuerza una aldaba.

Nadie respondió, pero Pino estaba seguro de que no solo lo habían escuchado, sino que habían visto su venida desde hacía un buen rato.

Empujó el portón y vio que cedía.

Entró.

Lo recibió el silencio y la soledad más absolutas, era como entrar en otro mundo. Involuntariamente recordó a Daniel Kahn.

Delante de él se abría un espacio grande, con el mismo empedrado de la plaza, que estaba rodeado por viviendas y depósitos evidentemente deshabitados y en muy mal estado. Excepto una casa, que parecía más cuidada, aun dentro de su sencillez y antigüedad. Seguramente allí habitaría alguien, tal vez el propio Conde.

En el medio del patio había un aljibe con una tapa de hierro oxidado y la correspondiente cadena con roldana.

Al fondo estaba la torre, alta, un tanto fuera de contexto con el lugar. Era una torre de planta rectangular, de unos tres pisos de alto, con estrechas ventanas al frente y un pequeño balcón en cada piso. Estaba construida con las mismas piedras que el resto de las casas y depósitos, unas piedras amarillentas, rústicas y con bordes desgastados por mil vientos y mil lluvias. Las vigas eran también de madera muy vieja, y en varios lugares habían perdido grandes astillas. En la parte superior se veían almenas tipo gibelino, y del último balcón pendía un mástil con una bandera que colgaba flácida. En un leve golpe de viento la bandera apenas se movió, lo suficiente como para que Pino viera que era negra con una Tau dorada al centro. Sintió un pequeño escalofrío.

¿Cómo podía vivir alguien allí, en medio de esa soledad y esa ruina?

De pronto sintió un gruñido amenazante a su espalda. Se volvió y allí estaba, a punto de atacar, el rottweiler del Conde.

-¡Evil!- la voz sonó ronca e imperiosa. El perro bajó las orejas y se sentó de inmediato.

La figura de un hombre se asomó al segundo balcón y lo miró sin expresión. Tendría poco más de cincuenta años y su aspecto era tétrico, triste. O tal vez Pino estuviera influenciado por toda la historia y el clima emocional del lugar.

El hombre le hizo una seña invitando a que entrara y desapareció en el interior.

Pino se aproximó a una antiquísima puerta de doble jamba, muy alta y ancha, y esta vez no esperó ni llamó, entró.

Adentro todo era muy distinto.

Era una sala grande, con muchos tapices de figuras extrañas en las paredes. Al fondo, se veía un tapiz con tres palabras en caracteres hebreos. En el centro de la habitación, una angosta escalera de caracol, también de madera, comunicaba con el piso de abajo que estaría bajo el nivel del terreno, y con los pisos superiores. Pino pudo ver que estos pisos configuraban un pasillo que bordeaba la escalera y una cámara cerrada en cada extremo de dicho pasillo.

Al tope de la construcción se veía una gran cúpula transparente de forma circular.

A ambos lados de la escalera de caracol estaba la estructura también de madera vieja y oscura, que daba soporte a las cámaras laterales. Pino vio que cada una de las cámaras laterales comunicaban hacia arriba y hacia abajo por intermedio de angostas escaleras de madera. Era una construcción muy extraña. Pino no se pudo explicar su funcionalidad.

Mirando por un costado de la escalera central Pino vio el piso de abajo. Todo parecía sostenerse allí, todas las vigas laterales y aun las del frente y el fondo de la torre, convergían en un ángulo descendente hacia un gran globo de madera donde estaban pintadas las cuatro fases de la luna. Ese parecía el punto de sostén, el fundamento de toda esa extraña construcción.

-Es el Árbol de la Vida, señor Rossi. Toda esta torre representa el Árbol de la Vida cabalístico. Tiene más de mil años.

Pino se volvió. A la entrada había aparecido la figura de un hombre que parecía extraído de un film de Alejandro Dumas. Vestía a la usanza del Siglo XIV, con una larga chaqueta roja y dorada -bastante gastada- con gran cantidad de botones y ajustada en la cintura. Al cuello de su camisa blanca llevaba un pañolón que pedía a gritos un lavado. Los pantalones eran cortos, ajustados a media pierna, y debajo usaba medias blancas ajustadas y zapatos negros con hebilla.

De la cintura pendía un ancho cinturón y a un costado un florete en su vaina. Pino recordó lo que le habían dicho sus "amigos", los del cardenal amarillo.

Su cara gris expresaba una infinita tristeza. Su pelo, oscuro largo y grasiento, caía sobre sus hombros y sus ojos. Pero allí terminaba lo pintoresco. Por entre los cabellos del hombre Pino pudo ver dos ojillos vivos y brillantes cargados de ferocidad y de violencia. Había visto ese tipo de mirada en su tiempo con don Cármine. De inmediato supo que tenía que tener mucho cuidado.

-No se asombre, señor Rossi. Visto así cuando estoy en tiempo de ritual. Para salir uso prendas normales.

"Y la misma mugre", pensó Pino, y no quiso preguntar cómo sabía quién era él, sus contactos tendría, evidentemente, y estaría bastante al tanto de todo.

-Señor...

-Idel, Idel Alemanno, señor Rossi. Pero estoy seguro de que usted lo sabe.

-Usted también me conoce...

El Conde hizo un gesto vago con la mano.

-Y sabe cuál es el motivo de mi venida.

-Sí, en efecto. Sus macabros amigos han estado haciendo preguntas por el pueblo antes de que usted llegara. Muy discretamente, eso sí. Pero me enteré.

-Soy portador de una oferta razonable, en su justo precio.

-La respuesta es no, señor Rossi, un no que no tiene alternativa ni retorno. Y cuando finalice su visita comprenderá el por qué.

-Disculpe señor Conde...

-Idel, llámeme Idel, por favor. Y yo lo llamaré Pino.

-Bien. Le debo explicar que esta gente no admite respuestas negativas. Yo no quiero problemas, Idel, pero yo los conozco, formé parte de ellos. Y sé que cuando alguien les niega un negocio, termina siendo pagado por mucho menos de la oferta inicial. O peor...

Idel levantó las cejas, divertido.

-¿Una amenaza?

-De ninguna manera señor... Idel, quiero decir. Yo solo soy un intermediario. Le digo lo que sé.

Idel lo observó con una sombra de sonrisa divertida en su expresión.

-Usted sabe que yo puedo hacer... digamos una especie de contra oferta que literalmente los aplastará.

Pino pensó de inmediato en el Golem.

-Exactamente, Pino. Eso.

El Conde parecía adivinar su pensamiento.

Pino apenas sonrió, con cierta tristeza.

"No es el primero que intenta aplastarlos. Por más Golem que sea..."

El Conde cambió de tema.

-Pero hagamos una recorrida de este lugar, así comprenderá por qué no puedo deshacerme de esto. Y comprenderá muchas cosas más.

-Con la producción de los viñedos, obtengo el dinero para viajar, para investigar y para mantener esta estructura. Y usted va a entender que me es imposible desprenderme de todo esto.

El Conde comenzó a subir por la escalera de caracol del centro de la estructura. Pino decidió no discutir y lo siguió.

“Veamos, tal vez al final...”

Era un ascenso bastante agotador, y que le causaba mareos. Al fin llegaron al último piso, con ambas cámaras a los costados y la bóveda transparente en el cenit.

-Hemos ascendido por el Pilar del Medio del Árbol de la Vida, el pilar del equilibrio. Es de por sí una experiencia interesante. Aun cuando uno no sepa lo que está haciendo.

Pino tuvo que reconocer que se sentía un tanto extraño por el angosto y sumamente sinuoso ascenso. Y se preguntó si el mareo que experimentaba era por la escalera o por lo que explicaba el Conde.

-Allí arriba- dijo el Conde señalando la cúpula transparente- está Dios. El momento culminante es a mediodía, cuando la luz del sol desciende verticalmente por la cúpula.

Pino pensó que no estaba lejos esa hora.

-Por la noche es la luna la que ilumina. Sobre todo cuando hay luna llena, como estos días. Sol y Luna, lo que representa la dualidad de Dios.

Pino siguió el significado lo suficiente como para comprender a dónde iba. No le gustaba hablar de esas cosas con ese tipo.

-A ambos lados, tras esas puertas, están las cámaras de lo masculino y lo femenino, de la Fuerza y de la Forma. Son los primeros principios de la Creación.

Hizo una pausa.

-Aunque seguramente usted no me entienda, cuando llegemos al fondo comprenderá todo junto.

Pino observó las puertas de ambas cámaras. También tenían letras del alfabeto hebreo que él no comprendía.

El Conde continuaba.

-Este Pilar del Medio por el cual subimos representa el esfuerzo del hombre por subir hacia Dios. De aquí para abajo, después de llegar a este punto, comienza la Creación. Para hacerlo, así como para subir, se puede hacer por cualquiera de los pilares laterales o bien por el Pilar del Medio. A mi derecha está el Pilar de la Misericordia, a mi izquierda el Pilar del Rigor o de la Justicia. Alguno decía que eran la oración y la magia- agregó pensativo.

-Pero nosotros vamos a descender por donde vinimos. Y al hacerlo vamos a llevar a Dios a la Tierra.

“Loco, este hombre está loco. O es un místico que no llego a entender. Pero dice cosas...”, Pino no pudo evitar comparar las palabras del Conde con la conversación sobre San Francisco que había tenido con su hermano.

“Así como es arriba es abajo”. Sacudió la cabeza y se concentró en el descenso por la difícil escalera.

Llegaron al piso siguiente. Como el anterior, había una cámara a la derecha y otra a la izquierda, unidas por un pasillo. Ambas cámaras en la puerta lucían caracteres hebreos.

-A mi derecha está la cámara del Gran Arquitecto del Universo, allí es donde reside la fuerza y el plan de la Creación. Y la cámara a mi izquierda están las leyes que la rigen, la justicia, el rigor... el nido del karma.

Pino seguía sin entender y optó por dejarlo hablar. Continuaron descendiendo y llegaron a un lugar de una sola y amplia cámara. Pino reconoció que era el lugar por donde había entrado.

-Este es el centro del Árbol de la vida, desde aquí se conecta con todas las cámaras excepto la del fondo de todo, la de la Tierra. Aquí es donde la Creación se equilibra, reforzándose e inmolándose a sí misma para lograr la perfección. Para los cristianos, este es el lugar del Cristo. Y de todo otro dios redentor para las otras religiones. Como ve, la Cábala contiene a todo. Más abajo, hacia los costados, está el último par de cámaras, a la derecha es donde ejecuto el arte, cualquiera sea, y donde doy vuelo a mis emociones. A mi izquierda he construido una biblioteca. Es el lugar del estudio, del razonamiento, del intelecto. Y ambas convergen hacia allí.

El Conde señaló hacia abajo.

-Eso que ve allí, ese disco lunar donde se juntan todas las vigas de sostén, es lo que se llama el Fundamento del Universo, es el fondo del gran vaso, del Santo Grial donde las fuerzas de la Creación, digamos todos los aspectos de Dios que hemos visto, se precipitan en la idea, y de allí para abajo es la consumación, la realidad de la idea en el mundo de la materia, de la vida, es el plano final. Desde acá no lo vemos. Pero vamos hacia allí.

Pino comenzaba a entender un poco de cómo era ese esquema, de cómo la energía de un dios desconocido iba descendiendo hasta manifestarse en materia y vida perdiendo su esencia inicial.

El Conde lo condujo por un pasillo lateral y llegaron al borde de un foso de unos diez metros de profundidad por otros diez de diámetro, de cuyo borde partían hacia arriba cuatro gruesas vigas de madera vieja que se juntaban en el centro y sostenían la esfera del fundamento. En el fondo del foso se veía un barro que dejaba escapar burbujas oscuras, como si fuera la tierra de un pantano. Un olor fétido ascendía desde allí.

-Allí es donde creo la vida. Allí nacen mis Golem.

Pino se volvió hacia él.

-Usted no tiene derecho- le dijo, usted no puede jugar a Dios.

El Conde soltó una carcajada.

-¿Y cuando la gente tiene hijos entonces?

-No es lo mismo, nacen de hombre y de mujer.

El Conde hizo un gesto ambiguo antes de responder.

-Pero reconocamos que no siempre por voluntad de ambos. Y después de todo, mis criaturas nacen por el influjo de fuerzas masculinas y femeninas. Usted lo ha visto.

Sí, tenía que reconocer que así era, aun cuando esas fuerzas no fueran tangibles, las fuerzas del sexo y del amor tampoco lo eran. Pero no podía darle la razón. De ninguna manera.

-Pero... ¡es antinatural!

-En todo caso es más natural que los clones que hace la ciencia. Y yo procedo como Dios, lo creo desde el barro.

-Pero se descontrolan, causan daño, pueden causar muertes. ¡Son unos monstruos!

Idel se encogió de hombros.

-Siempre se pueden mejorar. He incorporado otros ingredientes que he aprendido en mis viajes y estudios.

-¿Qué cosa ha incorporado?

Idel no le respondió. Bajó una palanca que estaba sobre la pared y comenzó un sonido sordo.

Pino pudo ver cómo se encendían cuatro poderosos ventiladores que estaban contra las paredes del cilindro y apuntaban directamente hacia el barro. Por debajo, se abrieron unas pequeñas compuertas y aparecieron cuatro caños que comenzaron a arrojar suaves chorros de agua haciendo más líquido el barro. Y aún más abajo, a un metro apenas de la superficie del barro, cuatro lanzallamas empotrados en las paredes del cilindro se encendían intermitentemente calentando directamente la superficie de la mezcla que a esta altura se agitaba más y más.

-Son los cuatro elementos de la naturaleza: aire, agua, fuego y tierra. Los cuatro conjuntamente en interacción para producir materia. Esto se llama magia, amigo Rossi. Y es mucho más antigua que cualquier religión, y está presente en todas ellas. No existe religión sin magia, pero sí existe magia sin religión.

En ese momento de unos parlantes ocultos comenzaron a escucharse unos sonidos cortos y diferentes unos de otros, hasta completar una serie y volver a comenzar.

-Es el sonido de las letras sagradas- explicó Idel con un dejo de emoción en su voz- el sonido de las letras del alfabeto hebreo.

Pino se alarmó.

-Pero entonces usted, ahora, está... creando.

-Aun no. Debo completar el proceso y después descender y modelar con mis propias manos.

Hizo una pausa.

-Y escribir su nombre- dijo al fin solemnemente.

Pino miraba todo, azorado.

-¿Su padre le enseñó?

Una mueca de rabia pasó por la cara del Conde.

-No todo, pero en sí mismo él contribuyó con el ingrediente que me faltaba para perfeccionar mi obra.

Hizo una pausa no desprovista de una cierta teatralidad y culminó.

-Sangre, sangre humana.

Pino se volvió, horrorizado al escuchar eso. Y entonces lo vio, justo en el momento en que el sol comenzaba a iluminar la cúpula.

El Golem estaba parado a unos pocos metros de él.

Mediría unos tres metros de alto, y era increíblemente ancho. Sus poderosos brazos terminaban en unas manos enormes que colgaban casi a la altura de las rodillas. Sus piernas eran gruesas y un tanto curvas. A Pino le recordó a un enorme gorila. Pero su cabeza era diferente. Era esférica, desprovista de orejas y boca; en tanto que la nariz estaba representada por tan solo dos orificios por los cuales el monstruo dejaba escapar un muy tenue vapor.

Y después estaban sus ojos. Dos cavernas profundas en el fondo de cada una de las cuales brillaba una lucecita blanca que parecía lanzar destellos de odio y ferocidad.

Encima de los ojos, en el lugar de su frente, Pino vio cuatro letras del alfabeto hebreo. No las conocía, pero recordó la carta del Conde Eric donde relataba la historia del Maharal, el cabalista de Praga.

Y finalmente el cuerpo: una masa oscura, terrosa, húmeda, donde a veces brillaban unas pequeñas gotas rojizas que Pino no quiso preguntarse su procedencia, aunque lo sospechaba.

Por lo demás, el Golem parecía temblar muy levemente y emitir un sordo sonido muy grave, permanente y apenas audible, que inundaba todo el ámbito.

-Usted... ¿usted mató a su padre para hacer esta... mezcla?

El Conde miraba la esfera central que estaba sobre el foso, la esfera del fundamento, de la Luna. Pino pudo ver que debajo de la esfera pendía un gancho con unos colgajos extraños y repugnantes. Comenzó a comprender.

-¡No...!

-Digamos que con su sangre, con su energía de vida, regó lentamente esta mezcla hasta que esa vida se trasladó al barro de la creación. Una operación que hay que hacerla con mucho cuidado para que la mezcla original se acostumbre lentamente a recibir la energía de la vida.

-Usted es una bestia...

El Conde hizo caso omiso del insulto, continuaba mirando el siniestro gancho.

-¿Y ahora qué viene, pretende colgarme a mí? Le aseguro que no le va a ser fácil... nada fácil.

El Conde lo miró con una sonrisa que hasta parecía de simpatía.

-Usted fue preparado, amigo Pino.

Pino lo miró, interrogante.

-Sí, usted ascendió por el Árbol de la Vida, tomó contacto con las fuerzas sagradas de lo desconocido. Y descendió portando eso dentro de sí. Usted ha traído consigo la chispa sagrada, la energía divina necesaria para generar una nueva vida a partir del barro.

Pino escuchaba horrorizado, comprendiendo la insania de aquel hombre y cómo había procedido para que, sin saberlo, lo involucrara en un procedimiento ritual.

El Golem ahora temblaba levemente, sin duda no era ajeno al aumento de la tensión del ambiente.

Mientras el zumbido de los ventiladores, el ruido del agua y el rugido de los lanzallamas, continuaban rítmicamente con el fondo constante e hipnótico de los sonidos del alfabeto hebreo.

Todo era surreal, macabro.

-¿Y...?

El Conde movió la cabeza de un lado a otro, parecía algo dubitativo.

-He pensado que la mejor solución en este caso, es que usted sea... exprimido.

Pino lo miró sin atreverse a comprender lo que eso implicaba.

-¡Caín!- dijo el Conde sorprendentemente.

El Golem rugió, aun cuando no era precisable de dónde salía ese sonido, parecía brotar de todo su cuerpo. Y el temblor de su masa amorfa aumentó.

-Sí, Caín, por eso lleva la marca en su frente.

Sí, era la única posibilidad que tenía Pino, pero jamás podría alcanzarla, era muy alto, y Pino no sería lo suficientemente rápido.

La bestia avanzó, y el piso temblaba con cada paso.

Comenzó a extender sus enormes brazos hacia Pino y éste comprendió que le esperaba una muerte horrible.



En ese instante, y como un relámpago, Pino vio toda su vida y comprendió que había vivido para llegar a estos momentos. Vio toda su niñez, sus padres, Mario, Estela, el extraño Daniel Kahn que parecía haberlo metido en todo esto, vio a Inés y Antonio...

“¡Antonio!”

En ese instante recordó, era lo único que podía hacer.

De su bolsillo Pino extrajo la bolsita de lino, la abrió y le acercó la piedra a la criatura.

La piedra brilló y zumbó, cada vez más fuerte. El Golem se detuvo, estaba en presencia de la fuerza primigenia de su madre: la Tierra.

El Conde vio todo sin comprender.

-¡Caín!- insistió.

Pero el Golem no se movió. Lentamente comenzó a bajar su enorme cabeza.

Ahora sus ojillos estaban a apenas un metro de Pino. Pero ya no brillaban con ferocidad, sino con un infinito cansancio y una gran tristeza.

Pino comenzó a entender. Esa criatura estaba sufriendo tremendamente. Tal vez fuera el remanente de la vida del Conde Eric que allí había. O tal vez fuera un ser completamente nuevo que no quería existir de esa manera. Allá, en el fondo de esos ojos ahora tristes, Pino creyó ver el destello de un alma que penaba.

Y supo lo que tenía que hacer.

Sin dejar de sostener la piedra brillante en su mano izquierda desenvainó muy lentamente la *wakizashi*.

Suavemente, sin mostrar violencia alguna, Pino acercó la hoja de la espada a la frente del Golem. Éste inclinó aún más la enorme cabeza.

El Conde comprendió de inmediato.

-¡Caín, no!- volvió a gritar. Y no podía hacer nada, la enorme masa del Golem se interponía entre él y Pino.

Con mucha suavidad Pino pasó la *wakizashi* por la frente del Golem y borró la primera letra.

Una especie de suspiro brotó de los orificios que oficiaban de nariz y Pino reconoció la expresión de la criatura más allá de su monstruosidad: era el agradecimiento, el infinito alivio de terminar con esa condena. Sus ojillos brillaron una vez más hasta que comenzaron a apagarse.

Pino vio cómo lentamente la tierra de su cuerpo comenzaba a disolverse en un polvillo que se acumulaba a sus pies.

El Golem estaba muriendo, en medio de la macabra música de los cuatro elementos, del ritmo de la Creación del alfabeto hebreo que sonaba, y de los desesperados alaridos de rabia del Conde.

Pero a último momento, cuando la tierra caía más rápidamente disolviendo su cuerpo y su vida, los ojillos brillaron una vez más y el Golem saltó hacia el fondo del foso, hacia el lugar de su nacimiento, hacia el seno de su madre la Tierra. Cumpliendo el destino final de todo ser vivo, había vuelto al origen.

Cayó con un ruido sordo y de inmediato se produjo una reacción en la mezcla del fondo al recibir una nueva dosis de energía. Hubo una explosión, el barro se elevó y de su centro brotaron enormes llamas y continuaron ardiendo.

El Conde miraba todo con horror, hasta que su expresión se transformó en una infinita rabia.

-¡Era mi hijo!- gritó mirando a Pino con odio.

-Y Eric era su padre- respondió Pino con voz cargada de odio y violencia.

Lentamente el Conde desenvainó el florete y adoptando una posición semi agazapada se aprestó a lanzar el “a fondo” clásico del esgrimista. Pino soltó la piedra y tomó la espada, ahora con ambas manos, adoptando la posición de combate.

El *kendo* tiene varios golpes clásicos, uno de ellos el *kote* dirigido al brazo del atacante que empuña su arma.

Pero Pino quería evitar seccionar el brazo de su atacante. Esperó.

El Conde, enceguecido por el odio y la ira, atacó. Se lanzó a fondo con todas sus fuerzas.

En esgrima hay una cosa que se denomina “tiempo”, que es cuando uno anticipa el ataque del adversario y en medio de su desarrollo mete una rápida estocada sorpresiva. Pino era un maestro en esa técnica. Fugazmente recordó a Tania.

Cuando el ataque partió Pino hizo un movimiento de barrido con su sable y cortó limpiamente la hoja del florete.

El Conde se detuvo trastabillando sin poder creer lo que había sucedido.

Pino acercó lentamente la punta de la espada a la garganta de su adversario.

Era el final, lo tenía completamente a su merced. Ese monstruo no merecía vivir.

En ese preciso instante Pino comprendió que ese era el clímax de su vida, la suprema prueba, toda su vida se completaba en ese momento, donde el adversario era su propia naturaleza combativa. Vio la cara de su hermano delante de él, y parecía desesperado. Pino podía seguir adelante con su instinto... y seguramente perder su alma.

O tal vez... era una segunda oportunidad.

Pino temblaba ante el esfuerzo de tratar de contener su violencia, su natural reacción ante el ataque, la imperiosa necesidad de ejercer la justicia que él sentía en ese momento.

Y, de alguna manera, se vio a sí mismo reflejado en su enemigo.

No supo cómo ni por qué. Pero bajó su espada.

-Terminemos con esto, Idel. Todo es una monstruosidad.

Pino ahora parecía agotado, emocionalmente alterado por la violencia del momento, por la muerte del Golem y por la decisión que había tomado. Había optado por...

-No, esto no termina acá- la voz de odio del Conde Idel lo sorprendió y levantó la vista.

Idel había abandonado su actitud medieval, tenía en su mano una pistola, una Beretta 7.65. Un arma clásica, más que suficiente para matar a alguien.

Pino se enderezó sabiendo que iba a morir.

Pero el Conde aún estaba cerca de la puerta por donde habían entrado al foso.

Y no sabía que por esa puerta entraba una venganza contenida por años.

Pino vio cómo el cuello de Idel se arqueaba violentamente hacia atrás y cómo sus pies se elevaban del piso.

Los brazos suaves y delicados de Ágata lo elevaron por encima de su cabeza sosteniéndolo por el cuello y la entrepierna.

El Conde, en su desesperación, dejó escapar un disparo que se perdió en la parte superior de la torre.

Ágata lo arqueó aún más y Pino en medio de un asombro sin límites creyó escuchar un crujir de huesos.

Ahora Idel sollozaba entre gritos de dolor.

Ágata se aproximó al borde del foso. Sus ojos brillaban y no parecía sentir el esfuerzo. Esperó un instante, y lo arrojó.

El alarido de Idel se interrumpió con la tremenda explosión cuando su cuerpo se hundió en el barro. Una enorme llamarada se produjo por el aumento súbito de energía y la grasa del cuerpo del Conde que ardía rápidamente. Pero esta vez no se apagó. Como un inmenso soplete las llamas alcanzaron la esfera del fundamento y ésta comenzó a arder violentamente.

Pino comprendió de inmediato el peligro.

-¡Vamos!- gritó. Y tomando a Ágata de la mano intentó correr hacia la puerta. Pero la muchacha se soltó bruscamente y corrió hacia el borde del foso. Pino temió lo peor.

Pero no. Ágata se agachaba a recoger la piedra que ahora brillaba intensamente y se la trajo. La puso contra el pecho de Pino que la miraba azorado. Tomó la piedra y la guardó.

Las llamas se elevaban por la torre del árbol de la Vida como por una chimenea y comenzaban a tomar todas las vigas de la construcción. Casi no había tiempo.

Corrieron escaleras arriba en busca del piso superior por donde habían entrado al tiempo que el crepitar de las llamas aumentaba y maderos encendidos caían dentro del foso aumentando aún más las llamas que ahora ardían con furia.

Salieron y atravesaron corriendo el patio. Pino alcanzó a ver al perro de Idel tirado con la cabeza en un ángulo imposible.

“Ágata”, pensó. Y siguieron corriendo.

Cuando llegaron a la puerta la torre se derrumbó en medio del humo y del fragor de las llamas. Curiosamente, el sonido de las letras del alfabeto hebreo continuaba.

Pino miró la escena con un sentimiento de grandiosidad, era la ejecución de una tremenda... Justicia. Un sentimiento de numinosidad lo embargó.

Ágata lo hizo reaccionar tirando de su brazo. Y finalmente salieron.

Corrieron un poco más y a distancia segura se detuvieron a mirar.

Ágata miraba todo sin expresión. A Pino le resultó más impresionante la cara de la muchacha que todo lo que estaba sucediendo. No había odio, ni violencia. No había satisfacción ni emoción alguna. Era tan solo el cumplimiento de un destino.

---

---

Aun no puedo quitar de mi mente esa escena. No dejo de mirar los restos humeantes de la torre y de pensar en aquello que enterró en su base.

Aun contemplo la expresión de tensión en el rostro de Pino y la mirada casi perdida de Ágata, que tal vez pensara en Eric, su creador.

¿Por cuánto tiempo esa muchacha había pensado en esta consumación final? Abandoné esa visión y casi sin darme cuenta avancé unos días.

Mario estaba muriendo.

Su última acción como se puede fácilmente suponer, fue la curación de Inés. Pero tal como él mismo había anunciado, fue incompleta, ya no tenía fuerzas. Habría de ser Pino quien completara la tarea.

Mario murió como había vivido, feliz, sonriendo, agradecido a la vida y a la Virgen Morena por haberle permitido ayudar a tanta gente. Ahora sabía que iba al encuentro de Kavi, de Sounya, y también de sus padres y de Estela.

Mario entró consciente en la muerte. Su sonrisa no se borró y sus ojos permanecieron abiertos. Pino le sostenía la mano. Hubiera querido decirle que sí, que todo era dorado. Pero ya estaba más allá de la vida.

Pidió que lo enterraran al pie de la Virgen Morena, y que se oficiara el rito sinti. Creo que lo hizo como un agradecimiento a esa gente. O tal vez era en realidad un alma gitana que se desplazaba entre mundos.

Así fue que lo rodearon de sus pertenencias, le taparon los orificios de la nariz con cera y todos efectuaron plegarias y alabanzas acerca de su vida de servicio.

Aun me parece ver a Mario sonriendo y ayudando gente cuando hago mis viajes a esa zona de mundos extraños. Allí está lleno de historias y de personajes que me miran, esperando.

Y a veces, aun visito mis antiguas historias para ver cómo culminaron.

Así fue que vi cosas interesantes y curiosas.

Por supuesto que Pino se fue con Inés a vivir a España, y se lleva muy bien con la hija. Genaro le envió, como había prometido, una fuerte suma de dinero. Pino pensó un poco... y no lo rechazó. Aprovechó eso para abrir su propia academia de *kendo* en Madrid.

Inés retomó el periodismo, pero ahora lo hace free lance, y se siente muy a gusto con eso. Su salud mejora y ya está casi curada. La cura de Pino –que por supuesto aún conserva la piedra de la virgen- es cada vez más efectiva.

A propósito, quise observar la vida de Pino con ese don. Teme, no sabe qué hacer. Lo habló con Inés, ambos concuerdan en que no tiene derecho a guardar eso para sí. Y al fin recordaron cómo se conducía Mario con eso. “Que Dios ponga en mi camino a quien necesite ser curado.”

Pino espera, sabe que inexorablemente llegará ese momento. Pero tiene fe. Y tiene la piedra de la Virgen Morena que lo ayudará.

¿Y los “ornitólogos”?

Es como para reírse. Quedaron muy impresionados de la “eficiencia” y la determinación de Pino. Y así se lo transmitieron a don Genaro.

Si supieran... bah, nunca lo entenderían.

Con los viñedos por supuesto que no tuvieron ningún problema. “Hablaron” con la gente de la comuna y obtuvieron una concesión de explotación por noventa y nueve años a un precio muy conveniente, por supuesto.

Visité a Antonio. Lo vi sentado contemplando el atardecer. Parecía tranquilo y feliz mientras acariciaba el cabello de Ágata que estaba sus pies.

No sé qué será de ellos. No tengo idea cuánto puede vivir Ágata. No creo que se queden allí. Y no tengo idea que por dónde y hasta donde encaminarán sus vidas. No quiero saberlo, es mejor así. Son seres... míticos. Dios Padre y Dios Madre trazarán su destino.

Antonio visita a veces la tumba de Mario. Nadie diría que allí yace alguien, no tiene símbolo alguno, tan solo es un montón de tierra apisonada al mismo nivel del suelo. A los pies de Santa Sarah.

Voy a hacer una pausa de unos días antes de escribir todo esto. Finalizar una historia es difícil, deja un vacío.

Debo hablar con Eva.

.....  
Yo estaba sentada, esperándolo. Sabía que debía tomarse su tiempo para asimilar un final. Y para desprenderse de todo ello.

Llegó por la tarde. Estaba bastante descuidado en su aspecto, y había adelgazado mucho. Sé perfectamente por la odisea que pasó desde que comenzó a escribir hasta que terminó inmerso en la historia.

No obstante había una expresión de paz en su rostro. Era como si recién llegara al mundo. Tal vez se hubiera identificado con la historia de Pino, en el sentido de la segunda oportunidad de vivir, claro. Daniel no es un ex mafioso. Uno siempre termina identificándose con algún personaje. Y está también en todos ellos, de alguna manera.

A veces la gente lo pregunta: “¿Con cuál te identificas?” Es una pregunta que siempre me molesta. Parece que buscaran conocer tus secretos a través de lo que escribes, un poco de razón tienen, pero cuando uno toma contacto con una historia, escribe la historia del mundo, de todas las personas que de alguna forma viven esas cosas. Y también el mundo de sus fantasías, sus creencias, sus leyendas. Es difícil explicarme.

Daniel me estaba contando cómo iba a terminar su libro, la “visita” que había hecho a sus personajes para ver cómo concluía esa historia que terminó escribiéndose a ella misma. Como siempre sucede.

-¿Que dices, Eva? ¿Te gustó?

-Sí, mucho- le respondí. Y no le quise decir cuánto. Aún faltaban cosas...

-¿Cuál va a ser el título?

-Aun no lo sé. Tal vez le ponga simplemente “Golem”. Todos lo somos en alguna manera.

-Puede ser... a mi me gustaría que lo llamaras “Entre Mundos”.

Él seguía inmerso en algo.

-¿Qué fue lo que más te impresionó, Daniel?

Él se pasó la mano por la barba, un tanto crecida, en gesto de reflexión. Su mirada estaba más allá de mí. Buscaba.

-Varias cosas. Sobre todo cómo apareció el Golem. Cómo fue que tomé conocimiento de eso que era una leyenda de mi raza. Y todo lo que leí al respecto, la Cábala, el Árbol de la Vida, todo. También me impresionó mucho cómo la historia tomó vida propia, y sobre todo, como puede entrar en esa zona donde terminé participando, ¡hablando con mis personajes, ayudándolos!. Esa... creación de realidades realmente me impresionó. Y cómo consecuencia todo lo relativo a la creación, a los aspectos de Dios. En fin, a tantas cosas en las cuales nunca había pensado.

Hizo una pausa y miró hacia el suelo.

Me levanté y le traje un vaso de agua fría. Lo necesitaba.

Bebió.

-Y también la interacción entre nosotros, cómo fue que las poesías me dieron pautas.

Apreté los dientes y los puños.

“Po favor, ¡no!”

No sabía qué decirle si...

-Me gustaría hacer un viaje, Eva.

Suspiré, aliviada.

-Me parece una buena idea. Puedes descansar, poner en claro muchas cosas.

¿A dónde piensas ir?

Me miró un instante antes de responder.

-A Jerusalén. Y visitar todo Israel. Tengo que encontrar mi vida.

Me sorprendió. Daniel siempre me sorprendía

-¿Sabes una cosa?, me parece una excelente idea. Pero... vuelves, ¿no?

Me sonrió. Me encanta cuando me sonríe de esa manera.

-Claro que vuelvo. Lo nuestro... es como si estuviera escrito.

Daniel había partido el día anterior.

Abrí el mueble donde guardaba mi cuaderno de poesías. Al fondo, oculta entre varios papeles, estaba la pequeña llave. Abrí el cajón que estaba bien disimulado debajo de los estantes, introduje la llave en la cerradura y saqué el libro y comencé a escribir.

Tenía que poner todo lo que faltaba en la vida de Daniel. Tenía que hacer que se reencontrara con sus recuerdos perdidos. Y nada mejor que el viaje a Jerusalén para tener la ocasión de recordar.

Cuando comencé a escribir este libro no tenía idea de las consecuencias de crear un personaje incompleto y ponerlo a vivir situaciones extremas. Pero puedo solucionarlo. Quiero hacerlo.

Porque no quiero abandonar este mundo que he creado. Aquí me quedo, a esperar a Daniel, y a que nuestra historia se escriba por sí sola. Pero no resisto la tentación de darle un empujón más a todo esto. Y de asegurarme que Daniel regrese a mí.

Ve, mi amado Odiseo, ve en busca de tu historia

Y de quien ha escrito tu vida

Pasarás por mil mares y mil vientos

Te perseguirán y te honrarán mil dioses

Conocerás la aventura y el dolor de vivir

Y perdido en el misterio de tu historia clamarás por Ítaca

Entonces te guiaré hacia mí, tu Penélope

Que ha finalizado el eterno tejido de tu vida y de tus recuerdos

Y nos amaremos por siempre

FIN



## EPILOGO

Es de orden aclarar qué cosa es verdad y cuál es meramente fantasía en toda esta historia.

En primer lugar la geografía.

El pueblo de Belmonte Mezzagno, *U Mizzagnu*, existe. Es un pequeño pueblo cercano a Palermo. Por supuesto que todos los personajes y circunstancias referentes a ese lugar son pura fantasía.

Montecorvo es un nombre fruto de la imaginación. Existe un pueblo de nombre y geografía similar en esa zona de Umbria, donde se produce excelente vino.

Lo relativo a la ciudad de Asís, así como a los lugares del eremo, La Porziúncula, el monasterio y otros ligados a la historia de San Francisco de Asís, son verdaderos.

En cuanto a la Virgen Morena, seguramente conocerán su existencia. Hay mucha cosa escrita al respecto. Para esta historia me basé en el excelente libro de Rafael Alarcón: "La última Virgen Negra del Temple. (El enigma Templario de Candelaria)", Ediciones Martínez Roca, S.A. Contiene información completa, detallada y sumamente interesante.

En cuanto al Golem, es una tradición judía de la que a veces aparecen referencias. En sí, el mito de Frankenstein remite al Golem. Una hermosa novela al respecto es "El cabalista de Praga", de Marek Halter, Ediciones Newton Compton (en italiano). Trata precisamente de la historia del Rabino Judah Loew ben Bezabel, a quien todos llaman El Maharal.

Ahora bien, si quieren consultar un excelente ensayo al respecto y sobre el cual principalmente me he basado, les recomiendo a Moshe Idel, en su completísima y detallada obra "El Golem", Ediciones Siruela. Y sí, uno de los personajes lleva su nombre como un pequeño reconocimiento a su trabajo, ¡aunque dicho personaje nada tiene que ver con el autor! Allí también se menciona a un cabalista del Siglo XV, en el norte de Italia, llamado R. Yohanan ben Isaac Alemanno, este sí un personaje real del cual he tomado el nombre para mis personajes ficticios.

Recomiendo fuertemente a quien le guste escribir, la lectura de Joseph Campbell, "El héroe de las mil Caras, y de Christopher Vogler, "El viaje del escritor", ambos mencionados en el transcurso del relato.

Por lo demás, todos los personajes son ficticios.

Me resulta por demás interesante destacar la creatividad en el escritor y su posibilidad de "creación de mundos". En una oportunidad trabajando para un ensayo, he consultado a un actor de teatro que me explicaba lo difícil que le resultaba "volver" después de haber interpretado un personaje fuerte durante mucho tiempo. Es similar a lo que pasa en los sueños, o cuando uno se concentra durante mucho tiempo en sus personajes, interactúa con ellos, los ve, sueña. Está... en "otro mundo", un mundo creado por él mismo. Me sucede a menudo cuando escribo una historia. Y a veces vuelvo a visitar a mis personajes después de años. Me resulta una experiencia interesante contemplar sus vidas tiempo después de lo que han vivido. Y sí, debo reconocer que uno comienza escribiendo una historia, pero cuando va llegando al clímax, la historia se escribe a sí misma. Tal como decía Daniel, uno de los personajes, solo se puede ser un cronista y relatar los hechos que uno ve de acuerdo a lo que ha planteado.

¿Los gitanos? Hay información en internet. El ambiente, rituales y costumbres son reales, no así los personajes. Aunque seguro alguna tribu similar anda vagando por allí con Santa Sarah a cuestas.

Y finalmente... lo que todos tal vez nos preguntamos alguna vez:

¿Quién habrá escrito mi historia?